Entre los Tehuelches de la Patagonia

•

GUILLERMO FURLONG, S. J.

ENTRE LOS TEHUELCHES DE LA PATAGONIA





don diego flores
de León

Diego de Flores de León

Fué el primer europeo que pisó la región de Nahuel Huapí

Entre los Tehuelches de la Patagonia

Según noticias de los misioneros e historiadores Jesuítas Diego Rosales, Miguel de Olivares, Nicolás Mascardi, Juan José Guillelmo, Felipe Vander Meeren, Armando J. Nyel, Antonio Alemán, José Cardiel, Antonio Machoni y Francisco Enrich.

por

GUILLERMO FURLONG, S. J.



CRUCIFIJO HALLADO EN CERRO CAMPANARIO

Talleres Gráficos "San Pablo" - Buenos Aires

1943

Imprimi potest. — *Thomas J. Travi* — Bonis Auris, 20-VII-1943.

Imprimatur — *Antonius Rocca, Vic. Gen.* — Bonis Auris, 29-VII-1943.

En el verano de 1942-1943, y llevando entre manos los borradores de la obrita que hoy damos a la publicidad, pudimos recorrer, conocer y admirar en toda su extensión la privilegiada región de los Grandes Lagos Argentinos.

Desde Zapala, terminal del F. C. S., pasamos a la zona de Aluminé, y contemplamos el luminoso y policromado lago del mismo nombre; descendimos después hasta Junín de los Andes, admiramos, aunque a distancia la blanca y erguida cumbre del imponente Lanín; siguiendo nuestro itinerario con rumbo al sur llegamos a la Vega de Maipú, donde se asienta la bellísima población de San Martín de los Andes.

En ese rincón, tal vez el más risueño y encantador en la inmensa patria argentina, nos detuvimos durante no pocos días en un rústico cuanto confortable chalet que sobre la dicha Vega, y en el camino al Lago Lolog, posee el ciudadano estadounidense Mr. Francis B. O'Grady.

Gracias a la generosa hospitalidad de este caballero, no sólo pudimos conocer muy de cerca la simpática población de San Martín de los Andes, sino que nos fué dado además conocer personalmente toda aquella maravillosa región, tratar y conversar con los indígenas y mestizos, relativamente abundantes aún, y aprovecharnos de la selecta y valiosa biblioteca neuquenina que en aquel apartado rincón de la patria posee, para su cultura y solaz, el mencionado caballero.

En aquella su simpática residencia, a la sombra de los robustos maitenes, que son los ombúes de la Cordillera, junto al Lago Lacar que se extiende entre abruptas montañas, como entre gigantescos bastidores, rodeados de verdeantes cerros como el Malo, el Quinalchué, el Trompul, el Queni, el Ruquenive y el Quilaquina que se elevan a mil y a dos mil metros de altura, en un clima templado y alegre, fortificante y vivificador, ordenamos nuestros apuntes y notas, y dimos forma definitiva a la mayoría de las páginas que componen este volumen.

De San Martín de los Andes bajamos a Nahuel Huapí, pasando

por el Lago Meliquina y el Lago Traful, ascendiendo y descendiendo por aquellas carreteras tan atrevidas como bien cuidadas, bordeando aquellos abismos y aquellas simas que producen vértigo pero que en recompensa ofrecen al viajero tantas y tan espléndidas visiones de aquella región fantástica.

Ya en Nahuel Huapí visitamos el enterratorio de Chenque, a orillas del Río Limay, otrora Río de la Encarnación; recorrimos el Cerro Campanario y la Península de San Pedro, otrora Península Tadeo, y llegamos hasta la costa boreal del gran Lago, donde se extiende plena de encantos y de atractivos la Península Huemul.

Concretar y precisar las noticias referentes a las reducciones que en esta Península, y a orillas del Limay y en el valle del Aluminé fundaron otrora los Jesuítas y sostuvieron con tanto sacrificio y con tanta abnegación como valentía, a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, fué el móvil y objetivo primordial que nos llevó a recorrer, conocer y admirar la bellísima zona de los Grandes Lagos.

Es del todo necesario recorrer personalmente esas tan accidentadas regiones cruzadas por enhiestas montañas, por abismos profundísimos, por lagos como mares y por ríos como torrentes, para formarse uno idea aproximada de lo que debió costar al Padre Diego Rosales llegar hasta el Lanín, y al Padre Nicolás Mascardi abrirse camino hasta la Península Huemul, y a los Padres Laguna y Guillelmo, misioneros todos ellos de la Compañía de Jesús, llegar hasta las riberas del Limay y a la Península de San Pedro, y ascender, a gatas y arrastrándose, tantas y tan enhiestas cumbres, y vadear tantos y tan profundos y a las veces tormentosos lagos en fragilísimas piraguas.

Si aun hoy día, y no obstante los abundantes y excelentes caminos que la Dirección de Parques Nacionales (1) ha construído en la zona de su jurisdicción, y a pesar de los modernos vehículos de locomoción, resulta un esfuerzo nada trivial el ascender por aquellas empinadísimas cuestas y el descender por esos declives no menos arriesgados, y el girar de continuo en uno u otro sentido, según las sinuosidades de los montes y las vueltas caprichosas de los ríos, es de imaginar lo que sería el recorrer esas mismas rutas sin esas ayudas que la técnica y la mecánica tan ampliamente ponen ahora a disposición de los viajeros.

Sin caminos, sin sendas, sin puentes, sin alojamientos algunos adecuados, a pie casi siempre ya que era imposible valerse de cabalgaduras, en medio de salvajes indiadas, sin defensa alguna fuera del santo Crucifijo que llevaban sobre sus pechos, animáronse los Jesuítas de aquellos lejanos tiempos a penetrar primero y a vivir después en aquellas apartadas regiones, según se verá a través de las páginas de esta obra.

---

(1) Debemos a la generosidad de la Dirección de Parques Nacionales, todas las fotografías que reproducimos en estas páginas.

No las titulamos "Entre los Poyas del Neuquén", *como habíamos pensado primariamente, sino que las rotulamos* "Entre los Tehuelches de la Patagonia", *porque hemos querido englobar en una sola monografía así las Misiones del Nahuel Huapí, entre los Poyas y Puelches, como las andanzas de los Padres Brasle, Rives, Hebrard y Nyel entre los indígenas de las regiones del Estrecho. de Magallanes, a principios del siglo XVIII, y la expedición patagónica que por Real orden y a mediados de aquel siglo hicieron los Padres José Quiroga, Matías Strobel y José Cardiel.*

Para pergeñar estas páginas, hemos tenido que valernos de fuentes éditas e inéditas, más abundantes aquéllas que éstas, como: la Historia General de el Reyno de Chile, Flandes Indiano, *escrita por el Padre Diego de Rosals, Valparaíso* 1877, *tres tomos en folio menor, y los fragmentos de su* Conquista Espiritual del Reyno de Chile, *publicados por Amunátegui,* Cuestión de Límites, *Valparaíso* 1882, *t.* 3, *pp.* 76-104; *la* Historia de la Compañía de Jesús en Chile (15 - 93-1736), *compuesta por el Padre Miguel de Olivares y que se publicó en la* Colección de Historiadores de Chile, *Santiago de Chile,* 1874, *t.* 7, *pp.* 1-402; *y la más moderna* Historia de la Compañía de Jesús en Chile *que a base de las referidas historias y con otros no pocos documentos escribió el Padre Francisco Enrich, y publicó en Barcelona, en el curso de* 1891.

Escritos menores son la Relación breve y sucinta del Padre Ignacio Alemán *referente a la Misión de Nahuel Huapí, suscrita en* 1713 *y editada por Ammátegui, op. cit. t.* 3, *pp.* 505-510; *la* Relation de l'établessement de la Mission de Notre-Dame de Nahuel Huapí, tirée d'une Lettre du Révérend Père Philippe de La Laguna, de la Compagnie de Jesus *que se publicó en las* Lettres Edifiantes, *París* 1708, *t.* 8, *pp.* 40-50; *París* 1781, *t.* 8, *pp.* 154-168; *Lyon* 1819, *t.* 5, *pp.* 92-100, *y que traducida al alemán apareció en las columnas del* Welt-Bott *del Padre Stöcklein, Angsburgo* 1726, *t.* 1, *entrega* 115, *pp.* 74-76, *de donde la tomó el Padre Juan Muhn y la publicó en* El Río de la Plata en el siglo XVIII visto por viajeros alemanes, *en* Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, *Montevideo* 1930, t. 7, pp. 229-325, *y la* Carta del Padre Nyel, Misionero de la Compañía de Jesús al R. P. De La Chaize, *Lima y mayo* 20 *de* 1705, *que apareció primeramente en las* Lettres Edifiantes, *París* 1707, *t.* 7, *pp.* 41-72; *París* 1781, *t.* 8, *pp.* 119-138; *París* 1843, *t.* 2, *pp.* 79-83; *Lyon* 1819, *t.* 5, *pp.* 70-81, *y que traducida al castellano se publicó en Cartas Edificantes, Madrid,* 1754, *t.* 3, *pp.* 257-269, *de donde la tomó José Toribio Medina para insertarla en su* Biblioteca Hispano-Chilena, *Santiago de Chile,* 1898, *t.* 2, *pp.* 490-494. *No menos interesante es la otra* Carta del Padre Nyel al Padre Dez, rector del Colegio de Estrasburgo, *fechada en Lima a* 26 *de mayo de* 1705, *y en la que se reproduce la antes mencionada carta*

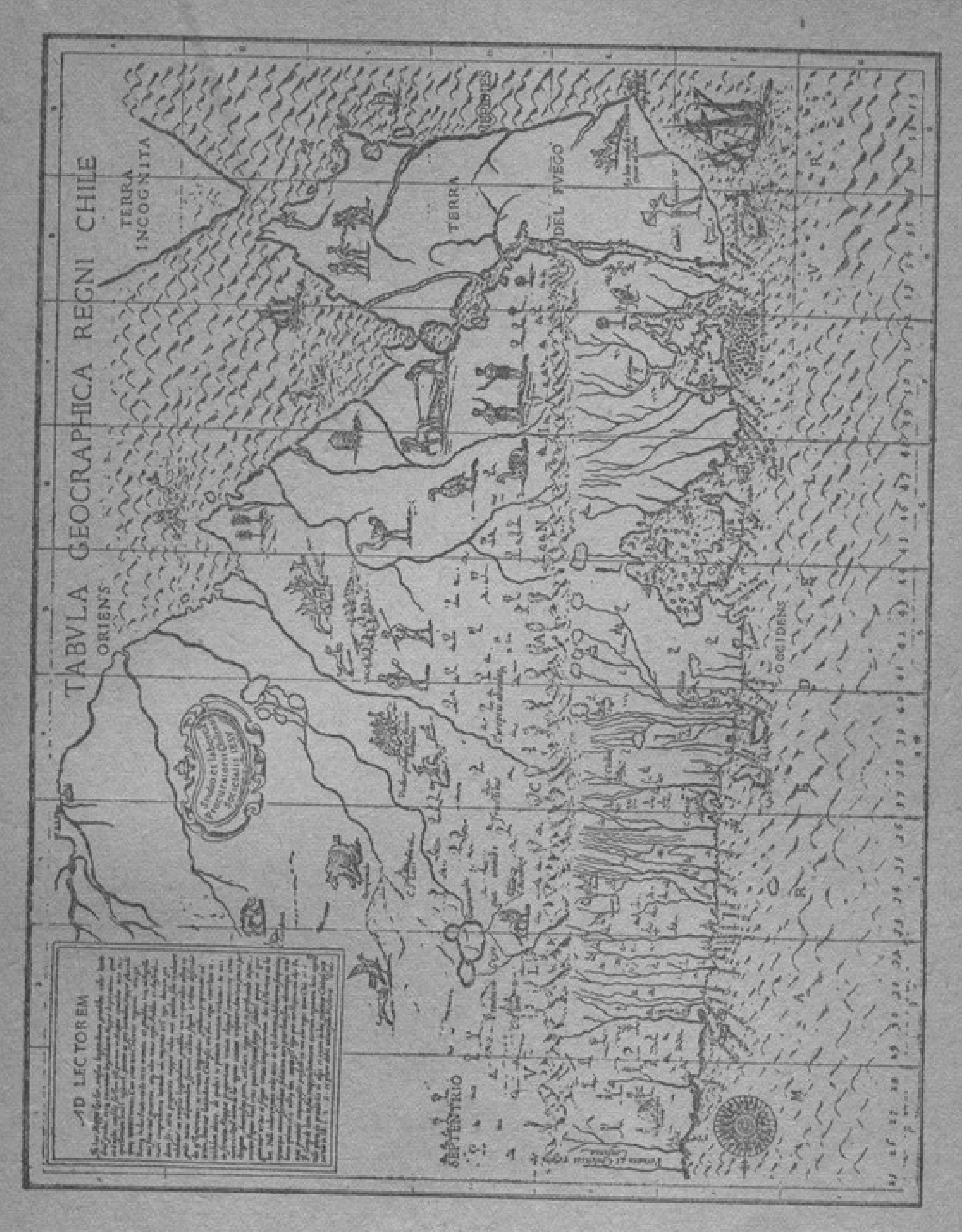
del Padre Laguna, y que se publicó en las Lettres Edifiantes, *París 1708, t. 8, pp. 1-50; París 1781, t. 8, pp. 138-154; Lyon 1819, t. 5, pp. 82-91; París 1843, t. 2, pp. 84-91. Coreal la reeditó en sus* Voyages aux Indies Occidentales, *París 1722, t. 3, pp. 224-235, y Medina, valiéndose de la versión castellana aparecida en las* Cartas Edificantes, *Madrid 1754, t. 5, pp. 331-338, lo reeditó en su* Biblioteca Hispano-Chilena, *Santiago de Chile* 1898, *t.* 2, *pp.* 494-490.

El único documento inédito de verdadera importancia que hemos podido utilizar ha sido la "Vida Apostórica y Glorioso Martyrio de el Venerable P.e Nicolas Mascardi de la Compañía de Jesus, Rector de el Colegio de Castro, y Missiones apostolicas de Chiloe, a quien embio el Apostol de el Oriente S. Francisco Xavier a convertir los gentiles Poyas Guaitecas, y otras naciones, y que muriese a sus manos por nuestra Sta. fe", *extensa biografía en 4º, de 18 folios a dos columnas, cuyo original se halla en el Archivo del Procuratore Generale al Gesu, Roma, con la asignatura "Caxon 15 - Canonizaciones. Paolo Revelli,* Terre d'America e archivi d'Italia, *Milano 1926, pp. 165-166, fué el primero en dar a conocer la existencia de este manuscrito, del que copia fotográfica obra en nuestro poder.*

Al ocuparnos de las costumbres de los Poyas, nos hemos valido amplia y confiadamente del sintético y sesudo estudio sobre Los Indios Poyas *que en las* Notas del Museo de la Plata, *Buenos Aires 1939, t. 4, pp. 211-244 publicó el profesor Milcíades Alejo Vignati, y, al través de esa rica monografía, nos hemos valido del documento de Flores de León que comienza:* "El Maestre de Campo don Diego Flores de Leon, Caballero de la Orden de Santiago, dize: que de treinta y siete años . . .", *publicado por Medina en su* Biblioteca Hispano-Chilena, *Santiago de Chile* 1898, *t.* 2, *pp.* 255 *y sigts. y la* Noticia sobre las costumbres de los Araucanos *que escribió Geronimo Pietas y editó Claudio Gay en su* Historia física y política de Chile, *París* 1846, *t.* 1, *pp.* 501 *y sigts.*

No poco nos ha servido también la monografía de Ricardo E. Latcham sobre Los Indios de la Cordillera y de la Pampa en el siglo XVI *en* Revista Chilena de Historia y Geografía, *Santiago de Chile,* 1930, *t.* 44, *pp.* 220 *y sigts., como también el benemérito trabajo de Francisco Fonck sobre* los Viajes de Fray Francisco Menéndez a Nahuel Huapí, *publicados y comentados por este estudioso y editados en Valparaíso en* 1900.

En esta obra (4º-XIX, 528 pp.), de la que hay dos o más ediciones, estudió Fonck con gran minuciosidad el viaje del P. Diego de Rosales, S. J., pp. 19-26, el del Padre Nicolás Mascardi, S. J., pp. 32-44; el del P. Felipe de la Laguna, S. J., pp. 45-70; el del P. Juan J. Guillelmo, S. J., pp. 71-93, y aun el viaje o, mejor dicho, los escritos del Padre Tomás Falkner, pp. 114-133.



LA PATAGONIA

Mapa compuesto y publicado por el Padre Alonso Ovalle, S. J., en 1636.

Por Patagonia se entendía, a mediados del siglo XVIII, y aun a fines de ese siglo, todo el inmenso territorio que desde la altura geográfica de la ciudad de Buenos Aires se extendía hacia el Estrecho de Magallanes. Los habitantes autóctonos de esa inmensa región eran llamados Patagones.

Extensión de la Patagonia

La misteriosa Patagonia comenzaba otrora a las puertas de Buenos Aires; era algo conocida hasta las riberas del Saladillo, por lo que respecta a la parte oriental; fué raras veces explorada hasta el Salado y hasta la altura del Cabo Corrientes, y era totalmente desconocida más allá de los 40º.

Nadie incluye hoy día a la Provincia de Buenos Aires, ni aún su parte más austral, en lo que aún se sigue llamando Patagonia, pero no faltan quienes consideran como territorios patagónicos al actual territorio de Neuquén y hasta al actual territorio de La Pampa. La reciente Exposición de la Patagonia ha comprendido totalmente, y sin reservas algunas, a estos dos territorios.

Nosotros al referirnos en esta monografía a la Patagonia entenderemos por tal no sólo la región más austral, constituída por gobernaciones de condiciones topográficas y climatéricas comunes, sino también al territorio del Neuquén tan diverso de la anterior por su situación, por su clima, por sus productos y por sus antecedentes históricos. Entenderemos, pues, por Patagonia toda la inmensa región comprendida entre los 40º y los 54º de latitud sur.

Origen de la palabra

Mientras para unos la voz Patagonia proviene del quichua *patagunya* que quiere decir gradas o mesetas escalonadas, sostienen otros que se deriva de Patacán que en idioma araucano significa inmenso, sin límites. No parece que los filólogos hayan aún llegado a un acuerdo sobre la etimología de ese toponímico. Ordinariamente suele aseverarse que la voz Patagonia tuvo su origen en la magnitud de las huellas que dejaban los indígenas del Puerto de San Julián y que observadas por los tripulantes de la expedición de Magallanes les indujo a llamar patagones a los tales indios, de donde se originó el nombre con que es conocido todo el austro argentino. Aunque la altura de dichos indígenas era por lo general de 1,75 metros, no siendo extraño que algunos individuos llega-

ran a los dos metros, es hoy día incuestionable que jamás los hubo de 3,60 metros de altura, según fingía y propalaba la leyenda perturbadora sobre el gigantismo de los Patagones.

A mediados del siglo XVIII se creía todavía en las proporciones gigantescas de aquellos indígenas. En 1758, como escribía después el Padre Domingo Muriel, "habiendo aportado una barca de Don Antonio Arriaga, vecino de Buenos Aires, a la Bahía de San Julián para proveerse de sal, encontró allí como trescientos indios mansos, que conversaron largo tiempo con los navegantes, con muestras de benevolencia. Uno de ellos se vino de propia voluntad a Buenos Aires, donde permaneció algún tiempo. Su estatura era ciertamente alta, aseveraba el citado Muriel, pero no tal que no la alcancen muchos de las naciones conocidas" (1).

Tres zonas patagónicas

Geográficamente podemos dividir lo que llamamos Patagonia en tres zonas muy diversas entre sí. La costa toda del Atlántico es salitrosa, es muy pobre en vegetación, aunque a medida que se interna al oeste, el salitre ve cediendo a la vegetación, que llega a ser abundante en los valles y sobre todo en las proximidades de los Andes. Escasean las lluvias, pero abundan los recios e irresistibles vientos del Oeste, que duran horas y horas, sobre todo entre los meses de noviembre y mayo. Ellos impiden toda agricultura en las mesetas o tierras altas, y hacen difícil la vida en las mismas.

Mesetas pedregosas llamadas "pampas altas" dan un aspecto desolador a la región costera, aunque en la desembocadura de los ríos, escasos por desgracia, y en las hondonadas o "bajos" que recorren, hay oasis fertilísimos y deliciosos.

Paralela a la zona costera, aunque bien alejada de la costa, se halla la zona de la Cordillera o zona andina, la que se extiende desde las fuentes del Río Colorado hasta el Estrecho de Magallanes. Toda esta zona, plena de valles y de elevaciones, materialmente cubierta de lagos y de inmensos bosques de cipreses y de pinos, contiene campos fertilísimos. La ganadería abunda doquier, como abundan las nutrias de ricas pieles. Aunque el frío es intenso en el invierno, la vida no sólo es confortante pero es hasta agradable y placentera, a lo menos en no pocos valles y quebradas.

Región de los lagos

Toda la aridez y desolación de la zona costera y toda la belleza y productividad de la zona andina se hallan como juxtapuestas en la tercera zona: la del territorio del Neuquén o de los grandes lagos. La parte oriental de esta zona es árida y triste como la costa del Atlántico, con escasísima y raquítica vegetación. Un manto de cascajo cubre aquel suelo de desolación, sobre todo en el espacio comprendido entre los ríos Limay, Neuquén, Picum-Leufú y Cañadón Grande.

Pero ¡cuán diversa es la región occidental del Neuquén! To-

da ella está llena de maravillosos lagos, de valles encantadores, de bosques variadísimos, de vegetación cuasi tropical, de campos aptísimos para la agricultura y para el pastoreo.

La mayor y la mejor parte de esta región tan privilegiada, o sea toda la comprendida entre los 71º y 72º de Longitud Oeste y entre los 40º 30' y 41º 30' de Latitud Sur, constituyen el Parque Nacional de Nahuel Huapí o región de Los Lagos. Con sobrada razón el Gobierno Nacional ha reservado esa región tan singularmente bella y atrayente, sana y tonificante para solaz de todos los habitantes de la República.

Su singular belleza

Ninguna región argentina puede compararse con la de Los Lagos y talvez pocas regiones extranjeras la superan. Maravillosamente dotada, presenta una sucesión de montañas, ventisqueros, lagos, lagunas, ríos, bosques, torrentes y cascadas que conservando toda su belleza y grandeza originariamente salvaje, se entretejen y enlazan en formas tan caprichosas como fantásticas, formando paisajes infinitos en los que la naturaleza ha reproducido los *fiords* de Suecia y de Noruega, los *locks* de Escocia, los más bellos panoramas de Italia y de Suiza, los *rockies* de Yellowstone Park, sin que falten cumbres que evocan al Himalaya de la India y al Fujiyama del Japón.

Pero lo más notable de esta exposición de maravillas es su enorme extensión ya que ocupa una inmensa zona que se prolonga por más de trescientos kilómetros de extensión de norte a sur, esto es, desde los 39º, en los que se inicia el llamado Parque Nacional de Lanín hasta los 41º 30' que es considerado como el límite natural austral del Gran Parque Nacional de Nahuel Huapí. La anchura media de esta extensa franja de maravillas es de 50 kilómetros.

Como los indígenas de que nos vamos a ocupar tuvieron en esta privilegiadísima parte del territorio nacional su *habitat*, habiendo sido durante centurias los amos y señores absolutos de esos valles, cerros y lagos, y como las reducciones llamadas de Indios Poyas, fundadas por los Jesuítas, estuvieron ubicadas en el corazón mismo de esta región andina, vamos a particularizar un poco más los fenómenos físicos del Parque Nacional Lanin, morada otrora de los Indios Poyas, y del Parque Nacional de Nahuel Huapí, sede en otros tiempos de los Puelches y de los Poyas.

El Parque Lanín

El Parque Lanín tiene por centro geográfico el Cerro del mismo nombre, que se eleva a 3.776 metros de altura y que encapuchado con su cándido manto de nieve y de hielo, es visible aun a cien y más kilómetros de distancia. Es el soberano de los demás montes andinos, émulos vanos de su grandeza y de su belleza. Dos lagos verdaderamente sorprendentes por sus encantos, el Huechulafquen con su brazo Paimum, por el sud, y el Tromen, por el norte, ciñen como con una

cinta verde-azul las ciclópeas bases del majestuoso Lanin, bases que tienen como veinte kilómetros de diámetro y que están unas veces cubiertas de gigantescas araucarias, otras veces de seculares coihues. Más al norte del lago Tromen se hallan los lagos Aluminé, Moquehue, fuera del Parque Lanín, y los lagos Ñorquincó, Pihué, Rucachoroi y Quillén dentro de los ámbitos del mismo. Al sur del lago Huechulafquen, y por ende al sur también del Lanín, se hallan situados los lagos Curhué, Lolog, Lacar, Machonico, Carmen y Melincué. Huelga decir que todos estos y los demás lagos se hallan entre abruptos y altísimos montes de mil a tres mil metros de altura y cubiertos de verdor en sus faldas y de nieve en sus altas cumbres. Las carreteras que ya ascienden vertiginosamente, ya descienden precipitadamente desde las alturas que afanosamente conquistaron, ofrecen a los viajeros los panoramas más ricos de color y más pletóricos de grandeza.

En el Parque Lanín, y entre tantos y tan encantadores valles o vegas que entraña, existe uno cuya belleza nos ha fascinado. Fué otrora sede privilegiada de los Puelches y Poyas, aunque los descendientes de los indígenas que aun existen allí, nos dicen que son araucanos. Es muy probable que hayan sido dominados otrora por los guerreros indígenas de la Araucania chilena.

San Martín de los Andes

La Villa de San Martín de los Andes está situada en el fondo de una estrecha pero bellísima cuenca encerrada entre altas montañas cubiertas de abundantes y lozanos bosques. Está situada a 650 metros sobre el nivel del mar, e inmediatamente al este se levantan terrazas de 150 metros más hasta las extensas llanuras de la Vega de Maipú. Al oeste de San Martín se halla el Lago Lacar, uno de los más notables en la zona andina.

La población de San Martín de los Andes, vista desde las alturas que la bordan, parece un cuadro impresionista en el que los rojos techos de las casas, que aparecen minúsculas, contrastan con el azul de las corrientes de agua y el verde de las largas hileras de álamos, y el policromado de la abundante y variada flora que tapiza su plaza. Sólo quien haya ascendido por la empinada cuesta que lleva al pintoresco hotel de la señora R. S. Raitt, denominado Arayán, podrá apreciar el panorama que ha visto y admirado con atónita mirada.

En el extremo sur y colindante con las afueras de la población se inicia el lago Lacar, estrecho y profundo, y encerrado entre altas y abruptas montañas que se suceden a ambos lados como gigantescos bastidores. Situado a 714 metros sobre el nivel del mar, ocupa una extensión de casi 27 kilómetros, siendo de unos dos kilómetros su ordinaria anchura. Gracias a los bosques de cipreses que cubren las laderas roqueñas

y gracias a los tupidos matorrales de quila que verdean intensamente al Cerro Mayo de 2.061 metros, y al Quinolahué de 1.754, y al Trompul de 1.308 y al Queni de 2.070, y al Requeñire de 1.780 y al Quilaquina de 1.390, es el lago Lacar uno de los más bellos entre los bellos y uno de los más encantadores de toda la región. A pocos kilómetros de San Martín y en las cercanías del Cerro Quilaquina se hallan los restos de la tribu indígena del cacique Curruhuinca.

Si el volcán Lanín es el rey del Parque que lleva su nombre entre los 39º y los 40º, es el Lago Nahuel Huapí el soberano del Parque del mismo nombre que se extiende entre los 40º y 41º aproximadamente. Al norte del mismo y entre montañas cubiertos de vegetación se encuentran los lagos Villarino, Falkner, Nuevo y Filohuenhuen que unidos entre sí por hilos de agua se convierten en gemas de un hermosísimo collar lacustre, destacándose el bellísimo Lago Traful, con profundidades de más de 800 metros y con una extensión de 30 kilómetros de este a oeste, y rodeado de cerros, algunos de los cuales como el Montes de Oca, Alto Mahuida, Filo Negro y Falkner, sobrepasan los dos mil metros de altura.

Los Grandes Lagos

Al sur del Nahuel Huapí encontramos el Río Manso que como araña ha tejido su tela de tributarios, aprisionando así a todo un sistema lacustre, en el que se encuentran los lagos Felipe Laguna o Vanden Meren, Mascardi, Guillelmo, Fonk, Hess, Martín, Steffen y el poco conocido lago Julio A. Roca, rodeados todos ellos de cumbres riscosas que se elevan a varios centenares de metros sobre el límite forestal.

Entre esos dos grupos de lagos, y ocupando una inmensa superficie de 530 kilómetros cuadrados yace plácida y serena en los días bonancibles, pero airada y temible en los días tormentosos, el Lago Nahuel Huapí. Sin ser uno de los mayores de los Andes, es tan largo como el Lago de Ginebra, aunque en su forma se parece más al anchuroso de Lucerna con sus ramificaciones.

El lago Nahuel Huapí con sus islas y penínsulas tiene, como hemos dicho, una superficie aproximada de 530 kilómetros cuadrados. La Isla Victoria que se halla en el centro tiene una extensión de 20 kilómetros y una anchura media de 2 kilómetros, toda ella cubierta de verdor. La más bella de las penínsulas es Llao Llao, siguiéndole en encantos físicos Quetrihue, San Pedro y Huemul.

El lago maravilloso lleva la dirección norte-sudeste, pero en medio de su curso tiende dos brazos hacia el oeste, conocido el uno de ellos con el nombre de Brazo Puerto Blest que es perfectamente navegable y llega hasta el límite con Chile; el otro, llamado Brazo de la Tristeza se dirige al sud-oeste y, por corrientes de agua está unido al Lago Frey y al Lago Mascar-

di. Este, a su vez, está unido al Lago Guillelmo. El Lago Mascardi forma la Península del mismo nombre, en cuya parte septentrional se encuentra el Cerro Fray Elguea y al sur de dicho lago se encuentra el Cerro Fray Laguna, de 2088 metros de altura. Mas al occidente se halla el Lago Felipe.

Recuerdos jesuíticos

Todos esos nombres y otros no pocos recuerdan a los heroicos Misioneros Jesuítas que en las postrimerías del siglo XVII y en las primeras décadas del siglo XVIII penetraron hasta esa zona privilegiada y establecieron allí reducciones indígenas. Los nombres de los Padres Mascardi, Guillelmo, Rosales, Felipe Laguna y Elguea subsisten en la topografía de la región, aunque enfrailados por efecto de la ignorancia. Al sur del Brazo Puerto Blest y al oriente del Lago Frías existe un monolito denominado El Jesuíta. Está en un cerro que asciende a los 1500 metros de altura y parece recordar que fué precisamente por allí que penetró al Nahuel Huapi, en las postreras décadas del siglo XVII, el Padre Nicolás Mascardi, sino el primero, ciertamente el más célebre de los misioneros jesuítas que trabajaron en aquella región del Nuevo Mundo.

Los citados toponímicos recuerdan a los Jesuítas que allí se establecieron en tiempos muy lejanos, pero la nomenclatura más predominante recuerda a los indígenas que ocuparon durante siglos aquel paraíso. Los arroyos Llanquil, Ragintuco, Ujenco, Voruco, Pichunco, Rugico, Coaco, Palchif, Chapulco, y los ríos Pireco, Canquenes, Pichileufú, Cuyín y Limay; los cerros Shaihueque y Ñancucheo y Lepún y Chacayal, Tapayo y Alto Mahuida, Macal y Puyel, Hualquitún y Millaqueo se alternan con los más modernos de Ortiz Basualdo, Los Juncos, El Cautivo, Catedral, Macizo Nevado, Casa de Piedra, Cerro López, Cerro Capilla, Arroyo del Corral, Río Bonito, Península de San Pedro y otros no pocos toponímicos de índole y procedencia hispana.

Toponímicos indios

Los toponímicos indígenas existentes en la zona del Neuquén, y lo propio pudiera decirse de las otras regiones de la Patagonia, indican a las claras el haber existido allí pueblos diversos entre sí, a lo menos en lo que respecta a su idioma. "Uno de los problemas más difíciles, por su complejidad, dentro de la etnología argentina, ha escrito recientemente el señor Antonio Serrano, es la discriminación y sistematización de los diferentes núcleos de población aborigen que ocuparon el territorio de lo que se sigue denominando la Patagonia (2).

Mucho antes de la llegada de los españoles se produjo en esa región o regiones inmensas un desequilibrio étnico que el señor Serrano atribuye a la conquista del territorio Chileno por los Incas. Fué entonces que núcleos araucanos, autóctonos primitivos de Chile, buscaron refugio al oriente de la cordillera andina, penetrando así en lo que es ahora la Patagonia.



Cuando en 1582 Juan de Garay hizo su célebre y atrevida expedición hasta las cercanías del Cabo Corrientes, halló indígenas que llevaban "alguna ropa de lana muy buena" y según ellos manifestaron "la traen de la cordillera de las espaldas de Chile". La araucanización, pues, de nuestra Patagonia era ya una realidad en aquella remota fecha y todo parece indicar que fué intensificándose cada vez más.

Invasiones araucanas

Las guerras que los españoles hacían al sur de Chile contra los obstinados Araucanos si bien a los unos los excitaba más y más contra el conquistador, a otros los desplazaba de allende la Cordillera, y en busca de paz y sosiego penetraban en lo que es hoy territorio argentino, mezclándose con las naciones que existían en el mismo.

El lento proceso, iniciado a principios o mediados del siglo XVI, llegó a tomar carácter oficial después del Parlamento de Llonquilmo, habido en 1784, y según el cual los indios de la pampa entraron a formar parte de la confederación araucana.

"Pero esta fecha, agrega el señor Serrano, representa tan sólo el reconocimiento, diríamos político, de un estado de cosas que veníase madurando desde mucho tiempo atrás. No representa tampoco el apogeo de este proceso, que es posterior a ello y cuya culminación se observa en el siglo pasado.

No faltan los araucanófilos para quienes toda la cultura patagónica no es sino un derivado de la que existió entre los araucanos de Chile, y con el vocabulario del Padre Febrés en la mano hallan el origen araucano de todas las palabras toponímicas que han llegado hasta nosotros. No pocos vocablos son indiscutiblemente de raíz araucana, pero muchísimos otros pertenecen a otras fuentes glóticas. Araucano es el nombre de aquel célebre cacique Callvucurá, pues se deriva de *callvú* que quiere decir azul y *curá* que significa piedra, y araucano es el nombre de aquel otro cacique Namuncurá, que equivale a "pie de piedra", pero el buen Padre Milanesio en su afán araucanizante consignó en su Etimología Araucana que Trelew proviene de *taum*, junta o unión, y *leufú*, río o arroyo, siendo así que la palabra es galense y a la Patagonia la llevaron los célebres colonizadores que vinieron de Gales y poblaron aquellas regiones (3).



Seis núcleos de población

En los siglos 16 y 17 eran seis los grandes núcleos de población que ocupaban toda la Patagonia, entendiendo por tal todo el territorio al sur de los 34º. Cada una de estas naciones o pueblos tenía su propio idioma, aunque su cultura era muy semejante o análoga. Racialmente parece que eran no poco desemejantes entre sí.

La primera de esas naciones era la Querandí que no pocos identifican con los Pampas. "La nación de los Pampas, a

quienes los primeros conquistadores de estas provincias llamaron Querandíes, fué la que dominó todo el distrito de la Ciudad de Buenos Aires", escribía el Padre Lozano a mediados del siglo 18 (4), y sabemos que efectivamente ocupaban en el momento de la conquista las regiones bonaerenses desde el Carcarañá en el norte hasta el Salado y Saladillo en el sur. "Como núcleo étnico, escribe Serrano, ya había perdido su personalidad a principios del siglo XVII" (5).

Los Pampas

La segunda nación era la de los pampas que el señor Serrano llama pampas-set, aunque los españoles los llamaban simplemente pampas por habitar las dilatadas llanuras que se extienden desde el río Colorado hasta las fronteras de Córdoba y Buenos Aires. "Llamo nación a la de los indios Pampas, escribe el Padre Sánchez Labrador, no porque sea distinta de las demás nombrados, sino por acomodarme al modo común de los españoles que la tienen por distinta. Pero después que los Misioneros Jesuitas han conocido bien a estos indios y averiguado su origen, no queda duda alguna de que es una misma nación con las otras" que existían al sur de Córdoba, San Luis y Mendoza (6).

La tercera nación o parcialidad es la Gennaken, más generalmente conocida por Puelches, y a la que los españoles llamaban también Tehuelches y Tehuelkuni. Ocupaban estos indígenas todo el inmenso territorio que se extiende al sur del río Colorado hasta el Chubut, esto es, del grado 38 al grado 44, y desde el Atlántico hasta la Cordillera, si bien sólo hasta algunas partes de la misma.

La cuarta nación era la de los Patagones que ocupaban toda la Patagonia entre los 44º y 52º30' y los Onas que estaban reducidos a la Tierra del Fuego.

Los Tehuelches

La quinta nación era la de los Tehuenches o Peguenches, quienes ocupaban los valles interandinos entre los 36 y 38 grados, o sea, toda la parte norte del actual territorio del Neuquén. Mas al sur, entre los 38º y 46º o 47º, esto es, en lo que es ahora el Parque Lanín y el Parque Nahuel Huapí y regiones más australes tenían su asiento los Puelches y los Poyas, indios que, según parece, nada tenían que ver con los Gennaken, ni con los Tehuelches, ni con los Peguenches, ni con los Araucanos.

Desgradiciadamente es poco lo que sabemos sobre los Puelches y sobre los Poyas. Los primeros ocupaban al tiempo de la conquista hispana, la provincia de Buenos Aires, al sur del Saladillo y Salado, la gobernación de la Pampa, el sur de Mendoza, la provincia de San Luis, parte de Córdoba y la parte de Río Negro comprendido entre este río y el Colorado, y constaban de tres grupos o parcialidades, los Taluhets, los Diuihets y los Chechehets.

Nada se sabe en concreto del idioma de los Puelches y poco es lo que se conoce de sus caracteres sociológicos. Parece, sin embargo, que en este punto se parecían mucho a los Patagones, ya que unos y otros tenían por base de su alimentación la carne de ganado, avestruz, liebre y armadillo; ambos obtenían el fuego mediante el procedimiento de giración; ambos construían sus casas con pieles unidas y sostenidas por postes y de pieles eran también sus trajes. En un punto parecía que diferían los Patagones y los Puelches, a los menos los que otrora habitaban la región de los Lagos, y es el que los últimos desconocían la chicha y las bebidas excitantes, según aseveran algunos historiadores.

Idioma de los Puelches

Aunque en nuestro relato nos habremos de referirir frecuentemente a los Puelches, fueron no obstante los Poyas los indios con quienes más simpatizaron los Jesuítas en Nahuel Huapí y en sus vecindades, si bien así ellos como los citados Puelches tenían su asiento en esa región.

El doctor Milcíades Alejo Vignati llegó a la conclusión de la absoluta identidad de Poyas con Tehuelches o Patagones, y por otra parte supone la identidad entre Pegüenches y Poyas, si bien "los habitantes del sur de Mendoza y norte del Neuquén que han pasado en las crónicas con el nombre de pegüenches (o sea: gente de los pinares, por la gran cantidad de piñones que utilizaban) eran en esa época [anterior a la llegada de los españoles] de una entidad racial y cultural diferente a la de los pegüenches de los últimos siglos. Mientras éstos son de procedencia araucana, aquéllos eran originarios de nuestras llanadas, constituyendo la ola de dispersión más austral de los elementos de la pampa, con los que se asemejaba por su alta talla, su idioma gutural, distinto del araucano, y por muchas de sus costumbres" (7).

Prescindiendo de Falkner, para cuya clasificación geoétnica tiene el doctor Vignati palabras muy duras aunque tal vez justificadas, y prescindiendo también del doctor Lehmann-Nitsche que fascinado por el Jesuíta inglés siguió su tendencia araucanizante, ha escrito el doctor Vignati una preciosa cuanto precisa monografía sobre los Poyas, a base de la información espigada en los cronistas primitivos, sobre todo en los escritos de los militares Diego Flores de León y Jerónimo Pietas y en las crónicas de los Jesuítas Miguel de Olivares, Diego Rosales, José García Marti y Felipe Gómez de Vidaurre.

Los Indios Poyas

Ampliamente vamos a valernos de esta monografía del doctor Vignati, pero no sin agregar las pocas pero valiosas noticias que nos ofrece el anónimo autor de la Vida Apostólica del Padre Mascardi, vida que creemos ser la que escribió a principios del siglo XVIII, o a fines del siglo XVII, el Padre Antonio Alemán, comisionero de Mascardi y Provincial de los Jesuítas de Chile desde 1682 (8).

Por lo que respecta a la situación geográfica de los Poyas, aseveraba en 1729 don Jerónimo Pietas que "viven los más cercanos á los de Nahuelhapi, y entre ellos y los Guilipoyas ocupan desde el gran rio que nosotros llamamos rio de los Saurez, y ellos Labquen-Leubú, que quiere decir rio mar, hasta la tierra de los Caucahues, que poco más o menos son cien leguas, y desde la cordillera todas las pampas hasta el mar del norte tienen sus habitaciones. . . Entre Pouyas y Guilipoyas hay un río grande" (9).

"Habitat" de los Poyas

Lo que quiere expresar Pietas al decir que estos indios "viven los mas cercanos á los de Nahuelhapí" es que, de puro próximos, eran, en realidad, contiguos a las agrupaciones indígenas del lago Nahuel Huapí. La otra interpretación que podría darse, sería la derivada de puntear entre comas 'los mas' como frase incidental. Si así se hiciera, el pensamiento del Maestro de Campo sería el de considerar que la mayor aglomeración de Poyas estaba en las inmediaciones del lugar indicado. No creo viable esta solución, agrega Vignati (10), por las circunstancias concomitantes de atribuir el mismo Pietas a esa entidad una muchedumbre innumerable, mientras que, a la vera del lago, la misión allí erigida nunca contó con un número tan extraordinario de neófitos. Machoni anota exactamente esa condición: "Estas misiones —dice— no estàn en pueblos formados, como las del Paraguay si no es que viven esparcidos, esto es cien Indios, o docientos en una parte, y semejante numero en otra, siendo preciso à esta causa caminar muchas leguas para buscar estas pobres almas desamparadas" (11). De cualquier modo que sea, la margen sur y, seguramente, la sudesde del Nahuel Huapí estaba poblada por tribus Poyas, tal como está documentado en las crónicas relativas a la instalación de las Misiones de los Jesuítas.

El anónimo autor de la *Vida Apostólica* nos informa que la Reina de Nahuel Huapí y los indios que la acataban por soberana, eran Puelches, como eran Puelches los indios apresados en Chiloé y cuya libertad obtuvo el Padre Mascardi. Dicha Reina "envió con su autoridad a llamar a los Poyas, y vinieron de varias partes para oír la palabra divina, y los Poyas Orientales vinieron de más de cien leguas" (12). La alusión a Poyas orientales en contraposición, claro está, de Poyas occidentales favorecería el parecer de Latcham (13) en contra de la opinión del doctor Vignati, de que los Poyas eran pobladores a ambos lados de la cordillera de los Andes. Favorece ciertamente la opinión de Vignati el dicho del Padre Menéndez quien informaba que "más adelante de Yate está el río Puelo, que baja del Leste, y dicen en Chiloé, que los indios Pogyas bajaban antiguamente por él, a maloquear a los que estaban en Yate". Esta frase indicaría la ubicación oriental

de los Poyas, tanto más cuanto que el mismo Menéndez escribe que esos indígenas eran "Indios del Nahuelhuapi, que después que se perdió aquella Misión, por la muerte que dieron los Pogyas al P. Laguna continuaron en venir a Chiloé por algunos años, hasta que el Gobernador Pozo los ahuyentó" (14).

No conviene dar a las cien leguas, que consigna el anónimo, toda la extensión que ellas suponen, por ser un modo habitual entre los cronistas para expresar grandes distancias, pero en cualquier caso indica que los Poyas tenían su *habitat* en el Nahuel Huapí y en otros parajes remotos del mismo. Que tenían también su sede en Nahuel Huapí lo dice el anónimo por estas palabras: "Y luz del cielo fué, que había de morir a manos de los Poyas gentiles, el dejar como dejó en el último viaje que hizo a sus tierras, un papel a los Poyas de Nahuel guapí, que eran buenos cristianos y le habían sido fieles (15).

Los Poyas de Nahuel Huapí

A base de las palabras de Pietas y aunando a Poyas con Huilipoyas se colige que esos indios tenían por límite norte el río de los Sauces o el río de los Saurez, como él se expresa, el cual río no es otro que el actual río Negro. El Padre José Cardiel que fué el primer Jesuita que llegó hasta el río Negro se refiere al Río de los Sauces como a un río que se halla "como 30 leguas" más al sur del Colorado (16). Trátase, pues, del Negro. El Padre Lozano, por su parte, anota que el "Río de los Sauces, . . .dista de Buenos Aires unas 200 leguas y tiene su origen cerca de Mendoza. . .", lo que corresponde al actual río Negro. Este río, pues, y su afluente septentrional, el río Neuquén sería el límite norte del territorio de los Poyas.

El límite sur, según las noticias de Pietas quedaría indicado por dos elementos: "la tierra de los Caucahues y una distancia avaluada en 100 leguas. Ninguna de ambas es categóricamente precisa. La ubicación de aquella entidad indígena sigue siendo un enigma, por cuanto los antecedentes son asaz contradictorios, escribe el doctor Vignati. Mientras para Pietas "habitan entre las cordilleras y las playas del golfillo de los Evangelistas", para el Padre García Martí parece que eran exclusivamente canoeros establecidos en la costa del océano Pacífico (17).

En cuanto a la cifra apuntada por Pietas y la análoga del anónimo autor de la *Vida Apostólica*, tienen el valor relativo de todas las calculadas a ojo de buen cubero por referencias de indígenas, los cuales, por cierto, ignoraban el significado real de tales medidas. Considerada en forma precaria y como simple indicio, las 100 leguas corresponden un poco al sur del 44º. Esta solución, más teórica que real, cobra valor, sin embargo, por el dato suministrado por Pietas de existir "entre Pouyas y Guilipoyas un río grande". La única corriente de agua importante comprendida dentro del territorio de 100 leguas es

el Chubut que, precisamente, corre un poco más al norte del límite austral indicado (18).

Si aceptamos sea el Chubut el confín de las parcialidades Poya, el territorio para los Huilipoya es, fuera de duda, muy reducido. Para aproximarnos a la verdad, será necesario llevar más al sur el límite meridional que, sin esfuerzo, podría llegar hasta el 46°.

Poyas del norte y del sur

Casi cuatro décadas después, el padre Olivares complementa, a su modo, estas noticias. Según su información "a los poyas los dividen en poyas del norte i poyas del sur; por los del norte entienden a los que viven hácia Mendoza i Buenos Aires que confinan con éstos del sur. Mas acá no se entiende por poyas, si no es éstos del sur" (19).

El texto del Padre Olivares es, a este respecto, de una indeterminación máxima. Sin embargo, si se considera en conjunto sus apreciaciones sobre los indígenas de los alrededores del lago Nahuel Huapí y no en forma aislada, se llega a columbrar que el límite septentrional no ha sido tan rígido como el indicado por Pietas. No podría perfilar los términos que obran para esta inferencia, pero hay a manera de sugestión perceptible, una propagación al norte del río Negro "hacia Buenos-Aires i Mendoza". Y, tal vez, confirme este sentir, su explicación de ser para los chilenos, sólo los del sur los verdaderos Poyas, lo cual permite deducir que a los del norte se les conocía con otra denominación.

En la cartografía colonial hallamos siempre a los Poyas ubicados en la zona del Nahuel Huapí. El Padre Juan A. Nyel, en el mapa que compuso en 1705, los ubica al oriente del gran Lago y el Padre Antonio Machoni asevera que se hallan los Poyas al sur de los Puelches y "están situados entre 41 y 42 grados, como los pone en su mapa el Padre Juan Antonio Nyel, y no en mayor altura del Polo, según los describen otros geógrafos". El Padre Juan Ignacio Molina coincide con Nyel y con Machoni al ubicar a los poyas al sur del río Nahuel Huapí, esto es, del río que nace en el lago de este nombre y al que ahora llamamos Limay (20).

Su aspecto físico

Por lo que toca al aspecto físico de los Poyas no existe concordancia entre los informes o datos que poseemos. "Mientras que para Flores de León los Poyas son de talla "corpulenta", para Pietas "son algo pequeños". No parece, sin embargo ser esta opinión la más acertada, puesto que Olivares, escribiendo algún tiempo después, atestigua la altura elevada que tenían e informa sobre su tez. "Son indios —dice— de buena disposición, mas altos que los demas i ni tan morenos; de suerte que si ellos tuvieran mas cultura i policia, podían pasar por españoles". Molina los describe "de estatura procer y agigantada" (21).

"El sexo femenino tenía entre los Poyas modalidades distintas y no exentas de curiosidad, como se irá viendo al hablar de la organización social y de la familia. En lo atinente a su naturaleza, Pietas hace conocer que "las mujeres son mas forzudas que los hombres", y, tal vez, responda a esta circunstancia nada despreciable las imprevistas costumbres que les atribuyen. En cuanto a salud, eran "mas sanos que los puelches" (22).

Sus caracteres morales

En cuanto a los caracteres morales de los Poyas existen igualmente noticias desiguales. "Nación muy belicosa" la considera Flores de León; en cambio, "dóciles de natural y muy tímidos" los describe Pietas, mientras que el Padre Olivares considera que "no son incapaces". El Padre de la Laguna que restableció la misión del lago Nahuel Huapí, nos habla de "la dulzura y docilidad de los Poyas" (23) y el autor de la Vida Apostólica que parece haber conocido de cerca a esos indígenas, nos dice que era "gente simple, humilde".

Su timidez era tanta, que "de oir disparar y aun de solo ver apuntar con arcabuz, se tapan los oidos y se dejan caer en tierra". Por la misma causa sería que "no gustan de alejarse de sus moradas" (24).

Su docilidad estaba en consonancia con su timidez. "Es una gente que guarda la ley natural, agrega el anónimo, que no se emborracha. . .'". "En dándoles a conocer al Dios verdadero, le reconocen y adoran con fe y humildad" (25).

Su dolor era expresado bajo la forma bárbara de la laceración: "cuando tienen una pena, con pedernales se sajan los brazos, vertiendo mucha sangre y este es su llanto", escribe Pietas, y el anónimo autor de la Vida Apostólica confirma ampliamente este aserto: "en ocasión de dolor y tristeza es uso entre estos indios, para mostrarla, el sajarse con pedernales y derramar sangre por todo el cuerpo" (26).

Eran vengativos

Al decir de Olivares, "aborrecen los pecados de injusticia", aunque sabemos que en sus procederes para vengar el homicidio y el hurto obraban precisamente a la inversa: "no por vía de justicia sino de venganza y mala voluntad, y a escondidas y traición", y eran tan vengativos que por la muerte de uno de sus Caciques "habían ido con gente armada y hecho una maloca, y degolládolos a todos, sin perdonar a hijos, ni mujeres". Parecería que eran "buenos" por la fuerza de las circunstancias: "No tienen codicias, ni hurtos, ni materia de qué hacerlos, porque no tienen en sus casas haciendas ni bienes; de un pellejo se visten de Guanacos, y de pellejos son sus casas, y esa es toda su hacienda y no se extiende a más su codicia" (27).

El anónimo autor de la *Vida Apostólica*, de quien son estas postreras frases, nos informa sobre sus alimentos de ori-

gen vegetal en forma que consideramos excesivamente parca: "Es una gente, que guarda la ley natural, que no se emborracha jamás, por no tener de qué hacer chicha granos ningunos, que no se siembran en esta tierra por los grandes ardores del sol". "Sacan, escribe el Padre Olivares, algunas raíces que buscan para comer, que sin sembrar, dan las campañas: una llaman pihui, otra llocon, otra mutiti; y la que es mas abundante i estimada —añade— es el que llaman tucuyo, que en Chile llaman libtu" (28).

No informa Olivares el modo cómo eran comidas esas raíces, pero lo que él olvidó decirnos, lo escribió Pietas, quien informa que las convertían en harina.

Bebidas excitantes

Según el doctor Vignati, otras plantas les suministraban también los materiales para la elaboración de bebidas excitantes, pero sospechamos que debe haber confusión de Poyas con otros indígenas, ya que el autor de la *Vida Apostólica* una y otra vez anota el absoluto desconocimiento de las bebidas excitantes entre los Poyas. Pudiera también ser que en tiempos posteriores conocieran esas fermentaciones hechas "de unas frutas silvestres de los árboles, porque tienen poco grano". La elaboraban de dos clases, según el material empleado, la del muchi y la del laurapú. "Una y otra embriagan", como ilustra el bien informado Olivares (29).

Fuera de los "pajaros y otros animales" de caza, nada nos dicen los cronistas de los elementos animales que los Poyas usufructuaban antes de propagarse los vacunos y caballares, introducidos por el conquistador, que constituían su principal alimento durante el siglo XVIII. Sabemos, sin embargo que no eran ajenos a la persecución de los guanacos, de cuyos cueros se valían así para la construcción de sus habitaciones, como para vestirse.

Instrumentos de caza

Sabemos por el autor de la *Vida Apostólica* que cazaban con arco y flechas y que se valían también de "unas bolas de piedra con que cazan, atadas unas con otras". "Su mantenimiento, escribía el Padre Olivares, es la caza que ofrecen los montes" y el Padre Machoni alude a "los muchos humos que hacen cada día estos poyas, mudándose de unas partes a otras con sus familias en seguimiento de la caza". El autor de la Vida Apostólida escribe que unos indios que habían prometido seguir al Padre al Estrecho de Magallanes " Mascardi quedaron en el camino en su continuo ejercicio de la caza". *Según Flores de León, tenían perros que usaban en estas faenas* (30).

Los Poyas, escribe el Padre Vidaurre, "son vagamundos y cuasi se puede decir que no tienen establecimiento fijo", aunque es inegable, como observa el doctor Vignati, que debían supeditar su ubicación a las exigencias vitales de la provisión

de agua, lo que les obligaría a no alejarse de los grandes lagos y de los vecinos ríos. Pietas así lo anotó cuando escribió que "tienen sus habitaciones a las orillas de los ríos porque hay muchos distritos grandes sin agua" (31).

El tipo de casa era el toldo, formado por cueros o pellejos, según informa Pietas, Olivares y el autor de la *Vida Apostólica.* En tiempos anteriores a la conquista, observa Vignati, habían utilizado la corambre de los animales propios de la región, especialmente de guanacos, tal como lo conocían para esa época otras naciones vecinas, la introducción de ganado caballar y vacuno, modificó el material usado, adoptando, seguramente por su mayor consistencia y tamaño, el de vaca.

Iban casi desnudos

Poca variación sufrió el vestir de los Poyas en el siglo y medio que figuran en las crónicas. Flores de León consigna: "andan vestidos de pieles de guanacos y de pellejos de avestruces". Vidaurre apunta que "van casi desnudos y solo una piel de zorro o guanaco, tirada por la espalda, cubre sus carnes". Olivares se explaya en detalles llenos de interés, ya que señala la diferencia sexual del indumento. El vestido femenino "no es otro, dice, que una manta o pellon de pieles de guanaco, que les cubre desde la cabeza a los piés; i en uno u otro se envuelven"; "todo lo demas —agrega— está sin abrigo". "Solo se ciñen a la cintura —informa— uno como delantal que a las mujeres llega hasta las rodillas". A su vez, el taparrabo masculino era otro delantal que "remata en punta", el cual "para andar a caballo prenden en la misma correa por las espaldas". Esta correa, mencionada en forma tan inusitada, no es otra cosa que el cinturón con el cual se sujetaban el manto todas las entidades patagónicas que usaban manto de pieles, como observa muy bien el doctor Vignati (32).

Horadaban las narices

No parece, a través de las crónicas, que los Poyas acostumbraran aderezar sus cuerpos. Sin embargo, a pesar de este silencio, no es dudoso, escribe el doctor Vignati fundadamente, que recurrieran a la pintura del rostro para los mismos fines que lo practicaban las otras tribus pampeanas y patagónicas. Flores de León, el descubridor de esta agrupación étnica, en un segundo viaje realizado a la región de los Poyas, en un lugar que podemos avaluar muy próximo a los 42º, ya que había penetrado por el río Puelo, encontró "un indio de tierra adentro que tenía las narices horadadas, como los del Perú". Por su parte, el autor de la Vida Apostólica asevera que los indios que mataron al Padre Mascardi "fueron unos Poyas bárbaros, que traían las narices agujereadas y en ellas unas chapas de metal y chaquiras colgando" (33).

Tanto más interesante resulta esta información de Flores de León y del anónimo, podemos decir con el doctor Vignati,

por cuanto viene a confirmar la que hicieran Vehedor en la parte continental de la gobernación de Santa Cruz, y Fletches en la costa atlántica, considerada esta última —aun en tiempos muy recientes— única referencia de tan curiosa costumbre (34).

Flores de León sin manifestar categóricamente que ya tuvieran los Poyas hábitos ecuestres, lo sugiere, por cuanto dice que tienen "muchos caballos y perros de caza" pero Pietas nos dice que iban a sus cacerías a caballo y acompañados de muy buenos galgos.

Hábitos ecuestres

Años más tarde, los hábitos ecuestres facilitaron sus andanzas. Una información de Pietas permite inferir el uso de montura, puesto que se refiere a la cincha de los mismos. La travesía de los ríos caudalosos la hacían montados, previniendo a los caballos con flotadores, idea que, por cierto, deben haber adoptado de los españoles. Los flotadores eran "dos cueros de guanaco llenos de viento" que aseguraban a uno y otro lado de la cincha. Los cueros del mismo animal les servían también para el transporte del agua durante las travesías de las regiones desprovistas de ríos y fuentes (35).

Pietas, siempre sintético en sus apreciaciones, dice que las armas de los Poyas "son flechas y laques". Así expresado, podría hesitarse si hacía referencia a las de caza o a las de guerra, o si, por el contrario, eran las mismas para ambos fines. Afortunadamente, el texto del Padre Olivares solventa la duda: "su ejercicio, dice, no es otro que andar de unas partes a otras en sus cazas, con sus flechas i bolas enramadas, con que pelean, agrega, cuando tienen guerra" (36).

Orden social

Las observaciones referentes al orden social son un tanto deficientes especialmente por lo confuso de los textos que se conocen. En términos generales puede determinarse que el gobierno era el de cacicazgo: "reconocen alguna cabeza en cada parcialidad". Este mismo jefe era el encargado de distribuir justicia, aunque lo hiciera en una forma elemental y primitiva, indiferenciable de la pena de talión; a él "acuden en sus trabajos, o por temor servil de algún grave daño que le pueden hacer; y si reciben algún agravio les dicen, ofreciéndole ampararle, que haga otro tanto; que se compense hurtando, si algo le deben o que maten, si lo pide el caso, no por vía de justicia, sino de venganza y mala voluntad, y a escondidas y traición (37).

Correspondía al cacique "juntar gente para sus guerras y malocas y capitanearlos", pero, al parecer, su poder era asaz precario puesto que debía obrar por convencimiento: "mas todo por vía de ruego, no de imperio", como dice Olivares (38).

Entre los los Poyas el gobierno era ejercido indiferente-

mente por uno y otro sexo. Bastaba a las mujeres tener las condiciones de idoneidad propias del cargo, o como dice Olivares con rara sencillez: "si son capaces". Este cronista parece haber conocido "a una vieja que en su mocedad gobernó a los puelches de Nahuel huapi, los juntaba, hacía parlamentos, los incitaba a las malocas" motivos por los cuales "los españoles la llamaban la reina" la cual es la misma que apoyó la labor evangélica del Padre Mascardi, como veremos más adelante.

El Padre Rosales nos dice que esta "india nobilísima era de nación poya" y la llamaban de aquella manera "porque ser mujer de un cacique principal, no porque en realidad lo fuese, que esta gente es bárbara, y no tiene rey; mas su autoridad, el señorío que tenía sobre los demás, y su presencia, le habían granjeado este nombre de Reina" (39).

La famosa "reina"

En cuanto a la organización familiar tenemos noticias muy contrarias y aun contradictorias ya que el Padre Mascardi y el autor de la *Vida Apostólica* declaran que eran monógamos los esposos e indican que no eran poliándricas las mujeres. El Padre Olivares expresa la opinión contraria en ambos puntos. El Padre Mascardi defendiéndose de la acusación que le hacían de ser muy fácil en bautizar a gentes tan salvajes como los Poyas del Nahuel Huapí, se defendía manifestando que "toda era gente sin idolatrías, sin borracheras, ni multitud de mujeres". Viendo el Misionero la buena disposición de los Poyas "los bautizó, y casó con sus mujeres, según el orden de la Santa Madre Iglesia, que no hay entre estos indios multiplicidad de mujeres, como en los demás de Chile, ni indio alguno que tenga dos mujeres, sino todos una, y las tienen en grandes respeto, llamándolas Madres" (40).

¿Cómo conciliar etsos asertos tan concluyentes con los del Padre Olivares quien no sólo expresa la existencia de la poligamia pero también la poliandria? "No sólo es de un hombre con muchas mujeres, nos dice él, sino también de una mujer con muchos hombres, con los cuales alternativamente comunica, y viven todos en una misma casa, y cuando el uno va a la caza, el otro sustituye sus veces". El Padre Vidaurre llega a decir que "las mujeres toman por lo menos dos hombres por marido" (41).

Eran monógamos

Ante los asertos de Mascardi y del anónimo autor de su biografía nada vale el aserto de Vidaurre pues escribió medio siglo después de la desaparición de las reducciones de Poyas, a quienes jamás conoció ni trató personalmente. Olivares tal vez confundió Poyas con Puelches, de quienes se ocupa simultáneamente, y no sería improbable que uno de los dos grupos en que divide a los Poyas, llamando a los unos Poyas del norte y a los otros Poyas del sur no fueran en verdad Poyas sino Puelches, y a ellos habría que atribuirse cuanto asevera respecto de la poligamia y poliandria (42).

Religión de los Poyas

Pocas desgraciadamente son las noticias que poseemos acerca de la religión de los Poyas. Cuando el Padre Mascardi cruzó la primera vez la Cordillera en compañía de los indios libertados por él en Chile, como después diremos, encontraron "en lo alto de la Cordillera nevada un ídolo de una vieja, a quien temían mucho los indios, que le llevaban y le tributaban todos al pasar leña para que hiciese fuego, y sino, decían que armaba tempestades, y mataba a los pasajeros". El mismo autor de la Vida Apostólica nos dice que los Poyas del Nahuel Huapí decían que el Padre Mascardi era un Guecubu o espíritu bienhechor (43).

El Padre Olivares nos dice que "sólo temen o conciben una causa oculta que ellos no ven ni saben qué es, la cual les puede hacer mal o bien, a quien llaman chahuelli, y como en Chile huecubu, y les parece que esta causa invisible puede más que ellos". La asimilación con el huecubu araucano, escribe Vignati, se revela en las siguientes creencias que son idénticas a las de este pueblo. "Se descuidan mucho con los enfermos dice Olivares, respecto a los Poyas, y los sacan fuera para que mueran, porque no contaminen la habitación, que cuando alguno muere en ella, todos la desamparan, como apestada con el *chahuelli* que entró en ella". En otro lugar, el mismo autor narra las palabras de un brujo: "Yo moriré, exclamaba enfurecido, si entra en mi cuerpo el *Chahuelli;* y si él no entrare, no he de morir". Uno de los misioneros lo encarnaba, según los Poyas: "Porque eres, decían, un *chahuelli,* o causa de este mal. Has consumido la gente del norte, y ahora das principio a nuestra ruina con tus embustes. Si tú no vinieras, nuestro viejo no se hallara en este estado" (44).

Estas situaciones mentales, escribe Vignati, son las que tenían los araucanos ante su espíritu malo. Tenían brujos que interpretaban los designios divinos, y cuya influencia llegó a determinar la disminución de la población por las reyertas que provocaban (45).

Idioma de los Poyas

Una sola noticia puede darse del idioma de los Poyas, la cual, complemento inevitable en tanta indigencia, es de carácter negativo: la de ser "diferente", como apuntara Flores de León al describirlos, y asienta categóricamente el biógrafo de Mascardi diciendo de los Poyas que son "nación diferente y de diferente idioma". ¿A cuál lengua era diferente? ¿La discrepancia era con una o con varias? La diversidad con el araucano es evidente, fuera de que al respecto hay una rotunda aseveración del Padre Molina: "hablan un lenguaje totalmente distinto del de los moradores de Chile". No es, pues, esta disimilitud la que se ha querido consignar, sino la otra, de mayor valor, la de no ser la misma lengua que hablaban los indígenas con los cuales habían estado en contacto anteriormente, los

Puelches, por otro nombre, Serranos, habitantes de la región norte del Neuquén. Como confirmación inequívoca de este hecho, debe recordarse que los PP. Mascardi y Guillelmo debieron aprender la lengua Poya, para adoctrinar a esta nación; a más, el primero de ellos, cuando escribió sus cartas a los césares lo hizo, también en "puelche y poya" (46).

Pietas, por su parte, manifiesta que la pareja de indios de esta nación que tuvo en su casa, sin dificultad aprendieron la lengua española y le "enseñaron algo de la suya" (47).

Variedad de lenguas

Por último, la información de Olivares es terminante: "por estas cordilleras que corren al sur, dice, hay diversas naciones de indios, que todas tienen su idioma particular, aunque todos entienden la lengua poya, que es muy general a todos estos indios". Ello implica, no solamente, la existencia de un idioma propio, sino, también, como muy bien anota el doctor Vignati, la hegemonía efectiva que ejercía como consecuencia de la cuantiosa población, distribuída en un ámbito verdaderamente enorme.

En cuanto a las características del idioma Poya no ha llegado hasta nosotros información alguna sobre su gramática y vocabulario. El P. Olivares, consigna que el Ser Supremo, hacedor del bien y del mal en su religión, lo llamaban "Chahuelli"; las plantas que proveían fruta para sus bebidas se llamaban "muchi" y "laurapú"; los vegetales cuya raíz aprovechaban como alimento eran "pihui", "llocon", "mutiti" y "tucuyo". Un cacique se llamaba, según Flores de León, "Yaguapana" y otro, como la tierra que habitaba, "Tipayante", "que quiere decir nacimiento del sol". Conocemos además, los nombres de los caciques "Manqueunai", "Maledica" y "Talian". Tal vez sean estas las únicas palabras verdaderamente originarias del idioma Poya que han llegado hasta nosotros bajo este marbete (48).

Diego Flores de León

Don Diego Flores de León, a quien tantas veces hemos citado en las páginas que preceden, fué el primer europeo que pisó la zona de Nahuel Huapí y contempló y admiró su belleza inigualada. Oriundo de Madrid y descendiente de los reyes de Francia y de León, fué Flores de León uno de los ilustres capitanes de su época. Después de batallar en Méjico y en Panamá, pasó a Chile en 1590, de donde partió para el Perú y aun para Méjico, donde desempeñó el puesto de juez de cuentas. En 1603 le hallamos en Cuba y años más tarde en Lima, desde donde se le destinó a Chile por sargento mayor de un tercio de soldados. Nombrado Maestro de Campo y agraciado por el Rey con cuantiosa renta, pasó a España en 1625, de donde regresó en 1627. Falleció en Concepción el 1º de septiembre de 1637 a la edad de setenta y seis años (49).

Antes de su viaje a España, en febrero de 1621 partió el

Maestro de Campo Diego Flores de León en busca de los famosos Césares. Eran así llamados los compañeros del Obispo de Plasencia que se extraviaron en los mares del sur en 1541 y a quienes se habrían unido, capitaneados por Fray Antonio Quadramira, franciscano, los sobrevivientes de las colonias de Jesús y de San Felipe, fundadas en el Estrecho de Magallanes por don Pedro Sarmiento de Gamboa y que se llamaron las ciudades de los Césares por haberse fundado por orden del César Carlos V. A los pobladores de esta ciudad conjuntamente con los sobrevivientes de la mencionada expedición marítima se les suponía perdidos en los desiertos patagónicos, aunque moraban en una población de clima paradisiaco y poseían fabulosas riquezas.

Ya en 1601 hubo quien aseveró que los moradores de la fantástica ciudad "viven en casas de piedra y andan vestidos y se sirven de vasijas de plata y oro, y tienen sujetos algunos de los indios sus comarcanos, que no son tan políticos. Esta conquista [la de los Césares] es ahora la más deseada en estas partes . . Hay más adelante, hacia el Estrecho, otros indios entre los cuales hay algunos descendientes de blancos, según ellos dicen, y andan vestidos y tienen espada, y andan a caballo. Pero no en caballos, antes por las señas que dan, son borricos . . ." (50).

Los famosos Césares

En 1609 escribía el Padre Diego de Torres, primer provincial de los Jesuitas en el Río de la Plata, que "aquí cerca [de la ciudad de Buenos Aires] están los Césares". Los tales son "unos españoles que allí llegaron con intento de descubrir la tierra y se quedaron allí. Son muchos y no tienen noticia de la fe de sus antepasados. Son muy altos y valientes y más blancos que los indios del Paraguay . . ." (51).

Años antes, el Gobernador del Tucumán, Juan Ramírez de Velazco pensó en buscar la ciudad de los Césares y al efecto promovió en 1587 una averiguación minuciosa. Resultó de la misma que la remota ciudad existía deslumbrante, dichosa, rica, cerca del estrecho de Magallanes. Se llamaba Linlín y era su rey un muy poderoso "inga". Obedecían a éste doscientos mil indios y además treinta mil españoles, multiplicados de una expedición perdida por naufragio, sesenta años antes, en las aguas del Estrecho (52).

En los autos de la averiguación no comparecieron testigos escépticos. Para los más espectables la existencia del reino de Linlín era cosa muy sabida. Fray Reginaldo de Lizárraga, de la orden de los predicadores, después obispo, pide ir a la ciudad de los Césares para ejercer allí su ministerio religioso. Lo mismo solicita, durante su declaración, el padre Jesuita Alonso de Barzana, quien dice estar al tanto, por personas fidedignas, "de la ynnumerable gente y rriquezas que ay en

el linlin y que estan poblados en una laguna a usança de mexico y que es grandisimo rrey aquel de linlin y que es ynga y que trae en campo hordinariamente quarenta mil conbatientes". Una india cristiana, llamada Juana Upina, asegura haber conversado con indios procedentes del maravilloso país, y que traían "patenas de oro y de plata para ponerse por gala en los pechos" y "ticas de oro que son como plumajes para poner los yndios en la caueça y que los yndios de telan dizen que el cacique señor de aquella tierra trae una corona de oro en la caveça con una borla en ella que cae en medio de la fronte" (53).

En todas las declaraciones desfilan suntuosas imágenes y refulgen el oro, la plata y las esmeraldas. Todos los testigos encarecen el poderío de aquellos "ingas", emparentados con los del Cuzco, y por cuyo secreto socorro a los araucanos habrían hallado los españoles tanta resistencia en Chile. Con su propio testimonio el gobernador Velasco corrobora las brillantes noticias, y así también lo hace el escribano que levanta la información, don Alonso Tulacerbin. Este refiere que muchos indios de la cordillera envían tributos anuales al rey de Linlín. Al tiempo que iba Almagro a Chile, se habrían visto pasar quinientos soldados y más de tres mil indios de servicio llevando una parte de este tributo en noventa angarillas, tan cargadas de oro y plata, que cada angarilla era cargada en hombros, con frecuente remuda, por veinte o treinta hombres. El oro, "de veynte y dos quilates", iba en tejuelos "marcados con la marca del inga". En cierta ocasión, también referida por el escribano Tulacerbin, los españoles sorprenden esta caravana del tributo, y embisten contra ella y logran quitar a los indios una de las angarillas . . y echa la repartición deste oro se jugauan estos tejuelos entre los soldados". Huyen los indios con las otras angarillas y para sustraer el áureo tributo a la codicia de los españoles "llegaron a un çerro y al pie dello enterraron y echaron la mitad del çerro encima" (54).

Riquezas de los Césares

Así, pues, la existencia de los Césares se funda, a fines del siglo XVI, sobre noticias numerosas y muy bien coordinadas, y en este sentido aventaja con mucho a El Dorado, que inventó Francisco de Orellana para adornar preciosamente su legendaria aventura del Amazonas.

Después de levantada la fehaciente información, Ramírez de Velasco determinó marchar a la conquista de Linlín. Pero no pudo hacerlo porque Felipe II le quitó, en esa gran ocasión, el gobierno del Tucumán, y puso al capitán don Agustín de Ahumada, uno de los dos hermanos de Santa Teresa de Jesús que vinieron a países de América. Puede imaginarse la amargura del viejo conquistador desposeído. Está por irse a

Europa cuando inesperadamente el virrey del Perú le ordena asumir el gobierno del Río de la Plata. Lo acepta con satisfacción, y en seguida escribe al rey para proponerle capitulaciones: se comprometía, por una de ellas, a descubrir y dominar el país de los Césares. Pero la muerte deshizo en su alma este sueño heroico de los conquistadores (55).

Hernandarias y los Césares

Lo que ese conquistador no llegó a emprender, lo emprendió, aunque infructuosamente claro está, el gran Gobernador Hernandarias. En 24 de octubre de 1605 le escribía el Rey desde Ventosilla y le manifestaba entre otras cosas que "He entendido lo que dezis açerca de la prebençión y resoluçión que teniades de haser la jornada de los cesares en que olgaria oviesedes tenido buen subçeso y de lo que huviere resultado desta jornada me auisareis".

Hasta el lenguaje, con sabor de los tiempos, nos conduce a la íntima curiosidad del rey, que ansía un relato del admirable acontecimiento. Se lo había anunciado Hernandarias en repetidas ocasiones, y apenas tomó por segunda vez la vara del gobierno lo hizo con las siguientes palabras:
"el año que viene Con el diuino fauor procurare bajar a este puerto a dar asiento en el descubrimiento y conquista de los çesares que como vuestra alteza abra entendido es la notiçia de mas nombre y la Cosa mas ymportante de quantas ay al presente en estos rreinos y de donde se tienen grandes esperanzas".

Como se ve, no disimula la exaltación de su espíritu al decidir la conquista de la remota ciudad encantada.

Ya se forma, a dos leguas de la ciudad de Buenos Aires, el campamento de la expedición. ay cerca de mil caballos, ochenta carretas con sus cubiertas de cuero, innumerables yuntas de bueyes, listos para agacharse al yugo. Se remueve la multitud de los indios amigos, con sus lanzas y su flechería. Negros esclavos e indios de servicio acarrean las provisiones. Nunca han visto los habitantes de Buenos Aires espectáculo semejante. Reina un espíritu de aventura, y sobre el humilde, achatado caserío, donde hasta las iglesias son de adobe y paja, resplandece maravillosamente la ciudad de los Césares, la Linlín del poderoso monarca "inga", con indecisas cúpulas de oro, su soñada riqueza de esmeraldas y los treinta mil españoles cautivos.

Va en busca de ellos

El 1º de noviembre de 1604 parten los expedicionarios con Hernandarias al frente. Dos sacerdotes, el Arcediano de la Catedral, Pedro Manrique de Mendoza y un religioso franciscano, Fray Gabriel de la Anunciación, pariente de Irala, acompañan al gran caudillo. Una vez internados en la pampa, alejados de los pocos ombúes que podrían darles sombra, faltos de agua pues el año fué malo en lluvias, la suntuosa imagen de Linlín era poco a poco sustituída por el blanco espectro

de la muerte. Aquel viaje monótono hacia lo desconocido fué apelmazando los brios aun de los más valientes. Después de un andar de ciento cincuenta leguas por las llanuras cubiertas de secadales, detienen las cuarenta carretas su marcha lenta y su agrio rechinar, y con las mismas constrúyese una fortaleza donde puedan permanecer los expedicionarios. Eso acaecía hacia el meridiano 66 de Greenwich y en las vecindades de lo que es ahora Santa Rosa de Toay.

Hernandarias con cien hombres y quinientos caballos, y acompañado de los dos sacerdotes cabalgó en medio de las mayores penurias, con rumbo al Sur, y después de cabalgar más de cuarenta leguas llegaron hasta las riberas del Río Colorado. Lo cruzaron y siguieron descendiendo. "Jornada y media después toparon con un río caudaloso y hondable que no se pudo pasar ni badear, y poblado de islas y arboleda". Era el Río Negro, y tal vez la Isla espléndida de Choele Choel. Avanzaron intrépidos los jinetes, en la persuación de estar ya muy cerca de los Césares, pero los indios de la región los acosaban de continuo y las vituallas estaban tan reducidas que les era necesario matar los caballos para su sustento. Se impuso el triste regreso, y a los cuatro meses llegaba a las vecinas quintas las primeras destartaladas carretas de la fracasada expedición (56).

Llega al Río Colorado

También había de fracasar la que diez y siete años más tarde había de emprender el Maestre de Campo Flores de León, pero no había de ser del todo infructuosa. Los cuarenta y seis hombres que componían la columna de descubrimiento, escribe Medina, se embarcaron en Calbuco en unas piraguas, y corriendo siempre hacia la cordillera por el río que llaman de Peulla, desembocaron en la laguna Nahuel Huapí, ataron entre sí las embarcaciones y de esta manera surcaron sus aguas por espacio de ocho leguas. Grandes fueron las penurias que experimentaron siguiendo las quebradas faldas de los Andes, y no poco el hambre que sufrieron por espacio de dos meses, hasta que al fin toparon con un indio que les refirió que un navío había invernado en una isla hacia el Estrecho. Dijímosle, añade Flores, que nos guiase porque queríamos ir en busca suya, y espantado de nuestra determinación se puso de pie, que hasta aquel punto había estado sentado en el suelo y cogiendo muchos puños de arena, las echaba al aire diciendo que él guiaría, mas que supiésemos que había más indios que granos de arena tomaba él en las manos... y por ser poca la gente con que íbamos, pareció a todos los compañeros no pasar adelante, y así nos volvimos..." (57).

Expedición de Flores

En febrero, pues, de 1621, y buscando la ciudad encantada de los Césares halló Flores de León la región más encantada del terirtorio actualmente argentino y sin duda una de las más

sorprendentemente bellas que existen sobre el haz de la tierra. Tal vez el hecho de haber vivido en el sur de Chile y gozado durante largos años del clima paradisíaco y de los maravillosos panoramas allí existentes no excitó en él aquella admiración que hoy día suscita en los que llegan hasta esas latitudes y habría sin duda despertado en Hernandarias y en sus esforzados soldados si hubiesen llegado hasta la región de los grandes Lagos.

Luis Ponce de León

No en busca de los fantásticos Césares sinò con el fin de apresar a los indígenas y hacerlos trabajar como esclavos llegóse hasta el Nahuel Huapí en 1649 el Capitán Luis Ponce de León, hombre de temple colérico y de un apasionamiento sin límites contra los indígenas todos. Nacido en el tiempo en que sus padres estaban presos por los araucanos, después de la caída de Villarica, y militar desde la niñez, no entendía lo que era el justo derecho de los indios. Aun más: al proponerse hacer una leva de esclavos violaba el tratado de paz que ocho años antes habían celebrado los españoles y los naturales (58).

Con diez y seis soldados hispanos y mil indios auxiliares partió Ponce de León desde el Fuerte de Voroa, situado al sur de río Cautín, en plena Araucania, y cruzó los Andes por el boquete de Villarica, pasó junto al magestuoso Cerro Lanín y se dirigió hacia el Lago Huechulafaquen, sobre uno de cuyos brazos, el Epulafquen halló a los Puelches preparados a resistirlos. Noticiosos de la maloca que se les traía, habíanse atrincherado en una de las islas de aquel lago. Unos desertores holandeses de la escuadra de Brouwer dirigían la defensa (59).

Nada intimidó al soldado español. Construyó balsas y asaltó la isla y puso en fuga a los defensores. Trescientos de ellos fueron apresados y considerados esclavos.

Aquella incursión tan injustificada como cruel puso en pie de guerra a todos los Puelches y a sus aliados. Convocaron a todos los caciques a un parlamento y quedó establecido un levantamiento general.

El Jesuíta Diego Rosales

El gobierno de Chile temió las consecuencias del mismo y la consiguiente irritación de los indígenas de la Araucania, tan temibles siempre y tan predispuestos contra los españoles, y para alejar la tempestad no halló mejor medio que solicitar del Padre Diego de Rosales el que pacificara a los irritados indígenas. Este gran Jesuíta fué, sin duda alguna, una de las figuras próceres en la historia de la conquista de Chile. Los indígenas que tanto aborrecían al español, amaban entrañablemente a este hijo de la coronada villa de Madrid. Durante un cuarto de siglo había sido él quien con su singular habilidad y destreza había conseguido amansar la cólera de los indómitos araucanos ante las repetidas deslealtades y felonías

de capitanes envalentonados o de mandatarios tan detestables como don Antonio de Acuña, sucesor indigno del noble y valeroso Mugica.

El Padre Rosales no se negó, antes aceptó complacido la misión que se le encargaba, pero puso por condición el que se le entregaran todos los indios cautivados por Ponce de León y por los demás maloqueros. Acompañado y guiado por el Cacique Catinaquel y seguido de todos los indígenas puestos en libertad, penetró Rosales por el llamado Paso de Villarica que es según muchos el actual Paso Malalco, cuya altura es de 1498 metros, desde donde descendió, cruzando desfiladeros y precipicios hasta llegar al lago Huechulafquen donde le salió al encuentro el Cacique con muchos de sus indios.

"Plantó luego una Cruz"

"El Padre Rosales plantó luego una gran cruz, y les predicó con fervor, escuchándolo todos atentamente, y con tal emocion de sus corazones, que le pidieron el santo bautismo. Administróselo con gusto al cacique, por estar enfermo, y á los párvulos; y los convocó á parlamento (60).

"Este se tuvo en Pintullanca, donde concurrieron muchos puelches, pintados hombre y mujeres, y vestidos con cueros de guanaco, á ver al Padre como á un *perismunto ó guecubu* que significa una cosa rara ó nunca vista; por no haber visto jamás ningún sacerdote en su tierra. La primera diligencia del misionero fué enarbolar también aquí, la santa cruz, la que todos adoraron respetuosamente; y luego explicóles los misterios de la religión, expresándoles ser ella el objeto principal de su viaje, y á la que se enderezaban la paz y amistosas relaciones que entre ellos y los españoles iba á entablar. Observando la buena voluntad con que recibian aquella nueva, dió lugar á que les hablara Catinaquel, quien les hizo un elocuente razonamiento, en que los exhortó á la paz, á recibir el Evangelio, á ser fieles á Dios y al Rey, y á vivir en paz unos con otros. Contestóle el cacique Malopara, el más noble y estimado entre ellos, con un discurso, que por su novedad merece ponerse aquí, tal como lo trae el Padre Rosales, á quien dejaremos que nos acabe de contar este suceso.

Parlamenta con los Indios

"El indio, dice este Padre, era de grande estatura y bien dispuesto; venía vestido de un pellón de tigre; su rostro y cuerpo muy pintados, con aros y flecha en la mano, su carcaj al hombro, en la cabeza un tocado de una red, y al rollete entretejidas muchas flechas, con puntas de pedernal blanco. Y plumas de colores en el otro extremo. Púsose en medio, con su flecha en la mano, y habló en dos lenguas, haciendo su parlamento: primero en la lengua de Chile, respondiéndome á mí y al cacique Catinaquel; y luego en lengua puelche, para que entendiesen lo que nosotros y él habíamos dicho los que no sabían la lengua de Chile, sino la puelche, que es en todo diferente; y dijo así:

Discurso de Catinaquel

"Desdicha nuestra ha sido el haber nacido puelches; por "ser una gente que vive vida comun con las bestias y tiene "semejanza con las fieras. Aquí hemos nacido, y aquí nos "hemos criado; y como no sabemos de otro mundo, este nos "parece el mejor, y en este estamos bien hallados. Vivimos "vida comun con las bestias, por no haber conocido á Dios, "ni haber tenido quien nos dé noticia de él hasta ahora; y "porque no aspiramos más que á vivir, ni tenemos otro "modo de sustentar la vida, que las bestias; porque nuestras "tierras, por ser tan cálidas, que el sol con ardientes rayos "las abrasa, no dan fruto ninguno en los árboles, ni pro-"ducen las semillas; que avarientas se las guardan, ó esté-"riles las consumen. Y así nos vemos obligados á sustentar "la vida paciendo yerbas ú hozando raíces; y cuando este "sustento nos falta, nos hacemos de la banda de las fieras. "Entonces, vestidos de su naturaleza y de sus pieles, como "yo ando vestido con esta piel de tigre, con el arco y la "flecha, sustentamos la vida y alimentamos nuestra existen-"cia, imitando al leon y al tigre, que, como fieras más po-"derosas, se sustentan á costa de la sangre del humilde cor-"dero y del animal más tímido. Nunca se han levantado "nuestros pensamientos á más que los de una bestia y de "una fiera, que son de sustentar la vida: no hemos apete-"cido reinos, tierra, ni señoríos, ni hacienda, oro, plata, ga-"las, ni arreos; que la vida humana se contenta con poco, "cuando no es mal contenta ni ambiciosa. Y así, nunca he-"mos hecho guerra, ni pretendido ampliar nuestro señorío, "ni aumentar nuestras haciendas. Las que tenemos, las lle-"vamos siempre con nosotros: nuestra habitacion es el cam-"po, nuestras viviendas unas casas de pellejos, ó unas cue-"vas. Solo en la razon nos mejoró la naturaleza á las bes-"tias y á las fieras; y esa nos ha contenido, para no tener "enemistades con nadie. Cuando los españoles poblaron an-"tiguamente á Chile, aquí nos dejaron: despreciándonos por "pobres y motejándonos de inútiles. Con los de Chile tuvie-"ron sus tratos y sus comercios; y esos, ingratos á sus bene-"ficios, se volvieron contra ellos, y les hicieron guerra; qui-"tándoles las vidas, las haciendas y las mujeres; y engen-"drando hijos en las españolas; levantando de punto su na-"tural, con la multiplicacion de los hijos blancos y mesti-"zos de dos sangres, mixta de indio y español. En ese tiempo "nosotros nos conservamos en nuestros humildes ejercicios. "Miramos los toros desde afuera; no tomamos las armas "contra los españoles, ni se nos alzaron los pensamientos "á hacerles guerra; así por no ser de nuestro natural el ha-"cerla, como porque los mirábamos con respeto, como á *vi-"racochas* o hijos del sol. Y todo el tiempo que los de por

"Como hijos del sol"

" allá han estado haciendo la guerra á los españoles, nos he-
" mos estado nosotros acá de esta banda de la cordillera en
" nuestras ocupaciones. No quiero más prueba de esto, sino
" que es mucha y de diferentes lenguas. Mirad sus galas y
" sus arreos; que para esto, que es la mayor fiesta que jamás
" han tenido, para el más solemne concurso, para el día del
" mayor regocijo han traido todas sus joyas, todos sus arreos
" y todas sus galas. Ved si hay alguna despojo de españoles.
" Mirad si entre tantos soldados hay algunas armas de acero,
" alguna cota, alguna espada, alguna lanza, ó arma de espa-
" ñol alguno. Arcos y flechas vereis no más, para pelear con
" las fieras. Aquí están todas nuestras mujeres; mirad si hay
" alguna española: aquí han venido todos nuestros hijos; ved
" si alguno tiene mezcla de otra sangre. Y pues aquí no hay
" despojos, armas, ni mujeres, ni sangre de españoles, buena
" prueba es que jamás hemos hecho guerra; que no hemos te-
" nido codicia de su hacienda, ni derramado su sangre. Cuan-
" do los de Boroa, la Imperial, Tolten y Osorno dieron la
" paz al marqués, concurrieron nuestros caciques, no tanto
" á darla, porque no la habíamos quitado, sino á dar el re-
" conocimiento al Rey, como sus vasallos. Por inútiles nos
" dejaron, y por pobres no hicieron caso de nosotros. Pero los
" indios de la otra banda, como hicieron paces con los es-
" pañoles, y no hallaban modo cómo cebar su codicia en ellos
" y hartar su hambre en sus carnes, se volvieron contra nos-
" otros; y como fieras más poderosas, se sustentaron de nues-
" tras carnes, y se alimentaron de nuestra sangre, haciendo
" presa en nuestros ganados; y cuando los hubieron consu-
" mido todos, viéndonos humildes y mansos corderos y te-
" merosa caza, dieron en cazar nuestros hijos y mujeres,
" para vendérselos por esclavos á los españoles: y trayéndolos
" en su ayuda al cebo de la segura presa, nos iban consu-
" miendo y acabando. Y acabaran sin duda con nosotros,
" si el Gobernador no se hubiese dolido de nosotros, y el
" Padre, que ha sido nuestro padre y nuestro redentor, no
" hubiese venido á apadrinarnos y á redimirnos de tantas ve-
" jaciones; á sacarnos de la garganta de los lobos, y librar-
" nos de las rapantes uñas de los tigres y fieros leones. Ya
" desde hoy viviremos seguros y contentos; pues conocemos
" á Dios, y tenemos quien nos ampare y defienda. De paz
" hemos sido siempre, y de paz somos. Y aunque no tene-
" mos toquís, ni instrumentos de guerra, por no faltar á la
" ceremonia, quebraré estas flechas, para que se entierren al
" pie de la cruz". "Y así lo hizo; y el cacique Guinulbielu,
en lugar de oveja de la tierra, que ni una tienen, ni de las
de Castilla, mató una vaca, que solo le habia quedado, y era
única en toda la tierra; é hicieron sus acostumbradas cere-
monias en las paces".

Somos gente de paz

Se hace la paz

"Acabadas, me pidieron, continúa el Padre Rosales, que les enseñase los misterios de nuestra fe. Y en las tierras del cacique Cheine, donde estuve algunos días, oyeron el catecismo con grande gusto; y bauticé algunos niños. Temían mucho dos caciques á los indios pehuenches, que eran sus mortales enemigos; y rogáronme que ya que les había asegurado que los españoles no les maloquearian más, que hiciese las amistades con los pehueches de Millacuya, Guiligura y Legipilun, y los dejase confederados; y por darles gusto y atajar la guerra, caminé cincuenta leguas, atravesando cordilleras; y fuí haciendo parlamentos por las tierras de Guiligura, Millacuya, Pocon, y demás, hasta los pehuenches de las salinas, que están junto al cerro nevado, que está camino de Mendoza; encargándoles á todos la paz, é intimándoles el órden del Gobernador, que no se maloquease más a los puelches, ni unos con otros tuviesen guerras. Y todos prometieron de hacerlo; y agradecieron que hubiese metido la mano para pacificarlos, y hécholes tanto bien de darles á conocer á Dios y de ponerles cruces en sus tierras" (61).

Enseñanza religiosa

El efecto más importante de estas negociaciones fué que cuarenta Caciques se fueron con el Padre Rosales a Chile, para asentar las paces en el gran parlamento que allí se iba a tener. Otro Jesuíta, el Padre Juan Moscoso abrió el congreso con un elocuente discurso, tan elocuente que se conquistó los ánimos de los indios todos y la paz fué estipulada en la forma más halagüeña. El Gobernador Acuña, que asistió a la magna asamblea, quiso que el mismo Padre Moscoso fuera personalmente a las diversas tribus para notificarles la paz ajustada, y es de suponer aunque no consta de cierto, que penetró en el país de los Puelches, como había penetrado con anterioridad el Padre Rosales.

Conducta de los Salazar

Desgraciadamente dos hombres, nefastos, los tristemente célebres Salazares, cuñados del Gobernador, quebraron en forma tan torpe como desleal la paz jurada poco antes por españoles y puelches. Dominados aquellos dos hombres del insaciable deseo de aumentar su fortuna por cualesquiera medios, á la menor querella entraban en los pehuenches y puelches, matando á los varones y cautivando a las mujeres y niños; y para aumentar su presa, cautivaban de paso aun á los indios amigos. Una conducta tan inícua traia á estas gentes gravemente irritadas y quejosas, sin que tuviesen quien mirase por ellos entre las autoridades; las cuales, entregadas únicamente á sus intereses materiales, se habian convertido en lobos carniceros. Mas donde el hombre habia puesto el mal, Dios habia colocado su remedio. Allí estaba por superior de aquella misión el Padre Rosales; cuyo carácter enérgico, noble interepidez y santo celo nos han manifestado sus

hechos anteriores, y comprobarán los siguientes. Sin temer el exhorbitante valimiento del maestre de campo, uno de los Salazar, tomó á su cargo la defensa de los pobres indios. Denunció al Gobernador sus desmanes y tropelías; y aunque con dificultad, logró que le quitase el mando de aquella plaza: mas lo dió infaustamente al otro Salazar, que continuó la misma depravada conducta. Instó el Padre en sus reclamos; los cuales no fueron tan pronto atendidos por Acuña: quien poco tardó en reconocer el inminente peligro de que tomasen las armas aquellos indios tan injustamente vejados, y reconociéndose sin fuerzas disponibles para contenerlos, tuvo que encargar al mismo Padre Rosales para que los apaciguase (62).

Rosales y Acuña

Este aceptó gustoso la comisión; pero poniendo por condición de ella que se devolviesen los indios cautivados ilegalmente convino en esto su Excelencia; y el Padre, llevando consigo centenares de ellos, se dirigió hacia los pehuenches y puelches por segunda vez; pero en esta llegó mucho más al sur, a causa de haberse extendido por allá las irrupciones de los españoles contra aquellas tribus indefensas; a las cuales acometían hasta las pequeñas fuerzas de Chiloé. Al pasar el Padre la cordillera, encontró en ciertas cumbres de ella, tan remotas que ni nombre tenían, grandes lechos de conchas y otras petrificaciones marinas, que recogió, para instruir en vista de ellas a los indios, como recordaremos en su biografía. En las quebradas de la misma trató atentamente, y calmó y pacificó a los pehuenches; que, a fuerza de los arrebatos de los españoles, estaban gravemente irirtados y se hacían aguerridos. Al llegar a la otra banda, no se contentó con aquietar a los puelches fronterizos de Boroa, sino que pasó mucho más al sur. En la falda oriental del volcán de Epulabquen tuvo un parlamento parcial con aquellos indios, anunciándoles el doble objeto de su viaje, a saber: reconciliarlos con los españoles y con Dios; sobre cuya existencia y religión les predicó larga y provechosamente, ya que se bautizaron muchos, siendo el primero Antubien, cacique de aquel lugar. De allí corrió hasta la laguna de Nahuelhuapí, desempeñando su alta misión de paz. En las márgenes de este gran lago tuvo uno de sus principales parlamentos por aquel año de 1653; y después de haber asentado las paces, con las formalidades de costumbre, con sus vecinos, y las tribus de aquellas retiradas regiones, que concurrieron allí, tuvo el prudente cuidado de enviar desde el mismo lugar un propio a Chiloé, para comunicárselo a su gobernador; a fin de que no permitiese que ni españoles ni indios fuesen a maloquearlos. Sabia precaución, para que no pudieran alegar ignorancia; de la que más tarde se valió oportunamente el Padre

Rosales en el Nahuel Huapí

Mascardí, para conseguir fueran puestos en libertad muchos poyas. Al poco tiempo regresó el Padre Rosales a Boroa; después de haber pacificado a numerosas tribus, sin que se disparara un tiro de arcabuz, ni se arrojara una fecha, ni se enristrara una lanza. Esto. a más de ser un gran servicio al gobierno español, disponía los ánimos de aquellos infieles a recibir una religión, que tanta caridad y celo inspiraba a sus ministros. Muy reconocidos quedaron los indios; y se confirmaron más y más en la justa opinión, común ya entre ellos, de que los de la Compañía eran sus padres, sinceramente interesados en su suerte. A los cuñados de Acuña, los nefastos Salazar, fué sustituído Francisco Bascuñan: aquel que, cuando cautivo, tanto interés se tomó por la conversión de los indios; quien no dejaría ahora de secundar las benéficas miras de los misioneros.

Impresiones de Rosales

El Padre Rosales consigna algunas de las impresiones que recibió en esta entrada al territorio actualmente del Neuquén. Al ocuparse en su *Historia de Chile,* de los Volcanes, recuerda complacido los de Villarica y Epulabquen por los que pasó en su expedición a los Puelches y agrega: "el primer indio pequenche que recibió el agua del Santo Bautismo fué en este volcán de Epulabquen, que yendo a ponerlos de paz el año de 1653 levanté alto el estandarte de la Santa Cruz, y habiéndoles predicado la fe del Santo Evangelio y exhortádolos a la paz, la recibieron con grande voluntad, y el cacique llamado Antulien, señor de aquella tierra, quiso bautizarse él primero porque se hallaba muy malo, y quiso asegurar su salvación por si le tomaba la muerte (63).

Si el volcán Epulabquén es, como creemos, el actual volcán Lanín, tendríamos que fué a los pies de este titán de las cordilleras y maravilloso encanto de la naturaleza, donde levantó el Padre Rosales la cruz redentora y dejó caer sobre la cabeza del señor de aquellas tierras las regeneradoras aguas del bautismo. Sólo una distancia de veinte kilómetros separa el dicho volcán del mencionado Lago y del Lago Huechulafaner, con el que se confunde.

También consignó el Padre Rosales sus inpresiones de la "famosa laguna de Nahuel-Huapí, que quiere decir su nombre: Laguna de tigres, a la cual pasé el año de 1653 por la Villarica cuando fuí a poner de paz y dar noticias del Santo Evangelio a los Puelches . . Es célebre esta laguna porque tiene de voz más de veinte leguas y contiene en su ámbito muchas islas habitadas de indios rebeldes . ." (64).

El primer sacerdote y Jesuíta que llegó hasta el Lanín y el Nahual Huapí fué, como ya dijimos, hijo de la coronada villa de Madrid, a cuya circunstancia, escribe el señor Benjamín Vicuña Mackenna, vinculó siempre cierta vanaglo-

ria de rancio castellano. Después de haber enseñado las letras humanas en la Corte hispana, siendo aun escolar, pasó al Perú. En 1629 fué destinado a Chile y desde ese año hasta el de su deceso acaecido en Santiago de Chile, el día 3 de junio de 1677, a los setenta y dos años de edad, fué el Padre Rosales uno de los hombres más dinámicos y emprendedores, más talentosos y abnegados con que contó la evangelización de la Araucania. Rector de Concepción y Provincial de los Jesuitas de Chile, estuvo cuatro veces en territorio actualmente argentino, dos en la zona de los grandes Lagos, como hemos ya recordado, y dos visitando las casas Jesuíticas de Cuyo (65).

Vivía aún el Padre Rosales y trabajaba celosamente entre los Araucanos cuando en 1666 el general Juan Verdugo, maestre de campo y gobernador de Chiloé autorizó al capitán Diego Villaroel para que maloqueara a las tierras de los puelches con el objeto de conseguir esclavos para la venta o para trabajos forzados. Apresaron tan sólo veinte Puelches, los cuales fueron ofrecidos al mencionado Gobernador.

El Padre Mascardi

Era a la sazón rector del Colegio de Chiloé el Padre Nicolás Mascardi, quien habiendo averiguado "como aquellos Indios que viven en aquellas llanadas que van a Buenos Aires y al Tucumán, son palabras de un anónimo e inédito documento, no eran indios enemigos ni hacían guerra ninguna a los Españoles de Chiloé, ni estaban comprendidos en Cédula de esclavitud, doliéndose de ellos, y por volver por la justicia, pleiteó su libertad y probó, cómo no podían ser esclavos, con muchas y eficaces razones hasta conseguir su libertad, en que se gastó algún tiempo que en materia de defender los Indios era muy celoso, y ponía todo empeño (66).

"En el tiempo en que estos Indios estuvieron en Chiloé, agrega el documento, aprendió su lengua Puelche, y les hizo mucho agasajo, y muchas limosnas, sustentándolos y vistiéndolos, y cuando supo bien la lengua los instruyó en los misterios de la fe, y los bautizó a todos.

"Estaba entre ellos una india de mucha autoridad y capacidad, a quien todos los demás respetaban y servían y llamaban la Reina, la cual recibió con grande fe y piedad nuestra Religión Cristiana, y se hizo muy señora de los misterios de Nuestra Santa Fe, recibiendo con grande afecto el santo Bautismo. Doliéndose de ver que los de su tierra no conociesen a Dios, mostraba grandes deseos de que el Padre fuese a convertirles y comunicarles el bien que a ella había hecho de darla a conocer a Dios, y bautizarla y lastimábase de ver que tantos millares de almas, como hay en aquellas inmensas llanadas se condenasen, por no tener un Padre que les diese

a conocer el camino del cielo, y así ella encendía al Padre en deseos de ir a convertir a aquellos gentiles. . .

El Padre Olivares que conoció a esta reina cuando anciana nos dice que "en su mocedad gobernó a los Puelches de Nahuel Huapí, los juntaba, hacía parlamentos, los incitaba a las malocas" y por estas razones "los españoles la llamaban reina". Era india nobilísima y era de nación poya, nos informa el Padre Rosales y nos dice además que la llamaban la Reina "por ser mujer de un cacique principal, no porque en realidad lo fuese, que esta gente es bárbara y no tiene rey, mas su autoridad, el señorío que tenía sobre los demás, y su presencia, le habían granjeado este nombre de Reina".

Tal fué el instrumento de que se valió la Providencia para despertar y acrecentar en el corazón del Padre Mascardi los ardientes deseos de dedicarse a la conversión de los Poyas y fué también ella quien más le estimuló, como si necesitara estímulo, para ocuparse tan empeñosamente en descubrir a los fantásticos Césares.

Antecedentes de Mascardi

El Padre Nicolás Mascardi, cuyo nombre justicieramente lleva uno de los lagos más bellos del gran Parque Nacional de Nahuel Huapí, y una de las penínsulas del mismo, era natural de la ciudad de Roma, no de Cerdeña, como generalmente se afirma. No faltan, quienes como el Padre Astrain, que le hacen natural de Sarzana. Fué el Padre Rosales, su contemporáneo y su confidente, quien poco después de la muerte heroica del gran apóstol de los Poyas escribió un extenso relato del "Padre Nicolás Mascardi, romano, que padeció martirio en estas misiones, año de 672", relato que envió a Madrid y al Padre Francisco de Florencia, con una carta fechada a 4 de febrero de 1677. Desgraciadamente el relato se ha extraviado, aunque se conserva la citada carta.

El relato no se halla con la carta ni hay de él rastro alguno en los archivos españoles. Existe, no obstante, en los archivos de Roma una "Vida Apostólica y glorioso Martyrio de el Venerable Padre Nicolás Mascardi de la Compañía de Jesús, Rector del Colegio de Castro, y misionero apostólico de Chiloé, a quien envió el Apóstol de el Oriente S. Francisco Javier a convenir los gentiles Poyas, Guaitecas y otras naciones, y que muriera a sus manos por nuestra santa fe". Aunque el estilo no es el estilo del Padre Rosales, no es imposible que sea él su autor. No existe por cierto indicio alguno que nos induzca a atribuírselo. Menos puede ser del Padre Olivares, ya que la información que nos ofrece sobre las costumbres de los Poyas difiere no poco de la que sobre los mismos estampó en su *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. El más probable autor de esta Vida Apostólica es el Padre Antonio Alemán que fué, como indicamos más arri-

ba, conmisionero de Mascardi y Provincial de los Jesuítas de Chile desde 1682 (67).

Sea quien fuere el autor de la anónima *Vida Apostólica*, cierto es que como se colige de su relato, supone que Mascardi era romano, y asevera que sus progenitores eran genoveses.

El santo Padre Nicolás Mascardi, leemos en la *Vida Apostólica*, fué hijo legítimo de nobilísimos padres, naturales de Génova, que se fueron a vivir a Roma, cabeza de oro del Orbe, y en aquella santa ciudad [nació a 30 de setiembre de 1625 y] se crió en buenas costumbres y con los buenos respetos, de su noble sangre. Tuvo un tío Cardenal en la Santa Iglesia, y muchas esperanzas para valer en el siglo, pero como Dios le tenía escogido para santo y mártir, desde su tierna edad, le previno apartándole de los divertimientos y vicios de la juventud y le inclinó a la Religión. Entró en la Compañía [a 20 de noviembre de 1638] y tuvo su noviciado en San Andrés de Roma, debajo de la disciplina del Reverendo Padre Paulo de Oliva que era entonces Maestro de novicios, y después fué meritísimo Prepósito General de la Compañía y hoy lo es para su mayor aumento. Lo que aprovechó debajo de la enseñanza de tan gran Maestro, por los efectos se conoce: pues salió un hombre de tan gran espíritu, oración, mortificación, penitencia y celo de la gloria de Dios, y del bien de las almas que fué en estas Indias Occidentales un vivo retrato de S. Francisco Javier, Apóstol del Oriente, y digno de que le eligiese para Apóstol y Mártir del Occidente. Y lo cierto es que si acá fué retrato de S. Francisco Javier, en su noviciado lo fué de S. Estanislao de Kostka, como lo refiere el Hermano Claudio Ricardo, coadjutor, que fué su connovicio y pasó con él a las Indias: el cual testifica que entre los novicios el nombre que tenía el Hermano Nicolás Mascardi era de un San Estanislao, y quien entre tantos y tan espirituales novicios alcanzó este nombre de Santo, y de Santo tan grande, mucho le costó su mortificación, oración, recogimiento, modestia y santidad. Allí se fueron encendiendo en su pecho los deseos de la conversión de las allmas, y principalmente de los infieles, por juzgar que, ocupado en ese apostólico ministerio, pudiera alcanzar la corona del martirio. Pedíaselo a Dios con veras y tratábalo con su gran devoto S. Francisco Javier, poniéndole por intercesor, y estando estudiando Filosofía y Matemáticas, en que salió consumado, llegó de la Provincia de Chile a Roma, por Procurador General el Padre Alonso de Ovalle, y con su comunicación, los deseos que tenía debajo de la ceniza siempre vivos, comenzaron a levantar llama y pidiendo esta Misión a Nuestro Padre General, se la concedió con grande alegría de su espíritu.

Su actuación en Europa

"Vino a España para embarcarse y el tiempo que estuvo detenido, mientras se hacía tiempo, por la persecusión que se levantó contra los Padres extranjeros que estaban ya para partir a las Indias, más de sesenta, y se hubieron de volver con harto dolor suyo y sentimiento de la Compañía, estuvo leyendo Gramática en el Colegio de Plasencia, y cuando llegó el tiempo de embarcarse, fué a Sevilla y tuvo feliz pasaje [en el curso de 1651] porque le quería Dios y le tenía elegido para Apóstol del Occidente. Acabó en Chile sus estudios de Teología y salió tan grande estudiante, que un acto general que tuvo de toda la Teología, en que hizo una resumpta elegantísima en tres lenguas, Latina, Griega y Hebrea, asombró a todas las Religiones y Seglares que se hallaron presentes. Quisieron los Superiores, conociendo su aventajado ingenio ocuparle en cátedras, y él pidió instantemente de rodillas al Padre Provincial que le enviase a una Misión pues había dejado para eso los lucimientos de Roma, y para eso había venido a las Indias.

Pasa a Chile

"Vino el Padre Provincial con sus deseos, movido del fervor, con que lo pedía, y envióle a la Misión de Buena Esperanza, a donde fué contentísimo y en breve aprendió la lengua de los Indios, que en esto tuvo gran facilidad y don de lenguas en todas las misiones donde estuvo. Y como el aprender las lenguas no está más que en querer y tener afición al ministerio de los pobres Indios, el Padre que la tenía tan grande, y tan afectuosa voluntad a ese ministerio, luego la supo, y comenzó a doctrinarlos y predicar a aquellos bárbaros con celo apostólico y ferviente deseo de su conversión, y con su buen agrado y santas amonestaciones hacía de ellos cuanto quería y amansaba sus fieros naturales, que en esta Misión había muchos infieles y muchos que ya habían recibido la fe, y estaban debajo de las armas de los Españoles, y los tenían por amigos y les ayudaban a hacer la guerra a los enemigos. Pero como recién convertidos y de naturales altivos y soberbios, se sujetaban mal a la ley de Dios, y eran cristianos de cumplimiento y poco sujetos a la ley divina y a los preceptos de la Iglesia. Acontecíales a los otros Padres sus compañeros el ir a bautizar o confesar a un Indio, que se estaba muriendo y después de haber caminado seis y ocho leguas, por caminos asperísimos de cuestas, montañas y pantanos, y a peligro de dar en manos de los enemigos, que siempre tenían emboscadas y asechanzas en los caminos, hallarle duro y rebelde, y que si era Cristiano no quería confesarse, aunque se moría: y si era infiel no se quería bautizar, aunque le decía que se condenaba, y volvíase a casa con este desconsuelo, e iba el Padre Nicolás Mascardi y sin reparar en los peligros de los caminos, ni temor de dar en ma-

Misiones en Chile

nos de los enemigos, ni de perder la vida, porque la tenía sacrificada a Dios y al bien de las almas, hablaba al Indio con tal suavidad y con aquella gracia que Dios había derramado en sus labios, que le convertía y le ablandaba la dureza del corazón, y enternecido le pedía que le confesase que quería desenojar a Dios, y si era infiel le pedía que le bautizase, que quería ir a ver a Dios. Y así convirtió a muchos, que duros y obstinados querían antes condenarse, que confesarse, y antes dejar de ver a Dios que verse bautizar.

Don de lenguas

"Maravillábanse los Indios de ver a un Padre extranjero hablar su lengua con tanta elegancia, y los que rehusaban ir a la doctrina y a los sermones, por sólo oírle iban con gusto y quedaban aficionados al Padre y a la Ley de Dios que predicaba, que como la predicaba con tanto espíritu, la infundía en los oyentes. Y con el don de lenguas, que le dió el Señor, hizo grandísimo fruto y causaba grande admiración como la causaban los Apóstoles a los Partos, Medos, Elamitas y otras naciones, viéndolo hablar en sus lenguas, siendo Galileos. Y aconteciόle yendo a ver una india Poya, que se estaba muriendo, y después de haberla estado catequizando grande rato, y persuadiéndola que se bautizase y no muriese en su infidelidad, no poder sacarle una sola palabra, reparó en que no debía de saber aquella lengua, en que la hablaba, y hablóla en otra que entre los indios hay diferentes lenguas, y en una casa, el marido suele hablar en una lengua y la mujer en otra, por ser de otra nación. En oyendo la india la otra lengua, que era la suya, alegróse y comenzó a dar palmadas de placer, y viendo esto el Padre, alegróse más que ella, porque halló el medio de ganarla para Dios. Catequizóla en aquella lengua, y convirtióse, y recibió el agua del bautismo, que tanto como esto importa el aprender las lenguas, porque mediante ellas se gana la afición, y ganado el afecto, se gana el alma.

En Talcamahuida

"Vinieron muchos indios infieles de la tierra adentro a poblarse debajo de las armas de los Españoles, al puerto de Santa Juana, y luego los fué a doctrinar y a persuadir de que fuesen cristianos, y que hiciesen iglesia en aquella Reducción, para oír la palabra divina, y los fué convirtiendo de los vanos errores en que antes vivían. Y en teniéndolos bien industriados en los Misterios de nuestra santa Fe, luego los fué bautizando, comenzando primero por los niños, prosiguiendo por los mayores, que no tenían impedimento de muchas mujeres. Después fué persuadiendo a los que las tenían que las dejasen, haciendo fruto en muchos. En Talcamahuida, y otras tierras, que no tenían iglesia, ni la querían hacer, no desfallecía su espíritu, sino que ponía una Cruz en un lugar acomodado y allí los juntaba, y los adoctrinaba persuadién-

doles lo que les importaba para su salvación. En la Reducción de San Cristóval donde viven los indios junto al abrigo de los españoles, que no tenían iglesia, en la de los españoles los adoctrinaba, y trazó que hiciesen los indios su iglesia aparte, y convirtió los dos Caciques más puincipales de aquella Reducción, y los bautizó e impuso la confesión anual en los que ya eran cristianos, que nunca se habían confesado, y que se casasen según el orden de Nuestra Santa Madre Iglesia los que no tenían más que una mujer, que sólo estaban casados según sus ritos gentílicos, esperando a los que tenían muchas mujeres, a que Dios los convirtiese, no dejaba de predicarles continuamente, afeándoles el pecado de la poligamia y multiplicidad de mujeres.

"Entre la rebeidía de algunos indios que no se querían convertir, le consolaba Dios por la continua oración que hacía por ellos, y por los deseos que tenía de su salvación, con darle algunos que se convirtiesen a su persuación e instancias, como le sucedió que hallando a dos enfermos, marido y mujer, en grande riesgo: el marido no quiso convertirse, y se convirtió la mujer, y bautizada luego murió, y se fué al cielo, consolándose con lo que dijo Cristo: "uno será tomado y el otro será abandonado", y agradeciendo a Dios que le hubiese dado el uno, para podérsele ofrecer. Quedó consolado aunque penoso de la dureza del otro.

Celo del P. Mascardi

"A otro indio halló muriéndose, sordo y sin habla. Afligióse grandemente y acudió a su refugio la oración y la confianza en Dios, y oyóle su divina Majestad, dando oído y habla al enfermo para que con veras le pidiese el bautismo y recibido se fué a gozar de Dios, dejando al Padre con grande consuelo. Andando siempre en busca de almas, se las deparaba Dios bien perdidas. Enderezóle Dios un día a un rancho, donde halló una india de ciento veinte años, tan olvidada de su salvación y tan adversa al bautismo que con haber estado tantos años entre españoles y haber oído sermones y pláticas sin número, nunca se había querido bautizar. Ganola el Padre para Dios, y aunque a la hora de nona, la recibió en su viña, y acabada de bautizar, fué a recibir el premio y la paga por entero.

"Otra vieja le deparó Dios envejecida en mayores pecados, porque era hechicera, y tenía pacto con el Demonio, y con su ayuda hacía cosas que admiraba a la gente, por arte mágica como era andar sobre el fuego, bailar sobre una hoguera muy grande, comer tizonas de fuego ardiente, caminar volando por el aire sin poner los pies en tierra, descubrir los hurtos, abrir a uno las entrañas y sacerle de ellas algún gusano u otra cosa nociva, lavarse las entrañas y volvérselas a su lugar, y luego volver a cerrar, sin dejar señal alguna de ha-

ber abierto el vientre. Todo esto y otras muchas cosas aparentemente a la vista y con grande admiración de los que la veían, con lo que se hacía célebre, y seguida de todos, y los engañaba con sus embustes. Compadecióse el Padre de verla tan engañada del Demonio y predicóla, dándola a entender los embustes de Satanás, y lo que pretendía de su alma, y estando enferma, la tuvo convertida y para bautizarse, y por no ser la enfermedad grave al parecer, fué dilatando el bautismo, para irla instruyendo mejor, y sacarla del poder del Demonio, el cual viendo que le quitaba la presa de las manos quiso ganar por la mano y apareciéndosele un día le dijo: cómo sentía su enfermedad y que venía a darle un remedio, con que luego se la quitaría, que él sabía muy bien su mal, que era de la sangre, que la tenía podrida, que se desatase la venda, y la dejase salir, y lo dejase a su cuidado. Quería el maligno que se desangrase y muriese antes de recibir el Santo Bautismo, y saliera con ello, porque la simple india se desató la venda y se iba desangrando, hasta caer desangrada, y se hubiera muerto si no la hubiera visto caer uno de los de la casa, y no hubiera acudido luego a atajar la poca sangre que la quedaba. Avisaron al Padre del peligro en que estaba, vino volando, e hizo renunciar al Demonio, y deshacer el pacto que con él tenía hecho, y bautizóla, quitándole la presa de las manos.

Espíritu de sacrificio

"Hacía el Padre Mascardi grande guerra al enemigo del linaje humano por echarle de las almas y de los cuerpos de los miserables indios, y cuando había algunos encastillados en los cuerpos, y resistentes a sus oraciones y santas diligencias, que hacía por echarlos, valíase del favor de su Santo Padre, como buen hijo, e invocábale en su ayuda con grande afecto y con efectos maravillosos, que bien conocido es por todo el mundo el poder del glorioso Patriarca S. Ignacio contra los Demonios y hartas experiencias por todo el de sus milagros, y para que también las hubiese en las indias, favoreció en varias ocasiones a su hijo el Santo Padre Mascardi, ayudándoselos a echar de los cuerpos de los endemoniados, como lo hizo en el caso que diré que fué célebre en Chile y se tomó por fe y testimonio. Fué el caso que en la Estancia del Rey, en la Misión de Buena Esperanza, entró el Demonio en una india de poca edad, recién convertida y la hacía salir de sí y hacer cosas sobre sus fuerzas, y visajes horrendos. No podían muchas personas sujetarla y, como pudieron, la trajeron a la iglesia del Padre para que la conjurase. Púsose el sobrepelliz y estola, y antes de hacer los conjuros de la Iglesia, quiso certificarse si verdaderamente estaba endemoniada y púsole encima una reliquia de San Ignacio y al punto comenzó a hacer fieros visajes y mayores es-

fuerzos para soltarse de los que la tenían. Conocido el enemigo, hizo el Padre los conjuros de la Iglesia, y no aprovecharon. Hizo descubrir al Señor en el Santísimo Sacramento, y volvióla a conjurar en el nombre de aquel Señor que todo lo puede, y púsola algunas reliquias de otros santos, y siempre estuvo el enemigo resistente. En todo aquel día no le pudo echar. Hízola traer al día siguiente, y sin que ella lo viese púsola por las espaldas la reliquia de San Ignacio. Como quien reconocía el mayor enemigo, comenzó a enfurecerse, conque conociendo el Padre que al contacto de la reliquia del Santo solamente se conmovía y enfurecía, perseveró en esta diligencia sola, y con ella salió el enemigo, diciendo ella que S. Ignacio lo había echado, y quedando muy agradecida al Padre, con quien quiso el Santo glorioso partir la gloria de este milagro, favoreciendo las oraciones y diligencias de su hijo, y la grande confianza que tuvo en su Santo Padre.

Devoción a San Ignacio

"No fué menos maravilloso el caso que le sucedió con otra india enferma, con la reliquia de Nuestro Santo Padre San Ignacio, de que se valió para hacer oposición a las legiones infernales que la molestaban. Acertó por su ventura a caer enferma una desventurada india, que por ser hechicera, tenía hecho pacto con el Demonio, y habitaba en su cuerpo con algunas legiones de su infernal compañía. Era infiel y dijéronla los de su casa, que llamase al Padre, para que la bautizase, y en oyendo esto el Demonio, comenzó a dar voces diciendo: que no le llamasen, que se saldría de casa, y se iría de allí, enferma, como estaba, y como fuese creciendo la enfermedad, dieron cuenta al Padre, que luego fué a verla: y en entrando en la casa comenzó a dar voces y a decirle que a qué venía, que se fuese de su casa, y que si no que se saldría ella huyendo, y diciendo y haciendo se levantó para salirse muy furiosa, y dando grandes voces, quejándose del Padre y de los que le habían llamado. Detuviéronla los que se hallaban presentes y conociendo el Padre por los visajes y esfuerzos que hacía, que estaba endemoniada, púsola una reliquia de Nuestro Padre San Ignacio en el pecho, y luego el Demonio huyó de aquel lugar, y fuése a otro, y en él bramaba y daba silbos. Púsole allí la reliquia y huyendo de aquel lugar se puso en la garganta, y se la apretó de muerte que la quería ahogar, pasó la reliquia a la garganta, pidiendo con muchas veras favor a Nuestro Señor y a Nuestro Padre Ignacio, y dijo de la india que estaba agonizando, que dijese "Jesús e Ignacio", que así se libraría de aquellos enemigos, que la querían ahogar y, como pudo, pronunció el Santo Nombre de Jesús y el de San Ignacio, y luego salió el Demonio con toda su compañía, y la india que-

dó sosegada y bien instruída, se bautizó y deshizo el pacto que tenía hecho con el enemigo.

"Con estos casos y otros extendió el Padre Nicolás Mascardi grandemente la devoción con Nuestro Padre San Ignacio, y la de su gran devoto S. Francisco Javier, a quien procuraba imitar en la conversión de los infieles, y en el ejercicio de todas las virtudes. Así en aquel partido de Buena Esperanza era grande la devoción que todos tenían a los dos Santos, invocándolos en sus enfermedades, y sintiendo milagrosos efectos, como le sintió la mujer del Capitán Juan de Arroyo que estando muy enferma de calenturas, y una lepra maligna, sin hallar salud en remedios humanos, por consejo del Padre invocó con grande afecto y confianza a S. Francisco Javier, y mandóle decir una misa, y aquella noche oyó una voz que la dijo: ya estás sana de tu enfermedad, levántate. Despertó y avisó a su marido, de la voz que había oído y hallóse de repente sana de la calentura y de la lepra, y fueron los dos a la Iglesia a dar las gracias al Santo, y al Padre por el remedio que le había dado, más eficaz que todas las medicinas que había probado.

Devoción a San Javier

"No fué menos admirable otro caso que le sucedió al Capitán Juan de Cárdenas, muy devoto al Padre, a quien había persuadido la devoción de S. Francisco Javier. Y fué que derrepente, sin saber con qué fuerza invisible, que debió de ser del enemigo, agarró a una hija suya pequeña y la arrojó por encima de un telar, donde estaba tejiendo una india, sin tocar a cosa alguna, y la arrojó diez y siete pies de ahí, dejándola como muerta y torcida de boca. Dieron aviso a su padre de la desgracia y caso repentino, y viniendo y hallándola como muerta, no supo qué hacer, si no tomarla en los brazos y juzgando que el mejor remedio era ofrecerle a S. Francisco Javier, se la ofreció con grande afecto y lágrimas, pidiéndole que como hija suya mirase por ella. Caso raro: al momento que invocó al Santo, se halló la niña buena y sana, como si no la hubiera sucedido nada.

"Estaba en este tiempo la Misión de Buena Esperanza, en buena altura. Tenía acabada una excelente Iglesia, capaz para los ministerios, bien trabajada de ornamentos para el culto divino, que podía ser envidia de otras muchas. Estaba dotada de muchos esclavos, viñas y tierras, para ser Colegio, por un caballero de Zamora, llamado Francisco Rodríguez del Manzano, que había sido sargento mayor del Rey, Capitán de Infantería y de caballos, y Cabo y Gobernador de las fronteras de la guerra en Boroa, persona muy noble y emparentado con los Marzanos y Ovalles en la ciudad de Santiago, cuya nobleza es muy notoria, y tenía patente de Nuestro Padre General para ser Colegio incoado, cuando los indios

trataron de rebelarse generalmente en toda la tierra, y no con tanto secreto que no llegasen a saber muchos, y principalmente el Padre Nicolás Mascardi, que como andaba tanto entre ellos, doctrinándolos, y encaminándolos para el cielo, conoció sus descaminos, supo sus intentos y lo que les movía a revelarse, y de todo dió cuenta al Gobernador del Reino, para que lo estorbase, poniendo remedio en los agravios, que les hacían, que eran el motivo de su rebelión. Oyóle bien el Gobernador, pero remediólo mal, pues pudiendo fácilmente estorbar el alzamiento, dió lugar a que la desesperación de los indios les hiciese tomar las armas. Así amigos como enemigos, todos a una dieron en las Ciudades y Fuertes de los Españoles, en las estancias, granjas y haciendas, haciendo grandísimos destrozos, quitando vidas y reduciendo a mísera esclavitud aun a sus propios amos. Vino una grande junta de indios a la Estancia del Rey, donde estaba un Fuerte con algunos soldados, y en esta ocasión había muchos, por hallarse allí el Gobernador con los Capitanes reformados, que son el nervio de la guerra. Guiaba a los rebeldes un indio muy belicoso, llamado Tinaqueunu y, sabiendo que estaba allí el Gobernador y los Capitanes, holgóse mucho por ganar con ellos crédito, y presentóles luego la batalla, ganó el mejor lugar y eran muchas las fuerzas que traía, con que ganó la batalla a los Españoles, que se retiraron al Fuerte, dejando muertos en la campaña algunos Capitanes.

Alzamiento de Tinaqueunu

"El Gobernador que no se tenía por seguro, sabiendo que venían otros dos mil indios a incorporarse con el Caudillo Tinaqueunu y que amenazaban todos ir a destruir la ciudad principal, que era la Concepción, se determinó de que el día siguiente se partiesen en amaneciendo todos los soldados y Capitanes que estaban en el Fuerte, de la Estancia del Rey, y muchos vecinos de aquel contorno que con sus mujeres e hijos habían concurrido a favorecerse debajo de aquellas armas. Y así lo ejecutó por sus Ministros al día siguiente haciéndolos salir con toda prisa a pie, y dejando sus haciendas al saco de los enemigos. Los Padres Misioneros de Buena Esperanza, que tenían su casa de misión pegada al Fuerte de la Estancia del Rey, hubieron de obedecer al mandato del Gobernador, como los demás, y salieron a pie, siguiendo la gente, llevando el Padre Domingo Lázaro la Custodia del Santísimo Sacramento, y el Padre Gerónimo de Montemayor algunas cosas, que pudo de la sacristía, dejando todo lo precioso, que fué mucho por no tener modo como llevarlo y por no dar lugar a más la prisa de los Oficiales, y el temor del enemigo que esperaba por horas, dejando la riqueza de la Iglesia y Sacristía, y todo el menaje de la casa por lastimoso despojo del enemigo, que de todo se apoderó, sin respeto

Exodo de los españoles

a lo sagrado, haciendo grandísimos sacrilegios y abrasando la Iglesia y la Casa con todas las demás de los seglares, apoderándose de sus haciendas y ganados.

"La gente que iba caminando para La Concepción, como la más eran mujeres temerosas y niños delicados, caminaban con grande aflicción y con mil sobresaltos, porque la fuerza del Estío y el marchar a pie los acongojaba, y el temor y arrebatos del enemigo los afligían, y aquí se quedaban unos cansados, y allí desfallecían otros angustiados. Si no llevaran el consuelo del Santísimo Sacramento y de los Padres, que los animaban, todos desfallecieran en tan largo camino, particularmente la gente flaca, como las mujeres y niños. Al fin todos llegaron a La Concepción, hechos un mar de lágrimas, afligidos, sobresaltados y perdidas sus casas y haciendas. Con no menos llanto y sentimientos los salieron a recibir los vecinos, niños y mujeres de La Concepción, no hartándose de llorar al mirarse unos a otros. Llevaron al Señor en procesión a la Iglesia de la Compañía de Jesús donde los Padres Misioneros fueron bien recibidos de los Padres de aquel Santo Colegio, y les ayudaron a sentir la pérdida de su casa e iglesia.

Con el Smo. Sacramento

"Entre estas pérdidas, no era la que menos sentimiento les causaba a todos la pérdida del Padre Nicolás Mascardi, que era el otro Misionero de aquella Misión de Buena Esperanza, que por andar fuera, cuando sucedió el alzamiento y haber sido tan repentino que no le pudieron avisar que se recogiese a la Misión, ni haberle podido aguardar, por no haber dado la priesa lugar a más detención que una noche, juzgaban todos que había dado en manos del enemigo, que a ninguno perdonaba, y que le habrían muerto. Pero Dios que le guardaba para mayores cosas, le libró de este riesgo y le llevó, para servirse de él y que le ganase muchas almas, a la ciudad de Chillán. Había precedido al alzamiento una grande peste que envió Dios a aquella tierra con singular providencia para sacar muchas almas de indios que tenía predestinados para el Cielo, y que antes que se alzasen, muriesen con la peste bien dispuestos y con los Sacramentos, como morían por la diligencia y cuidado de los Padres en asistirles y sacramentarlos.

Víctimas de la peste

"En esto se esmeró grandemente el Padre Mascardi que no paraba un punto en casa, ni comía, ni dormía, acudiendo de unas partes a otras sacramentando a los apestados, y buscándoles qué comer. No le costaba poco trabajo el hallar a los enfermos, porque los indios en dándole a uno la peste le echaron de casa, porque no contagien a los demás, y le echan un lazo y arrastrándole le llevan a una quebrada escondida, y allí le dejan desamparado. Para buscarlos y hallar-

los en estas quebradas trabajaba infinito el celoso Padre, y sin temor de que se le pegase la peste. Allí los confesaba y sacramentaba, y cuidaba de ellos, llevándoles qué comer y dándoselo por su mano. Aconteciéle hallar en una quebrada catorce, que ni sus padres, ni hermanos, cuidaban de ellos, y el Padre los sacramentó a todos, e hizo con ellos oficio de padre y de madre, cuidando de lo que habían de comer, y llevándoles la comida a la cama, y si alguno moría le hacía sepultura, y enterraba por sus manos, con una caridad y celo indecibles.

"Andando en esta ocupación, echando almas al cielo y cuidando de los cuerpos de los apestados, desamparados de los suyos, le tomó al Padre el alzamiento. Hallóse confuso y no supo a dónde ir, porque si iba a Buena Esperanza, veía pasar tropas de indios con sus armas que iban marchando para allá; si quería ir a La Concepción, hallaba ocupados todos los caminos y mangas de indios cruzando de unas partes a otras. Encomendóse a Dios, y al Angel de su Guarda, y pidióle que le guiase donde fuese más gloria de Nuestro Señor, y guióle, como dije, a la ciudad de Chillán sin que los enemigos le viesen. Allí le quería Dios para la salvación de muchas almas. En esta ciudad estaba muy viva la peste, y morían muchos, y con haber sacerdotes, no había quien los acudiese, ni sacramentase, ya por temor al contagio, ya por ser unos pobres Indios. Al punto que el Padre llegó, fué discurriendo por todas las casas, buscando los apestados, confesándolos y dándoles el Señor, y la Extrema Unción, que llevaba consigo, sin descansar un momento de día, ni de noche, acudiendo a todos con un celo y una caridad, tan extraña, que admiraba a todos, y decían que Dios los había traído milagrosamente, in saber cómo, a aquel santo Padre, para la salvación de aquellas miserables y desamparadas almas, que infaliblemente perecieran, sino hubiera venido en aquella ocasión.

El Padre Mascardi en Chillán

"Halló también a los vecinos de la ciudad de Chillán turbados y confusos con la novedad del alzamiento, por ser pocos para resistir las avenidas de tanta multitud de Indios, por hallarse con pocas municiones y poca prevención. El Padre los animó y dió la forma de defenderse todos en un pequeño Fuerte, y guardar las vidas ya que no podían guardar la ciudad y las casas. Así lo hicieron y dentro de poco vino una Junta de dos mil Indios sobre la ciudad, y sobre los que estaban en el Fuerte, y como los agarró bien prevenidos en él y juntos, no les pudo hacer ningún daño en las personas, antes murieron muchos de los enemigos en la pelea. Los demás abrasaron y robaron las iglesias y las casas y dándoles noticia los Indios de la tierra dónde habían es-

condido los Españoles sus haciendas y enterrado cosas de precío de las iglesias, las desenterraron, profanando los vasos y vestiduras sagradas, y rabiosos de no haber podido vencer a los Españoles amenazaron de venir con otra mayor Junta y sitiarlos y no dejarlos hasta acabarlos a todos. Fuése el enemigo y los ciudadanos entraron en consejo, para ver qué harían, y considerando que ya el enemigo les había robado las haciendas y pegado fuego a las casas, y que no les quedaban más que las vidas y algunos ganados, que lo mejor era irse a avecindar a parte más segura, y que veinte leguas de allí estaba el partido de Maule, defendido con un río muy caudaloso, que le servía de muralla, que lo mejor era irse allá, y no esperar al enemigo, sin esperanza de socorro porque todas las demás ciudades y Fuertes estaban acometidas y hacían harto en defenderse, y no podrán ayudar a otros.

"Con esta determinación se partieron todos para Maule, diciendo a sus Indios que les siguiesen los que pudiesen, que los más estaban postrados en el suelo por la peste. Animándose se partieron todos a pie, y sin llevar qué comer, cayendo y levantándose, y aquí se quedaba uno desmayado y allí se caía otro muriendo. Era una lástima ver por todo aquel camino, unos muriéndose, otros desfallecidos del hambre y de la enfermedad, y al Padre Mascardi acudiendo a todos con una caridad increible, ya en la vanguardia, ya en la retaguardia, sacramentando a unos y enterrando a otros, buscándole a éste la comida, y al otro el abrigo y la medicina, hecho médico y enfermero de todos, sin cuidar de sí, ni tener un rato de descanso, mojado con las lluvias y traspasado de los fríos, y siempre con una boca de risa y con una prontitud para acudir de unas partes a otras, donde le llamaba la necesidad de los apestados. Halló a diez enfermos de la peste en el camino, debajo de una carreta, que allí se habían metido todos a morir, desfallecidos y por guarecerse de las lluvias, que no cesaban, y con admirable caridad se metió entre ellos, sin recelo de que se le pegase la peste, y sin asco de tanta podredumbre, los confesó a todos, ya volviéndose al uno ya al otro, y revolviéndose entre todos, que el lecho era tan angosto, que no parece, que pudieran caber tantos, sino es estando unos sobre otros, y en fin no hubo enfermo que no tuviese al Padre a la cabecera, para consolarle y administrarle los Santos Sacramentos.

Es el consuelo de los españoles e indios

"Llegaron al partido de Maule, y cuando pensó el Padre que había acabado con los apestados, se le recreció otro nuevo trabajo, porque halló que la peste iba cundiendo por allí con grande vigor, y las Estancias están muy divididas y muy distantes unas de otras que no forman Ciudad, ni pueblo, con que andaba de continuo de unas Estancias en otras, so-

corriendo a los apestados y sacramentándolos con grandísima caridad. Encontró a uno en un camino que iba muy fatigado por haber andado por varias partes buscando un Sacerdote que fuese a confesar un pariente suyo, que estaba muriendo. Y díjole el Padre "eso mismo ando yo buscando, a quien confesar; veisme aquí, llevadme allá. Fué y confesóle, y dióle los Sacramentos y allí mismo tuvo noticia de que en una quebrada había algunos apestados, en grande desamparo y a la misma hora, con ser tarde, fué a buscarlos caminando de noche con agua y frío, sin tomar descanso, hasta hallarlos, que viéndolos descansó. Halló catorce enfermos en una quebrada con harto desamparo, que cuando le vieron, sin pensar y sin haberle enviado a llamar, le tuvieron por un Angel del Cielo, y dieron a Dios las gracias por habérsele enviado para bien de sus almas. Confesáronse todos y recibieron los Sacramentos de su mano, y dejándolos alegres y consolados, se despidió de ellos, dándoles buenos consejos, y ellos al Padre abrazos de agradecimiento, que aunque de apestados los recibía por meter a los pobres Indios más en el alma.

Era como un ángel del cielo

"Fué cesando en todo aquel partido de Maule la peste, y como solo la caridad le había llevado allá, y le tenía tan lejos de su Misión de Buena Esperanza, y sin saber de ella mas que por mayor las lástimas y destrozos que el enemigo victorioso había hecho en ella, y en todas partes, quiso volverse a su casa y encontrado una compañía de a caballo, que andaban por aquel Partido, aguardando los caminos, se juntó con ella. Despidióse de los vecinos de Chillán y de Maule, que con lágrimas le pedían los unos y los otros que no les desamparase, prometiéndole en volviendo a Chillán de fundar un Colegio, edificados y admirados de la santidad del Padre y de ver, que no solo hubiese trabajado tanto y aplicádose él sólo a cuidar con tanta asistencia y caridad a los apestados, con tanta animosidad y tan sin temor al contagio, que se echaba entre ellos y los volvía, los limpiaba y curaba, como si el mal no fuese contagioso.

"Díjole cómo había andado todo aquel tiempo sin saber nada de él sus Superiores, llevado de la caridad y de la necesidad extrema, y que habiendo cesado esta, era fuerza irles a dar cuenta de sí, y sujetarse a su mandado, que él no era suyo, sino de la obediencia. Partióse con la escolta de la Compañía a caballo, y llegó al Colegio de La Concepción donde le recibieron sus compañeros y los demás Padres con grande regocijo y contento, por no haber sabido de él en todo el tiempo del alzamiento, y tenerlo por muerto, o cautivo de los bárbaros, que en un camino encontraron a un clérigo y le mataron, y en las Misiones cautivaron al Padre Luis

Pasa Mascardi a Concepción

Chacon de la Compañía, en la Imperial, al Padre Alonso del Pozo en Ranculgue, y al Padre Jerónimo de la Barra en Arauco. Y en Boroa tuvieron un año cercados al Padre Francisco de Astorga y al Padre Diego de Rosales, dándoles terribles asaltos; pero sin poderles vencer, con ser bien pocos los soldados que sólo este Fuerte se tuvo fuerte en el alzamiento, y quedó siempre victorioso de cinco mil Indios, no teniendo más de cuarenta soldados para su defensa.

En la estancia del Rey

"El Gobernador Francisco de la Fuente Villalobos que entró a Gobernar en el alzamiento por elección de la micilia, conociendo de cuanta importancia era el Fuerte de la Estancia del Rey, para recoger los pocos Indios amigos que habían quedado, y para el rescate de los cautivos y reducción de los rebeldes, envió una compañía que la volviese a poblar, y por Capitán a Don Simón de Sotomayor, soldado de bríos y experiencia y de buen agrado, para el efecto de atraer la gente, y con él fué el Padre Nicolás Mascardi a recoger sus ovejas descarriadas y a traer las que estaban perdidas la tierra adentro, que eran las más, porque todos los Indios amigos se revelaron y se fueron con los enemigos la tierra adentro, a vivir en las tierras de guerra, y desde allí hacer la cruda guerra a los Españoles, unidos todos contra ellos.

"Partióse con la ocasión dicha para su querida Misión de Buena Esperanza con esperanza de reunir a sus ovejas perdidas, juntando las que por allí habían quedado, que eran pocas y atrayendo las que se habían huído a la tierra de guerra. Juntó luego que llegó hasta cuarenta Indios con sus familias, envió mensajeros a la tierra de guerra, prometiéndoles perdón en nombre del Rey y del Gobernador a los Indios amigos, que se habían revelado, despachó mensajeros secretos a los cautivos, diciéndoles que se viniesen a aquel Fuerte, que los soldados de él les harían escolta para la seguridad de los caminos, y con estas diligencias se huyeron de la tierra de los enemigos muchos españoles cautivos, y entre ellos el Capitán Pedro de Soto con cuarenta personas de su familia, y el Capitán los escoltaba y aseguraba los caminos, y el Padre los recibía y agasajaba en el Fuerte, donde se hallaban libres de la servidumbre de los bárbaros y se libraban de la muerte, porque a cada borrachera, que hacían, llevaban tres y cuatro Españoles cautivos para matarlos en ella, y presentar las cabezas de unas Provincias en otras, para provocarlos a la guerra. Asimismo fué atrayendo con sus mensajes y con su buen agasajo y agrado a algunos Indios amigos, que pesarosos de haberse rebelado, y convidados del perdón, se vinieron a aquel Fuerte. A todos los aquerenciaba, y doctrinaba, con grande amor y caridad, haciendo allí grandísimo

Conquistando a los Indios

fruto y siendo de mucha importancia su asistencia, para el servicio de Dios y del Rey.

"Estaba contentísimo en esta ocupación, procurando el bien de aquellas almas, y la paz y quietud de la tierra, y con las esperanzas que le daban los mensajeros que vinieron de la tierra de guerra, de que presto se reducirían todos, que no lo hacían luego, luego, por estar muy fresca la sangre del alzamiento y el dolor de los agravios, que les obligó a él, determinó de ir desembarazando las ruinas de la Iglesia de la Misión de Buena Esperanza, que estaba muy cerca del Fuerte, y volver a levantar la Iglesia y hacer casa, para que volviesen los Padres sus compañeros a la Misión. Tuvo aquí bien que trabajar y harto que llorar, viendo una Iglesia tan rica y tan hermosa hecho un montón de ruinas, nacida en ella la yerba, como en la campaña. Lo que más lágrimas le sacó de los ojos, y más suspiros del corazón fué hallar las reliquias de un santo Cristo que los bárbaros hicieron pedazos, cortándole la cabeza y cantando victoria con ella. Y la causa de cantar victoria fué que entrando gran multitud de estos bárbaros a saquear la Iglesia y la Sacristía, donde había mucha riqueza de ornamentos y vasos sagrados, que no pudieron llevar los Padres, por la prisa con que el Gobernador los obligó a salir para La Concepción, como dijimos, quisieron pegar luego fuego a la Iglesia e intentándolo por muchas partes, no podía arder, por más diligencias que hicieran, y reparando uno que en un altar colateral estaba un Santo Cristo de bulto de cuerpo entero dijo: este Español tiene la culpa, que al Santo Cristo le nombraban con el nombre que a los Españoles, y como lo veían blanco, le llamaban Español. "Este defiende su Iglesia para que no arda", exclamó uno, y arremetiendo con furor diabólico, dió una lanzada al Santo Cristo, segundo Longinos... Le derribaron del Altar y le sacaron fuera de la Iglesia arrastrando y allí le quitaron la cabeza, arrojaron el cuerpo, y como luego que salió el Santo Cristo de la Iglesia comenzó a arder, se confirmaron en que él la defendía, y viendo que habían alcanzado victoria de su poder, a su parecer, cantaron victoria con su cabeza.

Es arruinada la Misión de Buena Esperanza

"Halló además de esto el Padre entre las ruinas un Niño Jesús de una vara, muy hermoso, que no le causó menos dolor su vista, por hallarle con más de treinta lanzadas en su cuerpo, que le dieron los bárbaros. Lo que no pudo hallar el Padre por más diligencias que hizo fué una imagen de Na. Sa. de pincel, muy hermosa, que había traído de Roma, y era todo su consuelo, y su devoción. Teníala en su aposento, donde entrando los bárbaros a saquearle no hallaron cosa de su estimación y donde el Padre tenía muchas de

su aprecio y estima, porque tenía unas reliquias que le había dado un Cardenal de mucha devoción, y como había estudiado las matemáticas y sido discípulo del gran maestro, el Padre Atanasio Kircher, tenía muchas curiosidades de globos, esferas, relojes, visorios y otros instrumentos y curiosidades, y todo lo echaron por ahí los Indios, sin saber lo que era y arrojaron los libros, porque el gran matemático del Perú, el Capitán Juan Lozano, se comunicaba mucho con el Padre, y le enviaba libros muy curiosos de la facultad, y todo se perdió, y el Padre tuvo bien en qué mortificarse en la pérdida. Habiendo pasado a varias manos después del saco de los Indios, una Señora se llegó al Padre y le dijo: Conoce V. R. esta imagen, y viendo que era la suya, dijo: Sí, Señora, que es mía, que la traje de Roma, y es toda mi devoción. Pues tómela V. R. que aquí se la traigo".

Mascardi era un astrónomo de prestigio

Todo lo transcrito lo hemos tomado de la Vida Apostólica, inédita y desconocida, y lo hemos consignado a fin de que al través de los hechos referidos se destaque el espíritu y la mentalidad del gran misionero de los Poyas. Varón santo y de una abnegación y de un celo sin límites, fué también el Padre Mascardi un hombre de singulares prendas intelectuales. Aún más: eran las matemáticas y la astronomía sus disciplinas predilectas. Sabemos que el ilustre inventor de la linterna mágica, el fundador del Museo Kircheriano y el eximio propulsor de las matemáticas y de las ciencias físicas en Warzburgo, el célebre Atanasio Kircher, no sólo se gloriaba de haber tenido entre sus alumnos a Mascardi sino que se gloriaba de estar en comunicación epistolar con tan eximio ex-alumno. Sabemos también por el mismo Kircher que Mascardi le había enviado noticias abundantes sobre las regiones cercanas al Estrecho de Magallanes, descubiertas por él y por él estudiadas. "En sus comunicaciones me refiere, agrega Kircher, los maravillosos fenómenos de los montes que llaman Andes, proporcionándome noticias sobre la zona tórrida de ambos Océamos, y cosas estupendas de las islas de la región de Quillota" (68).



No conocemos en concreto las noticias que Mascardi remitió a Kircher pero el Padre Rosales nos ofrece una harto peregrina. "El Padre Atanasio Kircher de la Compañía de Jesús, insigne matemático de estos tiempos y célebre maestro del Colegio Romano dice que en estos cerros de la Cordillera se ven muy frecuente los caminantes tan rodeados de fuego y exhalaciones encendidas que los hombres parecen fuego y las bestias vomitan fuego por las narices y bocas. Por paradoja lo tuviera este autor, según dice, si uno no se lo hubiera referido así. Pase por encarecimiento poético y modo de hablar, que cuatro veces he pasado la Cordillera,

y jamás he visto echar fuego a ninguna cabalgadura, y suelen pasar cuatro y cinco mil vacas, y no se ve una centella: Calor grande padecen en algunas partes, pero en lo alto de la Cordillera están tan lejos de echar fuego por las narices y bocas, que el aliento que echan es espeso y condensado del frío que en lo alto hay, aunque el sol más abrase, por estar tan cerca de la región fría" (69).

No podemos precisar si fué el Padre Mascardi u otra persona quien ofreció a Kircher una noticia tan descabellada y paradógica, pero es ciertamente curioso el ver que un hombre cuyo principal sino único objetivo era la catequización de los indígenas, tenía familiar correspondencia científica no sólo con Kircher en Roma sino también con Juan Lozano, astrónomo de Lima. "Se comunicaba mucho con el Padre, nos dice el autor de la Vida Apostólica, y le enviaba libros muy curiosos de la facultad", esto es, de astronomía y de las ciencias naturales (70).

Globos, esferas y otros instrumentos

Mascardi, por su parte, y en simpática promiscuidad con los utensilios litúrgicos y sus gastados breviarios, con los aperos de montar y con los abalorios con que conquistarse las simpatías de los indios, tenía en su modesta y sin duda pobrísima habitación "muchas curiosidades de globos, esferas, relojes, visorios y otros instrumentos y curiosidades". Como ve el lector, todo un gabinete físico-astronómico, y eso a mediados del siglo XVII y allá en un rincón sobre los 42º de latitud sur y en medio de indomables y levantiscos indígenas. El hecho es demasiado grande y de una elocuencia avasalladora para necesitar comentarios. Si la Fe impulsaba a esos titanes de la conquista, la Ciencia a la par de ella los iluminaba y estimulaba doquier.

A poco de sufrir la Misión de Buena Esperanza los efectos de la invasión ya mencionada, recibió el Padre Mascardi la orden de pasar al Colegio de Concepción. Allí estaba cuando acaeció el terrible terremoto del 67. Según sus biógrafos fué nuestro Jesuíta uno de los hombres providenciales en aquellos días de llanto y de terror, sacando los cadáveres y semivivos de entre las ruinas, sepultando a los unos y acudiendo con solicitud a los otros, siendo el paño de lágrimas de cuantos buscaban ayuda así espiritual como temporal.

Algún tiempo después y conforme a sus insistentes instancias destináronle los Superiores a la Misión que en Chiloé tenían los Jesuítas. "El Padre Nicolás Mascardi, escribe el autor de la *Vida Apostólica*, clamaba por ir a ella a emplearse entre los Indios y dar la vida en su predicación y enseñanza. Teníanle en el Colegio de la Concepción los Superiores y querían detenerle allí, por ver el superior talen-

to que tenía para predicar a los Españoles, y lo que con ellos podía aprovechar. Porque tenía el Padre un gran talento para predicar a Españoles, y una gracia singular y aceptación para con todos. Era muy españolado su lenguaje con ser extranjero, su fervor grande, su celo ardiente, sus conceptos agudos; graves, y bien fundados sus discursos, admiraba sus sermones, movían y aprovechaban. Oíanlo con grande gusto y provecho en la Concepción, y él no le tenía que estar allí, porque como no tenía Indios a quienes poder predicar, no se sosegaba su apostólico espíritu, ni se aquietaban sus deseos, que le habían traído a las Indias de emplearse en la salvación de los infieles, y dar la vida en ese santo ejercicio y gloriosa ocupación..." (71).

Viajando en piraguas

Una vez en Chiloé, dedicóse el Padre Mascardi con todo el santo apasionamiento de que era capaz, a recorrer las innumerables islas de que se compone aquel archipiélago, "en aquellas piraguas y débiles embarcaciones con que se pasan aquellos peligrosos golfos del mar expuestos a la muerte, sin temor a las espumosas olas que encontradas con las corrientes chocan y se estrellan unas con otras, levantándose a las estrellas, ni a las embarcaciones que allí se tienen por más seguras, que llaman Piraguas que son ellas de solo tres tablas, cosidas unas con otras con unas soguillas e hilos de yerbas, y calafateados los pespuntes y junturas también con yerbas, sin que haya clavazón, estopa, ni brea siendo cada juntura una rendija por donde le entra el agua, cada pespunte un agujero y cada puntada una rima, que causa grima el embarcarse en semejante bajel en mares tan procelosos...

En estas embarcaciones andaba el animoso Padre de isla en isla todo el año visitando y predicando a los Indios de aquella Provincia, que habitan no en tierra firme, sino todos divididos en cuarenta y más islas del mar, sin descanso en los trabajos, sin decaimiento en los peligros. Dondequiera que llegaba, le recibían los indios con grande gusto y agasajo, en sus islas, y el Padre le tenía mayor por verse entre ellos y trabajar con unos indios tan humildes, tan dóciles, y tan buenos cristianos como son los de Chiloé generalmente.

Era el Padre Mascardi rector del Colegio de Castro, en el archipiélago de Chiloé, cuando hicieron los Españoles una entrada "a la otra banda de la Cordillera y sierras nevadas, y apresaron veinte piezas de Indios e Indias Puelches, y trajéronselas al Gobernador de Chiloé, por esclavos. El Padre Nicolás Mascardi averiguando cómo aquellos indios, que viven en aquellas llanadas que van a Buenos Aires y a Tucumán, no eran indios enemigos, ni hacían guerra alguna a los Españoles de Chiloé, ni comprendidos en la real Cédula de

esclavitud, doliéndose de ellos y por volver por la justicia pleiteó su libertad y probó cómo no podían ser esclavos, con muchas y eficaces razones hasta conseguir su libertad, en que se gastó algún tiempo, que en materia de defender a los Indios era muy celoso, y ponía todo empeño. En el tiempo que estos Indios estuvieron en Chiloé aprendió su lengua Puelche, y les hizo mucho agasajo, y muchas limosnas sustentándoles, y vistiéndolos, y cuando supo bien su lengua los instruyó en los misterios de Nuestra Santa Fe y los bautizó a todos" (72).

Mascardi desea ir a los Poyas

Cuatro años le costó la victoria con repetidas cartas al Gobernador de Chiloé, al Gobernador de Chile y al Virrey del Perú. Al fin salió con la suya, pero lejos de dejarlos ir de inmediato, los sacó de las prisiones donde estaban, los llevó a un lugar seguro y cómodo, a fin de regresar él mismo en compañía de ellos a sus tierras.

Terminaba ya el buen Mascardi el tiempo de su rectorado, y el Provincial de los Jesuítas le había concedido la deseada gracia de ir al Nahuel Huapí, una vez cumplido el período del mismo. "Yo pedí y tengo ya licencia del Padre Provincial de ir allá, viniendo cosa cierta, escribía al Padre José M. Adamo a 30 de enero de 1669, y aunque dos meses ha dí una gran caída y golpe y me desconcerté un pie y hasta hoy lo padezco, pero para obra tan santa no me pesarán los pies y Nuestro Señor me dará salud. Ya he aprendido la lengua de los Puelches y he hecho el catecismo y confesonario y gramática de esta lengua. Dios Nuestro Señor y la Virgen Santísima y Nuestro Padre San Ignacio y San Javier me acompañen y favorezcan (73).

Hay una frase en esta carta que necesita explicación: en "viniendo cosa cierta", esto es, "en viniendo noticia cierta" pero ¿de qué? Una carta del mismo Padre Mascardi, escrita a 30 de enero de 1669 y dirigida al Padre José María Adamo, Procurador en Lima, nos responde plenamente a esta interrogativa. Le dice que es muy probable que abandone la isla de Chiloé "...porque en todo el mes que viene se espera la respuesta o certidumbre de la ciudad y población de Argüello, que se perdió en la parte del norte, junto al estrecho y saltó en tierra con quinientos hombres, sesenta mujeres, tres sacerdotes y algunos niños y criados y vino marchando con toda la gente y recado de sus navíos hasta los 46º de altura y allí se pobló en una isla y laguna grande y se casaron con los naturales de la tierra y se han multiplicado y dicen habrá más de mil españoles, hijos de ellos, porque los primeros ya habrán muerto y ya estarán sin sacerdote ninguno porque hace casi cien años que se perdieron. El recelo que tienen los Puelches, Poyas y otros indios de las Pampas de que si se

Piensa llegar a los Césares

comunican unos y otros españoles los han de destruir, ha sido ocasión de que hasta ahora hayan encubierto y estorbado el paso de la comunicación. Tres años ha en una maloca, entre otros Puelches se apresó a una india muy principal y emparentada con todos los caciques principales. Yo la he agasajado, enseñado y bautizado y en agradecimiento ha descubierto lo que tanto deseábamos y ha enviado sus mensajes y unas cartas a esa ciudad y aunque harto lo sienten y dilatan la comunicación, pero por estar ésta con su gente en rehenes se ven obligados a descubrirse y pocos días ha vino el hermano de esta india principal que llaman Reina y por primeras albricias y señales de que vendrían sin falta o aviso o gente de la ciudad de españoles está entre ellos, me trajo unas horitas o devocionario, que aunque pudiera haberse habido por Chile de alguna ciudad perdida y por eso no es señal cierta, pero de su antigüedad, que se imprimió en Sevilla doscientos años ha y de las demás circunstancias es casi cierto que es de la gente del Argüello y más que el año pasado enviamos de aquellos indios o caciques honrados a los puelches, para que allá viesen lo que había y decían y han vuelto ya muy contentos y satisfechos de la verdad del caso y han visto entre los Poyas que son los puelches más cercanos de los 46º y de esa ciudad muchas alhajas de gente española, como vestidos de paño, pretales de cascabeles, cuchillones... Ese libro lo tenía un cacique principal de los Poyas y como instrumento y señal de la amistad que tiene con los españoles envió a decir a esa india principal, parienta suya, que ya vendría presto la respuesta de sus cartas... Y si es cosa cierta y viene claridad de todo, a mí me toca la suerte de ir a consolar a esos pobres Puelches y Españoles, mientras S. M y el Virrey, dispone otro mayor consuelo de tanta gente cristiana y descendiente de ellos..." (74).

Su confianza en la Reina

La gente de Argüello, a que alude el Padre Mascardi en esta misiva, y los Césares fantásticos a que nos referimos más arriba son unos y otros los soñados pobladores de Lin-lín, la misteriosa ciudad patagónica pletórica de riquezas y suntuosidades que tanto más parecía alejarse cuanto más cerca se le creía. Los lectores modernos sienten compasión por aquellos hombres crédulos, sin percatarse que las inmensidades entonces totalmente desconocidas de la Patagonia y las distantancias enormes que mediaba entre unas y otras poblaciones, daban amplio campo a las suspicacias y sospechas de las gentes, aun de las personas más cultas.

Lo que se creía de los Césares

El Padre Sánchez Labrador al referirse a los Césares, y nótese que escribía a fines del siglo XVIII, nos manifiesta que: "en un punto tan poco averiguado y que solamente estriba en relaciones de hombres andariegos, que se dan por testigos ocu-

lares de los Césares, no fuera de estrañar, que se desterrase [esa leyenda] al país de las fábulas su existencia" (75).

"Pero dejando esto aparte quiero solamente poner aquí las noticias, que los Misioneros Jesuítas del *Paraguay* han podido adquirir, agrega el mismo historiador. Cinco años vivieron entre los indios *Puelches* en la Serranía del *Volcán* los Misioneros. En este tiempo trataron con indios de todas las naciones, y parcialidades australes, particularmente con los que están más al sud, que son los *Thuelchus*, o *Patagones*. Deseosos estos indios de informarse de lo que oían decir había en en la tierra del *Volcán* [o sur de la Provincia de Buenos Aires] con el arribo de los Misioneros Jesuítas, venían muchas veces a ver a los Padres, no solamente los *Patagones* de a caballo, que son los que habitan de la banda de acá del río de los *Sauces* [o Río Negro], sino también los de a pie, que viven desde la otra banda del río de los *Sauces* hasta el Estrecho de *Magallanes*. Vinieron caciques, e indios del mismo Estrecho, que se quedaron en compañía de los Padres Misioneros del *Volcán* más de dos años. Si algunos deben tener noticia de la Ciudad de los *Césares* (el lugar de cuya situación hasta ahora no se sabe a punto fijo, por más testigos que se alegan de su existencia) han de ser dichos *Thuelchus*. Estos vaguean, y registran todas las tierras de la costa, que desde el *Volcán* [o sur de Buenos Aires] corre hasta acabarse en el Estrecho de *Magallanes*. No hay duda, que en las tierras intermedias del *Volcán*, y del Estrecho se debe encontrar dicha ciudad de los *Césares*, si la hay, o ha habido en este mundo.

Opinión de los Jesuítas

"Ahora, preguntando los Misioneros a los indios dichos sobre dicha población de españoles, responden, que hay tal ciudad de gente blanca; que de lejos han visto a sus habitadores, que también les vieron encender fuego; y algunos añaden que les habían visto enlazar vacas. No se atreven los Patagones a ir, y acercarse a la ciudad, porque dicen, que les tienen a los blancos de ella grande miedo. El año de 1751 habiendo los Misioneros enviado de embajador a los *Thuelchus* un cristiano, indio de razón, llegó a sus tierras, y habló a los caciques en orden a abrazar la fe de Jesucristo, y que se resolviesen a vivir con los Padres, que la enseñaban. Entre otros asuntos tocaron el de la ciudad de los *Césares*, y un cacique principal dijo: Yo no entiendo, por qué los Padres no nos quieren creer, cuando les decimos, que aquí hay una población de españoles, siendo así que nosotros la hemos visto; y si tu quieres, dijeron al indio cristiano, nosotros te llevaremos a verla, para que te certifiques, y des noticia de lo que hubieres visto, a los Padres. No quiso el cristiano tomar el trabajo del viaje, porque deseaba venir cuanto antes a su casa.

"Los que quieren meterse a astrónomos o adivinos, dicen,

que la ciudad dicha de los *Césares*, está situada entre el río *Colorado*, y el de los *Sauces* [o Negro]. Según esto vendrá a caer desde los 42 hasta los 44 grados de latitud austral. Añaden esos mismos con la misma certidumbre, que en el país en que está fundada la ciudad hay una grande isla muy cerca de tierra, y en que la tal isla está la ciudad; y los españoles, sin duda que lo harán para no ser sorprendidos de los infieles *Patagones*. Esto dicen los indios, y los que hacen hincapié en sus relaciones vagas, y mal forjadas.

Opinión de Sánchez Labrador

"Hace fuerza para no creer la existencia de dicha ciudad, que siendo los indios tan andariegos, y como gitanos propensos al comercio, y trato, no hayan jamás comunicado con aquellas gentes, teniéndolas tan cerca, y en su propio país, siendo así, que vienen a *Buenos Aires*, viaje de más de doscientas leguas a comerciar con los españoles, cuyo color blanco ni los aterra, ni los ahuyenta. También temen a los españoles de *Buenos Aires*, pero los indios saben distinguir los tiempos de paz, y de guerra, para fiarse de los españoles en unos, y cautelarse en otros. Mas, los mismos *Césares* viéndose en aquel desamparo, procurarían tomar lengua de los indios, y por su medio tener noticia de las ciudades españolas de *Chile*, y *Buenos Aires*, y con poco trabajo, en un viaje salir de estrecheces y miserias. Sabemos de muchos naúfragos, que en estas mismas costas se perdieron, y buscaron como salir a tierras de españoles por la parte de *Chiloé*, y *Chile*.

"Los Misioneros, que han tomado mejor que ningún otro el pulso a los genios noveleros de los indios australes, se inclinan a creer, que de ellos ha salido la historieta de la población de gente blanca en las costas Magallánicas. Para apoyar estas sospechas se valen de tres principios bastantemente convincentes, en materia tan obscura. El primero se toma de parte de los hechiceros: éstos entre las patrañas, que refieren en sus fingidos arrobos, una es, que ven lo que no ven ni hay en la naturaleza de las cosas. Con esto hacen valer su grande poder, y su profunda sabiduría. Fingió, pues, alguno de ellos, que fué al mar, o le vió en su éxtasis, al cual llaman en su idioma *Laguna grande;* diría, que en esta laguna veía una *población de gente blanca;* y los demás le creyeron sin cespiter, como les dan un ciego asenso en otras ficciones. Las mismas visiones tienen todos los indios, que no son hechiceros, en sus borracheras: el aguardiente, y la chicha los hace visionarios a maravilla.

"Pudo ser, y es otro principio, que muchos de estos indios, que todo lo andan, y se llegan a pescar a la orilla del mar, viesen en algunas ocasiones navíos, que se habían recogido en el puerto de *San Julián*, en el *Deseado*, o en otro de la costa, o por los malos tiempos para montar el cabo de *Hor-*

nos, o por otros frangentes ordinarios en estos mares furiosos. Efectivamente han recalado en dichos parajes varias veces naves inglesas, y holandesas. A éstas, pues, tendrían los indios por la población de los *Césares*, o gente blanca.

"Habrá sucedido muchas veces, y es el tercer principio, que algunos indios australes, incorporados con los *Aucaes*, y *Araucanos*, o llevados de su genio andariego, llegaron a avistar la ciudad de *Valdivia*, o alguna otra población española de la costa de *Chile*, como la *Imperial*. Y en este supuesto, decían con razón, que habían visto una población de gente blanca. Esto nada tiene que ver con la ciudad de los *Césares*; pero los españoles con poco examen de las palabras de los indios, se imaginaron dicha ciudad, que acaso no ha tenido más existencia, que en la región de los entes de razón. Y ¿no pudo también ser, que entre los indios australes pasase de padres a hijos el establecimiento de los españoles en sus costas, y que lo que en su principio fué realidad, como lo fué, llamándose *Nombre de Dios*, y *San Phelipe*, hoy día no sea más de pura memoria de lo pasado, y nada de presente? Al fin, poco se aventura en que cada cual crea lo que gustare de la ciudad de los *Césares*, puesto que hasta ahora de esta población se habla a tientas. Lo que nos importa es seguir los pasos apostólicos de los insignes Misioneros Jesuítas, que entraron a los países meridionales a anunciar la fe de Jesucristo a sus naturales. . .

Origen de la leyenda

Así lo hace el Padre Sánchez Labrador quien historia a continuación el origen y desenvolvimiento de las Reducciones que entre los Pampas y Serranos fundaron los Jesuítas en la Provincia de Buenos Aires, y así lo haremos también nosotros volviendo a tomar el hilo de la historia de las Reducciones que se fundaron en Nahuel Huapí (76).

Antes de ocupar el rectorado de Castro había el Padre Mascardi buscado aunque en vano, a los dichosos Césares. En 1640, el Padre Jerónimo de Montemayor con un Capitán Hartado se habían embarcado precisamente en Castro y habían recordido todas las costas e islas hasta los 39º de latitud austral. Bajaron a tierra y subieron a los montes, preguntando doquier por los Césares. Veinte años después volvió el mismo Padre Montemayor a buscar a los Césares, yendo esta vez con el general D. Cosme Cisternas. En solo tres piraguas lanzáronse aquellos dos hombres por aquellos mares nada pacíficos, y aunque hallaron la desconocida isla de Gaiquilauquen en los 47º de latitud, no hallaron ni indicios de los siempre rehuyentes Césares. Con todo no perdieron la esperanza de hallarlos, persuadidos de que los naúfragos, sus compatriotas se habían internado algún tanto en el continente, así para buscar mejor clima, como para evitar las invasio-

nes de las escuadras enemigas de la nación española. He aquí por qué, algunos años más tarde, aconsejó el Padre Montemayor que se buscasen por el continente, hacia la parcialidad de los Poyas, y procuró que se encomendara esta ardua empresa al intrépido Padre Mascardi. El mismo trato de este Jesuita con los Poyas le afianzó más y más en la creencia de la verdad de los Césares, contribuyendo sobre todo a exaltar su imaginación aquella india titulada reina, que estando casada con uno de los principales caciques de hacía el estrecho, le aseguraba tener noticia cierta de aquellas ciudades.

Mascardi y los Césares

El deseo de llevar el Evangelio a los Poyas, con quienes tanto había simpatizado, su voluntad decidida de acompañar hasta sus *habitats* a los que él cuidaba tan cariñosamente, después de haberlos rescatado del cautiverio, y el ardor, íntimo pero incoercible de dar con los misteriosos Césares, hacían que el gran Mascardi se olvidara de que el tener buenos pies para tanto caminar era lo que más necesitaba y lo que más le faltaba. "Para obra tan santa no me pesarán los pies", decía aquel hombre en vísperas de escalar los Andes y mientras andaba aún rengueando de un pie que poco antes se le había desconcertado (77).

"Como fervoroso misionero, escribe el Padre Enrich, ardía puramente en el celo de la salvación de las almas, y se le partía el corazón al considerar á tantos millares de españoles, como se creia haber allí, sin los auxilios de la religion, por no tener sacerdotes, y en el triste estado de inmoralidad que le explicaban los poyas; de quienes procuró averiguar su existencia, su número, su religion, sus costumbres, la situación de sus ciudades y otras muchas circunstancias; contestándole ellos, como de ordinario hacian los indios, en conformidad á sus ideas y deseos. Observando estos que los españoles gustaban de tales noticias, les contaban con gran formalidad y aplomo mil patrañas para halagarlos; y con mayor afan estos poyas, favorecidos en su cautiverio y puestos en libertad por el Padre Mascardi, amontonaban los datos y abultaban las anécdotas, que creian habian de ser de su agrado; exaltándose más y más al oirlas la fantasía del candoroso jesuita. Además, en fervorosa oración revolvia estos pensamientos, cuando en uno de los momentos del más vivo transporte creyó ver y oir segunda vez al mismo S. Francisco Javier, que le ordenaba fuese al auxilio de los españoles que poblaban las ciudades de los césares, y á convertir de paso á los puelches y poyas, habitantes del inmenso territorio comprendido entre Nahuelhuapi y las indicadas ciudades; aunque para ello fuese preciso exponerse al martirio. Con esta soñada revelación, pues que el santo no pudo hacérsela bajo

un falso supuesto, no dejó el buen Padre piedra por mover hasta inaugurar su empresa.

"Grandes preparativos hizo para ella el Sr. Abreu, Gobernador del Tucuman, en 1584; mayores los hizo su sucesor en 1589; y llegó á acometerla en efecto el licenciado D. Luis del Peso. Diez años despues el Exmo. Señor D. Jerónimo Luis de Cabrera penetró con un numeroso ejército desde la ciudad de Córdoba por las pampas, sin parar hasta ponerse frente á Villarrica en tierras de los puelches. Por el lado de Chile ya hemos visto las expediciones de los Sres. Hurtado y Cisternas, con sus flotillas y abundantes provisiones, sin que nadie pudiese lograr sus intentos; y otros juntaron con el mismo objeto mayores ó menores fuerzas. Mas el Padre Mascardi, á quien no se le ocultaba que ninguno de sus antecesores habia conseguido hallar aquellas ciudades con tantos elementos, se propone encontrarlas marchando solo, sin más defensa que el crucifijo en el pecho, ni más provisiones que la esperanza en Dios; teniendo que atravesar por medio de las naciones bárbaras y numerosas, que moraban en la cordillera y en los extensos valles que estan al naciente de ella, hasta el estrecho de Magallanes, en cuyas inmediaciones se suponía estaban los Césares (78).

Mascardi parte al Neuquén

Formado su plan de expedición, lo propuso al Padre Vice-Provincial; y era por cierto de gran edificación ver los piadosos intentos y heróica resolucion con que le hablaba. "Se " dirá, advertía, que me expongo a ser víctima de los bárba- " ros: ¡dichoso yo si lograra derramar mi sangre por Cristo! " ¡Ojalá que mi sangre fecundara aquella tierra hasta ahora " estéril! Esta no ha de producir cristianos, sin que sea regada " con la sangre de los mártires. ¡¡Quiera Dios aceptar la mia " para tan santo objeto!". Habido el permiso de sus superiores, lo solicitó del Gobernador y del Virrey. Entrambos quedaron sorprendidos de su propuesta; y como no les pedia ni fondos, ni armamento, ni escolta, se lo otorgaron: aunque no sin alguna dificultad, temerosos de su desgracia. Lleno de regocijo, y animado de un santo entusiasmo y de una ilimitada confianza en la providencia divina, salió enseguida el decidido misionero por las calles de Castro y otros lugares del archipiélago á recoger de limosna los víveres indispensables para el viaje, y algunos objetos con que agasajar á los indios, que de paso esperaba evangelizar, y para proveer á los Poyas que lo iban á conducir".

El anónimo autor de la *Vida Apostólica* nos dice que "llegado el tiempo de la partida entre aquellos bárbaros, solo y sin español ninguno, que no quiso llevar, sino un niño que le ayudaba a misa, e ir apostólicamente a pie, por cordilleras, nieves, riscos y peñascos, le requirió uno de sus compañeros

el peligro en que se ponía, de que le matasen aquellos bárbaros que le acompañaban, y habían sido cautivados de los nuestros, o los que allá había, que eran muchos e inhumanos. A que respondió que eso era lo que deseaba, y que acaso había venido de Roma a morir por dilatar la fe de Jesucristo, y haciéndole cargo, y apretándole porque dejaba el cargo de Rector, y todas aquellas islas desamparadas, respondió: Padre mío, no puedo dejar de ir, que San Francisco Javier me lo ha mandado, y no puedo dejar de obedecer su mandato. Para Rector cualquiera de Vuestras Reverencias lo hará mejor, que yo, y para acudir a los indios de acá habrá muchos, y para aquellos miserables desamparados no hay ninguno. Con que no tuvo que replicar a estas razones, y santa resolución. Nombró por vice-rector, en su ausencia, al Padre Juan del Pozo, varón apostólico, que murió de ochenta y seis años, consagrando su vida a aquellas apostólicas Misiones, sin dejar el arado de la mano, hasta la muerte. Dióle el Gobernador de Chiloé, Don Juan de la Barra, todas las piezas o indios que había sacado, por libres, para que los llevase a sus tierras y una escolta de soldados, hasta el pie de la Cordillera, por el recelo de los indios, enemigos de Cuneo y Osorno, que infestan aquellos caminos, y al pie de la Cordillera se despidió de la escolta y se fué solo con los indios, confiado en Dios y puesto en sus manos, muy alegre por no tener que confiar en hombres, sino sólo en Dios.

Le acompañan hasta la Cordillera

"Quien con mayores veras procuró impedir su viaje fué su mayor enemigo, el Demonio, con quien tenía grandes batallas y le hacía muchos males. Y siempre salía de sus luchas victorioso, y en esta ocasión fué más ilustre la victoria del apostólico Padre porque habiéndole tirado el Demonio el golpe a los pies, que iban a evangelizar la paz, para impedirle el viaje, le desconcertó él un pie, pero el santo varón, aunque el viaje había de ser a pie, se animó a caminar con el pie desconcertado y prosiguió el viaje descalzo, por pedregales, ríos, peñascos y cordilleras, con admirable victoria de sí mismo y de su enemigo, no rindiéndose jamás al cansancio, ni dando a entender su pena, por no ser penoso a los indios, y obligarles que le llevasen cargado. Y encontrando en lo alto de la Cordillera nevada un ídolo de una vieja, a quien temían mucho los indios, que le llevaban y le tributaban todos al pasar, leña para que hiciese fuego y si no, decían, que armaba tempestades y mataba a los pasajeros, les hizo allí alabar a Dios y decir vituperios al Demonio, y que no creyesen en sus embustes, ni temiesen sus amenazas. Y aunque de verdad se armaron tempestades, les animó y quitó el miedo con invocar al Señor y huyeron las tempestades, sin que los ofendiesen en nada.

Llega Mascardi al Nahuel Huapí

"Había enviado delante un mensajero a avisar a los indios de Naguelguapi, cómo iba, y les llevaba los prisioneros, y saliéronle a recibir a la Cordillera, muy gustosos, y trayéndoles algún refrigerio, y apercibieron balsas, y canoas para que pasasen cuatro lagunas grandes, que había en el camino, con que llegaron a la de Naguelguapi, que quiere decir Isla del Tigre, por ser una isla en medio de una grande laguna, donde habitan unos indios que por su valentía se llaman Tigres. Los cuales se mostraron con el Padre unos corderos, y él con su santa doctrina y agasajo, los amansó y domesticó, de suerte que todos se convirtieron a nuestra Santa Fe, y persevera hasta hoy entre ellos, sin tener sacerdote alguno, una florida cristiandad, juntándose a rezar en la Iglesia todos los domingos, y a oír la Doctrina Cristiana de los fiscales, ejercicio en que el Apostólico Padre los impuso desde el principio.

La Reina le favorece

"Entró el Padre en Naguelguapi con la Reina, y los demás cautivos, hecho un Redentor, y luego comenzó a sembrar la doctrina del cielo, que recibían todos con grande afecto. Ayudó mucho al apostólico Padre la Reina, que como dije, se hizo muy capaz de las cosas de Dios, y una Apóstola, y predicaba a los indios con grande fervor y admiración. Envió con su autoridad a llamar a los Poyas, nación diferente y de diferente lengua, que aprendió el Padre de la Reina, y vinieron de varias partes a oír la palabra divina, y los Poyas orientales vinieron de más de cien leguas, y estuvieron con el Padre y con la Reina hasta que se hicieron capaces de los misterios de la fe, y el Padre les predicaba, y sobre lo que él decía echaba la Reina el contrapunto y les hablaba con grande eficacia, elocuencia y señorío: oyendo todos con suma atención y admiración a aquella sabia Reina Saba, que al oriente vino a oír la sabiduría de Salomón y volvió sabia a su tierra. Pidieron los Poyas con grande afecto el bautismo, y queriendo el Padre dilatársele, le rogaron que no los enviase desconsolados, ni permitiese que se muriese alguno sin bautismo, que sería grande sentimiento y le hacían cargo de aquella alma. Y porque les dijo que habían menester hacer penitencia de sus pecados, que los Indios Cristianos de Chiloé la hacían las Quaresmas con mucho derramamiento de sangre, imitando la que Cristo Nuestro Señor derramó por nuestros pecados, al día siguiente se tajaron todos los hombres, mujeres y niños, y con agudos pedernales se rasgaron los pechos, los brazos y las piernas, diciéndole al Padre que aquella sangre derramaban por sus pecados, y a imitación de Jesucristo, que en ocasiones de dolor y tristeza es uso entre estos indios, para mostrala el sajarse con pedernales, y derramar sangre por todo el cuerpo, y así lo hacen en la muerte

de los padres y de los hijos. Y para mostrar el sentimiento y pena, que tenían de sus pecados, se sajaron todos en esta ocasión. Admiró el Padre su penitencia y el ver el afecto con que pedían el santo bautismo. Con que los bautizó y casó con sus mujeres, según el orden de la Santa Madre Iglesia, que no hay entre estos indios multiplicidad de mujeres, como en los demás de Chile, ni indio alguno que tenga dos mujeres, sino todos una, y les tienen grande respeto, llamándolas madres.

Hace muchos bautismos

"Cuatro años estuvo el Apostólico Padre entre estos bárbaros, haciendo grande fruto y padeciendo grandes trabajos y necesidades, sin comer pan ni beber vino, ni tener cosa que comer de sustento, sino un poco de harina de cebada, disluída en agua, y por Pascua, y por gran regalo, un poco de carne de caballo, y tan bien hallado se estaba en esta miseria, que según escribía cada año, que sólo al año había mensajero, decía que estaba en el Paraíso, y más regalado que en Roma, que allí todo le sabía a maná, y estando en una continua Cruz hallaba en ella regalo, consuelo y vida. Llamábanle los compañeros desde Chiloé, que fuese a descansar y tomar algún alivio, y estaba tan bien hallado en la cruz de aquellos trabajos, que por más instancias que le hacían, no lo podían hacer bajar de ella, y fué gran constancia estar cuatro años, sin encontrarse con un español, entre bárbaros, sin tener que comer ni beber, sino agua y harina.

"Murió en este tiempo el apostólico Padre Juan del Pozo, a quien dejó por vice-rector en su lugar; y con esta ocasión escribiéronle los Padres, dándole cuenta de su santa muerte, andando predicando en las Misiones. Y apretarónle mucho, en que viniese a su rectorado, poniéndole escrúpulo en dejarle por tanto tiempo, y en bautizar a una gente que forzosamente había de dejar sola, y volverse a su rectorado, y que no había Padre que pudiera ir a continuar aquella Misión, ni estaba fundada por el Rey, ni por sus Ministros. El cual escrúpulo se lo escribió también el Padre Provincial. A lo primero respondió a los Padres, enviando a uno patente de vice-rector en su ausencia, y diciéndoles que cualquiera de ellos lo haría mejor que él, y llenaría su falta con mayores ventajas. Y que iría de muy buena gana a consolarse con ellos, y lo había intentado, pero que por dos gravísimos inconvenientes no podía ir: el uno por el grande desconsuelo de aquellos indios, que habiéndoselo tratado, y prometídoles volver, y que les dejaría prendas, no querían venir en ello, y se deshacían en lágrimas, y le decían: "si quieres irte, vete solo; veamos cómo pasas la Cordillera y las cuatro lagunas, que nosotros no iremos por cuanto hay, a pasarte, ni a acompañarte, porque no nos dejes. El otro inconveniente era por

Necesidad de regresar a Chile

la imposibilidad que sentía de volver, por haber de ser la jornada a pie, que el desconcierto del pie, que el Demonio le había causado a la ida, había ido a más, y le traía imposibilitado el caminar a pie, que si allí no hubiera caballo, no caminaba, y los caminos que hacía era con harta dificultad y a costa de muchos dolores, y todos los padecía con gusto por el bien de las almas.

Defiende Mascardi su conducta

"Al escrúpulo de los bautismos respondió al Padre Vice Provincial, y a los Padres cómo había bautizado diez mil personas, y convertido más de cincuenta mil, e iba bautizando al paso que los iba disponiendo y enseñando lo necesario, y que no tenía escrúpulo ninguno en bautizarlos, aunque los hubiese de dejar, porque decía: si estos indios fueran como los de Chile, que tienen muchas mujeres, borracheras y hechecerías, o como los del Perú y otras naciones que tienen adoraciones de Dioses falsos e idolatrías a que se vuelven fácilmente, en dejándolos de la mano y solos, tendría escrúpulo en bautizarlos. Pero por la gracia de Dios es esta una gente simple, humilde, sin ídolos, sin adoraciones de Dioses falsos, a cuya adoración y creencia se pudieran volver. Y en dándoles a conocer al Dios verdadero, le reconocen y adoran con fe y humildad. Es una gente que guarda la ley natural, que no se emborracha jamás, por no tener de qué hacer chicha granos ningunos, que no se siembran en esta tierra por los grandes ardores del sol . . El que se bautiza y se casa, según el orden de Nuestra Santa Madre Iglesia, se le pasa toda la vida, sin hacer pecado mortal" (19).

Todo esto es del autor de la *Vida Apostólica*, y podemos confirmar uno de sus postreros asertos con una carta del mismo Padre Mascardi. Después de consignar que son "los Poyas de buenas costumbres, muy raro el que tiene dos mujeres, fieles a la que han tomado y no dados a borracheras como otros indios, escribe así el gran misionero en carta al Vice-Provincial de Chile: "¡Quien pues habrá de tener empacho y escrúpulos de bautizar gente de tan buenos naturales y que tan bien crían sus hijos y tan quitados están los vicios y pecados y que no tienen más que la ignorancia de Dios, por no haber quien se lo dé a conocer! Demás que yo esperó Dios Nuestro Señor me permitirá que no se desvanezca esta misión de tanta gloria suya y se pierdan tantas almas y si nuestro Padre General supiera que en todo este gran país de la América austral, que corre de aquí para el oriente hasta las costas de Buenos Ayres y, por la parte del sur hasta el estrecho de Magallanes, que no ha habido jamás ni hay más que un sacerdote y que en estas inmensas campañas se corren por más de quinientas leguas ay tantas naciones que han recebido y van reciviendo la fe y que son de tan buenos naturales sin vicios y que reciven el Santo Evangelio con tanta humildad y

Elogia las costumbres de los Poyas

que por ser yo sólo no puedo ir en persona a consolarlos a todos ni alejarme a todas partes y que en ninguna de ellas hay riesgo de la vida en los Padres Misioneros y que, fuera de ésto, hay esperanza grande de descubrir muchas poblaciones grandes de españoles perdidos en el mar como son los de Sebastián de Argüello en las costas de Buenos Ayres, los de Sarmiento hacia el estrecho de Magallanes, los de Iñigo de Ayala en el mar de los Chonos y otras muchas noticias que pueden adquirir de navíos que se han perdido por esta costa, estoy cierto que Su Paternidad pondrá luego todo esfuerzo en concertar esta misión y fomentarla, dándole los objetos necesarios y que S. M. y sus reales ministros alargarían su brazo a sostenerla, como ya ha dado principio el Señor Presidente D. Francisco Enriquez socorriéndonos este año con el sueldo de tres soldados . . .".

Sueña hallar a los Césares

Habla luego de su ida a los Chonos, del buen recibimiento que le hicieron y de las noticias que le dieron de los españoles y de las quemazones que vieron hacía dos años, en la Cordillera, buscando paso, según pensaba, para Valdivia y dice que él vió las quemazones y que los poyas le aseguraron no ser de indios y añade que se prepara a hacer una nueva entrada por aquellas tierras del sur para descubrirlos; cómo, aunque achacoso y enfermo y ser el clima duro, se halla con fuerzas para trabajar y en tres años no ha tenido dolencia alguna — y dice como desearía ver cada año algun Padre de Chiloé y que había resuelto ir allá pues hacía tres años que no había visto un Padre nuestro, pero que los indios Poyas no le dejaron y sentían mucho los dejase y además que tenía un pié malo y a no ser por haber hallado un caballo poco podría andar" (80).

Mascardi llegó a las tierras de los Poyas a fines del año de 1670 y fué a orillas del Nahuel Huapí y rodeado de los esclavos libertados por él, y ante la estupefacción de numerosos Caciques que allí se habían congregado, por orden o por indicación de la Reina, levantó el Misionero una cruz construída allí mismo y con maderas de los abundantes bosques. "Muchos fueron los que vinieron a visitarlo así de los puelches como de los poyas ofreciéndose cada uno de ellos á llevarlo á su toldería; comprometiéndose á asistirlo en todo, si se dignaba fijar entre ellos su morada. Mas él prefirió la márgen boreal de Nahuelhuapi, que tiene unas doce leguas de largo y cuatro de ancho, sin contar sus diversas sinuosidades; por ser un lugar céntrico, de donde podrir más fácilmente asistir á las naciones establecidas en las faldas y en los dilatados valles de los Andes, y á las que moraban en las cordilleras del naciente, en los espaciosos campos del norte, y en las extensas campañas del sur, hasta el estrecho

Escogió la margen boreal

de Magallanes, en cuyas playas esperaba encontrar las famosas ciudades de los Césares".

En las líneas que anteceden, se afirma que la Reducción fundada por Mascardi estuvo situada sobre la margen boreal de Nahuel Huapí, y tal parece que fué en efecto su ubicación. Coincide por otra parte con la tradición que señala como uno de los lugares donde hubo pueblo de indios cristianos el sur de la Península de Huemul, esto es, entre el Cerro Chacayal y la ribera del Lago, en un punto vecino al actual Puerto Venado. Ignoramos las causales que le pudieran inducir a preferir la ribera boreal en vez de la austral. El paraje es ciertamente hermoso y la región muy apta para la vida. En canoa o piragua cruzaría el Lago, o bien llegaría hasta su extremo oriental o naciente del Río Limay donde el cruce es, y sin duda era también entonces, muy fácil (81)

La primera Reducción

"Establecida sobre el Nahuel Huapí su misión, esto es, una pequeña Capilla y un miserable rancho, armados este y aquella de palos y ramas, y cubiertos con un techo de paja, se despidió de sus nuevos catecúmenos, naturales de aquellos contornos, para continuar su viaje en busca de los soñados pueblos españoles. La llamada Reina y demás Poyas libertados en Chiloé, cuyas tribus moraban al sur de dicha laguna, partieron asimismo en su compañía; y aun cuando ellos se quedaban en el seno de sus familias, según las iban encontrando, o para tomar otros caminos transversales, cada uno hacia el lugar de la suya respectiva, el Padre fué faldeando la cordillera hacia el sur, sin parar hasta el sitio del cual no se podía pasar adelante, según el testimonio de la Reina y de los suyos, sin incurrir en la indignación de los Césares; y de donde podría ponerse en relación con ellos.

"Allí los caciques e indios, al parecer más noticiosos, muy contentos de recibir a su Reina, le confirmaban las noticias anteriores, le describían minuciosamente las ciudades encantadas, y se le ofrecían a llevar allá sus comunicaciones. "¿Y qué idioma hablan ellos?" les preguntó diligentemente, temiendo que, por no haber en ochenta y cuatro años tratado con europeos, es decir, desde que a fines de 1586 Tomás Cavendisch, pirata inglés, aportó allí, hubiesen olvidado el español, confundiéndolo con la mezcla de otro, o adoptado alguno de los indígenas. Mas en esto no estaban acordes los indios: que tal es carácter de la mentira. Por lo cual el Padre Mascardi les escribió cartas en español, italiano, latín, griego, chileno y poya, manifestándoles el santo objeto que lo encaminaba a sus ciudades; que no era otro que el deseo de salvar sus almas. Les anotaba, además, el punto en que se hallaba, la firme resolución que había hecho de no regresar a Chiloé hasta no dar con ellos, y cuanto creyó podría interesarlos en que lo admitiesen en sus pueblos. Des-

pués de muchos días volvieron los mensajeros, diciéndole que los caciques de las inmediaciones del estrecho no les habían permitido pasar adelante; mas se ofrecieron a ponerlo en comunicación con los Césares por otra vía. Frustrada esta primera diligencia, volvió a su misión a aguardar en ella la estación oportuna para tentar la nueva vía que le ofrecían. El viaje del P. Mascardi, así en la ida como en la vuelta, fué una continuada misión; con la cual, no sólo evangelizó a las gentes de su tránsito, sino también a muchos que, noticiosos de sus pacíficas y benéficas intenciones, salían de las quebradas, o acudían de lugares remotos a visitarlo y escuchar atentos su celestial doctrina. Por no haber sufrido estas gentes la dominación española, ni experimentado las vejaciones de los encomenderos, no participaban de las antipatías de los araucanos a todo lo que les venía por conducto de aquella conquistadora nación. No existiendo, pues, estos obstáculos, y, por lo contrario, hallando el misionero en los Poyas y demás naciones que visitó, o le visitaron en su tránsito, así como en los Pehuelches, Puelches y demás que concurrieron a Nahuelhuapí, buen talento y otras bellas disposiciones, logró instruir en los dogmas de nuestra santa fe y convertir a muchos en aquel primer año, y no fueron pocos los que recibieron de su mano el santo bautismo: la mayor parte de los cuales entró en el reino de los cielos poco tiempo después de haber entrado en el gremio de la Iglesia de Cristo. Una peste de viruelas cundió por aquellas tribus, haciendo los mismos o mayores estragos; y por lo mismo discurría diligentemente este celoso misionero por todas partes, especialmente donde más ardía el contagio, bien auxiliando y curando a los enfermos, bien administrando el bautismo a los párvulos moribundos y a los adultos que, impuestos suficientemente en los dogmas de nuestra santa fe, se lo pedían. Este rasgo de caridad, jamás visto por aquellas gentes, la suavidad y dulzura con que a todos recibía, y el interés que mostraba por todas sus cosas, y sobre todo por el negocio de la salvación de sus almas, le granjearon su estimación y confianza; por lo cual algunos se establecieron junto a la misión, y otros acudían de lejos a ella.

Prosperidad de la misma

"Por febrero de 1671 escribió a Santiago, y también al Virrey del Perú, dando razón de lo bien que por los Poyas y Puelches había sido recibido, y de las buenas disposiciones que hallaba en aquellas gentes, para recibir el yugo suave de la ley de Cristo Su Excelencia, el piadoso conde de Lemus, complacióse en tanto grado con tan buenas nuevas, que al contestar su carta, a 4 de marzo del 1672, del modo más atento y satisfactorio, le dijo que se dignara aceptar unas niñerías que le remitía, comprometiéndose a remitirle otras cuan-

tas veces pasase algún buque del Callao a Chiloé. Sus niñerías eran doscientos ducados en plata, unas medallas del mismo metal de Nuestra Señora de Desamparados, que había hecho acuñar para el día 2 de febrero de aquel mismo año, en que se inauguró la capilla que a sus expensas había levantado en Lima para su culto, cincuenta estampas de la misma Señora, y además una bella imagen de la Purísima Virgen María, para que la colocase en la primera capilla que levantase entre los Poyas. Este apreciable regalo llegó a su tiempo a manos del Padre Mascardi, que se complació con él en gran manera, sobre todo por la bella imagen de la Purísima, que colocó en su capilla de Nahuelhuapí, tomándola por patrona de su misión" (82).

Nuestra Señora de Nahuel Huapí

Esto escribe el Padre Enrich, pero opinamos que la imagen o estampa aunque era de la Purísima, lo era bajo su especial advocación de los Desamparados, conforme era la devoción peculiar del señor Virrey del Perú y razonablemente juzgamos lo fué también del Padre Mascardi, y así se explica el que los historiadores y aun los cartógrafos aludan a la reducción dándole el título de Nuestra Señora de Nahuel Huapí.

Desde junio hasta setiembre de 1671 no se alejó el Padre Mascardi de su incipiente Reducción, aunque hizo repetidos viajes, de cinco o más días cada vez, a los valles cercanos, escalando montes y salvando precipicios, cruzando ríos y navegando lagunas. Probablemente llegaría en estas excursiones hasta los Lagos que ahora llamamos Traful, Falkner, Meliquina, Villarino, y aun otros igualmente alejados.

Diversas expediciones al sud

Debió ser a principios de la primavera de 1671, así que los soles derritieron las nives y se secaron los caminos de hacia el Estrecho, emprendió de nuevo su segundo viaje a los Césares, dirigiendo su rumbo hacia el sursudoeste; y desengañado, después de meses empleados en aquella excursión, de que no había ciudad alguna en la confluencia del estrecho de Magallanes con el Pacífico, ni cerca de él, trataba de regresar a su misión, cuando un cacique le aseguró que en la costa de los chonos había otra ciudad de españoles; los cuales, sabedores de que andaba por allí un sacerdote católico, le mandaban suplicar tuviese a bien de visitarlos; añadiendo el cacique cómo, en señal de verdad, le habían entregado las prendas que le presentaba; a saber: una daga, un peso de hierro y una ropilla de grana: objetos que no poseen los indios. Aceptólas con gusto, y las guardó diligentemente para remitirlas a Santiago, con los datos adquiridos en aquellas correrías; por si acaso lograba que se hiciese reconocimiento por mar, ya que él no podía hacerlo por tierra, en razón de la guerra que tenían entre sí los indios Puelches con los de la Cordillera, fronteriza de los Chonos. Cabalmente uno de los primeros jefes de Santiago reconoció ser la tal daga de un hermano suyo,

que algunos años atrás había desaparecido en un viaje marítimo. Algunos creyeron que, habiendo naufragado éste en el mar del sur, habría, con sus compañeros de infortunio, levantado algunas casas en que albergarse, las que los indios llamarían ciudad; otros, y estos acertarían, se persuadieron de que habrían sido saqueados y muertos por los indios después del naufragio. En 8 de octubre de 1672 ya había vuelto el Padre Mascardi a sus amados Poyas de Nahuelhuapi, catequizando de ida y vuelta a cuantas naciones encontró en estas largas travesías". Fué a su regreso de esta expedición que escribió el intrépido misionero una significativa carta al entonces Gobernador de Chile, Don Juan Enriquez (83). Es evidente por su contexto que el corazón del celoso jesuíta se hallaba en extremo afligido, no tanto por no haber dado con los tan buscados Césares como por haber sido informado por los indígenas que los españoles de las desconocidas ciudades se habían olvidado totalmente de la doctrina cristiana y de las cristianas costumbres de sus antepasados.

Regresa el 8 de octubre de 1672

Señor Presidente: con la mucha liberalidad y favores de V. S. y órdenes que dió en el año pasado al Cabo y Gobernador le Chiloé, he tenido este año algún alivio. Y de los tres sueldos de a caballo que vd. me mandó dar de limosna para agasajos de estos indios; me envió luego la mitad, y me prometió enviarme a hora lo demas. En la que escribí a Vd. el año pasado, le di cuenta del viaje que hice hácia los Chonos, y el mucho agasajo que me hicieron, y la voluntad con que recibieron la fé, y enseñanza cristiana los Poyas y bárbaros que habitan por este camino y tambien de las muchas quemazones que vi personalmente hechas dos años há, de los Españoles del Sur, por varias lagunas de esta cordillera; que tan solamente anduvieron buscando, a mi parecer, caminos por estas condilleras para juntarse con los Españoles de Valdivia, o de Chiloé; pero los atajó la última laguna que hay treinta leguas de esta de Nahuelhuapi; y se retiraron por el recelo de los muchos humos, que hacen cada día estos Poyas mudándose de unas partes a otras con sus familias en seguimiento de la caza. La falta de comida me obligó a retirarme, dejando encargadas las cartas para dichos Españoles a un Cacique muy principal, que varias veces se ha comunicado con ellos; y me entregó en prenda, y en señal que están allí un vergajon de fierro bruto de vara y media de largo, que pesará mas de una arroba, y me prometió sacarme sin falta en todo este verano de este empeño. Quiera Dios Nuestro Señor sea así. Yo salgo ahora mas bien aviado de comida, y a caballo: y luego para el efecto lo que me envió el cabo de Chiloé por orden de V. S. y como dueño ya de la tierra; y que tengo en gran parte la voluntad de estos bárbaros, espero tendré menos tra-

Carta de Mascardi al señor Gobernador

bajo en la ida. Y quizás querrá Dios Nuestro Señor, y la Virgen Santísima. El mensajero que llevó mis cartas a esos Españoles, volvió a principios del invierno, diciendo que los Españoles que estaban en la tierra firme, ya se habian pasado a su isla, y por mucho que los esperó, no volvió la barca a tierra firme; con que se vió obligada a dejar mis cartas a uno de los Caciques cercanos a esa laguna; pero despues, el mas principal de los Poyas del sur, me vino a decir un secreto; que la dilación de darme las buenas nuevas, era por verme en sus tierras y dármelas a boca; porque aquí se recelaban de disgutarse, y pelear con los Poyas Orientales, que andan muy corridos, de no haberme traido hasta ahora cartas de la ciudad de Arguello, de los Césares en la otra costa: Dios lo disponga todo conforme convenga a su santo servicio y bien de las almas; y al servicio de su Majestad, que tiene mucha gente perdida por acá, pues hay la de Arguello, la Sarmiento, la Iñigo Lopez de Ayala, y de otros navíos perdidos en esa costa: y aun, según he reconocido de su habla, la dilación de darme noticias de todo, es por verse tan rodeados de Españoles; que ni se comunican, ni juntan y pueden barrer con sus tierras. Al fin Dios Nuestro Señor está sobre todos, y las dádivas irán ablandando los corazones de estos bárbaros. No ha muchos días que vino a verme el Cacique mas principal de los Poyas del Sur, y me ha de llevar consigo, y acompañarme en este viaje: y le dije que si en todo el verano no me daban todo consuelo en lo que habian prometido, de corrido, no habia de volver acá; sinó meterme por esos montes, a hablar solo con Dios. Sonrióse el Cacique, y díjome: allá vamos todos, y todo se ajustará. Dios Nuestro Señor cuya causa estoy haciendo, todo lo ajustará y guardará a V. S como deseo para bien, y aumento de este reino de Chile, y para el descubrimiento de este nuevo reino, y poblaciones de su majestad. Poyas, Octubre 8 de 1672. B. L. M. de V. S., su callan y servido muy apasionado. Nicolás Mascardi (84).

"La mucha gente perdida"

Apesar de estar mal del pie, mal que le aquejó ya antes de ir al Nahuel Huapí, y apesar de las dos largas y abrumadoras expediciones en busca de los Césares, no se amilanaba ni cedía un punto el heroico misionero. En su primera expedición que fué rumbo al sur, debió de llegar hasta las inmediaciones de lo que es ahora la población de San Martín, en los 44º grados de latitud sur.

La segunda expedición

En su segunda expedición llegó, según él mismo nos dice, hasta un gran lago que no estaba en la Cordillera sino en medio del continente, lejos de la Cordillera. ¿Sería el actual Lago Musters? Creemos que en efecto fué éste el gran Lago a que arribó Mascardi en su segundo viaje, ya que es, juntamente con su gemelo y vecino el Lago Colhué, el único lago

alejado de la Cordillera. Tampoco aquí dió el Misionero con los ambicionados Césares.

No obstante este segundo desengaño, no cejó el Padre Mascardi en sus planes de dar con los Césares y de predicar el Evangelio a todos los pueblos de indígenas que hubiese en las inmensas regiones patagónicas. Se persuadió, por noticias que le dieron los Indios que la ciudad de los Césares estaba al naciente del Estrecho de Magallanes y así, a fines del año de 1672 emprendió una tercera expedición exploradora.

Sus cartas a los Césares

"Como vió, escribe el autor de la Vida Apostólica, que después de haber hecho tantas diligencias y de haber escrito y enviado por varias partes cartas a la ciudad de los Césares, para saber de ellos, no le traían respuesta, determinó de ir hasta el Estrecho de Magallanes, que hay doscientas leguas de distancia, y ver personalmente si en el paraje, donde se decía que estaba fundada, la podría hallar, y determinó ir dando noticia de nuestra santa fe a todas las naciones y gentes que en toda aquella distancia habitan en aquellas extendidas llanadas, donde no ha llegado jamás pie de Español, ni Cristiano alguno.

"Y así acompañado de algunos Poyas salió de Nahuel Huapí, y aunque éstos se quedaron en el camino en su continuo ejercicio, de la caza, sólo perseveraron siempre con él cuatro Indios de Chiloé y el Cacique Manqueunai con un hermano suyo, que le servían de guía y de ir dando noticia a todas las Provincias y parcialidades, donde llegaban, de quién era el Padre, y a lo que iba: que era sacerdote de Dios y embajador del Altísimo, Señor del cielo y de la tierra, que iba a darles noticia del verdadero Dios, y a enseñarles el camino del cielo, que le recibieran como a Padre, y como a embajador de Dios, que los Españoles le tenían grande reverencia, y ellos en Nahuel Huapí le miraban y reverenciaban como a ministro de Dios, y su representante, que tiene los poderes de Dios para perdonar los pecados y echar las almas al cielo. Oyendo al Cacique Manqueunai estas y otras razones, recibían al Padre con grande respeto y le miraban como al sol, y como ellos decían, a un Guecubu, que con esta palabra significan una cosa divina (85).

Tercer viaje al Sur

Fué pues, a fines del año de 1672 que con la comitiva dicha salió el Padre Mascardi de Nahuel Huapí y enderezó sus pasos hacia el sudeste. Careciendo de los necesarios detalles, es imposible precisar la ruta que siguieron los animosos expedicionarios, pero es presumible que se alejaron de inmediato de las altas serranías del oeste y tuvieron la precaución necesaria de no acercarse excesivamente a la desolada costa del Atlántico. Las altas serranías les habría hecho imposible la expedición por la fatiga que las cuestas les habría ocasionado, y de haber

querido seguir la costa habrían perecido de sed y los vientos y arenales los habrían incapacitado para tan larga jornada. Si en su segundo viaje había llegado Mascardi a un grande lago que se halla, según manifestaba, en medio de la Patagonia, lago que suponemos sea el actual Lago Musters, situado en los 45º de latitud sur, es probable que siguió el celoso Misionero la misma ruta desde Nahuel Huapí hasta este punto. Sospechamos que desde este Lago debió de enderezar su ruta hacia el este, llegando a la costa atlántica en algún punto cercano al actual Puerto Deseado o Puerto Santa Cruz. Antes de llegar a Cabo Vírgenes, en un punto que bien pudiera ser Puerto Gallegos, "halló un alojamiento, muy capaz y en él pozos con escalones para sacar agua, hechos a mano, pedazos de cuerda, de botijas, astillas y señales de brea, que todo indicaba haber habido allí gente y algún navío. Y preguntando a los indios comarcanos, dijeron que allí habían estado unos hombres blancos algún tiempo y que se habían ido en un navío..." (86).

Llega Mascardi al Atlántico

Según todas las señales trátase de la expedición de John Naborough de quien se sabe que a 26 de setiembre de 1669 había partido de las Dunas y al año siguiente, antes de cruzar el Estrecho, en su viaje a las costas de Chile, se había detenido en lo que es ahora Puerto Gallegos. Grande debió ser el gozo de Mascardi al hallarse con esos signos de gentes civilizadas, pero grande su desengaño al enterarse por los indios comarcanos que eran tan sólo las reliquias de una expedición pasajera, y ajenos enteramente a los tan deseados Césares.

Aunque no nos consta, suponemos que el fervoroso Misionero no se contentó, una vez llegado a Cabo Vírgenes, con la información negativa que le proporcionaron los indios de la región, y es muy probable que recorriera, a lo menos en parte, la costa boreal del Estrecho, donde estuvieron otrora las dos efímeras poblaciones de Jesús o Nombre de Dios y San Felipe y donde, según muchos, se hallaba la misteriosa ciudad de los Césares.

"No hallando más señas de Ciudad, escribe el autor de la *Vida Apostólica,* se determinó de volverse, después de cuatro meses de viaje, y de ir predicando por varias partes, convirtiendo almas y continuando su misión y prosiguiendo el mismo ejercicio y apostólico viaje, bautizando muchos infieles, que fueron en este viaje más de veinte mil almas las que bautizó, y más de ochenta mil las que recibieron la fe, y se iban disponiendo para el Santo Bautismo".

Así el anónimo autor de la *Vida Apostólica* como el Padre Rosales, compañero y coetáneo de Mascardi, nos ofrecen estas altas cifras de conversiones y de bautismos, y ellos ponen ciertamente de relieve el fervor sin límites del gran Misionero de

Poyas. "Y si alguno no creyese prudente esta facilidad en administrar los sacramentos de gentes tan remotas, no dejará por lo menos de reconocer el incansable celo del misionero, que en sus viajes no perdía ocasión de predicar a aquéllos bárbaros y de instruirlos en los dogmas de nuestra santa fe; y si considera las circunstancias que lo rodeaban, tal vez mudará de parecer. Habiendo sido tan bien recibido de los poyas, pensaría fijar entre ellos su residencia, y traer nuevos operarios a su misión de Nahuelhuapí; y desde ésta hacer frecuentes correrías por las pampas para completar la instrucción de los neófitos, mantenerlos en la fe y suministrarles los demás auxilios de la religión, al modo que se hacía enrte los araucanos: motivos por los cuales juzgaría lícito administrarles el santo bautismo. Lleno pues, de satisfacción por las conversiones conseguidas, aunque ni noticias ciertas hubiese conseguido de los Césares, llegó a su amada misión, después de cuatro meses y medio empleados en tan penoso viaje por tierras desconocidas, jamás pisadas por hombre civilizado, y menos visitadas por algún sacerdote católico, sufriendo precisamente mil privaciones y soportando inmensos trabajos (87).

Conquistas espirituales

A su regreso comunicó al Gobernador los indicios que había reconocido de andar piratas por estas costas, para que su Excelencia tomara sus precauciones, si llegaba a tiempo la noticia. No fué necesaria, como llevamos ya indicado; pero tampoco fué inútil esta diligencia, pues con ella comprobó evidentemente su llegada al mar del norte, que acaso no todos habrían querido creer por sola su palabra. Diez mil indios, bautizados por su propia mano, no bastaron a satisfacer el ardiente celo del Padre Mascardi; ni el número de conversiones, que lograba cada día entre los indígenas, pudo borrar de su mente el plan que había concebido de auxiliar a los españoles de los Césares, ni menos retraerlo de esta empresa.

Al fin de la primavera de 1673 emprendió el Padre Mascardi otra expedición al sur, resuelto a no volver hasta dar con los Césares o tener una completa seguridad de su no existencia. Por otra parte iba el santo Misionero con la seguridad de que en esas lejanas regiones habría de recibir lo que tanto ambicionaba: el morir por Cristo y por la Fe que predicaba. Tan seguro estaba de que le esperaba la corona del mártir que quiso "dejar como dejó en el último viaje que hizo a sus tierras, un papel a los Poyas de Naquel Huapí, diciendo que eran buenos cristianos y le habían sido fieles, para que si él muriese entre los bárbaros en el viaje, que quería hacer, para predicarles el santo Evangelio, supieran los Españoles que no habían sido ellos los matadores sino los Poyas infieles, a fin de que no les hicieren algún mal, juzgando, que habían sido ellos cómplices. El cual papel trajeron después de su muerte al Gobernador de Chiloé, para satisfac-

ción de su inocencia. Y en dicho papel ruega el santo Padre a los Españoles que en sabiendo de su suerte, no hagan mal ninguno a aquellos Indios que no fueron parte en ella, sino los Poyas gentiles (88).

Llegó el infatigable viajero y santo apóstol hasta los 47º de latitud, en compañía de su buen amigo y servicial guía el Cacique Manqueunai, y acompañado de un grupo de Poyas, cuando se hallaron ante una multitud de Indios infieles que les detenía el paso en actitud de guerra. Envió entonces el Padre "al Cacique Manqueunai para que hablase a aquellos Indios, que estaban con una grande fogareda. El fué y les dijo quién era el Padre, y el fruto que iba haciendo en las almas, que fuesen a oír su santa doctrina y a ser cristianos, como los demás. Respondieron enfurecidos que no querían ser cristianos, ni que el Padre anduviese predicando por sus tierras, que allí venían a matarle, y también a él, porque les traía al Padre, y cerrando con el Cacique Manqueunai, le mataron allí, y corriendo a donde estaba el Padre hicieron con él lo mismo, traspasándole el pecho con tres saetas, que le tenía abierto, para recibirlos; y dándole muchos golpes en la cabeza con unas bolas de piedra con que lazan, atadas unas con otras, le labraron la corona del Martirio al apostólico Padre, y se le cumplieron sus ansias y continuos deseos de morir por Cristo y predicando el Santo Evangelio.

Muerte del P. Mascardi

"Estos que le quitaron la vida fueron unos Poyas bárbaros, que traían las narices agujereadas y en ellas unas chapas de metal y chaquiras colgando, gente bárbara y que no había oído la predicación del Santo Padre, ni quería que anduviese por sus tierras enseñando la doctrina del Santo Evangelio. De los Indios que iban con el Padre mataron a dos, y otros dos huyeron, que fueron un Indio de Chiloé y el hermano del Cacique Manqueunai, quienes llevaron la nueva a Nahuel Huapí de la muerte del santo Padre y del Cacique Manqueunai. Otro indio de Chiloé, llamado Domingo, quedó cautivo, y a media noche salió de entre los Indios y enterró el cuerpo del santo Padre, que como son aquellos arenales muertos, le fué fácil hacer un hoyo y echar la arena encima, y con el santo cuerpo enterró una cajita del ornamento, que la traía a su cargo y ayudaba a misa al Padre todos los días, y la escondió de los bárbaros en unos pajonales, quienes ocupados en el demás despojo, no la vieron.

"Habiéndose huído del cautiverio este Indio Domingo, llegó a Nahuel Huapí, y dijo a dónde había enterrado el santo cuerpo, y fueron por él los Indios Cristianos de aquella tierra, por habérselo encargado el Gobernador de Chiloé, y detenido en prenda seis Indios, hasta que le trajesen el santo cuerpo. Hicieron la diligencia y fueron pagando por el camino a

los Caciques las pagas que ellos acostumbran, para que les dejasen pasar y traer los santos huesos del santo Padre, a quien hallaron enterrado con el ornamento, como lo había dicho el Indio Domingo, y le trajeron a Nahuel Huapí.

"De ahí le llevaron a la ciudad de la Concepción, cabeza de las Misiones, donde le colocaron con toda veneración y decencia en el nicho al lado del altar mayor, donde están las santas reliquias de otros tres mártires que en esta Provincia murieron predicando el Santo Evangelio en Elicura.

"Grandemente sintieron los Poyas de Nahuel Huapí la muerte de su santo Padre, su pastor y su apóstol, y lloraron amargamente su muerte y la falta que les hacía, y vinieron a Chiloé con el papel que el Padre les había dejado, a satisfacer, cómo ellos no habían tenido parte en su muerte, y a pedir otro Padre que los consolase y llevase adelante lo que el santo Padre había comenzado, y también dieron cuenta al gobernador de cómo irritados de la muerte del santo Padre contra los matadores habían ido con gente armada y hécholes una maloca, y degolládolos a todos, sin perdonar a hijos ni mujeres. La mujer del Cacique Manqueunai hizo las exequias a su marido conforme a su usanza, y llamó a todos los parientes y les convidó a que comiesen de un caballo, y ella y todos los parientes se sajaron todo el cuerpo con agudos pedernales, y todos lloraron su muerte, debiendo alegrarse de ella, pues murió acompañando al Padre, y en tan glorioso empleo, y por la misma causa de la Fe (89).

Sentimiento de los Poyas

En un punto de la Patagonia, imposible de precisar, pero a la altura de los 47º de latitud, esto es, al norte de la actual Gobernación de Santa Cruz, posiblemente en las vecindades del Río Deseado terminó su heroica carrera mortal el gran apóstol de los Poyas. Tampoco se sabe el día, pero acaeció su muerte en el curso del mes de septiembre de 1673.

No dejó el P. Mascardi una obra apostólica sólidamente establecida, que otros pudieron continuar, escribe muy acertadamente un gran historiador moderno, pero sus expediciones lograron el efecto de despertar en la provincia de Chile y en la del Paraguay deseos de extenderse todo lo posible hacia el Sur. Hasta entonces los misioneros del Paraguay, en desembarcando en Buenos Aires, ponían los ojos en el Norte y dilataban su celo en regiones inmensas, pero siempre en la misma dirección septentrional. Desde ahora volvieron sus miradas al Sur, y por cierto documento del año 1678, entendemos la solicitud con que los Jesuítas empezaron a buscar indios en las regiones de la Patagonia, hasta entonces casi inexploradas (90).

El Doctor Valentín de Escobar Becerra, Deán de Buenos Aires, escribiendo al Rey el 23 de Agosto de 1678, le daba noticias de estas audaces expediciones del P. Mascardi: "Este Padre, dice, entró en aquellas tierras acompañado de los Po-

yas y de su reina, de donde escribió que había bautizado innumerables infieles que no tenían idolatría, y de allí pasó a los Puelches y Pehuenches, en que se detuvo tres años, bautizando a muchos. Queriendo pasar a los Césares, con noticia de que había pueblos españoles de los náufragos perdidos hacia esta parte de Buenos Aires y el estrecho de Magallanes, le mataron en el camino indios bárbaros en odio de la ley evangélica que predicaba. Los religioisos de la Compañía de esta provincia (del Paraguay), a quienes envió relación el P. Mascardi, desean proseguir su misión, por ser más fácil por esta banda, sin pasar la cordillera de los Araucanos que estorban el paso a los de Chile". Este fué el resultado positivo que lograron las misiones del P. Mascardi, el avivar el celo de los religiosos así en Paraguay como en Chile, e impulsarlos a extender sus conquistas espirituales hacia las regiones del Sur.

El gran Misionero

Aunque los hechos concretos de la vida heroica del gran Mascardi son escasamente conocidos, es singularmente luminosa la aureola de popularidad que circunda su nombre. Mas que las hazañas por él efectuadas, hazañas no superiores a las de tantos otros jesuítas que trabajaron ya entre los Guaraníes o Mocobíes, ya entre los Lules, Vilelas, Pampas y Abipones, se debe esa singular popularidad al hecho de estar la vida y la gloria de Mascardi íntimamente ligadas a una región tan privilegiada por su clima y por su belleza como lo es la del Nahuel Huapí.

Ernesto Morales sintetiza (92) el sentir de los historiadores de aquende y de allende de los Andes, cuando escribe que la muerte de Mascardi fué muy sentida. Su figura fué la del misionero clásico, heroico hasta el sacrificio. Su vida, un continuado rosario de anónimos y humanitarios hechos, que aureoló con su muerte de mártir. Nada falta en Mascardi. Hay biógrafos que nos hablan de sus visiones y sus profecías; de que oyó la voz de San Javier y que, obedeciéndola, se echó hacia la Patagonia infinita en busca de salvajes y de ancahuincas a quienes evangelizar.

"Dice el jesuíta Francisco Enrich: "Como fervoroso misionero, ardía puramente en el celo de la salvación de las almas, y se le partía de pena el corazón al considerar a tantos millares de españoles, como se creía haber allí, sin los auxilios de la religión, por no tener sacerdotes, y en el triste estado de inmoralidad que le explicaban los poyas; de quienes procuró averiguar su existencia, su número, su religión, sus costumbres, la situación de sus ciudades, y otras muchas circunstancias; contestándole ellos como de ordinario hacían los indios, en conformidad a sus ideas y deseos. Observando éstos que los españoles gustaban de tales noticias, les contaban con gran formalidad y aplomo mil patrañas para halagarlos, y con

mayor afán estos poyas, favorecidos en su cautiverio y puestos en libertad por el padre Mascardi, amontonaban los datos y abultaban las anécdotas que creían habían de ser de su agrado; exaltándose más y más al oírlas la fantasía del candoroso jesuíta. Además, en fervorosa oración revolvía estos pensamientos, cuando en uno de los momentos del más vivo transporte creyó ver y oír por segunda vez al mismo San Francisco Javier, que le ordenaba fuese al auxilio de los españoles que poblaban las ciudades de los Césares, y a convertir de paso a los puelches y poyas, habitantes del inmenso territorio comprendido entre Nahuel Huapí y las indicadas ciudades; aunque para ello fuese preciso exponerse al martirio".

"Esto lleva a preguntar: ¿Por qué hizo Mascardi lo que hizo? ¿Fué sólo por fe, por afán de evangelizar, o por hallar la ciudad misteriosa, en su tiempo tan ansiosamente buscada? ¿Fué sólo por apagar la sed de su imaginación?

"No hay duda de que Mascardi es un arquetipo de misionero, un iluminado por la fe. ¿Pero hubiese emprendido sus viajes si no lo impulsara el deseo de hallar la ciudad que la leyenda le ofrecía?

"Héroes de la imaginación"

"El padre Nicolás Mascardi, incansable en la tarea de bautizar, es un héroe de la fe; pero también —como los soldados de la conquista— hombre digno de su siglo XVII, es un héroe de la imaginación".

Barros Arana, tan parco en sus elogios tratándose de un religioso, y más aún tratándose de un jesuíta, ha escrito que "los viajes y exploraciones de Mascardi tiene algo de prodigioso" (93). Efectivamente, agrega Francisco Fonck, ninguno de los viajeros posteriores le aventajan en el alcance de sus exploraciones; ninguno ha recorrido mayor distancia por aquellos territorios. Sólo el Padre Menéndez y algunos de los viajeros más modernos, en ambos lados de los Andes, le igualan tal vez como exploradores. Nadie había penetrado antes de él al interior de la Patagonia, que él atravesó en todas direcciones. Pasaron doscientos años, casi justos, hasta que el intrépido Musters alcanzó a seguir los rastros de sus pasos borrados por el viento del desierto.

"Si comparamos, además, los escasos recursos de que disponía Mascardi con los abundantes y perfeccionados de nuestra época, no podemos menos de concederle el primer lugar entre los exploradores de la región austral. No es menos acreedor a nuestra admiración por su heroica abnegación al exponer y rendir la vida en aras de su convicción religiosa y de su ministerio. Su figura se destaca con brillo en la historia de los viajes y de las misiones" (94).

Antes de dejar la persona y la labor del Padre Mascardi, recordemos una realidad actual que está ligada a su memoria. Nos referimos a los manzanales silvestres, cuya abundancia

en la zona del Nahuel Huapí es tal que llama la atención de todos los viajeros. Según el Padre Laguna, escribe el señor Fonck, había el Padre Mascardi plantado el primer manzano pero el árbol plantado por él estaba en estado raquítico cuando el jesuíta flamenco lo conoció. Fundándose en este dato opina el historiador chileno que de un árbol raquítico a principios del siglo XVIII no pudieron reproducirse tantos manzanos como había ya a fines de esa centuria, según pudo comprobar el Piloto Villarino. Tal vez por razones meramente accidentales y transitorias estaba en situación enclenque el árbol plantado por Mascardi, pero no sin haber en los años precedentes esparcido sus semillas por toda la región.

¿Introdujo Mascardi el manzano?

"Es posible, agrega Fonck, que el manzano se haya propagado espontáneamente al otro lado de la Cordillera, desde Valdivia, siendo el ganado vacuno, que come con avidez las manzanas, el portador de las semillas", pero si ya hubiera manzanos en la región, cuando llegó a ella el Padre Mascardi, no habría para qué hacer énfasis en el hecho de haber él sembrado un manzano, ya que lejos de ser un pionner en la introducción de la manzana era un rutinario sin objetivo provechoso. Llevar manzanos donde tanto abundaban era llevar lechuzas a Atenas, conforme al adagio griego.

No negamos que se pudo haber propagado espontáneamente a este lado de la Cordillera, desde Valdivia, donde los manzanos abundaban, pero no es posible que haya sido por medio del ganado vacuno ya que éste ni espontáneamente ni conducido por hombres, habían cruzado ni podían cruzar la Cordillera en aquellos tiempos. Si los indios tenían pellones, eran éstos y no el ganado en pie, lo que traían de Chile. El mismo señor Fonck acaba por reconocer que es mucho más probable, como lo refiere la tradición, que fué el Padre Mascardi el introductor del manzano en esas regiones.

Terminemos estas líneas referentes al Padre Mascardi con un recuerdo para el niño que le acompañó desde Chiloé a Nahuel Huapí y que durante varios años fué su monaguillo y el único mortal con quien podía hablar en lengua castellana. Aquel valiente niño, que se llamaba Juan de Uribe, llegó a ordenarse de sacerdote y fué durante toda su vida un panegirista entusiasta del gran misionero de los indios Poyas. El Padre Ignacio Alemán manifestaba en 1713 que dicho presbítero sostenía que al Padre Mascardi le había Dios bendecido con el don de lenguas, que fué un Elías en el espíritu de altísima contemplación, que caminando por arenales hizo surgir fuentes de agua, que en una oportunidad hizo que una criaturita que no sabía aún hablar, recitara todo el Credo (95).

Juan de Uribe, el acólito

Quince años pasaron después de la muerte del Padre Mascardi sin que se pensara en reanudar su obra apostólica en el

Nahuel Huapí. Compañero y admirador del gran misionero, empeñóse el Padre Antonio Alemán en continuar aquella obra tan de la gloria de Dios, y luego que fué nombrado Provincial de Chile en 1683 se empeñó en restaurar la Misión de Nahuel Huapí, donde tan gloriosamente había trabajado el Padre Mascardi. Según él mismo escribía al Rey en 1700: "cuando quise fundar la Misión de Nahuel Huapí no tuve fomento sino repugnancia del Gobernador [Don José Garro], la cual no obstante fundé durando lo que mi oficio, porque luego que acabé [en 1688] consiguió el Gobernador de mi sucesor que la despoblase, viniendo los naturales de la tierra llorando tras de sus misioneros, porque se los quitaban" (96).

El P. Zúñiga sucede a Mascardi

Fué el celoso Padre José de Zúniga el que reanudó en 1684 la labor del Padre Mascardi. Además de ser un sacerdote conspicuo y un hombre de grandes talentos, era el Padre Zúñiga hijo del primer pacificador de la Araucania, el célebre Marqués de Baydes. Talvez esta particularidad contribuiría a hacerle más simpático a los Indios de allende y de aquende de los Andes.

El Padre Zúniga no eligió para la Misión el paraje que había escogido el Padre Mascardi sino otro que estaba a quince leguas más al norte. Sabemos que partiendo de Villarica cruzó la Cordillera por el paso de Rucachoroi y en una planada amena y fértil fundó la nueva Misión. El actual Paso Malalco, a 1440, era el otrora Paso Rucachoroi como lo atestigua aún el vecino lago y el vecino río del mismo nombre. El valle de Aluminé sería, pues, el sitio donde el Padre Zúñiga estableció la Misión. El lugar se denominaba entonces Calihuaca, nombre de un Cacique que allí tenía su residencia.

El lago Aluminé

Por el paso de Rucachoroi había penetrado en 1653 el Padre Rosales, yendo a fundar su Reducción a los pies del Lanín, y por ese mismo paso penetró el Padre Zúñiga, enderezando su ruta hacia una región que es, sin suda, una de las más bellas en la región de los Lagos. "Visto desde las cumbres por donde debieron asomar los intrépidos exploradores, escribe el señor Félix de San Martín, el lago Aluminé se presenta en toda su magnífica belleza. Sus aguas azules, al refractar los rayos solares, adquieren una luminosidad sorprendente. Los cerros que lo circundan, cubiertos de bosques de roble y araucarias, proyectan su sombra sobre la quieta superficie líquida, dando a las aguas tonos caprichosos que hermosean el paisaje. Esos desconcertantes efectos de luz es lo primero que llama la atención del observador al contemplar desde las alturas el soberbio cuadro de aquel mar entre montañas" (97).

¿De dónde procede el curioso toponímico Aluminé o Lúmine, como pronuncian aun hoy día los indios comarcanos, según testifica el señor Félix de San Martín? Este escritor neuquenino supone que la voz latina es aluminé, y que los indios

de la región la transformaron en lúmine, cuando son precisamente los indígenas quienes están en lo exacto, y aluminé es, o sería en caso de proceder del latín lúmen, lúminis, una corruptela de su ablativo lumine. "Y Dios sacará a Israel de su esclavitud, in lúmine majstatis suae, en la luz de su majestad leemos en Baruch (98) y San Pablo en su carta a los Efesios (99) nos dice que las razones *a lúmine manifestantur*, pero en caso de haber sido uno de los misioneros que bautizó a esa región, y en caso de ser latina la procedencia de ese topónimo, parece lo más obvio que ante tanta luz y tanto esplendor en aquella región maravillosa haya evocado el jesuíta, el Padre Zúñiga en nuestro caso, el versículo tan popular que todos los días se reza en el Credo Niceno "Lúmen de lúmine o lumen a lúmine". Pero también la palabra Aluminé podría tener origen araucano, escribe el señor Félix de San Martín; *Alun o alon*: reluciente, resplandeciente; *minu*: adentro, debajo. Aluminu: reluce abajo, transparente, que, dada la singular diafanidad de las aguas de este lago, a que hemos aludido, y que permite ver su lecho en días serenos, se le aplicaría con toda propiedad (100).

La palabra "Aluminé"

Rápidos progresos hacía la religión cristiana entre aquellos indígenas y grande era el afecto que tenían ellos para con su nuevo Misionero, cuando el Gobernador Garro, en una de sus expediciones exploradoras o militares, llegóse hasta el lugar de la Misión y pudo conversar con el Padre Zuñiga y alabar su santa obra. Así lo hizo en su presencia, pero apenas regresado a Santiago se entrevistó con el Provincial de los Jesuítas y le manifestó el desagrado que le producía el ver a un hombre solo e inerme en tan lejanas tierras y rodeado de salvajes. Expuso el compromiso y la responsabilidad que pesaba sobre él ante el Rey por la situación del Misionero y se negó a aprobar esa temeridad apostólica. Desgraciadamente el Provincial creyó suficientemente valederas las razones del Gobernador y ordenó al Padre Zúñiga abandonar la incipiente Reducción. Así lo hizo el Misionero, pero no sin grande pena suya y de sus neófitos. Acompañado de gran número de éstos que lamentaba su partida, no quiso regresar a Chile por el camino más corto, por el Paso de Rucachoroi, sino que por caminos tan largos como ásperos y desconocidos descendió hasta el lago Nahuel Huapí, donde visitó el lugar ocupado otrora por la Misión del Padre Mascardi y de allí pasó a Chile por el lago de Todos los Santos, río Peulla, la ensenada de Reloncaví y el golfo de Chiloé, de donde subió a Valdivia.

De Aluminé a Nahuel Huapí

No sabemos con precisión cuál fué la ruta que siguió el Padre Zúñiga en su viaje desde Aluminé hasta Nahuel Huapí, pero substancialmente coincidiría con el camino actual que ha sido abierto por los puntos más asequibles o transitables en ese inmenso entrevero de montes y sierras, de ríos, lagos y quebra-

das. Costeando el río Aluminé, llegaría Zúñiga hasta el delicioso valle de Junín de los Andes, célebre más tarde por las heroicas actividades del gran misionero salesiano, D. Domingo Milanesio (101). Desde Junín de los Andes bajaría el Pade Zúñiga por el río Collán Cura o enderezando sus pasos hacia el oeste llegaría a la actual vega de Maipú, donde contemplaría el Lago Lacar, uno de los más bellos lagos andinos, y más adelante bordearía el Lago Meliquina y el Lago Traful, llegando por fin al Nahuel Huapí por el lado del Correntoso al oeste o por el río Limay al oriente.

Abandono de la Reducción

Varios años pasaron antes que se pudiera pensar nuevamente en reabrir la tan desafortunada Misión de Nahuel Huapí. A fines del siglo XVII arribó a Chile una florida y numerosa expedición de misioneros entre los que se hallaba el joven Jesuíta belga Felipe Vander Meeren, nacido en Malinas el 8 de octubre de 1667, y que al juntarse con los misioneros de España, imitando a otros Jesuítas extranjeros, tradujo su apellido al español y empezó a llamarse entre nosotros Felipe de la Laguna.

Destinado de las misiones de la isla de Chiloé, trabajaba en ellas fervorosamente cuando en 1702 se le presentaron de repente varios indios Poyas cristianos, convertidos treinta años antes por el P. Mascardi, y sin más ceremonias, desde la primera entrevista le pidieron que les oyese en confesión y pasase a sus tierras para enseñarles la religión católica. Quedó sorprendido el P. Felipe con esta petición que no esperaba de tales hombres. Examinóles de catecismo y observó que sabían bastante bien la doctrina cristiana. Les preguntó las oraciones principales de la Iglesia y también las sabían de memoria, como se las había enseñado el P. Mascardi y se las habrían repetido sin duda los misioneros. Los confesó a todos y les absolvió con tiernísima devoción.

El Padre Vander Meeren

"Desde entonces creyó haber llegado al término de sus deseos, y encontrado la preciosa margarita, que venía buscando desde Flandes. No pudiendo partir con aquellos puelches, por no tener el permiso necesario de sus superiores, ni del gobierno, les prometió que iría a sus tierras cuanto antes pudiera; y desde luego se resolvió a vencer cuantas dificultades se ofrecieran para aquella empresa, aun previendo, como preveía, que no serían pequeñas. Pero veamos cómo dispuso Dios las cosas, para que las allanase más fácilmente. Poco después, es decir, por Diciembre de aquel mismo año llegó un pliego del muy R. P. General para la Provincia de Chile, en el cual venía nombrado rector de Chiloé el Padre Matías Merlebek; y por haber éste fallecido, fué nombrado en su lugar nuestro Padre Felipe. Juntamente vino facultado el Padre Provincial para darle a éste la profesión de cuatro votos, si, después del examen de *universa philosophia et theologia*, lo ha-

llaba con la ciencia competente. Por Marzo de 1703 recibió el Padre Felipe su patente de rector, y la orden de ir a Santiago, si se resolvía a dar su examen (102).

"Muy perplejo se halló con esto; sintiendo el retirarse por algunos meses de sus caras misiones, y también el renunciar a la profesión de cuatro votos, no por vanidad o ambición, sino por no dejar de cumplir lo prescripto en el instituto de la Compañía. Resuelto estaba a la renuncia, cuando en el día de san José, por cuya intercesión creía haber recobrado la salud en el año antecedente, sintió una vehemente moción interior que le decía: "No te he hecho rector para que te quedes en Chiloé, sino para habilitar tu persona, y facilitarte que vayas a Santiago a tratar de la misión de los Poyas, y que trabajes en ella hasta la muerte. Para esto está detenido este buque en el puerto: resuélvete; y al punto tendrá viento favorable". Persuadido el Padre de que esta habla le venía de Dios, resolvióse a seguirla. Por hallarse a la sazón en el puerto del Chacao, pronto logró embarcarse; y navegando con viento favorable hasta Valparaíso, llegó a Santiago a principios de Abril. de 1703 (103).

Antecedentes biográficos

"Al mes de su llegada dió su examen general; y a 19 de Mayo, día de la Pascua del Espíritu Santo, hizo la profesión solemne de cuatro votos. Consagrado así irrevocablemente y por toda la vida al servicio del Señor, negoció con los superiores el permiso para fundar su deseada misión. No le fué difícil conseguirlo, por desearlo ellos tanto como él; y viendo que espontáneamente se ofrecía a esta ardua empresa, resuelto a superar las grandísimas dificultades que presentaba, y a sufrir las excesivas privaciones e indecibles trabajos que en lugar tan remoto necesariamente le aguardaban, le dieron de su parte el permiso que pedía, con tal que él mismo agenciase el del Gobernador. Por creer sumamente difícil el conseguirlo, acudió primero a las oraciones de los nuestros, de las religiosas y de otras almas piadosas; y negociando así el favor del cielo, se presentó a su Excelencia, y entabló su petición de un modo que, por singular, merece ser contado.

Escriben los historiadores (104) que no bien llegó el Padre Laguna a la presencia del Señor Gogernador, pidió un crucifijo, y con él en las manos, se hincó, y leyó devota y fervorosamente este voto: "Yo, Felipe de la Laguna, de la Compañía de Jesús, prometo a la santísima Trinidad, delante de María santísima y de toda la corte celestial, que diré treinta misas y ayunaré treinta días a pan y agua para la prosperidad eterna y temporal del Sr. Gobernador y presidente D. Francisco Ibáñez de Peralta, caso que me concediese hoy lo que vengo a pedirle a favor de los indios Puelches y Poyas". Sorprendióse su Excelencia; y creyendo, en virtud del fervor y sencillez del

Padre, que aquel era negocio de Dios, lo despachó favorablemente.

Tenemos, sin embargo, una carta del mismo Padre Laguna quien relata el hecho en forma no poco diversa. Después de contar lo que le acaeció con el Padre Provincial, escribe que: "desde este momento, toda mi preocupación era el pensamiento de cómo me ganaría al Virrey de Chile, quien, por agotamiento del tesoro, más pensaba en reducir las misiones, que no en fundar y erigir nuevas. Como a pesar de todo eso, me sentía más firme en mi determinación, hice por escrito, voto de ayunar por treinta días, en obsequio de la Santísima Trinidad, a pan y agua; y de decir otras tantas misas si era escuchado y provisto por el Virrey para aquella expedición. La cédula donde tenía escrito mi voto, se me había perdido sin saber dónde había ido a parar. Un día, al sentirme interiormente movido con fuerza a ir sin demora al virrey, no quise resistir al llamamiento interno sino que anuncié mi visita, y fuí admitido sin dilación. Al presentarme ante él vi en sus manos la cédula de mi voto, que había perdido, leyóla con mucha atención, y a continuación, sin dejarme hablar, me despachó con estas palabras: "Vaya, no más, Padre; su empresa está bien y la favoreceré de corazón, y quiero ayudar al celo de V. R. con cuanto está en mi poder, según orden y voluntad de mi Señor el Católico Rey. Vaya, pues, allá, V. R. para ganar almas para Cristo Nuestro Señor, y no se olvide de rogar por Su Majestad Católica y por mí". De esta suerte, sin decir yo una palabra, ha quitado de en medio todos los obstáculos Dios, en cuyas manos están los corazones de todos los reyes y dominadores" (105).

Es elegido para los Poyas

Faltaba aún el acuerdo de la llamada Junta de Misiones, existente a la sazón en Chile, pero obtuvo de ella lo que deseaba, el 1º de octubre, en que la fundó jurídicamente, con quinientos pesos de sínodo para cada uno de los Padres misioneros; pero, como se sabía que ésta no desairaría a su presidente, se dió por cierta su fundación. Divulgóse esta noticia por toda la ciudad, y la recibieron todos con tanto entusiasmo, que, no obstante la pobreza de las gentes, en solo tres meses que el Padre Felipe demoró en Santiago, le dieron de limosna los adornos y las alhajas necesarias para la casa e iglesia, y tres mil pesos en plata, para subvenir a los demás gastos de la nueva misión.

"Con estas provisiones partió hacia ella a 13 de Noviembre; y vencidas con grande intrepidez todas las dificultades del largo camino, que hizo por tierra, pasando por Valdivia, llegó solo a Nahuelhuapi el 23 de Diciembre; porque en el camino se le enfermó en tanto grado el Padre José María Sessa, su compañero, que no pudiendo proseguir su viaje, se vió precisado a refugiarse a la misión más inmediata, con el ob-

jeto de curarse. En Nahuelhuapi fué muy bien recibido de Huepú y Bartolomé Canicura, indios puelches, y de Maledica, indio poya, los cuales desocuparon un toldo, o sea rancho armado con cueros de vaca y de caballo, situado en la margen boreal de la laguna; y hospedándolo en él lo trataron lo mejor que fué posible a su cortedad y pobreza.

Su viaje a Nahuel Huapí

En carta escrita desde Nahuel Huapí, en el curso de 1704, refiere el mismo Padre Laguna su viaje al gran lago, el recibimiento que le hicieron y sus primeras actividades. "No puedo explicar las aventuras molestas, escribe Laguna, y contratiempos, que nos sucedieron, ni los trabajos, que pasamos en casi doscientas leguas, que anduvimos por caminos impracticables, atravesando torrentes, y ríos, montes, y bosques, sin socorro, y sin guías, en una total falta de todas las cosas. Cayó enfermo mi Compañero de una fuerte calentura en la mitad del camino lo que me obligó à embiarle al Colegio mas cercano con algunos de los que me acompañaban, y con eso me quedé casi solo, y abandonado enmedio de estos Indios feroces, à quienes el nombre Español es tan odioso, que quien por desgracia cae en sus manos, no puede librarse de su furor, y crueldad; pero me sacò el Señor de todos estos peligros de un modo maravilloso, después de haverme juzgado digno de padecer algo por su amor, en un viage de casi tres meses. Lleguè, pues, con mucho aliento, y salud, al termino deseado de mi Mision de Nahuelhuapi: me recibieron los Caziques, ò Gefes del Pueblo como un Angel de el Cielo: comencè erigiendo un Altar debaxo de una Tienda, con toda la decencia posible, entretanto que se fabricase una Iglesia: visitè à los Principales del Paìs, combidandolos à que viniesen à vivir conmigo para fundar un pequeño Pueblo, y para que yo pudiese exercitar los ministerios con mas fruto. . .

Los bautizados por Mascardi

"Tuve el consuelo de ver los Neophytos, bautizados en otro tiempo por el Padre Mascardi, asistir à los Oficios Divinos, y à la explicacion de la Doctrina Christiana, con tal fervor, devocion, y hambre espiritual, que puedo fundar grandes, y sòlidas esperanzas de su firmeza en la Fe, y sinceridad de sus promesas.

"Luego fuì à consolar à los enfermos y ancianos, que no podian visitarme, y bauticè à algunos niños con el consentimiento de sus padres" (106).

Lo que más complació al celoso misionero fué que Canicura recordaba todavía, después de treinta años, las oraciones y doctrina que había aprendido del P. Mascardi; por cuya mano había sido bautizado. Y las recordaba de manera, que fué repitiendo así el Padre nuestro, el Ave-María, el credo y otras oraciones, como las preguntas y respuestas del catecismo, con tal precisión y claridad, que el Padre Felipe las iba escribiendo; cosa que le fué muy útil, por diferenciarse bas-

tante de la de los araucanos la lengua de aquellos puelches. Aprendiólas el Padre de memoria; y cada día las rezaba con todos los indios que allí había; los cuales pronto se aumentaron, porque, divulgándose la noticia de su llegada, venían de la caza, su ocupación ordinaria, y de sus habitaciones distantes, a obsequiar al misionero y a oír sus pláticas y sermones".

El Padre Kleffert

A poco de llegar el Padre Laguna al Nahuel Huapí, fué destinado por su superior el Padre Nicolás Kleffert, luxemburgués, quien desde hacía años ambionaba ser destinado a la misión de los Poyas. Cuando a fines de 1703 llegóse hasta esa región el entonces provincial, Padre Luis de la Roca, halló allí a Kleffert y Laguna. "En una de estas misiones, escribía después el Padre Roca, que está dentro de la Cordillera nevada, que se llama de los Pehuenches, estaban dos Padres sacerdotes, uno el P. Nicolás Kleffert, flamenco de nación, y otro hijo de esas tierras, y la noche que yo llegué con mi secretario y hermano compañero, nos dieron a comer carne de caballo, que era el mantenimiento usual de aquel paraje y aseguro a V. R. que la necesidad lo sazonó de suerte que me supo bien" (107).

El Padre Kleffert seguía siendo el superior de la Reducción de Nahuel Huapí cuando fué destinado a la misma, en reemplazo del Padre Sessa que enfermó de gravedad durante la travesía, el Padre Juan José Guillelmo, que tanta celebridad habría de granjearse.

Llegó al Nahuel Huapí el día 20 de enero de 1704 y a los dos días de su arribo partióse el Padre Laguna a Chiloé en busca de operarios, herramientas y otros objetos, para trabajar su casa e iglesia. He aquí la carta, con que él mismo dió razón de su viaje. "A 22 de Enero salí para Chiloé, navegando unas lagunas horribles, no sin riesgo de la vida, por ser las embarcaciones de estos indios pequeñas y malas; anduve las dos montañas a pie, porque no se puede de otra suerte; y es el camino tan malo, que no tengo yo palabras para explicarlo. También se pasa un río caudaloso llamado *Peulla*, sobre piedras agudas y guijas; y éste es el mayor trabajo, porque se ha de vadear más de veinte veces, y en algunas partes llega a la cintura y más; y está tan rápido, que si alguno cae en su corriente, tiene gran riesgo de la vida. Pasé la primera montaña descalzo, con una cruz, y trayendo en una bolsa el breviario y mis libros de devoción. Llegando a la cumbre tuvieron estos nuevos catecúmenos compasión de mi debilidad; y por verme los pies algo lastimados, me obligaron a calzarme unas zapatillas de cuero de vaca crudo, que traían hechos para sí. Son a manera de botines; y con esta corta defensa y reparo tuve algún descanso y alivio; aunque apenas me podía mantener en pie, trepando por árboles caídos, y palos atravesados, pasando por muchos y penosos panta-

Carta de Vander Meeren

nos. En una isleta del río Peulla encontré con dos españoles de Chiloé, y eran Miguel Velásquez y Lucas Almonacid, con seis indios de Calbuco; y admiré la providencia de Dios con esta misión, y para con mi persona; porque, a no haber venido esta gente tan impensada, hubiéramos yo y mis seis puelches, o muerto de hambre, o padecido algún trabajo; porque en esta sazón no había de haber habido de esta banda de la laguna, que se había de pasar, embarcación como solía. Y estos pasajeros trajeron la que había de la otra banda; y con esto remedió Dios nuestros peligros; que solo su infinita sabiduría, que antevé lo futuro, como mira lo presente, lo podía hacer tan a tiempo y sazón. Porque ya constituídos en medio de las dos lagunas, ¿qué podíamos hacer aislados, siendo imposible el poder pasar adelante, y difícil el retroceder con los mantenimientos tan débiles y escasos? Y aun cuando retrocediéramos ¿podía yo hacer nada en Nahuel Huapí, si no lograba este viaje primero a Chiloé?

Supersticiones indígenas

"Consolóme mucho la docilidad con que estos puelches en el viaje, por la mañana y por la tarde, aprendían el catecismo; de modo que al cabo del viaje ya lo sabían perfectamente. Mas como eran tan nuevos y principiantes, reparé que querían usar de las supersticiones de su gentilidad. Por haber faltado el viento en las costas de Chiloé, comenzaron a llamarlo, haciendo humos y chiflando; pareciéndoles que con estos medios lo atraían. Díjeles con amor que solo Dios era el dueño del mar y de los vientos; y que este poderoso Señor con ruegos y súplicas se dejaba vencer, y se movía a otorgar a los hombres lo que desean; y que cuando no nos concediese lo que deseábamos, debíamos estar contentos con su voluntad y querer, sabiendo que es nuestro padre amoroso. Rindiéronse de suerte a estas pocas razones, que no sólo desistieron de aquella vana observancia, mas aún me entregó el principal de ellos una bolsa que traía al cuello, con plumas y cabellos, que le había dado un brujo, asegurándole que con aquella prenda jamás enfermaría, y tendría favorables sucesos en el viaje.

"A la vuelta de Chiloé pasé los mismos y mayores trabajos; porque, aunque me habían dado unos zapatos, entrando en el primer río se me mojaron; y lastimóseme una pierna de suerte, que lo restante del camino anduve como arrastrando sintiendo mucha pena y trabajo; pero todo lo vence la caridad de Dios y el deseo de ganar almas. Llegué sano y bueno a Nahuel Huapí a 20 de Febrero, con algunos carpinteros; y luego dimos principio a una pequeña casa, que en tres semanas estuvo acabada.

Por otra carta de Laguna se colige que cuando regresó de Chiloé, había ya construído la Iglesita el mencionado Padre

Guillelmo. Aludiendo a este misionero, escribía el Padre Laguna que "le dejé descansar en Nahuel Huapí para que en mi ausencia construyera para nosotros una iglesita y casita, emprendiendo yo, con los indios que me acompañaban, el camino de Valdivia, llevándome una carta que, a petición mía, redactaron los caciques para obtener del comandante don Miguel Aulessia, su protección para esta misión restablecida. Otorgónosla con gusto, recibiéndome cortésmente, y por medio de los enviados contestó benignamente a los caciques por escrito, que una vez hubiesen recibido el bautismo y jurado fidelidad y obediencia al Rey de España, estuviesen seguros de su protección contra todos los enemigos. Esta carta de protección estaba fechada en Valdivia el 8 de abril de 1704.

"Cuando volví de Valdivia y llegué a Nahuel-Huapí, encontré no sólo completamente terminada la iglesia, sino también un grande celo entre los cristianos reconquistados y un gran número de catecúmenos que pedían con instancia el bautismo, y habían sido en el intermedio convertidos por el celoso P. Guillelmo. Con esto se recibió la carta del comandante, con la alegría que se deja pensar; se erigió una casita para nosotros y se echó el fundamento para una grande iglesia, después de habérsenos juntado mucha gente. Como los referidos infieles procedían en su mayor parte, de dos naciones, los Puelches y los Poyas, no muy bien quistos entre sí, me quisieron persuadir los primeros que no me metiera con los Poyas, por ser como ellos decían, gente tan feroz, cruel, salvaje e infiel. Pronto eché de ver el origen de donde procedía esa acritud: era un odio irreconciliable de una nación contra la otra; con diligente solicitud procuré extirparlo con la enseñanza de los principios cristianos, y después, una vez bien instruídos y convenientemente preparados, bauticé a todos los convertidos nuevamente; los cuales, con indescriptible consuelo de mi alma, perseveraron inculpables en la primera gracia recibida, cumpliendo fervorosamente con la ayuda de Dios, todos los deberes cristianos. Para no describir a V. R. cosa menos exacta, prescindiré por esta vez de la descripción de la región, como también de las costumbres y otras particularidades, dejándolo para el verano próximo; entonces, al recorrer toda la región, apuntaré y describiré con exactitud toda la región, y con esa ocasión me fijaré en los puntos más indicados para la fundación de nuevas misiones. Por ahora puedo decir que esta provincia o región se prolonga por cien horas hacia el estrecho de Magallanes y más todavía hacia el Mar del Norte" (108).

El Padre Guillelmo

No tenemos noticias precisas sobre el sitio donde ubicó el Padre Laguna la Reducción, pero sabemos que fué sobre la orilla boreal del lago de Nahuel Huapí y donde había un buen puerto. Estos datos nos llevarían a ubicarla en el mismo

punto o en uno muy cercano a aquél donde el Padre Mascardi la había ubicado. El buen puerto, a que se alude, sería el Puerto Venado o el Puerto Huemul. Sospechamos, sin embargo, que el mismo Padre Laguna o su sucesor el Padre Guillelmo, trasladaron la Reducción, en época que no podemos precisar, ni aun aproximadamente, a un paraje más resguardado de los vientos de la Cordillera y con vías de comunicación más practicables. Creemos que la trasladaron a un punto medio entre los arroyos del Carbón y del Corral y sobre la margen izquierda del Río Limay.

Enterratorio de Chenque

Es en este punto, llamado Chenque, donde se halló en 1933 un enterratorio o cementerio cristiano, hallazgo debido al Sr. Carlos Ortiz Basualdo, y estudiado por el Profesor Milcíades Vignati, jefe del departamento de antropología del Museo de La Plata. Según manifestaba La Nación del 26 de marzo de 1933 "se trata de un cementerio ubicado en las proximidades de la mansión de Península Huemul, cuyas características dan casi la certidumbre de ser el campo santo de una misión religiosa.

"Varios son los hechos que determinan esta conclusión del Sr. Vignati, desde la posición de los cadáveres y su ajuar hasta los datos históricos concernientes a la ubicación de la casa de los religiosos jesuítas. Los esqueletos encontrados, en número de 13, estaban a una profundidad que no pasaba de m. 1.30, distanciados entre sí desde 1 metro hasta 3 y, por lo común, dispuestos paralelamente.

"Los caracteres que tienen todos los cráneos no dejan lugar a dudas: eran indígenas los sepultados, circunstancia que llama la atención, por cuanto los cadáveres fueron enterrados con el cuerpo estirado y no encogido en posición ritual, según era práctica entre los aborígenes. Además, varios han sido encontrados con las manos entrelazadas sobre el pecho, tal como se acostumbra actualmente, para que el muerto sostenga un crucifijo. Y ésta debe de haber sido la causa de esa posición tan extraordinaria, por cuanto, al remover la tierra que cubría a uno de los esqueletos, se encontraron los dos maderos de una cruz, uno de los cuales, desgraciadamente, no ha podido conservarse. El existente, que corresponde al palo transversal, con tosco tallado en una de sus caras, conserva pequeñas concreciones de óxido de hierro, correspondientes a los clavos de las manos del Cristo y al que sujetaba ambos maderos.

"Pero lo más interesante de este cementerio, según el Sr. Vignati, es el hecho de que se enterrase a los cadáveres con las acostumbradas ofrendas tan típicas de los indígen[illegible] de las que se han encontrado, entre otras, un esqueleto de[illegible]rro, un cántaro, un mortero y una lámina discoidal en co[illegible] repujado. Es decir que se trata de entierros de indígenas cris-

tianizados, pero a los que se les toleraba sus costumbres gentiles, que aparecen promiscuamente y que dan un carácter tan particular a este hallazgo.

"Bastarían esos hechos para determinar en esa parte del Nahuel Huapí la presencia, en otra época, de una misión religiosa, pero si se añaden —dice el Sr. Vignati— los datos topográficos apuntados, por el religioso franciscano Menéndez, que en las postrimerías del siglo XVIII encontró, tras reiterados viajes al lago, los restos de la misión jesuítica, puede llegarse a la casi certidumbre de ser éste el cementerio de la misión que fundó (109).

Restos de una Reducción

Trátase, sin duda alguna, del cementerio que estaba junto a la Iglesia que levantaron los Padres Laguna y Guillelmo, no el Padre Mascardi como se ha consignado en repetidas ocasiones, a raíz del descubrimiento de aquel enterratorio cristiano. Esto es evidente, ya que nos consta y lo hemos anotado ya, el Padre Mascardi construyó la Iglesia de su Misión en la ribera boreal del Nahuel Huapí y en un punto que debió de estar entre el actual Cerro Chacayal y el Puerto Venado.

En la Iglesia que allí construyeron "juntaron los dos misioneros a los Poyas circunvecinos, con algunos Puelches, que vinieron del norte; todos los cuales por su mucha aplicación, aprendieron la doctrina aquel mismo invierno, se impusieron muy bien en los dogmas de nuestra santa religión, y formaron tal concepto de la necesidad e importancia de los sacramentos, que no sólo ofrecieron gustosos sus hijos al santo bautismo, sino que también lo pidieron muchos adultos. A pocos de estos se lo administraron los Padres en los primeros meses, llevados de una santa cautela; pero sí a gran número de párvulos. No fué menos consolador ver el gusto y prontitud con que repasaron la doctrina los bautizados por el Padre Mascardi; confesándose los más de ellos y arreglando cristianamente sus vidas. La primera adulta que se bautizó fué una tal Isabel, mujer de alguna edad, de razón despejada y de muy buen corazón; tanto que siempre había vivido conforme a la ley natural. En su última enfermedad se confesó varias veces, recibió la santa extremaunción devotamente, bien informada de los efectos de este sacramento, y al fin con fe viva, y ardiente esperanza de la otra vida, expiro. Un tal Miguel, venido de lejanas tierras, fué atacado de una grave enfermedad. Los Padres lo doctrinaron, y se bautizó; mas continuando después las instrucciones, llegó a comprender en tanto grado los misterios de nuestra santa fe, que lo juzgaron perfectamente dispuesto para recibir, como recibió, la comunión y demás sacramentos. Así le remuneró el Señor sus virtudes naturales, entre las cuales fué admirable en él, por ser un pobre salvaje, que jamás hubiese quebrantado la continencia conyugal, ni robado cosa alguna

en los cuarenta años de su vida; según él mismo sincera y candorosamente lo atestiguaba.

Trabajada la casa y la principal parte de la iglesia, entablados los ministerios sagrados, y quedando para ellos el activa y celoso Padre Guillelmo, partióse el Padre Laguna, por Abril de aquel mismo año, a Valdivia, para proveerse de las cosas que la experiencia les manifestaba hacerles falta todavía, y recabar del gobernador de aquella plaza, D. Manuel Aulesia, órdenes para las autoridades de su mando, y recomendaciones para los caciques independientes, en apoyo y fomento, no tanto material, como moral de la naciente misión (110). Recibióle éste con mucho agrado, y le dió cuanto pedía; deseoso de afianzar y promover una obra, que tantas ventajas prometía a la Iglesia y al Estado. El Padre regresó muy contento, pasando y repasando la cordillera, y andando por medio de las indómitas naciones que moraban entre Valdivia y Nahual Huapí. Y con tanta lijereza caminaba, que gastó poco más de un mes en aquel viaje redondo, a pesar de lo lluvioso y avanzado de la estación. De paso entregó a varios caciques las cartas de recomendación que para ellos traía; y a otros se las remitió por mensajeros; los que envió también en su nombre a los jefes y demás indios autorizados de las naciones circunvecinas.

Celo de los dos Misioneros

Con estas diligencias atrajeron los Padres gran concurso a Nahuel Huapí y aprovecharon aquella oportunidad para conocer y aun estudiar los diversos idiomas o dialectos que hablaban tan diversas y remotas gentes. El Señor bendijo sus apostólicas tareas, no sólo con la conversión de muchos infieles, sino con especiales favores concedidos a sus neófitos. Por setiembre de 1705 concedió muy plácida y santa muerte a una india, que, no habiendo mancillado jamás sus manos con los bienes ajenos, ni su alma, ni su cuerpo con ningún pecado de impureza, así que había oído las instrucciones de los misioneros, había abrazado con gran fervor la fe católica, y recibido el nombre de Rosa junto con el santo bautismo. La paciencia e inalterable paz con que sufrió su última enfermedad, y el ejemplo edificante de su muerte, que fué preciosa, como la de los justos, a los ojos de Dios y de los hombres, alentaron la esperanza de los recién convertidos, y llenaron de admiración a los infieles, y de grata satisfacción a los Padres Misioneros.

No los consoló menos la muerte de un indiecito que llevado allá desde los Chonos, siendo de nueve a diez años, no tardó en aprender la doctrina y en pedir el santo bautismo. Después de bautizado, se quedó con los Padres, quienes le enseñaron a ayudar a misa, y lo impusieron en otras prácticas devotas, a que mostraba mucha aplicación. Prendados de esto los misioneros, lo nombraron su sacristán; y él desempe-

ñó este oficio con la mayor satisfacción de ellos, y con no menor edificación de aquellas gentes. A los dos años le dió una grave enfermedad; y recibidos devotamente los sacramentos, le auxiliaban a bien morir, cuando repararon que buscaba alguna cosa sobre su cama; y preguntándole qué quería, indicó por señas, por haber perdido el habla, que buscaba un crucifijo. Se lo dieron; lo tomó y se lo llevó a los labios; y besándolo con gran ternura, expiró, enterneciendo a todos los circunstantes. Los Padres le hicieron un lucido entierro; y colocado en una caja de ciprés, lo enterraron en la capilla, en que por dos años había servido de sacristán. Una de las cosas que más contribuyeron a ganar la voluntad y rendir a aquellas gentes, fué la mansedumbre con que los trataban en sana salud, y la caridad con que los servían en sus enfermedades. Entre ellos los enfermos no sólo eran mal asistidos, sino también abandonados, o arrojados de las tolderías, para que no inficionasen a los demás. Los Padres afearon esta conducta; y sabiendo que los ejemplos tienen siempre más eficacia que las palabras, fueron los primeros en asistir, servir y curar a los enfermos; para lo cual se habían proporcionado medicinas; y frecuentemente Dios les daba acierto en sanar los cuerpos, abriéndoles así el camino para que pudiesen salvar las almas.

Con los Enechinchen

Estos buenos resultados, y otros que se omiten por brevedad, los animaron a recorrer otros parajes; y por ser bien acogidos en todas part[illegible] ellos y la doctrina que predicaban, cada año extendían m[illegible] allá sus apostólicas excursiones; de modo que en poco tier[illegible]o llevaron el santo Evangelio a las naciones de Enechinchen y Huillipaubos, se internaron en el corazón de la cordillera a donde no había penetrado jamás español alguno, y anduvieron las tierras desconocidas de Yahuabina, Cachaia Talopelin y río Limay, y las ya conocidas de Rucachoroi, Epulafquen y Cucaulin. En todas partes bautizaron muchos párvulos, doctrinaron a los adultos, y consiguieron la conversión de alguno de éstos, sobre todo de los que estaban para morir. Por dificultoso que fuese convertir a los tales en estado de sanidad, en razón de su rudeza y demasiado apego a sus antiguas costumbres, no dejaban de visitarlos, deteniéndose en cada lugar los días que podían, para darles algún conocimiento del santo Evangelio, y disponerlos poco a poco a recibir nuestra santa fe. Entre los Puelches y Poyas de Nahuel Huapí y sus contornos el fruto fué mucho mayor; porque todos los domingos venían a la santa misa, a la doctrina y a otras prácticas religiosas; a las cuales los atraían dándoles a entender, ya en público, ya en particular, la importancia de la salvación, repartiéndoles algunos agasajos de las bujerías que ellos aprecian, y aun distribuyendo de vez en cuando cosas de comer, sobre todo entre

los niños. Estas santas industrias no fueron ineficaces; muchos concurrían a dichos actos, y eran bien notorios los consoladores efectos que producían. Verdad es que la mayor instrucción que se notó bien pronto entre aquellas gentes era en parte debida a que, con ser bárbaros, tenían buena razón, y eran bastante inclinados a dirigirse por ella.

Rebeldía de los indios

No se crea por esto que todo fueran prosperidades en una empresa tan noble como dificultosa. No les faltaron a los Padres gravísimos trabajos que sufrir, e inminentes peligros de la vida que arorstrar, dado el celo con que procuraban convertir a los infieles, instruir a los neófitos y corregir los excesos de unos y otros. En 1706, por ejemplo, el Padre Felipe reprendió a un indio brujo o tenido por tal, de esta y otras culpas manifiestas, advirtiéndole que Dios lo castigaría en esta o en la otra vida, si no se enmendaba de ellas. Furioso el hechicero contestó a su amonestación paternal de esta manera: "Esto es decirme que tú me has de matar, o tu Dios. " Yo moriré si entra en mi cuerpo el *chahuellí;* y si éste no " entra en él, no moriré. Yo estoy bueno y sano; y no le " temo a ti ni a tu Dios". Y diciendo y haciendo le descargó en el rostro una recia bofetada; e hincándose de rodillas el paciente misionero, siguió el brujo dándole de bofetadas, prorrumpiendo en sarcásticas exclamaciones: "¿Dónde está tu Dios? ¿cómo no me mata? Si yo quisiera matarte, lo haría; " y tu Dios no te libraría de mis manos". Otro indio, enfurecido con el Padre Guillelmo, porque le había reprendido sus excesos, lo buscaba con las bolas enramadas en las manos para matarlo; mas el Señor no permitió que lo hallara. Por este tiempo corrió entre los indios del norte y los Pehuelches una epidemia de disentería; y consultados los machis respondieron ser la causa de ella una señora española, que los Padres habían llevado a Nahuel Huapí, para vengar la muerte del Padre Mascardi. Esto decían, aludiendo a una hermosa imagen de Ntra. Sra. que los Padres habían llevado allá pocos meses antes. Entonces los Pehuelches reclamaron de los caciques de Nahuel Huapí que enviasen prendas, con que aplacar a su huecubú. Accedieron éstos a la demanda, dando chaquiras, abalorios y otros dones; y aun pretendieron que hicieran otro tanto los Misioneros.

"La señora española"

Resistiéronse éstos, manifestando a los indios reunidos en aquella junta cómo aquello sería una superstición inicua y de ningún provecho; que la Santísima Virgen no era la causa del mal, sino el uso inmoderado de la chicha, u otra causa natural; y que si fuese castigo del cielo, no era aquél el modo de aplacarlo, y de conseguir el remedio. Hallábase allí Antullanca, uno de los que martirizaron al Padre Mascardi, el cual, insultando y amenazando a los Padres tomó los presentes de otros indios, para llevárselos al huecubú de los Pehueches.

Mucho afligió este desmán al Padre Felipe; y lleno de sentimiento y de compasión por el obcecado Antullanca, le envió después de algunos días al Padre Guillelmo, para que lo visitase; pero habiendo éste pasado a la otra banda de la laguna, no pudo luego atravesar el caudaloso río que sale de ella; por lo cual tuvo que volverse a la misión, sin haberse avistado con él. Muy pronto se supo que aquel mismo día había muerto repentinamente Antullanca, y sin pedir confesión, a pesar de ser cristiano; y todos atribuyeron su inopinada muerte a castigo del cielo. Calmada esta tempestad, pronto se vió el Padre Felipe en mayor peligro de la vida. Partiéndose algunos Poyas a las tierras del norte, juntóse con ellos para doctrinarlos, como en efecto lo hizo: y al pasar de vuelta cerca del río Marihueno, unos mocetones hirieron gravemente a un indio anciano de la comitiva, que en su juventud había quitado a otros muchos la vida. Viéndolo así herido el buen Misionero, lo exhortó a preparar para la muerte; mas él solo respiraba venganza. Todas las razones fueron ineficaces para vencer su obstinación, por confirmarlo en ella los circunstantes; quienes, vueltos contra el Padre, lo hacían culpable de aquella desgracia, diciéndole que era un *chahuellí;* y lo amenazaban de muerte, si no lo curaba cuanto antes. En vano les protestaba el Padre que él sólo tenía remedios eficaces para curar las almas, a saber, los sacramentos; pero que no estaba en su mano curar los cuerpos. El motín se aumentaba por momentos; crecía el furor de aquellos bárbaros; y el inocente Jesuíta, resignándose a la muerte, se hincaba ya para recibirla. Felizmente otros indios trajeron en aquel instante la lanza y el caballo del agresor, atestiguando con estas prendas haberlo ya asesinado; con lo cual se calmó la irritación, y prosiguieron su camino.

Muerte de Antullanca

En otra ocasión los mismos indios estuvieron por matarlo a él y a otros dos Padres sus compañeros. ¡Tres Padres en aquel lugar tan retirado! ¡Cuántas esperanzas había concebido la Compañía de convertir aquellas naciones! Pero vengamos al caso. Felizmente dispuso el Señor que en aquel conflicto se hallase allí la mujer del cacique Talian, la cual, revistiéndose de una energía superior a su sexo, y tomando un tono varonil, los riñó ásperamente, amenazándolos con las fuerzas de su marido; a quien a los dos días vino efectivamente a defenderlos. ¡Tan vendida llevaban la vida aquellos celosos Misioneros! Porque, si bien es verdad que poca o ninguna seguridad personal puede darse entre bárbaros, pero menos la había entre éstos, que, por vivir a tanta distancia de los españoles, poco o nada tenían que temerles. No obstante todos estos riesgos, y las gravísimas privaciones que en aquel desierto sufrían los Padres vivían contentos, prosiguiendo sus tareas; y cada día se las imponían más pesadas, re-

En peligro de ser muertos

corriendo aquellas dilatadas regiones, con ánimo resuelto a sufrir la muerte por Aquél que primero murió por todos. No tardó mucho en sufrirla el Padre Felipe de la Laguna (111).

Habiendo él resuelto ir a Penco, a fin de tratar algunos asuntos relativos a su amada misión con el Padre Provincial, que iba allá de visita, púsose alegremente en camino bueno y sano, acompañado del alférez D. Lorenzo de Molina y de otros tres indios chilotes, por octubre de 1707. Al llegar al distrito de Callihuaca, donde, por muerte de éste, era cacique Tedihue, brindóle el taimado indio con un vaso de chicha, que el Padre tomó incautamente; y al momento comenzó a sentir un gran dolor de cabeza, que en llegando a Rocachoroi se agravó de suerte, que no pudo proseguir su viaje. Acogióse a un toldo; recostóse en su cama, es decir, sobre un cuero de vaca; y estuvo tres días con ardiente calentura, que sufrió con admirable paz y sosiego, ocupado solamente en el trato íntimo con Dios. Viendo a sus compañeros que lloraban les preguntó: ¿por qué llorais? Y al oír que lloraban por verlo morir en aquel desamparo: *Consolaos,* les dijo, *que así murió S. Francisco Javier.* Y en fervorosos coloquios con Jesucristo y su Madre Santísima entregó tranquilamente su alma al Creador, el 29 de octubre de 1707. El aférez enterró allí mismo aquel santo cuerpo, y se volvió a Nahuel Huapí a dar aviso a los otros Padres que sintieron vivamente la muerte de su superior; la cual juzgaron haber sido efecto de algún oculto veneno. El Padre Felipe era robusto y estaba acostumbrado a aquella bebida; ¿cómo, pues, le causó ahora tan funesto resultado? Además, un mes después, al pasar por allá otro de los Padres, lo detuvieron también so pretexto de comedimiento; y entretanto le prepararon una bebida, que él rehusó tomar por recelo; pero fueron tales las instancias que le hizo otro cacique, que, por no quedar mal, tomó cuanto cupiera en media cáscara de huevo; y tan pequeña cantidad le causó tales dolores y bascas, que, a no haber logrado purgarse con yerbas medicinales, no habría tardado en morir. Sin embargo, los Padres callaron estas graves sospechas, por no inquietar a los indios, ni dar ocasión a los españoles de vengarlos: con lo cual se habría destruído aquella misión, que por otra parte producía tan felices resultados y mayores prometía" (112).

Muerte del P. Vander Meeren

A la muerte del Padre Laguna, fué nombrado Superior de la Reducción de Nahuel Huapí el Padre Guillelmo, y parece que su primer empeño fué el sustituir la primitiva capilla por una iglesia amplia y adecuada a las crecientes necesidades de la Misión, ya que no cabía en aquélla la mucha gente que concurría así de familias allí establecidas, como de los neófitos que acudían de lugares bien distantes. Fué un gran acierto el nombrarle por sucesor del Padre Laguna. El había

sido su cofundador con el finado Padre Vander-Meeren, y poseía en grado eminente las tres lenguas que se hablaban en aquellos distritos, a saber, la chilena o araucana, la peculiar de Nahuelhuapí y la de los Poyas; y de estas dos últimas no sólo compuso gramática y diccionario, sino que en ellas escribió, o tradujo varias oraciones y cánticos religiosos. Otro tanto hizo con otra lengua, según dice el Padre Machoni. Además, conocía a fondo el carácter de los naturales, sabía sus usos y costumbres, y les profesaba un singular amor. Por esto voló cuanto antes a su misión; y aunque sintió sumamente la pérdida de su antiguo superior y conmisionero, supo disimular este sentimiento; y sin querer averiguar la causa de su inesperada muerte, se dedicó a las tareas comenzadas, y emprendió otras no menos importantes, así espirituales como materiales.

El Padre Guíllelmo le reemplaza

Viviendo de la caza los naturales de aquel país, no podían los misioneros contar siempre con los recursos necesarios para la vida. Conducirlos de Chiloé o Valdivia era muy difícil; ni tampoco se podría siempre; mucho menos no andando corriente el pago del sínodo: por lo cual el Padre Guíllelmo compró de los indios del norte cantidad de vacas, y pobló una pequeña estancia, para asegurar el alimento de los de la misión, según nos informa el Padre Olivares. Y por cierto que en aquellos lugares y circunstancias no habían hecho mal, aunque lo hubiese hecho para el seguro alimento de los Misioneros. Las reales cédulas prohibían a éstos el tener propios, por pasarles su Majestad sínodo suficiente para mantenerse; pero cuando éste no se daba, o donde ni con él podían siempre proporcionarse el alimento, claro está que no se hallaban comprendidos en la prohibición. Estas ocupaciones no le distraían de los ministerios espirituales, a que estaba tan contraído, que, no contento con doctrinar a los que iban a la iglesia, doctrinaba a los otros en sus casas; y era en extremo diligente en buscar a los niños recién nacidos y a los adultos moribundos. A unos y a otros acudía sin ser llamado; para bautizar a los primeros y confesar y auxiliar a los segundos, si eran ya bautizados, o convertirlos a la fe, si eran infieles; logrando así la conversión de muchos, y la salvación de no pocas almas, que de lo contrario perecieran miserablemente. No sólo recorrió las parcialidades que había visitado con el Padre Felipe, sino también otras más remotas; y siempre con fruto, cuando menos de párvulos enviados al cielo. Estos dos Padres habían sido muy diligentes en asentar los bautismos, confesiones, casamientos, y demás datos y sucesos; mas por haber perecido estos apuntes con las dos quemas que sufrió la misión, carecemos de los pormenores de sus correrías apostólicas; que fueron muy fructuosas, se-

gún nos asegura el Padre Olivares, que alguna parte tuvo en ellas (113).

Una de las grandes empresas del Padre Guillelmo fué descubrir el camino directo, para ir a Chiloé. El usado hasta entonces era muy largo y molesto por tener que atravesar navegando las lagunas de Nahuel Huapí y de Todos los Santos, vadear muchas veces el río Peulla, traslomar las dos cuestas, y andar por terrenos pantanosos desde el Peulla hasta el mar. Un soldado viejo le comunicó, estando en Castro, que por la ensenada de Reloncavi, cuya embocadura está a unas diez leguas del actual Puerto-Mont, o sea de Melipulli, ensenada que ahora conocen comúnmente los vecinos de aquellos lugares por el nombre de "la boca de Reloncavi", o simplemente "la boca", se entraba a un camino llamado de Buriloche, por el cual los españoles iban antiguamente a maloquear a los Poyas; y no pudiendo ir en persona a encaminarlo, por su mucha edad, le dió el derrotero. Esto bastó, para que el Padre se empeñase en descubrirlo; y no teniendo fondos para ello, fué recogiéndolos de casa en casa por Chiloé, pidiéndolos de limosna a los vecinos; los cuales, comprendiendo la utilidad de aquel descubrimiento, le dieron víveres, herramientas y cuanto necesitaba a este efecto. Con estos socorros dos veces lo tentó; mas sin buen suceso, a pesar de haber sufrido grandes trabajos y excesivas fatigas, teniendo que penetrar a pie por montañas espesas, cargando el alimento y las herramientas, y durmiendo en lugares húmedos, sin más abrigo, en aquelas tierras en extremo lluviosas, que unas hojas de *pangue*, con que formaban unos como ranchos. Eran tales estas fatigas, que si el Padre no hubiese andado al frente, animándolos a todos con sus razones y ejemplo, ninguna las habría soportado, según dice el Padre Olivares. No rindiéndose su constancia, buscó un indio que hiciese también aquel camino; pero cuidó que no fuese poya, pues que estos no querían se descubriese, por miedo de que los españoles volvieran por él a molestarlos. El tal indio le dijo que la entrada por Nahuelhuapí, o sea por el naciente de los Andes, estaba en un lugar llamado los Baños, en razón de unas aguas termales que nacen allí (114).

Guillelmo camino de los Vuriloches

El camino buscado y hallado por el Padre Guillelmo tenía la ventaja de evitar la peligrosa travesía en piraguas por los lagos Nahuel Huapí y Todos los Santos. En 1791 Fray Nicolás Menéndez, de la orden franciscana, empeñose en hallar el camino de los Vuriloches, ya completamente borrado, y modernamente volvió a redescubrir el perdido camino el Ingeniero don Emilio E. Frey, primer intendente del actual Parque Nacional.

Según las noticias de Guillelmo, de Menéndez y de Frey el camino de los Vuriloches era desde Ralun hasta la laguna Calbe-

tue o Cayetues y desde este punto por el río Quitacalzones hacia el Este y Sud-Este hasta un arròyo que baja al río Blanco. Habiendo cruzado el río de este nombre el camino iba por faldeos, y zanjones y derrumbes hasta los llamados Baños de los Vuriloches, de donde pasaba a los Canquenes en dirección Sud-Este, ascendiendo después a lo que es llamado ahora Paso Vuriloche o Bariloche, al sur del Tronador, hasta llegar a la pampa dilatada, hoy llamada Pampa Linda, desde donde seguía por la costa boreal de los dos brazos del Lago Mascardi, pasando por la lagunita al pie de la Península Mascardi, y de aquí al Lago Gutiérrez y al Nahuel Huapí, donde estaba la Reducción.

Sus dificultades y peripecias

Con los datos que le dió aquel indio de que el camino era por el lugar llamado los Baños, emprendió el Padre Guillelmo un nuevo reconocimiento, disponiendo que parte de los exploradores entrara por los dichos Baños y parte por Ralún, y así lo hicieron unos y otros, abriéndose paso con hachas, machetes y cuchillones, y dejando señales en los árboles para orientación y guía de quienes viniesen después de ellos. "Fueron descubriendo por una y otra parte aquellas inmensas montañas, escribía después el Padre Olivares y agregaba: "El Padre Gaspar López que se halló en esta expedición, me aseguró que se habían encontrado estas señales y rastros de los que habían entrado por la parte de Chiloé o Ralún, mas que ellos cansados, o porque les faltó el bastimento, se retiraron y no se pudieron ver. Pero el camino quedó descubierto con grande alegría de todos", aunque no se llegó a fijar con toda precisión hasta el año de 1715, como después diremos (115).

Descubierto el Camino de los Vuriloches regresó el Padre Guillelmo a su Reducción, pero a poco de estar entre sus queridos Poyas fué testigo de la ruina de la misma. Un voraz incendio redujo a pavesas así la Iglesia como la Casa de los Padres y las moradas de los indios. "Nunca se supo quién, ni cómo vino el fuego, escribe Olivares, pero "yo siempre he maliciado, agrega el mismo cronista, que los indios Puelches, viendo que el camino se había descubierto, a que tanto repugnaban, por destruir de una vez la Misión, quisieron de una vez abrasarla, pegando fuego a las tres partes; porque si hubiera sido por descuído de la cocina, que nadie supo cómo fué, ni pudo ser ese descuído, hubiera ido el fuego obrando por partes, más fué tan improviso en todas, como aseguraron, que a no despertar con presteza el Padre Guillelmo, se hubiera abrasado. La Imagen de la Virgen la sacó uno con gran dificultad. Abrasáronse los ornamentos, los libros que había muy buenos y cuanto de precioso tenía aquella Misión,

pues por considerarla los fieles tan trabajosa y necesitada, la habían socorrido más largamente que a ninguna otra".

Incendio en la Reducción

Después de esta catástrofe, aunque por razones que ignoramos, nombró el Padre Provincial por Superior de la Misión de Nahuel Huapí al Padre Manuel Hoyo, profesor que había sido de teología en Santiago de Chile y varón de grandes dotes de gobierno. Lo propio que el ya citado Padre Gaspar López, pedía insistentemente el Padre Hoyo el ser enviado a los Poyas, y llegó ciertamente a la Reducción de los mismos cuando de ella no quedaban más que un montón de cenizas. No se desanimó por esto el nuevo Superior, como no se desanimó su compañero de fatigas, el Padre Guillelmo. Más que la pérdida reparable de la Iglesia y Casas de la Misión, tuvieron los dos Jesuítas que lamentar la muerte del Padre López que falleció en Valparaíso de resultas de una nevada que le tomó en la Cordillera, cuando se ocupaba de aumentar los medios económicos tan necesarios para la buena marcha de la Misión.

Los amigos que tenían en Chile los Padres Hoyo y Guillelmo, que no eran pocos, hicieron verdaderos sacrificios para salir al encuentro de los apuros de los dos Jesuítas, no bien se enteraron del desastroso incendio, y el señor Gobernador ordenó les dieran abundancia de tablas de obra con que poder reconstruir la Misión. Mientras ésta surgía nuevamente y más cabal, los dos Misioneros se entregaron a hacer leves correrías hasta las agrupaciones indígenas vecinas a la Reducción, ya para instruirlos en las cosas de Dios ya para consolarlos y ganarles la voluntad.

A los dos años de estar el Padre Hoyo al frente de Nahuel Huapí, nombráronle los Superiores por rector del Colegio que en Chiloé tenían los Jesuítas, y ocupó su puesto como misionero principal de los Poyas el Padre Guillelmo.

Halla el camino de los Vuriloches

Como el conato y empeño de este padre había sido el descubrir y trajinar el camino oculto de Bariloche, luego que hubo terminado de reconstruir la Iglesia y casas "aplicó el ánimo y todo su conato, escribe Olivares, a perfeccionar la obra comenzada de su total descubrimiento, como lo consiguió por diciembre del año 1715. Porque entrando por los Baños y siguiendo los rastros y señales que dos años antes habían dejado los que fueron en su busca: fué fácil el ir abriendo y desmontando las malezas que embarazaban el paso. De suerte que pudieron pasar mulas y llegar a Ralún que, como se ha dicho, era el puerto para embarcarse a Chiloé. No es decible el gusto que recibió el fervoroso Padre con aquel hallazgo, que tantas fatigas y malos ratos le había costado: pero no sabía cuán poco le había de servir ni a la misión, por lo que ya digo.

"Hallado ya el camino que tanto se había deseado, se retiró el Padre Guillelmo a su misión. En ese mismo tiempo se despachaba de Chiloé un correo con cartas al señor Presidente; y el padre con él escribió a varios sujetos de casa, en que daba parte del buen suceso que había tenido en el hallazgo del camino de Bariloche, y cómo por él habían ya bajado tres veces las mulas a Ralún. Escritas y entregadas estas cartas, fué acompañando al correo hasta lo de Manqueunai, que era el cacique principal de Nahuelhuapi, y a quien todos reconocían por su toquí, que vivía dos leguas o poco mas de nuestra casa; porque supo que allí había un enfermo y en cuidar de los enfermos era muy celoso y caritativo. Diéronle allí a beber un poco de chicha, que el Padre la tomó sin recelo. Volvióse a casa, dónde al punto se sintió herido de muerte con una descomposición de estómago y vientre que todo fué lanzar sin sosiego; y a los tres días dió el alma a Dios, por cuya gloria tan gloriosamente había trabajado con gran celo de la salvación de las almas, sin reparar en trabajos y dificultades, habiendo estado expuesto a las saetas y bolas de estos puelches. Murió tan aceleradamente, que la noticia de su muerte llegó juntamente con las cartas que el Padre había escrito con el correo. Hizo mucha falta a aquella misión el Padre Guillelmo; sólo su actividad y aguante la pudiera conservar y el modo con que trataba a los indios conociéndoles el genio; mas ellos con maña y a escondidas le quitaron la vida, según mi juicio, como también a su compañero el Padre Felipe.

Muerte del Padre Guillelmo

"Pesuádome a esto, aunque no tengo evidenvia, porque el Padre era robusto de salud, comía de cuanto le daban sin que nada le inmutase; chicha también cuando se la daban la bebía sin asco ni melindre; no repugnaba la carne de caballo y otros animales que los Puelches usaban. Nunca supimos que hubiese tenido mal grave, habiendo andado tantas veces a pie desclazo desde la misión de Chiloé; y darle de repente aquel mal tan violento, mucho me da que sospechar, de que fué la chicha envenenada. También los indios llevaban a mal el que se descubriese el camino de Bariloche por el recelo de que entrasen por él los españoles, a hacerles guerra, estaba ya descubierto, que no lo podían ignorar; y como el Padre fué el autor de este descubrimiento e hizo tanto empeño repetidas veces por hallarle, se vengaron de él ocultamente y sin ruído, para que también el camino se quitase. Estas son mis sospechas; Dios sabe lo cierto, que el Señor le habrá dado el premio de sus trabajos y celo (116).

Fué fruto de una venganza

Así terminó su heroica vida, a 19 de mayo de 1716, el gran misionero que se llamó en vida Juan José Guillelmo, y

a quien justicieramente recuerdan en tierras del Neuquén, donde tanto trabajó por los Poyas, un Cerro y un Lago.

Biografía del Padre Guillelmo

El Padre Guillelmo era natural de Tempio en la Isla de Cerdeña, donde vió la luz por vez primera el día 12 de septiembre de 1672. Diez y seis años más tarde, y no obstante el hecho de no haber conocido de vista a Jesuíta alguno, determinó entrar en la Compañía de Jesús. Realizó sus propósitos el día 22 de diciembre de 1688, y siendo aun estudiante arribó a Buenos Aires a fines de 1698. Pasó a Mendoza, poco después, y sabemos que acompañó a Monseñor Francisco La Puebla González en la visita pastoral que hizo a las poblaciones cuyanas más cercanas a la ciudad mendocina. Habiendo cruzado la Cordillera, le destinaron los Superiores a preparar un acto general público de teología y le señalaron después para la cátedra de filosofía en el Colegio de Santiago de Chile. Condescendiendo con sus fervorosas súplicas le conservaron primero en la dicha cátedra y le señalaron por compañero de Monseñor La Puebla en su visita pastoral, pero pronto le destinaron los Superiores a lo que era su ideal más acariciado: las misiones entre infieles. Comenzó por trabajar entre los Pehuenches y en compañía del Padre Kleffer, y poco después pasó a la Misión de Nahuel Huapí, como hemos ya relatado.

Sabemos de este eximio varón que no sólo lo era por sus virtudes sino también por su ingenio y singular talento. Si Mascardi, allá en las soledades del Nahuel Huapi observaba los astros, Guillelmo en aquellas mismas y apartadas regiones contaba con una selectísima biblioteca, la que se perdió totalmente al arder la Iglesia y la Casa de los Padres. Antes o después de ese acontecimiento lamentable compuso Guillelmo un tomo grande que rotuló *Náutica Moral* y un tratado, no menos extenso, que se intitulaba *De Probabilitate*, obras ambas que nunca llegaron a publicarse y cuyo paradero nos es ignorado. Mas de lamentar aun es el que se hayan perdido las *Gramáticas* y los *Diccionarios* que con grandes fatigas y esfuerzos compuso de las dos lenguas Puelche y Poya a las cuales había además traducido aun las oraciones y el rezo como también el Catecismo. El Padre Machoni, su biógrafo y su compatriota, nos dice que escribió también varias biografías de misioneros célebres, entre ellas las de los Padres Nicolás Mascardi, Miguel Angel Serra y Tomás Dombidas (117).

Era teólogo, era historiador, y era Guillelmo un cultor asiduo de las Musas. Al frente de los dos volúmenes de *Philosophia Scholastica* que en 1709 publicó en Génova el Jesuíta catalán Miguel de Viñas, profesor de filosofía primero y después de teología en la Real Universidad de Santiago de

Chile, pueden verse cuatro elegías en dísticos latinos y cinco epigramas suscritos todos ellos por el Padre Guillelmo.

En una de sus canciones en elogio de la labor filosófica del Padre Viñas leemos versos tan intachables como éstos:

Jam tibi victrices surgunt, Vir Maxime, lauri;
Temporibus frondent serta parata tuis.
Et tibi contexit Permesside flore corollam
Obsequiis semper Musa sacrata tuis.
Ergo age perdoctam, Michael doctissime, frontem
Exere, dum tantum fama coronat opus.

En uno de sus epigramas ensalza los méritos del Padre Bartolomé Lobeth:

Musa Chilena venis pulchris redimita corymbis,
Tota tibi plaudens, Musa Chilena, venis;
Jam tua Musa venit, Lobeth decus addite Musis,
Et satur ambrosio nectare Musa venit...

Era poeta y filósofo

El mal gusto de la época aparece con frecuencia en estas poesías de Guillelmo, pero es indiscutible, como se ve al través de ellas, que a su autor no le faltaba ni fantasía, ni facundia, ni facilidad asombrosa, ya que como el poeta del Euxino "quidquid tentabat dicere, versus erat". (118).

No bien se supo el deceso inesperado del Padre Guillelmo, acaecido el día 19 de mayo de 1716, envió el Padre Manuel de Hoyo, rector de Chiloé, a un Padre de aquel colegio para que se hiciese cargo de los restos mortales del misionero fallecido y cuidara de la Reducción hasta que se le nombrara sucesor. Poco después el entonces Provincial, Padre Domingo Marín, nombró para la Misión de Nahuel Huapí a los Padres José Portel y Francisco Elguea, el primero en calidad de superior y el segundo su ayudante o compañero. "Estándose disponiendo para un viaje estos dos Padres, con lo que debían llevar, escribe Olivares, cayó gravemente enfermo el superior, con lo que fué imposible el hacer el viaje. Fuése delante el Padre Elguea, que llegó con bien a su misión, y se retiró el padre que la cuidaba: y las mulas volvieron para conducir al superior. En este intermedio habían ido los indios a sus cazas y a buscar vacas a las pampas, de donde volvieron vacíos, sin conducir vaca alguna, o porque no las hallaron o tuvieron algún encuentro con los otros indios que les impidieron su conducción, como suele suceder. Puestos en su tierra, fuéronse al Padre Elguea a pedirle que les diese vacas, para sustentarse, que por no haber traído no tenían qué comer. El Padre se escusó diciendo que él no era Superior, para disponer de la hacienda de la casa; que tuviesen paciencia y aguardasen que presto llegaría el Padre Superior e impondría lo que se debía hacer; y que si ellos se llevaban aquellas pocas vacas que

tenía la misión, considerasen que no les quedaría con qué sustentarse los Padres, ni sus criados; que sólo con aquellas vacas vivían, y otras razones mansas, conducentes a persuadirles a que esperasen a la llegada del Superior. Mas era querer ablandar a tigres.

Los indios y el Padre Elguea

"Retiráronse los indios muy enojados y llenos de cólera, diciendo: "Si los padres no nos dan lo que necesitamos, ¿de qué nos sirven? ¿ni para qué los queremos en nuestras tierras? ¿qué hemos de comer con que nos prediquen y nos digan que no tengamos más que una mujer? y otras cosas semejantes, que harto dirían, si hubiera habido quien lo refiriese, en una junta que hicieron, para lo cual llamaron a Lebiluan, aquel cacique que se presume que dió el veneno al padre Felipe y no sé si estaría allí cuando se presume que se le dieron al padre Guillelmo; porque sin él parece que no se hacía maldad. Determinaron en ese conciliábulo el matar al Padre que estaba solo, y apoderarse de todo lo que tenía la misión. Asistía a los Padres un mozo de nación inglés, católico, que el Padre Manuel de Hoyo llevó desde Valdivia consigo, y había servido con mucha fidelidad a los padres, y después de la muerte del padre Guillelmo cuidó con grande empeño y legalidad de la casa, ganados y de cuanto había en la misión, como se esperimentó. A este inglés temían los indios, y no se atrevieron a hacer nada estando él en casa. Para librarse de él, le envió el cacique Mancuhunai un mensaje, rogándole que se llegase a su casa, que se le ofrecía un negocio que quería que él lo compusiese. Fué Juan el inglés a ver al cacique sin recelo alguno: llegó y con palabras fingidas le hicieron sentar y convidándole a beber, salieron los que estaban prevenidos y le mataron a traición y alevosamente así con sus bolas como con las flechas el día 14 de noviembre de 1717".

Muerte del P. Elguea

"Hecha esta atrocidad tan enorme, al punto antes que corriese la voz montaron a caballo y fueron a la casa de la misión y mataron cruelmente al Padre con las mismas bolas y flechas, y le dejaron tendido en la casa, que robaron cuanto tenía. Quitaron también la vida a un indio casado de Chiloé, como también a la mujer le mataron, que eran los más fieles y los que más habían servido a la casa. A la iglesia la despojaron de todos sus ornamentos y alhajas; sólo perdonaron a la imagen de María santísima que no la hicieron sino quitarla el vestido y sacarla junto a la laguna. Allí la cubrieron con un cuero de caballo, y luego pegaron fuego a la casa e iglesia y a todo lo edificado. El cuerpo del Padre Elguea se quemó con el fuego de la casa. Cometidos estos sacrilegios, quedó el campo por suyo; y a los criados que no mataron, los cogieron por esclavos. Tenía la misión algunos muchachillos y niños, que habían rescatado los Padres, para criarlos cristianamente, que

casándose a su tiempo fueran poblando aquellas tierras en forma de pueblo; y a éstos fueron los que se llevaron cautivos; la demás de la gente que tenía la misión había pasado a la Concepción a conducir al Padre Superior con lo que había dispuesto de géneros, para la manutención de todos.

"Cuando estaban ya las cosas dispuestas para el viaje, llegó a la Concepción la noticia de la muerte del Padre Francisco de Elguea con las demás atrocidades que los indios habían ejecutado en Nahuel Huapí. Allá estaba el gobernador don José de la Concha, que había gobernado este reino en el ínterin que venía el propietario, que también en aquel mismo tiempo se tuvo la noticia que ya había arribado y estaba en Mendoza para pasar a gobernar este reino, el teniente general don Gabriel Cano y de Aponte como luego tomó el mando uno que acababa y el otro que empezaba, se quedaron los indios sin ningún escarmiento. Por la parte de Chiloé entraron algunos españoles con el Padre Arnoldo Jasper; mas no se halló ningún indio en aquellas tierras. Una indiecita de las que dije que tenían los Padres al tiempo de huirse los indios, se escondió. A ésta hallaron, y dijo: cómo tres días hacía que los indios se habían huido todos. Halláronle todo abrasado y el cuerpo del padre Elguea quemado entre las ruinas de la casa. La santa imagen de la Virgen junto a la laguna entre unos matorrales, cubierta con un cuero de caballo, la cual llevaron a Chiloé y de allí pasó a la Concepción (119).

Viaje del P. Jasper

Todo esto es del Padre Olivares, contemporáneo de los sucesos, y podemos completar su información respecto de la ida del Padre Arnoldo Jasper al Nahuel Huapí. Sabemos que los superiores, a raíz de la muerte del Padre Elguea, se opusieron a enviarle sucesor, por creer que en conciencia no podían exponer las vidas de sus súbditos a igual desgracia.

No obstante, y con el fin de recoger los restos mortales del Padre Elguea y con el objeto de tener noticias fidedignas sobre las posibilidades de continuar aquella misión, enviaron al Padre Jasper, a quien la autoridad militar de Chile hizo acompañar de algunos soldados.

Ruinas y escombros

Todo era ruinas en el lugar de la Reducción ya que los indios no contentos con asesinar al misionero habían destrozado y puesto fuego así a la Capilla como a la casa de los Padres. Estaba no obstante intacta la imagen de la Virgen de la Concepción, que los indígenas llamaban la Chiñura o señora Española. La habían despojado de sus joyas y la habían envuelto en un cuero, dejándola depositada en las orillas del lago.

Bajo los escombros de la Capilla halló el Padre Jasper los restos del misionero. El cadáver estaba carbonizado, pero en su diestra empuñaba aun el crucifijo. Allí mismo, a orillas

del gran lago, se dió cristiana sepultura al heroico jesuíta, y el Padre Jasper regresó a Chile, aunque llevando consigo la imagen de la Virgen Inmaculada, la que fué colocada en la Catedral de la Concepción (Chiloé) donde todavía era venerada, a mediados del pasado siglo.

Medio siglo pasó sin que los Jesuítas pensaran en fundar nuevamente la desafortunada misión de Nahuel Huapí, por más que eran no pocos los que solicitaban ser enviados a ella.

El P. Guell va a Nahuel Huapí

El Padre Segismundo Guell obtuvo esa gracia a fines de 1766, y fué él el postrer jesuíta que penetró en el Neuquén y llegó hasta el Nahuel Huapí con el intento de fundar una Reducción indígena. Sabemos que penetró por el camino de Bariloche con doce hombres, y después de muchos trabajos llegaron los taladrores, esto es, los que hacha en mano abrían el necesario camino al través de las tupidas selvas, llegaron, decimos, al Río Blanco que no pudieron cruzar. La impetuosidad de aquel profundo río les cerró toda esperanza de poderle vadear.

Pasaron entonces al lago Todos los Santos, donde construyeron una piragua, y así lo cruzaron, y siguiendo la última ensenada del norte, llegaron hasta el Río Peulla donde hallaron los restos de una población abandonada: huesos de gente, chaquiras, Rosarios y pedazos de ollas.

Antes o después de cruzar el Río Peulla encontróse el Padre Guell con un derrumbe de piedra y tierra, la que estaba temblando, y según manifestó después uno de los compañeros del jesuíta, éste quedó tan alarmado ante aquel fenómeno que tan fácilmente podría acabar con su vida, que se le mudaron los colores. Los taladrores, por su parte, o cansados o aburridos de tantos sacrificios, se negaron a proseguir. Al cabo de seis meses de andanzas por precipicios y por altas cumbres fué necesario regresar a Chile. El derrumbe o ventisquero del Río Peulla intimidó al Jesuíta y a sus acompañantes.

Fray Francisco Menéndez que recogió y consignó estos datos en 1791, nos dice que el Padre Guell sólo llegó a lo que hoy día se denomina Casa Pauque, en las nacientes del Río Peulla, pero don Martín de Moussy, generalmente bien informado, asegura que el Padre Guell llegó en 1766 hasta el lago Nahuel Huapí, que a sus orillas hizo construír una embarcación y en ella se trasladó a la isla [esto es, a la Península Huemul] donde encontró vestigios evidentes de una antigua reducción. Siendo muy débil su embarcación para recorrer toda la superficie de aquella gran sábana de agua, agrega Moussy, regresó el Padre Guell a Valdivia". (120).

Historiadores posteriores, como Zeballos y Albarracín, han ampliado estas noticias de dudosa historicidad, afirmando el

primero de ellos que Guell construyó canoas en el gran lago y descendió por el Río Limay "sobre cuyos saltos de piedra se despedazaron las débiles embarcaciones, obligándole a regresar a Chile" (121). Albarracín, por su parte, asegura que el naufragio del Padre Guell tuvo lugar en el gran rápido del Traful (122).

Llegó hasta el Río Limay

Sea lo que fuere de estas aseveraciones, lo cierto es que Fray Menéndez no parece estar en lo cierto al afirmar que Guell no pasó de las nacientes del Río Peulla, o sea de las inmediaciones occidentales del actual Lago Frías, ya que entre 1779 y 1781 los indígenas del lago Nahuel Huapí informaron al Piloto Don Basilio Villariño Bermúdez que ellos habían sido testigos de la ascensión que por el Río Limay había hecho, pocos años antes, un misionero. Sin duda alguna se referían al Padre Guell, único misionero que había pisado aquellas regiones desde 1717 hasta 1766.

A fines de 1767 disponíase el Padre Segismundo Guell a hacer una nueva entrada al Nahuel Huapí, cuando a 8 de diciembre de ese año fué apresado en Chiloé y embarcado para España con los demás Jesuítas extrañados de los dominios españoles por Carlos III.

Mucho sintieron los Jesuítas el tener que desamparar la Misión de Nahuel Huapí, así por tener que abandonar a aquellos indígenas por quienes tanto se habían sacrificado los Padres Rosales, Mascardi, Laguna, Elguea y Hoyo, como porque con la clausura de dicha Reducción se les cerraba el camino al Estrecho de Magallanes. a donde, desde hacía casi un siglo, deseaban llegar los Misioneros de la Compañía de Jesús así para plantar en tan lejanas latitudes la Cruz de Cristo como para tener la satisfacción de haber explorado todo el territorio que espiritualmente les correspondía. También deseaban satisfacer los deseos que en múltiples ocasiones habían manifestado los Reyes españoles en sus misivas así a los Gobernadores como a los Superiores de la Compañía.

Con este objetivo habíase fundado la Reducción de Nahuel Huapí y con el mismo se fundaron más tarde las Reducciones de Indios Pampas en Concepción y en el Volcán, al sur de la actual Provincia de Buenos Aires. En 1746 escribía el Gobernador de Buenos Aires, José Andonaegui, al Marqués de la Ensenada y le manifestaba que el Padre José Cardiel se hallaba en las Misiones australes "y a distancia de ciento y ochenta leguas de aquí (adonde, al presente se halla) y tiene premeditado fundar una reducción de Indios para cuyo efecto anda en aquellos parajes reclutándolos con la idea de ver si los convierte, para de una vez fundamentada esta escala, probar si desde allí puede penetrar hasta el Estrecho de Magallanes, y recorrer lo que hay escondido en aquel incógnito y vasto

país, lo que promete dando algunas esperanzas de conseguirlo; yo lo celebraré infinito para que su Majestad salga de las dudas que padece y se sepa con idividual certidumbre" (123).

Cuales fueran las dudas de su Majestad las indicaba el mismo Padre Cardiel en carta del 11 de abril de 1746, dirigida al señor Gobernador Ceballos, carta que resume cuanto se sabía o se creía saber acerca de la tan famosa Ciudad de los Césares: "De Buenos Aires al Estrecho, aseveraba Cardiel con un desconocimiento singularísimo de las distancias,. . . son 200 leguas. Ahí se dice que está la famosa ciudad de los Césares, de quien se cuenta tanto como de la encantada Paititi, y de la otra de Quiyisi. . . Ahora tengo orden de ponerme 100 leguas de Buenos Aires para formar allí un pueblo de infieles y desde allí hacer por tierra este famoso descubrimiento, para ver qué fundamento tengan tantas exageraciones y fábulas que por tales tengo las más, aunque no dejará de haber algo" (124).

Los Jesuítas y la Patagonia

Cuando esto escribía el Padre Cardiel hacía casi medio siglo que había aportado al Estrecho de Magallanes un gran misionero Jesuíta y había explorado todas las regiones circunvecinas y no había visto a los Césares ni tenido de ellos noticias alguna.

A 26 de diciembre de 1703 levaron ancla en el puerto de Saint Maló los navíos franceses Saint Charles y Marinet, capitaneados por los señores Coundray-Perée y Fouquet, "hombres hábiles y muy expertos en la navegación". Estaban a bordo cuatro Jesuítas franceses que iban a la China, los Padres Brasle, de Rives, Hebrard y Juan Amando Nyel. Impedidos los pasos de Sonda y de Malaca a causa de la guerra entre Francia e Inglaterra, determinaron los armadores franceses que dichas naves tomaran la derrota por el Estrecho de Magallanes.

El Padre Nyel en el Estrecho

El Padre Nyel que había nacido en Vitry-le-Francois el 7 de mayo de 1670 y falleció en Madrid el 2 de setiembre de 1738, después de haber sido fervoroso misionero en Tarahumara, Sinaloa y Sonora, escribió poco después de llegar a Lima, en su fracasado viaje a la China, una interesantísima carta de la que vamos a transcribir lo referente a su estadía en las regiones del Estrecho Magallánico. Decía así en carta del 20 de mayo de 1705 dirigida al Confesor del Rey, Padre De la Chaise (125):

Tengo por inútil hacer a V. R. una descripción de este famoso Estrecho, cuyo primer descubrimiento hizo en el año 1520 Fernando Magallanes, tan célebre por sus viajes alrededor del Mundo. Mejor me parece remitir un plan correcto, y fiel, según las últimas observaciones que están hechas con mucha más exactitud, que todas las antecedentes. Ya estába-

mos dentro del primer canal, que hace la entrada de el Estrecho, y aun habiamos echado áncora en un recodo a la parte de acá de la Bahía de *Gregorio*, cuando de repente sobrevino un viento tan impetuoso, que nos rompió succesivamente cuatro cables, y nos hizo perder dos áncoras. Estuvimos en peligro de naufragar; pero Dios, atendiendo á nuestros votos, y súplicas, quiso libertarnos, para guardarnos, como esperamos, para mayores trabajos, y para padecer muerte más gloriosa por la gloria de su Nombre, y en defensa de nuestra Santa Religion.

Descripción de la región

"Durante el espacio de quince días, que estuvimos detenidos en este primer canal en busca de nuestras áncoras, y en la conducción de agua de un Rio, que descubrió el Señor Baudrán de Ballestre, Oficial nuestro, que le dió su nombre, tuve el gusto de echar pie á tierra varias veces para glorificar en ella al Señor, en aquella parte del Mundo, en donde aún no habia penetrado el Evangelio. Todo su terreno es llano, bien que interrumpido de algunos montecillos. Parecióme bastante bueno, y apropósito para cultivarle. Hay mucha apariencia de que en este parage, que es el menos ancho del Estrecho, fue donde edificaron los Españoles, en el reynado de Phelipe Segundo, la Fortaleza del *Nombre de Dios*, cuando concibieron la temeraria, e inútil empresa de estorbar a las demás Naciones el paso del Estrecho, edificando en él dos Ciudades. Con este fin enviaron una numerosa Armada bajo las órdenes de Sarmiento; pero habiéndola una tempestad maltratado, y dividido, llegó el Capitán al Estrecho muy malparado .Allí levantó dos Fortalezas, una á la entrada del Estrecho, que creo fué el *Nombre de Dios*, y otra un poco mas adentro, que llamó la *Ciudad del Rey Phelipe*, verisimilmente en el Lugar que se llama hoy *Port-Famine*, por haber miserablemente perecido allí aquellos infelices Españoles por falta de viveres, y de todo socorro humano; pero yá no se conoce vestigio alguno de tales Fortalezas en uno, ni en otro sitio. No vimos habitante alguno del País, porque aquellos Pueblos acostumbran entrarse tierra adentro en las cercanías del Invierno. Mas algunos Navíos Franceses, que han venido antes, y después, han visto muchos de ellos prosiguiendo el Estrecho: y aun nos han asegurado, que parecen dóciles, y sociables, por la mayor parte fuertes, y robustos, de grande estatura, y de color amulatado, como el de los demás Americanos.

Indios dóciles y sociales

"No me pararé á hablar á V. R. sobre su genio, y costumbres, por no decir cosa, que no sé de cierto, ó que acaso sea falta; pero sí me tomaré la libertad de participarle los movimientos de compasión, que la gracia, y amor de Jesú-Christo me inspiraron, á vista de las densas tinieblas, que ví derramadas sobre aquella tierra abandonada. Consideraba por una

parte la poca apariencia, que havia de poderse emprender la conversión de aquellos pobres Pueblos, y las inmensas dificultades que havia que vencer: y por otra me venia muchas veces á la memoria la Profecía de Jesu-Christo en orden á la propagación del Evangelio por todo el Mundo: que Dios tiene sus tiempos, y momentos destinados para derramar en cada clyma los tesoros de su misericordia: que veinte años antes havian nuestros Padres llevado el Evangelio á Países tan apartados de la luz como ellos: que quizá nos conducía Dios a la China por tan nuevos rumbos, solo porque alguno de nosotros, movido de la necesidad de aquellos pobres Bárbaros, se determinase á quedarse entre ellos: que muchas florecientes Misiones debian su principio á un naufragio, ó á algun otro accidente, que parecia casual. Mis súplicas á Dios eran para que acelerase el feliz momento, y pasaba mi atrevimiento á ofrecerme á mi mismo, si era su voluntad, para tan noble empresa, que era quanto creía yo poder hacer en las circunstancias. Pero despues he sabido que llegaron otros votos antes que los mios, y que estaban yá no lexos de cumplirse; pues haviendo arribado a Chile, supimos que los Jesuítas de aquel Reyno querian penetrar en la primera ocasión hasta el Estrecho de Magallanes, distante solo cien leguas de algunas de nuestras Missiones. Bien tendrá esta con que llenar los mayores alientos: no les faltará abundancia de cruces, ni grandes frios que sufrir, desiertos, espantosos que penetrar, ni salvages que seguir en sus largas correrías. Esta será en el Sud lo que en el Norte la Misión de los Iroqueses, y Hurones del Canadá, para los que tengan la gloria de hacer aqui, lo que allá se está haciendo casi un siglo há con tantos trabajos, y constancia.

Relato del Padre Nyel

"Hecha esta pequeña digresión, vuelvo á nuestro viage. Como la pérdida de nuestros cables, y áncoras no nos permitia yá pasar el Estrecho de Magallanes, donde es preciso ancorar todas las noches, y demás de esto estaba yá muy proximo el Invierno de el País, resolvieron nuestros Capitanes, sin perder tiempo, buscar por el Estrecho de *Mayre* rumbo mas seguro, y facil para el Mar del Sud: y asi levamos áncora el día 11 de Abril de 1704, para salir de un Estrecho, é ir á buscar el otro. A dos dias estabamos yá en el segundo, el qual pasamos en cinco, ó seis horas con un tiempo muy favorable. Costeamos muy de cerca la tierra del *Fuego*, que me pareció un archipielago de muchas Islas, no un continente, como se ha creído hasta ahora.

"Aquí de paso debo advertir un error muy considerable de nuestros Mapas, asi antiguos, como modernos, los cuales dán á la tierra del *Fuego*, que se estiende desde el Estrecho de *Magallanes*, hasta el de *Mayre*, mucha mas extension en longitud de la que tiene en realidad: pues segun el cómputo exac-

ta que hemos hecho, no pasa de sesenta leguas, aunque los Mapas le dán mas. La tierra del *Fuego* está habitada de salvages, aun mas desconocidos que los de la tierra Magallánica. Dióseles el nombre de *Tierra del Fuego* á causa de la multitud de fuegos, que vieron por la noche los primeros que la descubrieron.

"Algunas Relaciones nos dicen, que haviendo Don Garcia de Nodal obtenido del Rey de España dos Fragatas para observar este nuevo Estrecho, echó allí áncoras en una Bahía, en que halló muchos de aquellos Isleños, que le parecieron dóciles, y de buen natural. Si hemos de creer á dichas Relaciones, aquellos Barbaros son blancos como los Europeos; pero se desfiguran, y mudan el color natural de sus rostros con varias pinturas. Andan medio cubiertos de pieles de animales, con un collar de conchas de almejas blancas, y relucientes al cuello, y un cinto de cuero al rededor del cuerpo. Su mantenimiento ordinario se reduce á una yerba amarga, que lleva el País, cuya flor es, con corta diferencia, como la de nuestros tulipanes. Estos Pueblos hicieron toda suerte de obsequios á los Españoles, trabajando con ellos, y trayéndoles los pescados que cogían. Estaban armados de arco, y flecha, cuya punta era de piedra muy bien trabajada, y llevan consigo un cuchillo también de piedra, el qual con sus armas echaban á tierra, quando se llegaban los Españoles, en señal de que se fiaban de ellos. Sus cabañas se componían de arboles enlazados unos con otros, con una abertura en el techo, que terminaba en punta, para desar paso libre al humo. Sus Canoas, hechas de cortezas de gruesos árboles, estaban bastantemente bien trabajadas; pero eran solo de doce a quince pies de largo, y dos de ancho: y así solo cabían siete, u ocho hombres. Su figura era casi como, la de las Gondolas de Venecia. Repetían los Bárbaros muchas veces *boo, boo;* mas no sabemos si esto era grito natural, ó alguna palabra de su lengua. Parecían de buen entendimiento, y algunos aprendieron el *Padre nuestro* con mucha facilidad.

"Son blancos como Europeos"

"Finalmente esta Costa de la tierra del *Fuego* es muy alta: la falda de los montes está toda poblada de gruesos árboles, muy espesos, y elevados, y la cima casi siempre cubierta de nieve. Hay muchos parages seguros, y buenos para echar áncora y tomar refresco. Al pasar el Estrecho avistamos á nuestra izquierda, á distancia como de tres leguas, la tierra de los Estados de Holanda, que nos pareció muy alta, y montuosa.

"En fin, pasado el Estercho de *Mayre*, y descubiertas á la parte de allá algunas Islas, que están yá señaladas en nuestros Mapas, comenzamos á experimentar el rigor de aquel clyma en el Inbierno con un gran frio, mucho granizo, incesantes lluvias, y con la brevedad de los días, que no pasaban de ocho horas: y demas de esto tan sombríos, que nos tenían

en una especie de noche continua. Entramos, pues, en este mar tempestuoso, donde padecimos vientos terribles, los quales separaron nuestro Navío de el que mandaba el Señor Fouquet: y nos combatieron tempestades tan recias, que llegamos á temer mas de una vez ser arrojados á alguna tierra desconocida. Con todo no pasamos la altura de cinquenta y siete grados y medio de latitud Meridional: y despues de haver combatido contra la violencia de los vientos mas de quince dias, doblamos culebreando el Cabo de *Hornos*, que es la punta mas Meridional de la tierra del *Fuego*. Aquí notamos otro error de nuestros Mapas, que ponen el Cabo de *Hornos* á cinquenta y siete grados y medio: y no puede ser, pues aunque nosotros no subimos á esta altura, como acabo de decir, pasamos bastante lexos del Cabo y no le vimos: lo que nos hace creer, que su verdadera situación estará á cinquenta y seis grados y medio quando mas".

Nyel llega a Concepción

El día 13 de mayo de 1705, y después de cuatro meses de navegación, arribaron los expedicionaros al Puerto de Concepción en el Reino de Chile, donde "tiene un Colegio nuestra Compañía, y en donde aquellos Padres nos recibieron con grandes muestras de amistad". Por ellos enteróse el Padre Nyel de los trabajos que por la salvación de las almas había tolerado tan heroicamente el Padre Mascardi, y fueron sin duda los Padres de Concepción quienes asimismo pusieron en su conocimiento la labor que entonces mismo estaba realizando el Padre Laguna.

En carta al Padre Dez, rector del Colegio de Estrasburgo, comunicaba Nyel sus andanzas por América y le manifestaba que "parece que son disposición particular de la Providencia para acostumbrarnos a los trabajos, y ejercicios de la vida apostólica, y para que recorriendo tan inmensa extensión de tierras infieles, seamos testigos del celo infatigable de nuestros Padres derramados por estas Provincias de América, para plantar o mantener nuestra santa Fe. Cada día se aumenta esta porción en la viña del Señor con el descubrimiento de nuevos pueblos, y santas industrias de estos admirables Operarios para ganar a Jesucristo tantas naciones bárbaras, abandonadas por tantos siglos. . ." (126).

La fama de Mascardi

Entre esos admirables Operarios cuenta Nyel al venerable Padre Mascardi y a su sucesor en la Misión de Nahuel Huapí. "Habrá como treinta años que murió el Padre Nicolas Mascardi, de nuestra Compañia, hombre ilustre por los grandes trabajos que pasó, y por los Pueblos que convirtió, el qual gastó muchos años en barbechar este campo esteril, é inculto; y fue con tan feliz suceso, que recogió una abundante mies y mereció despues la corona del martyrio, como premio correspondiente á sus Apostolicos trabajos. Desde aquel tiempo esta

tierra, regada con sangre tan preciosa, ha dado tan bellas esperanzas, que muchos Jesuítas de la Provincia de Chile se han ofrecido á continuar la empresa del Padre Mascardi, cuyo nombre se ha hecho venerable de los mismos que le martyrizaron, pues movidos estos Pueblos de el arrepentimiento de su delito, y prevenidos interiormente de la gracia, que les alcanza de Dios, mucho tiempo há que pidieron Jesuítas, que les enseñasen el camino del Cielo. Aseguran muchos de ellos, que se les ha aparecido el Padre, y consolado, prometiendoles, que irían allá Misioneros para instruírlos, y convertirlos. En efecto, ó sea verdadero el hecho, ó sea rumor sin fundamento, dos años después inspiró Dios al Padre Phelipe de la Laguna que pusiese mano en obra tan importante á la salvación de las almas". Hasta aquí el Padre Nyel.

La conquista de la Patagonia

De las innumerables almas de indígenas que poblaban las llanuras existentes al sur de la ciudad de Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes se habían ocupado así los Gobernantes del Río de la Plata como los Reyes de España. Aun perosnas piadosas como el doctor Gregorio Suárez Cordero lamentaban que tan vastas regiones, tan pobladas de indios, estuvieran desprovistas totalmente de todo socorro espiritual. A 13 de enero de 1681 había el Rey de España escrito a su Maestre de Campo y Gobernador de las Provincias del Río de la Plata, Don José de Garro, sobre la urgente necesidad de entender en la conversión de tantos infieles.

Dos años después, en 23 de enero de 1683, el entonces Gobernador de las Provincias del Río de la Plata escribía a Su Majestad, proponiéndole un proyecto de expedición al Estrecho de Magallanes. "El intento de esta propuesta, Señor, no es otro, que el que se procure, en la forma que diré, la conversión de innumerables Indios que habitan, de diversas parcialidades y naciones, hoy enemigas del Español, bárbaras en su vivir, que pueblan los dilatados espacios, y costa larga de mar que hay desde el distrito de este puerto de Buenos Aires *hasta el Estrecho de Magallanes,* por espacio de 238 leguas que hay de graduación desde esta ciudad: fuera de otras parcialidades y naciones, que están pobladas tierra adentro, sobre las márgenes de los ríos y lagunas, que tienen su principio en la gran Cordillera de Chile. En cuya empresa, lo primero que se viene á los ojos es el servicio y gloria de Nuestro Señor, el aumento de la Iglesia Católica en la conversión de tantos infieles cuantos son ellos, y cumplimiento y ejecución de lo que por cédulas repetidas tienen mandado el Sr. D. Felipe IV, de gloriosa memoria, y Padre de V. M. Y conseguiráse en servicio de la Divina Magestad grande logro de muchas almas que se salvarán por la ejecución de este intento.

Proyecto de José de Garro

"Aun, como mas evidente, se reconoce la utilidad que puede

seguirse y esperarse en aumento del servicio de V. M. y señoríos. Lo primero, en el nuevo acrecentamiento de muchísimos y nuevos vasallos, por ser muchas y numerosas las naciones y parcialidades que hay en dicho espacio, costas y tierra adentro. Lo segundo, asegurarse con esta diligencia y prevención las costas del mar, de aquí á dicho Estrecho de Magallanes, quedando conquistadas por este medio por la Corona de V. M., no estándolo sino en manos de enemigos hasta ahora; y que no las pueblen Ingleses, Portugueses ó cualesquiera otras naciones extrangeras, y por allí no asistan, y hagan escala por estas Indias por las poblaciones que pueden hacer, y se sabe han anhelado por ellas, asentando el pie en este imperio por aquella parte, y grangear para si todo el gentio de los Indios de dicha costa, y con el tiempo irse entrando y señoreando de él: y lo principal, tener paso seguro, y entrada por allí á la mar del sur, é infestarla, y como enemigos corsarios, impedir el paso, y aun intentar quitar el tesoro de estas índias que se despacha á Panamá.

Proyectos de Herrera Sotomayor

"Y como quiera que todo está ya poblado de enemigos, y no se tiene comunicación alguna con ellos, es fácil tengan yá algunas poblaciones que no se sepan, en algunos puertos de dicha costa: ni hay modo de reconocerlo por la falta de embarcaciones armadas y á propósitos; y estando por tierra los caminos impedidos por los Indios infieles".

Manifestaba, a continuación las muchas ventajas de toda índole que acarrearía la realización de su proyecto, y proponía "la facilidad, modo y forma de esta expedición y conversión, tanto en sí como por las comodidades que hay en ella".

"La forma, Señor, que me ocurre, es que esta conquista se encargue primeramente á los Religiosos de la Compañía de Jesús, por la experiencia que se tiene de su celo, espíritu, perseverancia, y medios proporcionados que siempre han puesto en semejantes conquistas, con muy buenos efectos, y logro de grandes conversiones, y teson continuo en conservarlas, y todo atropellando por cuantas dificultades pueden ofrecérseles, una vez empeñados: viéndose domesticadas las naciones de estos Indios, por fieras y bárbaras que sean, y siempre con grande aumento, así en la doctrina y enseñanza cristiana, como en el de los pueblos y doctrinas que han reducido. Y luce aun mas este aumento cuando se reconoce la disminución en todas las que no gozan de su cuidado y celo, y con el interés con que atienden solo al servicio de Dios, y enseñanza cristiana; enviando Vuestra Majestad algunos Religiosos de ella para esta expedición á la elección de su Provincial, sirviéndose V. M. encomendársela.

"Han de destinarse de escolta y resguardo á estos Religiosos como 150 soldados, mas ó menos, como las circunstancias presentes lo pidieren: de los mismos que son de esta pro-

vincia de Buenos Aires, para escusar de nuevo este gasto. Los cuales, situados en la ribera del Rio de los Sauces ó de cualquier otro de los que desembocan al mar, que también sirva de puerto y abrigo á las embarcaciones, que sean como presidiarios de ella, y principalmente de los Ministros Evangélicos que entran á convertir los Indios, y los soldados que estén á la mira para resistir los enemigos, y castigar los atrevidos contra los operarios del Señor; asegurando solo sus vidas, sin muestra de hostilidad ó guerra ofensiva.

"Y en órden á ello, se entrará, prometiendo y ofreciéndoles perdón general á todos los que se redujeren a nuestra Santa Fé, de los robos y muertes cometidas contra los Españoles, y otras personas. Y juntamente á los que no fueren de impedimento á que se reduzcan á ser cristianos, y amigos de los Españoles, ofrézcaseles para facilitar su conversión, el que, convertidos, y reducidos á vida cristiana y política, no serán trasplantados ni desnaturalizados de sus tierras, antes serán mantenidos en ellas; amenazando con el castigo de haber de mudar y desnaturalizar á los rebeldes y tercos en no ser cristianos y amigos nuestros" (127).

El Rey los aprueba

En Madrid y a 21 de mayo de 1684 aprobaba plenamente el Rey los proyectos de Don José de Herrera y Sotomayor. "Habiéndose visto por los de mi Consepo de las Indias, con lo que cerca de esta materia escribió D. Joseph de Herrera y Soto mayor, exerciendo ese cargo en cartas de veinticinco de Diciembre de mil seisciento y ochenta y dos, y veintiseis de Marzo de seiscientos y ochenta y tres, é informe que se pidió en esta Corte al Maestre de Campo D. Andres de Robles, con otros papeles tocantes á esto; y sobretodo á lo que dijo y pidió mi Fiscal de dicho Consejo, y dádome cuenta de ello en consulta de doce de Mayo de este año, he resuelto conceder licencia, como por la presente se la concedo, á la Religión de la Compañía de Jesús para que cuatro Religiosos, los que eligiere, puedan entrar á tratar y disponer obra tan del servicio de Dios, y descargo de mi conciencia, fiando de la dicha Religion que eligirá sugetos de la virtud, egemplo y prudencia que requiere negocio tan importante, y que lo gobernarán con el acierto que asegura la experiencia en las demas misiones que están á su cargo. Y para que estos puedan obrar con algun resguardo, sin quedar sugetos á los daños y hostilades que suelen recibir de los Indios gentiles, os ordeno y encargo señaleis á los cuatro Religiosos que han de ir á esta misión, la escolta de soldados de los de ese presidio, que se les podrá dar, sin que hagan falta para la defensa de ese puerto y ciudad de la Trinidad, dejando (como dejo) esto á vuestro arbitrio, y del Superior de la Compañia de Jesus en esas Provincias, para que con su comunicación resolvais lo que hubiéredes por mas conveniente. Y es mi voluntad, que los soldados que se eligieren y fueren á esta

misión, estén á órden de los Religiosos misioneros, y egecuten lo que ellos dispusieren, con que se asegurará el acierto: y que las poblaciones que se hicieren de los Indios que se redujeren, hayan de ser en lo mas mediterráneo, y tierra adentro de dichos parages, huyendo de hacer poblaciones en la costa, sino desviadas adentro de ellas, á lo menos treinta leguas, por ser más conveniente que no esté poblada dicha costa, para que nunca hallen abrigo extrangeros enemigos, ya que no es posible fortificarla con armas reales. Y para alentar á los Indios que se reduzcan, sin el temor de la servidumbre, ni de ser encomendados, he resuelto asimismo, que sobre los veinte años que están concedidos á los Indios del Paraguay de exención de tributos, se les aumente esta gracia con otros diez mas, de suerte que en todos sean treinta años. Lo cual hareis notorio en las partes que convengan, pues esto puede facilitar mucho la conversión de aquellos infieles, á cuyo fin obrareis por vuestra parte cuanto sea posible" (128).

Primeras realizaciones

Nada pudo hacerse hasta 1740, fecha en que los Jesuítas fundaron la Reducción de Nuestra Señora de la Concepción sobre la orilla oriental del actual Arroyo de la Estancia al sureste del Río Salado, a la que siguieron otras dos Reducciones más australes, la de Nuestra Señora del Pilar en lo que es ahora la ciudad de Mar del Plata y Nuestra Señora de los Desamparados junto a la actual Fuente Copelina. Eran indios Pampas o Serranos los neófitos de estas tres Reducciones.

Con un optimismo que hoy nos asombra pensaban los Jesuítas, y con ellos las autoridades civiles y eclesiásticas del Río de la Plata que una vez fundadas aquellas tres Reducciones les sería muy fácil el fundar unas cuantas otras más al sud de aquéllas y así llegar en breve al Estrecho de Magallanes mediante un escalonamiento de Reducciones, todas ellas sobre la costa o en las cercanías del océano Atlántico.

Se creía generalmente, y así se afirmaba, que la distancia de Buenos Aires al Estrecho era tan sólo de 200 leguas, aunque no faltaban quienes alargaban la cifra a 250 leguas, pero nadie barruntó que la distancia era casi tres veces mayor. Era ciertamente utópico el pensar que los Jesuítas irían fundando con no menos rapidez que éxito toda una cadena de Reducciones al través de las distancias y de los desiertos patagónicos.

El mismo Rey de España debió darse cuenta de lo impracticable o de la forzosa lentitud de este sistema, aun en el caso de sólo existieran 200 leguas entre Buenos Aires y el Estrecho, y así excogitó otro plan que fuera complementario de aquél. Es probable que el Padre Juan José Rico, Procurador General de la Provincia del Paraguay a la sazón en Madrid, sugiriera al Rey la empresa que éste, en Real Cédula del 26 de enero de 1745 manifestaba así a su Gobernador del Río de la Plata, Brigadier Don Domingo Ortiz de Rozas:

"Por Real Cédula, expedida en 30 de Diciembre próximo pasado, que se ha remitido á Cadiz para que se conduza en el navio, que al cargo de D. Francisco Garcia Huidobro está pronto para salir de aquel puerto, y navegar á ese de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, manda S. M. á V. S., con el mas estrecho encargo, se dedique á poner en práctica las providencias que le previene, para conseguir el importantísimo fin al servicio de Dios, y logro de los piadosos deseos de S. M., de la reducción á nuestra Santa Fé Católica de los Indios Patagones, los Pampas, Serranos, y demas que habitan el terreno, desde el Cabo de San Antonio de esa costa, *hasta la entrada del Estrecho de Magallanes*, por medio del santo celo de los Misioneros Jesuitas, y de las disposiciones que en la misma Cédula ordena S. M. se pratiquen. Y como la execución de las mas principales se fiaba á lo que debian observar, y se han obligado, D. Francisco García Huidoro y D. José de Villanueva Pico, y para lo que concedió S. M. al primero pudiese llevar á cargo del segundo una embarcación de ochenta toneladas, que sirviese de patache, debajo de las condiciones que, para su apresto y carga, y para su admisión en ese puerto, se han expresado en las órdenes expedidas al Presidente de la Contratación y á V. S.: habiendo faltado D. Joseph de Villanueva á hallarse en Cadiz con una embarcación que compró en San Sebastian, y que se le permitió empezase á cargar en ese puerto para el referido fin, sin que se tenga noticia de ella, y malográndose en esta tardanza la oportuna estación de salir á navegar desde Cadiz el navio de Huidobro; no queriendo S. M. que por su detencion se frustren ó dificulten los importantes fines y proyectos, que en las órdenes que debe conducir se mandan poner en práctica, ha resuelto, que el expresado bajel se haga luego á la vela, y para que lo egecute, se previene con fecha de hoy lo conveniente al Presidente del Tribunal de la Contratacion, como para que quede abolida la gracia concedida á Huidobro para la navegacion del patache al cargo del citado D. Joseph Villanueva.

Expedición patagónica

"En consecuencia de todo lo referido, manda S. M. que despues que V. S. se haya enterado de lo que se le previene en la citada Real Cédula, convoque á su casa al P. Juan Joseph Rico, Procurador de la Misión del Paraguay, y á D. Francisco Garcia Huidobro, y que conferencien sobre el modo en que la expedicion se ejecute, concediendo V. S., si fuese necesario, alguna nueva ventaja á Huidobro, ya que no disfruta la que se le concedió en la embarcacion que ha faltado, y que debía servirle de patache" (129).

Además de estas providencias dispuso el Rey, de común acuerdo con los Superiores de la Compañía, que pasara al Río de la Plata a fin de participar en la expedición al Estrecho de Magallanes, el Padre José Quiroga, nacido en el villorio de

Fabal, en la provincia de Pontevedra, el día 14 de marzo de 1707.

El Padre Quiroga

El mar y la vida marítima cautivaron al futuro Jesuíta, quien muy joven aún, no podemos precisar la fecha pero debió ser por los años de 1725, ingrgesó en la escuela naval española y se dedicó con ahinco y amor al estudio de las ciencias fisicas y exactas. Durante los años de aprendizaje o después de los mismos recorrió Quiroga el Mediterráneo y parte del Altántico, y la vida de mar parece que era muy del agrado del joven marino.

Pedro de Angelis nos ofrece una noticia muy curiosa que, a ser verídica, explicaría su ingreso en la Compañía de Jesús. Afirma el historiador rosista que "en uno de sus viajes trabó amistad con un religioso que pasaba a las Indias para tomar parte en los trabajos evangélicos de sus hermanos. La pintura que éste le hizo de su instituto, y de las ventajas que ofrecía a los que manifestaban celo y talento, hicieron tan viva impresión en el ánimo del joven Quiroga, que se decidió desde luegc a tomar el hábito de San Igngacio. Sus superiores le incitaron a no abandonar sus estudios, en los que se hallaba adelantado; y para que no le faltasen estímulos, le brindaron con una cátedra de matemática, que fundaron expresamente en e! colegio de Buenos Aires (130).

Un contemporáneo de Quiroga escribía en 1784 (131) que éste "había sido Guardia Marino y tenía principios de matemáticas"" cuando ingresó en la vida religiosa, "en los cuales adelantó mucho después de ingresado".

El P. Quiroga ingresó en la orden religiosa fundada por San Ignacio el día 12 de abril de 1736 hallándose en plena salud y en lo más florido de su vida. El "Catálogo de la Provincia de Castilla" correspondiente al año 1740 cuenta a Quiroga entre los moradores del colegio de Salamanca, pero advierte que ingresó a la Compañía en Valladolid. Según ese mismo documento oficial, sus fuerzas físicas eran robustas, había estudiado un año de filosofía antes de ingresar en la Orden, y a la sazón (enero de 1740) estudiaba el cuarto año de teología. El único grado académico que le asigna es el de Bachiller en Filosofía (132).

Datos biográficos

"El Catálogo de 1743 le incluye entre los que se habían ordenado ya de sacerdote. Por lo que respecta al pasado nos informa que estudió un año de filosofía y dos de teología; y en cuanto a la época en que aparecía el *Catálogo*, "docuit Gram. I et docet", "enseñó y enseña el primer año de Gramática". Así era en efecto: en el colegio de San Ambrosio de Valladodild, y en compañía de un joven sacerdote recién ordenado, por nombre Domingo Muriel, iniciaba Quiroga su carrera de maestro y su vida de estudioso. Aludiendo a esta época de su vida afirma Luengo que los superiores le dedicaron con

preferencia a las matemáticas "en las cuales adelantó mucho en la religión".

Conocimientos matemáticos

Elegido el joven Quiroga para esta empresa empeñose el ministro del Consejo, señor Carvajal, y el Procurador de la Provincia del Paraguay, Padre Juan José Rico, en proveerle de los aparatos necesarios para las exploraciones que se intentaban. Estre los gastos que a este fin hizo el citado Padre Rico leemos este item: "Trescientas monedas portuguesas en comprar unos instrumentos de matemáticas que por acuerdo del Consejo se me insinuó se hiciese traer de Inglaterra, por vía de Lisboa para el Padre Joseph de Quiroga..."

Es ciertamente sorprendente el bagaje de instrumentos científicos que consigo trajo a América este Jesuíta. Conservamos la lista de los que adquirió en 1745 al determinarse su viaje al Río de la Plata, y merece ciertamente que la consignemos en este lugar:

Dos relojes de faltriquera para la mensura del tiempo .	1848
Dos telescopios, uno de 8, y otro de 16 pies geométricos	1808
Un estuche mantemático	500
Una lámina de cobre para cuadrante	10
Diez y ocho pliegos de papel para mapas y demarcaciones	—
Una caja de palillos de Alemania para dibujar	15
Dos reglas de palo de rosa para tirar líneas	25
Dos globos	45
Dos mapas y un libro de las estrellas Australes	18
Una ampollita de arena	15
Un libro de Ephemérides	40
Nueve tomos del Pe. Tosca	150
Quatro tomos de Ozzanam	100
Un tomo de Newton	40
Las tablas de Felipe de la Hire	50
Un tomo de Frezier, Viajes en el Mar del Sur	28
Tablas de la Maire	20
En componer un cuadrante astronómico	24
Una plancheta	20
Dos compases	12
Un instrumento de madera para triángulo filar . .	12

Aparatos científicos

Los instrumentos que aquí se citan fueron adquiridos en Inglaterra por medio del Padre Campos, procurador de los Jesuítas en Portugal, y fueron costeados por el Gobierno español, según se colige de una carta del P. Rico en la que se lee: "gagstó el P. Campos treinta [Dineros] que hacen en Lisboa trecientos, en comprar unos instrumentos de matemáticas que por acuerdo del Consejo se me insinuó se hiciese traer de Inglaterra para el Padre Joseph de Quiroga (133).

Pertrechado con dichos instrumentos, honrado por el Rey y su Consejo, y deseoso de consagrarse a las misiones del Paraguay abandonó Quiroga su querida ciudad de Santiago de Compostela, donde a la sazón se hallaba, el día 14 de junio de 1741; llegó al Puerto de Santa María el 6 de julio y cuatro años más tarde surcaba de nuevo el Océano como en los días de su brillante juventud. A mediados del año 1745 pisaba la tierra americana, que él, como pocos, había de explorar y conocer. Según los registros de navío contaba Quiroga entonces treinta y siete años de edad y era de "buen cuerpo, blanco, poca barba, ojos azules y pelo negro" (140).

Los Compañeros de Quiroga

Impuesto el P. Bernardo Nusdorffer, que era el Provincial del Paraguay, de lo convenido entre el procurador Padre Rico y el ministro de S. M. reunió en agosto de aquel mismo año la consulta o consejo de la Provincia y trató del asunto. A Quiroga se le dió por compañero al Padre José Cardiel y por superior durante la expedición al P. Matías Strobel. En caso de fundarse en la Patagonia alguna población, o misiones, quedaría por superior de las mismas el P. Quiroga, y Strobel volvería a Buenos Aires.

Para apreciar el significado de esta expedición científico-religiosa, recuérdese que con anterioridad sólo habían recorrido aquellas costas, aunque sin explorarlas mayormente, Fernando de Magallanes en 1520, García Jofré de Loaysa en 1526, Simón de Alcazaba en 1534-1535 y los hermanos Nodal en 1618-1619. Naves extranjeras, como las de Drake en 1578, de Cavendish en 1586, de Van Noort en 1599 y de Isaac Le Maire en 1615 habían bordeado también las costas de la inexplorada Patagonia, pero su objetivo no fué ciertamente el de visitar, conocer y estudiar los accidentes físicos de aquellas costas y las tierras vecinas a las mismas (141).

Cabe esta gloria a la expedición de 1746, la primera que tuvo un fin científico y realizó exploraciones y consignó conclusiones que habían de influir, y en efecto influyeron, en la ciencia geográfica de la Patagonia, como se colige por las exploraciones posteriores, basadas en aquélla, como la de Manuel Pando en 1768, y la de José de Goicoechea en 1770, y la de Juan de la Piedra en 1779.

De la expedición de 1746 existen dos relaciones escritas por Quiroga, una compuesta por Cardiel y una tercera confeccionada por el Padre Pedro Lozano a base de las memorias anteriores. De las dos compuestas por Quiroga, la más completa y mejor trabajada es la que original y autógrafa se conserva en el *British Museum*. Un ejemplar análogo existe en el *Archivo de Indias*, Sevilla, y una copia contemporánea en la *Biblioteca Nacional de Buenos Aires* (142).

No bien llegó Quiroga a Buenos Aires trató de realizar el Real mandato. El gobernador Ortiz de Rosas en carta a Su

Magestad, fechada en Buenos Aires a 12 de setiembre de 1745, acusa recibo de la Real Cédula del 26 de enero del mismo año relativa a la conversión de los Patagones, Pampas y Serranos, y comunica algunos antecedentes de la famosa expedición. Dice que su primer empeño fué conferenciar con el Padre Juan J. Rico y con García Huidobro; que éste le manifestó estar dispuesto a servir a Su Magestad, pero que no había navío alguno; que el único arbitrio sería comprar una polacra portuguesa que estaba entonces en el puerto aunque era pequeña y maltratada.

La fragata San Antonio

Poco después cuenta que llegó a la ciudad la San Antonio y se le consideró a propósito. Fué sin embargo necesario repararla primero y proveerla después de los víveres convenientes. Aquí se tropezó con la falta de recursos, puesto que estos se habían gastado en la escuadra de Pizarro y en la fortificación de la plaza de Montevideo. El único arbitrio fué utilizar los 99.793 pesos y 3 ¼ reales que habían producido los 323 quintales, 95 libras de hierro que llevó el navío Nuestra Señora del Rosario. En caso de que los Padres hallasen "tratables" a los indios, agregaba Ortiz, y determinasen quedar entre ellos será necesario que esta embarcación se utilice en adelante para llevarles los socorros precisos para ellos y para la tropa de escolta, "interim Su Magestad no determine otra cosa".

"La fragata San Antonio era de 150 toneladas, armada con ocho piezas de artillería y mandada por don Joaquín de Olivares, regidor de Cádiz, de donde había partido. El día 5 de diciembre de 1745, a los cinco meses de arribar Quiroga a Buenos Aires, se embarcaron en ella los tres Jesuítas. Véanse las primeras líneas de la "Relación diaria" compuesta por Quiroga: 'Domingo 5 [de diciembre]. A las dos de la tarde salí del Colegio de la Compañía de Jesús de Buenos Aires en compañía del P. Matías Strobel, Alemán. . y del P. Joseph Cardiel, Español, natural de Victoria. . . Caminamos a pie al Riachuelo y no hallando allí comodidad para embarcarnos por estar el río bajo, y no poder salir las lanchas, volvímos a caminar por la playa hasta el Retiro en donde estaba ancorado el navío: allí entramos en la lancha y fuimos a bordo a las cinco de la tarde en donde nos recibió el Capitán con mucha cortesía y nos alojó, según la capacidad del navío, que no era igual a su deseo".

En este estilo de cuartel narra Quiroga todo lo acaecido en el viaje y apunta con su habitual laconismo sus observaciones científicas y sus notas históricas. Su extensión y aridez nos impide transcribir esa relación, como asimismo la emperegilada de Lozano y la condensada por Charlevoix. Resumamos no obstante los principales sucesos de esa célebre, expedición a nuestras costas patagónicas.

Diciembre 1745. Domingo 5. — Embárcanse los misioneros.

Lunes 6. — La fragata hace a la vela.

Lunes 13. — Arriba la fragata a Montevideo. Embárcanse 25 soldados que debían ir en la expedición y se proveyó el navío de los necesarios bastimentos.

Viernes 17. — Sale el San Antonio de Montevideo con rumbo al sud-oeste.

Diario de la expedición

Domingo 19. — "Desde aquí [o sea desde la Isla de Lobos] llevo en adelante la cuenta de la longitud, suponiendo que dicha isla está situada en los 326 grados de longitud contada del meridiano de Tenerife". Los días siguientes señala Quiroga la longitud según sus observaciones meridianas.

Viernes 24. — Pasan, aunque a gran distancia, el cabo San Antonio.

Enero de 1746. Miércoles 5. — Se dirigen al cabo Blanco y descubren la tierra del mismo. "Según la cuenta de mi derrota, escribe, se halla [dicho cabo] 12 grados y 30 minutos al oeste de la isla de Lobos". Acertado está en cuanto a la longitud, pero erró en 45 minutos y 28 segundos al afirmar que está puntualmente en 47º de latitud austral.

Jueves 6. — "A las tres de la tarde entramos por la boca del Puerto Deseado, governándonos por un plano pequeño que hizo Maire de la entrada de este puerto . . .".

Viernes 7. — 'En la ensenada saltamos en tierra y subimos todos a lo alto de un cerro, solamente quedaron los marineros para guardar la lancha; desde esta altura registramos todo el contorno con Largomira; pero no descubrimos sino tierras estériles, muchas quebradas y peñasquerías, sin árboles ni amenidad alguna; no hallamos señal alguna de que al presente habiten indios en esta costa. Solamente se encontró un pedernal de flecha muy antiguo y una bola de piedra con que los indios tiran a los guanacos". Mientras Quiroga con el Capitán y los pilotos recorrían la bahía de Puerto Deseado, el P. Cardiel y el alférez don Salvador Martín del Olmo se internaron tierra adentro; "Volvieron al mismo día bien cansados de subir y bajar cerros sin haber hallado cosa alguna notable; solamente hallaron en lo alto de un collado un montón de piedras y debajo de ellas huesos de algún indio ya carcomidos".

Hasta el Estrecho

Sábado 8. — "Salieron a las nueve del día el P. José Cardiel y el Alférez con los soldados a registrar la tierra que está a la borda del sur. . ., y poco después salimos con la lancha llevando víveres para cuatro días".

Lunes 10. — "Vueltos de sus respectivas expediciones se

dispusieron los expedicionarios a seguir su camino hasta el golfo de San Julián". El Puerto Deseado fué para ellos el puerto desengaño, según se expresa Quiroga.

Martes 1. — Hacen a la vela con rumbo al sud.

Domingo 23. — Llegan al puerto de Santa Cruz. En dos ocasiones escribe Quiroga que "el que llaman Río Gallegos no es río, sino una entrada que hace aquí el mar, que a quien la mire de lejos parece un gran río", y en otra parte: "En el puerto de San Cruz, aunque algunas cartas le dan el nombre de río, no creo que entre río alguno de agua dulce. Yo pesé en la baja mar el agua, y no hallé diferencia alguna de el agua del mar; puede ser, agrega Quiroga, que las extraordinarias corrientes que causan aquí las mareas diesen fundamento y ocasión a alguno para persuadirse que la entrada del puerto era boca de algún gran río, como acontece en otras partes de esta costa". En lo cierto estaba Quiroga al dudar de que en este puerto desembocara el Río Gallegos, pero es de lamentar que no explorara en forma más eficiente la costa y se informa de la multitud de ríos, algunos caudalosos, que penetran en el puerto de Santa Cruz.

Diciembre 5 de 1745

Lunes 24. — Sale la San Antonio de Santa Cruz con rumbo al puerto de San Julián, "en cuya demarcación varían mucho las cartas y viajeros", escribe Quiroga.

Febrero. Miércoles 2. — Llegan a la bahía de Spiring. "Al anochecer, escribe Quiroga, nos hallamos cerca de la isla de los Reyes, y no habiendo hallado desde los 49. grados a los 48. la entrada del puerto de San Julián, determinamos conservar esta altura para volver al día siguiente, recorriendo la costa en demanda del dicho puerto, por ser este el principal objeto de la demarcación, que se me había encomendado".

Miércoles 9. — Entran en la bahía de San Julián.

Jueves 10. — Quiroga con Cardiel, el Capitán y el piloto Varela exploran la bahía durante dos días. Al mismo tiempo el P. Strobel y el Alférez Martín del Olmo penetran tierra adentro.

Domingo 13. — Se determinó que formados dos grupos de expedicionarios fueran los unos a explorar la región sud de la bahía y los otros la parte norte.

Hasta abril 4 de 1746

Lunes 14. — Salen los Padres Cardiel y Strobel.

Martes 15. — Vuelve el Padre Strobel.

Jueves 17. — Sale Strobel con el Alférez y todos los soldados que quedaban en el navío para juntarse con los que iban con el Padre Cardiel. Este día y el siguiente se ocupó Quiroga en estudiar la bahía.

Sábado 19. — Vueltos los expedicionarios al navío propone Cardiel el que se realice una expedición hasta llegar a las tolderías de los indios, llevando al efecto las vituallas necesarias

Domingo 20. — Sale Cardiel con treinta y cuatro voluntarios, entre soldados y marinos.

Martes 22. — Quiroga con Strobel llegan hasta las próximas lagunas.

Domingo 27. — A las cinco de la tarde llegó el Padre Cardiel con sus compañeros de expedición. "Dijo que habiendo internado 25 ó 26 leguas hacia el poniente... no había hallado indio alguno ni era posible se pudiesen mantener en una tierra del todo estéril, cual era la que había hallado y visto en todo el espacio que había caminado".

Viaje de regreso

Lunes 28. — Se hace una consulta sobre si convendría o no poblar en ese puerto, y se resolvió que no, "así por la falta de agua dulce en la cercanía del mar... como por la esterilidad de la tierra toda salitrosa"... "persuadiéndonos todos, escribe Quiroga, que no sería del agrado de V. R. M. el establecimiento en semejante tierra".

Marzo. Martes 1. — Abandonan la bahía y rumbean al nordeste.

Sábado 5. — Pasan junto al cabo de San Jorge.

Viernes 11. — Llegan a la bahía de San Gregorio.

Sábado 12. — Entran en la de Camarones.

Domingo 13. — Strobel y el Alférez, con seis soldados, se internan tierra adentro. Quiroga se ocupa en sacar el plano de la bahía.

Lunes 14. — Salen de esta bahía con rumbo a la de San Matías.

Viernes 18. — Resuelven tomar la derrota en derechura al río de la Plata por faltarles agua, "teniendo solamente la suficiente para poder restituirnos al sobredicho río".

Jueves 31. — "Al amanecer nos hallamos al Norte del Río de la Plata, a cuatro leguas de la costa, que corre entre los Castillos y el Cabo de Santa María".

Abril. Lunes 4. — Navegamos a vista de la Colonia, tomando luego el rumbo hacia el amarradero de Buenos Aires". "Esta misma tarde a las cinco y media entramos los tres Jesuítas en la lancha con el Capitán del navío... y llegamos a las siete y media a dar cuenta de nuestro arribo al Gobernador de esta ciudad D. José Andonaegui".

Toponímicos nuevos

Los expedicionarios bautizaron con toponímicos, que subsisten aún, varios de los accidentes geográficos de la Patagonia, estudiada por ellos, como la Punta Andía, en Puerto

ya era mucha incomodidad la larga distancia hasta el puerto. Caminamos cada día 6 y 7 leguas cargados con la ración de vizcocho y tasajos de vaca para ocho días de ida y vuelta. No hallamos indio ni más buenas calidades de tierra que las de alrededor del puerto, y el último día que era el cuarto vimos desde un alto unas grandes sierras a distancia de diez Deseado, en honor del primer piloto don Tomás de Andía y Varela; la isla de Arce en el territorio de Chubut y la Bahía de San Gregorio en el mismo territorio. Con posterioridad, y como recuerdo de aquella expedición, se ha dado el nombre del comandante del San Antonio, don Joaquín de Olivares, a una Caleta en el Golfo San Jorge, y se ha dado el nombre del Padre Quiroga a una Isla en Puerto Deseado, isla que otrora se llamaba Isla Margot (143).

Tal es en resumen la historia de la expedición a la Patagonia realizada en los años 1745 y 1746, resumen que podemos iluminar con estas líneas del mismo Padre Cardiel, que fué como dijimos uno de los tres Jesuítas escogidos para esta empresa. "Púsose en ejecución el orden real, escribe Cardiel, y aprestóse para ello la fragata *San Antonio* que acababa de llegar de España y con ella 25 soldados por no caber más con los marineros y víveres de seis meses. Fuimos señalados por misioneros el Padre Matías Strobel y yo. Llevaban orden los soldados de estar en todo a nuestra obediencia. En la navegación con la frecuencia de pláticas, lecciones sacras, novenas y frecuencia de sacramentos que entablamos se quitaron presto los juramentos y blasfemias a que es inclinada esta gente. Eramos entre todos ochenta personas. Saltamos a tierra en diversas costas, registrando por un lado y por otro. Ibamos a veces por entre escollos como por costas incógnitas con grande riesgo. Padecimos fuertes tempestades del sudueste que aquí llaman Pampero que nos echaba a alta mar alejándonos de tierra. Es reparo que hicimos entonces y en dos años que han pasado después, acá. Hallamos tres ensenadas y tres buenos puertos, pero ni en aquéllos ni en éstos había leña ni agua buena, ni pasto ni tierra de sustancia, calidades necesarias para poblar, ni rastros algunos de indios. Sólo en un pueblo hallamos agua buena y abundante, y a tres leguas un sepulcro con tres difuntos indios y cinco caballos muertos embutidos de paja y puestos sobre palos como piernas que parecían vivos, mirando a la cabaña que servía de sepulcro y era de ramos de matorrales y cerca mucho estiércol de caballo no nuevo y una senda que proseguía tierra adentro".

Relato de Cardiel

"Proseguí yo con treinta hombres con intento de caminar 25 leguas en 4 días, persuadidos a que en ese espacio habitarían indios en donde consiguientemente habría pasto para sus caballos y leña para alivio del temple riguroso, pues

Privaciones y penurias

estaba en 49 grados y tierra buena para sementeras cual es la que cría buen pasto y se podría socorrer al castillo y navíos del buen puerto y nosotros podríamos allí hacer asiento y desde allí hacer salidas a todas aquellas tierras para la conversión que pretendíamos. Y si en este espacio no se encontraba tierra para poblar, aunque se encontrase más adelante, o doce leguas. Volvimos desconsolados. Entramos en consejo con el capitán y demás Cabos, los Padres, y se resolvió que no era conveniente ni conforme a la voluntad del Rey el quedarnos allí, y mucho menos en los parajes registrados por falta de las cosas necesarias ya dichas. Proseguimos a la vuelta en registrar otros parajes y todo lo hallamos desierto y estéril como lo visto, con que nos volvimos del todo a Buenos Aires después de cuatro meses de penosa y peligrosa navegación" (144).

Relato de Lozano

Todo esto es de Cardiel. El Padre Lozano, a su vez, y a base de las noticias que verbalmente y por escrito le comunicaron los tres Jesuitas que fueron en la expedición, escribió y publicó un extenso *Diario* de la misma, y en él hace resaltar la intrepidez y valentía del fervoroso y santo Padre José Cardiel. Después de narrar las repetidas y frustradas expediciones que hizo Cardiel desde la bahía de San Julián, en busca de indios que convertir, afirma que "no por eso dejaba de creer el P. Cardiel que era importante certificarse de si había indios en las cercanías y el [día] 19 [de Febrero] pidió al P. Strobel que pusiera el asunto en deliberación, consultando al Capitán, al Alférez real, al Sargento mayor y al Padre Quiroga, como estaba prescrito en las instrucciones que les había dado el P. Provincial. Convino en ello el P. Strobel, y el resultado de la conferencia fué que el P. Cardiel continuaría sus descubrimientos con los soldados que quisieran acompañarle y marineros que se ofrecieran de su propio, con municiones y víveres para ocho días. Partieron a 20 [de Febrero de 1746], día de novilunio... El P. Cardiel con treinta hombres caminó al principio al Oeste. Había empezado por señalar la orden del día que quería que se observase. Nada había más arreglado ni más edificante, y los más fervorosos religiosos no hubieran podido llevar más allá la piedad y buen orden. Iba el Padre en medio de la tropa, que formaba dos alas para mejor observar las lagunas, bosques, animales y el humo que pudiese dar indicio de la cercanía de algunos indios. Cuando seguían las huellas humanas que habían hallado, caminaba el Padre el primero, acomodando su paso al de los más débiles; llevando en el pecho un Crucifijo y en la mano un bastón, sobre el cual estaba grabada la figura de una cruz. Al acercarse la noche, se rezaba el Rosario en común, se cantaba la Salve Regina y todo se hacía al son de una campanilla".

"De este modo caminaron cuatro días seguidos, casi siempre por sendas de un pie de ancho, trazadas por los indios, y cada día fué de seis a siete leguas. A la tarde del cuarto día, se divisó un poco apartada una colina algo alta, desde donde con un anteojo de larga vista se descubrió una gran extensión de tierra semejante en todo a la que habían recorrido hasta allí, en donde no se veía ni un árbol ni cosa verde, ni nada que fuese de comer, ni una yugada de terruño bueno para sembrar, sino harta agua a lo largo de los caminos transitados por los indios, y bastante número de lagunas cuya agua era potable. Tampoco se vió otro animal que algunos guanacos, que desde media legua emprendían la fuga, y algunos avectruces".

"No perdieron, sin embargo, el ánimo nuestros viajeros, aunque algunos habían consumido muy pronto las suelas en caminos tan ásperos, y otros tenían ampollas y aun llagas en los pies. Después de los primeros días de marcha, sintió el P. Cardiel grandes dolores en la cadera, y al quinto ya no podía caminar, sino con una especie de muletas. Pero lo que más molestaba a todos era el frío de la noche; y, aunque en todas partes hallasen cómo hacer fuego, quemando los espinos y sabinas, como no tenían con qué cubrirse, se calentaban de un lado y se helaban por el otro. A pesar de esto, si el P. Cardiel no hubiera consultado más que a su ánimo, no se hubiera detenido hasta hallar infieles a quienes poder anunciar a Jesucristo; y había inspirado tan bien su celo a muchos de la tropa, que se ofrecieron a seguirle a cualquier parte donde los quisiese llevar. Pero no habiendo tomado víveres mas que para ocho días, de los cuales habían ya pasado cuatro, conoció que no había otro remedio sino deshacer el camino, y se resolvió a hacerlo así" (145).

Valentía de Cardiel

Con razón anota el señor De Angelis, en la introducción al *Diario* por él editado y aludiendo a los párrafos que acabamos de transcribir, que éstos son tales, que bien puede afirmarse que son "dignos de figurar en las páginas del *Genio del Cristianismo* del señor de Chateaubriand". Hacemos nuestra la feliz expresión del historiador napolitano, y hasta nos atrevemos a indicar que es ésta una de las páginas de más genuina y sublime abnegación que registran los anales del pueblo argentino. Conviene tener presente que esas escenas tuvieron lugar en la primera mitad del siglo XVIII y en las ignotas regiones de la lejana Patagonia.

Cardiel regresó a Buenos Aires con los demas expedicionarios; pero no bien arribó a la ciudad, entrevistóse con las autoridades eclesiásticas y civiles para que le autorizaran a hacer otra expedición por su cuenta y riesgo. Su proyecto era ir por tierra siguiendo la línea de la cordillera ardina hasta el

estrecho de Magallanes, proyecto que frisaba en lo sublime y fantástico. Del viaje realizado por mar, presentó un *Diario* y un mapa que entregó al provincial de los Jesuítas después de haber mostrado ambas elucubraciones al señor Obispo y al señor Gobernador. El P. Bernardo Nusdorffer, que era a la sazón el Provincial, aceptó muy complacido los dos obsequios, pero no aceptó el proyecto que el celoso misionero le propuso de ir por tierra hasta el estrecho.

Cardiel y sus proyectos

Fué el mismo Nusdorffer quien destinó a Cardiel a las misiones de Pampas y Serranos, no bien hubo descansado de sus anteriores fatigas. Tal vez le indicó la probabilidad de que, desde dichas misiones, pudiera algún día hacer su deseada expedición al sur. Así parecen indicarlo aquellas palabras de Cardiel que copiamos más arriba: "Vínome orden —escribía después— de que fuese a las Sierras del Volcán, para desde allí proseguir con el tiempo hasta el Estrecho. Están estas Sierras 70 leguas de Buenos Aires con corta diferencia al sudeste de esta ciudad. Llegué allí con mi compañero a fines de Agosto de 1746. Tienen cosa de 20 leguas en latitud de Sudeste a Norueste y 6 a 7 de ancho, como se ve en el mapa, empezando 5 ó 6 leguas de la mar" (146).

"Hallé en ellas como 300 indios de los que en Buenos Aires llaman Serranos. Declaré el fin de mi venida. Lleváronla a bien, y vinieron todos al paraje que yo señalé. Comencé a acariciarlos con los medios que dije tratando de los Abipones. Mostraban gusto de que les formásemos pueblo, aunque algunos se mostraban adversos a la cristiandad, diciendo que ser cristiano era ser esclavo, y otros disparates a este modo. Este primer viaje era sólo para ganarles la voluntad y tentar el vado, para volver después viéndolo vadeable, con todo lo necesario para formarles pueblo. Tenía conmigo indios forasteros de otra lengua de más de 200 leguas de allí llamados Toelches y otros de Chile, mucho más distantes. Todos ellos perpetuos vagabundos; y uno o dos de ellos, según las señas que daban eran del Estrecho de Magallanes, y habían sido tomados en guerra y venido hasta allí de amo en amo".

En este mismo documento se refiere Cardiel al mapa patagónico compuesto por él y manifestaba además que según las relaciones de los indios "hasta el Estrecho de Magallanes habitaban infinidad de naciones 1ª de a caballo y después de a pie, de quienes contaban muchas particularidades, y nombraban los siguientes, que van en el mapa: los Chechehet, Cidechet, Choleechel, Astchauehet, Huichin, Luquia, Teycunquin, Colpeches, Salaupin, Guikauusis, Eulie, Chuluhauchet, Coutgin, Sencheilin, Lyus. Todos de a caballo, dejando a los Peguenches, Poyos y otras naciones de la cordillera y de más al poniente, que pertenecen a Chile. Y de a pie

nombraban las demás que van en el mapa, Poyas, Giguchet, Quisuchet, Queiyus, Sesusquis, Queyuhues, y los Chonos y otras naciones. Estos Toelches que daban tantas noticias eran los de mejor natural que había en dichas Sierras del Volcán. No eran pedigüeños, ni enfadadizos, mostraban humildad y mucho agradecimiento a lo que se les daba, y afición a las cosas de la Christiandad que se les decía. Dábanme todos ellos noticias de que hacia la boca de un gran río, 6 días de camino de aquellas Sierras, había una isla distante de tierra como media legua, en donde veían humos con frecuencia; y en haciéndolos en tierra firme luego respondían allí con otros; que en tiempo de calor se divisaban algunos que desnudándose se bañaban en la mar y después se metían adentro en donde se divisaban algunos bultos blancos grandes, que no sabían si eran casas u otra cosa" (147).

"Yo con el deseo de ver sus tolderías del Sauce tanteé su gusto y disposición para formarles allí pueblo que fuese estación para tantas naciones y para averiguar quiénes fuesen los de los llanos, intenté ir allá. Prometió llevarme un cacique Toelche y estando para partir, me faltó a la palabra. Vinieron otros dos diciendo que me llevarían allá si se lo pagaba. Vine en ella. Díles lo que pidieron de paño, cascabeles grandes y vainilla de latón. Lleváronlo a su toldo; y la víspera volvieron con ello diciendo que no me querían llevar, alegando varias causas y la principal, que en el camino se solían encontrar tropillas de Aucaes malos, los cuales era factible que matasen; y después los españoles les atribuirían a ellos la muerte y se romperían las paces con sus amigos los Serranos. Reprendíles de cobardes, díjeles lo posible para que me llevasen, y no hubo remedio de quererlo hacer. Dijeron después que un Serrano de los que por la mucha comunicación saben la lengua española, les había dicho que yo quería ir a sus tierras para formarles allí pueblo y hacerlos esclavos con otros diabólicos embustes, y así que mirasen lo que hacían en llevarme".

Con los Serranos

"Estos son los que nos hacen grandísimo daño en todas partes. Y esta es la causa porque procuramos ir a los indios más distantes, ajenos de estas endemoniadas persuaciones en que están los que comunican con Españoles. Y este es el motivo que alega todo el Reino de Chile en un papel al Rey de no convertirse sus indios, diciendo que si estuviesen 200 leguas distantes de los Españoles, ya estuviesen todos reducidos a Pueblos y convertidos por los Padres Jesuítas como los indios Guaranís. Miren agora con qué verdad nos acusan nuestros émulos al Rey de que siempre vamos a los infieles más distantes para que no sepan lo que hacemos..."

"Estos Toelches del Sauce y de más allá, vuelvo a decir, son los que me robaban el corazón, por verles libres de aque-

llas falsas aprensiones de los que comunican con Españoles, y por las demás buenas cualidades que dejo dichas, y harto sentían que estuviesen aquellos pocos entre los Serranos, aprendiendo sus malas cualidades".

Todo esto es del Padre Cardiel y, como verá el lector, sus párrafos contienen noticias de grande interés etnográfico y lingüístico sobre indios tan poco conocidos aún, acerca de los cuales deben darse a la publicidad cuantos datos de esta índole puedan encontrarse. Como se colige de lo transcrito, tenía Cardiel el proyecto de fundar al sur de la provincia de Buenos Aires un pueblo, y después otro y otro, hasta llegar al Estrecho.

Véase lo que a este propósito escribía el gobernador de Buenos Aires, José Andonaegui, al marqués de la Ensenada, en carta del 15 de octubre de 1746 (148): "El ardentísimo celo del Padre Josef Cardiel de la Compañía de Jesús, uno de los que fueron al reconocimiento del Sur, prosiguiendo con apostólico estímulo ha salido de esta ciudad para la Sierra del Volcán, y a distancia de ciento ochenta leguas de aquí (adonde al presente se halla) tiene premeditado fundar una reducción de Indios para cuyo efecto anda en aquellos parajes reclutándolos con la idea de ver si los convierte, para de una vez fundamentada esta escala, probar si desde allí puede penetrar hasta el Estrecho de Magallanes. . .

Cardiel viaja al Sud

En enero de 1748 estaba el Padre Cardiel en Buenos Aires "previniendo el viaje para el río del Sauce, actual río Negro, y aun más allá para fundar pueblos en aquel numeroso gentío". . . según él se expresaba, y el 21 de marzo de 1748 escribía el Gobernador Andonaegui al marqués de la Ensenada y le comunicaba que: "El Padre José Cardiel ha salido de esta ciudad en 11 del corriente en prosecución de su celoso anhelo de reconocer por tierra la desembocadura del Río de los Sauces al Mar, que está en la costa del sur, lo que no pudo ejecutar por los vientos contrarios cuando fué en la fragata Sn. Antonio, y si en esta ocasión halla oportunidad, lleva intento de visitar toda la tierra y sus bárbaras naciones hasta el Estrecho de Magallanes para reducirlos a Pueblo, y convertirlos a la Fé Católica, lo que participo a V. para su inteligencia". Al margen de esta carta escribió el secretario del Rey estas palabras: ". . .S. M. esperando las noticias de los progresos que consiga me mande, prevenga V. S. participe en las ocasiones que ocurran todas las que adquieran de esta importancia. Aranjuez 18 de mayo de 1749" (149).

Cardiel emprendió éste su segundo viaje a mediados del mes de marzo de 1748. Salió de Buenos Aires en compañía de un estudiante jesuíta que debía ser su compañero y su ayudante, y cuatro mozos que conducían las carretas y cuidaban de los caballos. En los primeros días de abril llegaron al pue-

blo de Concepción, cerca del río Salado, donde los padres Jerónimo Rejón y Miguel Amengual los recibieron con todo afecto y cariño. A los pocos días, el 17 del mismo mes de abril, se despidieron de los moradores de Concepción y partieron al sur, hacia el inmenso desierto que se abría en rumbo al estrecho de Magallanes.

Salieron de Concepción a mediados del mes de abril, como ya dijimos, y por espacio de veinticinco leguas no hallaron agua alguna potable. Hasta una jornada antes de llegar a las sierras del Volcán no dieron con laguna alguna, y el mismo Cardiel da la razón, que no fué otra que una grande seca. Afirma Cardiel que llegó al comenzado pueblo del Pilar a fines del mismo mes de abril, donde halló a los padres Tomás Falkner y Matías Strobel que le esperaban. Según Cardiel, el dicho pueblo de Pilar dista de Concepción sesenta leguas y "las 40 de solas campañas sin árboles ni matorrales, y están pobladas de infinidad de Yeguas Silvestres o Cimarrones o Vaguales como acá dicen; hay en ellas abundancia de Venados, Cerdos, Avestruces, Quirquinchos y Perdices" (150).

Poco tiempo demoró Cardiel en el pueblo del Pilar. El 6 de mayo partió con rumbo al sur en compañía de sus indios serranos, a quienes conchavó a este fin. En jornadas de seis a siete leguas fué internándose el intrépido misionero por tierra argentina, cruzando ríos y arroyos que ningún europeo había hasta entonces cruzado, y recorriendo llanuras, montes y cerros enteramente desconocidos.

Llega al Río Negro

Llegó así hasta cuatro leguas más al sur del arroyo de la Ascensión. Era su propósito alcanzar el Colorado; pero el día 21 de mayo le sorprendió la novedad de que los indios que hasta entonces le habían acompañado se negaban a seguir adelante. No quisieron seguirle, y le abandonaron tomando el camino de vuelta a su tierra. Debió ser en las inmediaciones del actual arroyo de Claromecó que tuvo lugar la deserción.

Esta quitó al misionero toda esperanza de poder seguir en la demanda. Decidió regresar al pueblo de Pilar, y así lo hizo recorriendo la costa. "Quédese pues sabido para todos —escribía después Cardiel— que este camino desde las sierras del Volcán hasta 4 leguas más allá del arroyo de la Ascensión de donde nos volvimos, que por tierra adentro es de cosa de 70 leguas, es camino no sólo de cabalgaduras sino también de carretas, sin pantano alguno, con pasos por los ríos aun por los grandes de las barrancas, con leña para pasar, porque aunque en algunas partes hay muy poca, se puede cargar en las que la hay, con abundancia de agua, de manera que casi siempre se puede hacer medio día en un arroyo, y noche en otro, camino de tierra adentro, y de la orilla de los arenales. Para llegar al Río Colorado, que dicen ser grande y con mucha abundancia de sauces altos y gruesos, no faltan según lo

que pude averiguar cosa de 30 leguas: este trecho será de las mismas calidades, que el de 70 andado" (151).

El valioso mapa geográfico de la costa patagónica que mandó formar el virrey marqués de Loreto y que remitió al Rey en marzo de 1788, consigna este viaje de Cardiel en forma gráfica y trae esta leyenda: "Los G. G. son los [viajes] que hizo el P. José Cardiel cuando intentó descubrir el Río Colorado y por lo que le abandonaron los Indios prácticos no pasó del punto H. F." (152).

El día 29 de mayo llegó el padre Cardiel al Pilar, y pocos días después partía a la Concepción para luego seguir a Buenos Aires a fin de enterar al señor Gobernador y al padre Provincial del inesperado fracaso de sus planes y proyectos. Así lo hizo, y aunque ambas autoridades admiraron su celo y fervor en el servicio de Dios y del rey, creyeron no ser conveniente arriesgarse nuevamente en tentativas que no ofrecían bastante garantías de éxito. Felizmente, había otra empresa no menos ardua y difícil que el penetrar en lo interior de la Patagonia, que debía ocupar los talentos y bríos del vigoroso misionero (153).

Entre los Abipones

Los superiores destinaron al valiente e intrépido Cardiel a la fundación y desarrollo de las reducciones de indios Abipones al Norte de la actual provincia de Santa Fe, como extensamente hemos recordado en otra oportunidad (154). Pasó después al Colegio de la Asunción, y en 1754 estaba en la reducción guaranítica de Itapúa, habiendo sido una de las víctimas del nefasto tratado de límites de 1750, de tan desgraciadas consecuencias. Durante la guerra guaranítica le hallamos ya en San Cosme, ya en Jesús, ya en Yapeyú, ya en San Nicolás, pueblos todos de las reducciones guaraníticas.

Después de los sucesos referidos pasó Cardiel a la reducción de San Juan, y de ésta a la de San Borja y finalmente a la San Miguel. En 1762 fué designado Capellán del ejército español que debía invadir la provincia portuguesa de Río Grande. Cevallos, después de posesionarse de la Colonia del Sacramento, reorganizó sus tropas, y en abril de 1762 marchó por tierra sobre Río Grande; a la altura de Ibicuy, agregósele el padre Cardiel en calidad de capellán. En su compañía atacó Cevallos los fuertes de Santa Teresa y San Miguel y ocupó la villa de San Pedro. Como es sabido, la paz de París, celebrada en 1763, paralizó la campaña del gran soldado gaditano.

Entre los Guaraníes

Agotadas sus energías físicas, fué Cardiel destinado no bien regresó de aquella expedición, al pueblo de la Concepción de Guaraníes, donde había dos jesuítas médicos, el padre Segismundo Aperger y el hermano Ziulak, que podrían cuidar de la ruinosa salud del intrépido misionero, y en la Concepción estaba cuando vino la expulsión colectiva de 1767-1768.

Desterrado a Italia, se estableció en Faenza y allí terminó su existencia a 6 de diciembre de 1782.

Tal fué el hombre que compuso entre agosto de 1746 y diciembre de 1747, uno de los monumentos cartográficos más notables que se conocen de las tierras patagónicas:

[Carta de las costas magallánicas según] las mas modernas observaciones [del añ]o 1745 y 1746. En el de [1745[se reconocieron las costas Orientales [desde] 22 grados hasta [52] y [30] minˢ. En el de 1746, se reconocieron por tierra desde el cabo de S. Antonio, q está en 36. graˢ. [Lo restante] de la costa; y el Estrecho, Jsla del Fuego, y costas Occidentales van segun las mas nuevas Relaciones de Frezier; aunq este pone la longitud di-/versa de la q yo puse en otra Mapa por seguir a otros Geografos; me parece, segun lo q he averiguado de las Relaciones de mhos Indios de lexas tierras estando/en las Sierras del Volcan Oriental, q acierta mas, y asi la pongo conforme el la pone = Desde Buenos ayres hasta el dho. Volcan he registrado por tierra a dentro/4 veces. Desde ay hasta el Estrecho se ponen e[s]as Naciones por Relacion de Indios, q todo lo andan vagabundos.

Mapa patagónico de Cardiel

Folio mayor (405×581 mm.) constituído por dos hojas adheridas, pegadas ambas sobre una tela o lienzo común. Entre corchetes hemos consignado las partes de difícil lectura por el mal estado del mapa (155).

Grandes son los méritos y grandes también son las fallas de este mapa, como en otra oportunidad hemos expuesto extensamente. Los mayores errores de Cardiel, como de todos sus predecesores y de no pocos de sus sucesores, fué el establecer con relativa precisión a lo menos la longitud de un punto dado. A esa misma dificultad se debía la arbitrariedad con que los geógrafos o cartógrafos ensanchaban o estrechaban nuestro continente. Sobre el paralelo 42º, nuestro continente, según Cardiel, tiene una extensión de 107 leguas, mientras que ya Hondius en 1602, Quadus en 1608, Jans en 1610 y Bertius en 1616 se acercaban más a la realidad cuando señalaban una extensión de 140 leguas. Los 760 kilómetros que hay de costa a costa sobre dicho paralelo nos da 130 leguas castellanas. Después de los cartógrafos citados, y antes de la época de Cardiel, es el cartógrafo Van Langeren quien en 1630 llega hasta las 150 leguas, mientras que Hondius en 1631 publica dos mapas, en uno de los cuales estrecha el continente a menos de 100 leguas sobre aquel paralelo y en otro lo ensancha más allá de las 130.

Errorse y méritos

Nada digamos del mapa de Clemente de Joughe, publicado en 1640, donde la anchura del continente sobre aquel paralelo es poco menor que su extensión de Norte a Sur. Nicolás Sanson en su *Mer du Paraguay*, compuesto en 1650, rectifica el error de Joughe, pero da aún una extensión desmedida al

continente en esa zona, como en toda la zona patagónica. En 1655 Pierre du Val incurre en un error contrario, ya que la extensión apenas llega a las 60 leguas. Dankerts en 1660, Texeira en 1665, Berroy en 1680, Pierre M. Sanson en 1695, prescinden de Pierre du Val, que estaba más cerca de la realidad, y ensanchan desmedidamente nuestra Patagonia.

Cardiel no incurre ni en el error de la mayoría de los cartógrafos ni en el opuesto de du Val, para sólo mencionar a los que le habían cronológicamente precedido y de cuyos trabajos pudo tal vez aprovecharse. Se acerca considerablemente a la realidad, si bien está aún muy lejos de ella. Ni Frezier, ni los díceres de los indios eran fuentes suficientemente fidedignas.

La costa bonaerense, según Cardiel

La costa bonarense hasta punta Piedras es tolerable, pero desde ésta hasta el puerto de Santa Ana o cabo Corrientes, que Cardiel conocía personalmente y *de visu*, nada adelanta sobre las erradas concepciones tan difundidas desde mediados del siglo XVII y que perduran hasta comienzos del siglo XIX, no obstante los prolijos reconocimientos que Gutiérrez de la Concha y Vernacci ejecutaron en el litoral bonaerense a fines del siglo XVIII. Outes publicó en 1930 una carta del mismo período en la que el trazado de dicha zona es tan aproximado a la realidad, que llega a sospecharse que es de época muy posterior. Sea de ésto lo que fuere, Cardiel no pudo hacer otra cosa que reproducir los dislates cartográficos de sus predecesores.

Desde cabo Corrientes hasta el río Negro el trazado de la costa atlántica en el mapa de Cardiel es una línea casi vertical, con supresión absoluta de Bahía Blanca con su enorme y definida bahía. Desde el río Negro, que Cardiel denomina río del Sauce, hasta el golfo de San Jorge, el trazado es una línea casi recta con una acentuada inclinación de Este a Oeste, pero con la absoluta supresión de la península Valdés y de los dos puertos adyacentes, como también del cabo Dos Bahías. Son tanto más de extrañar estas supresiones por cuanto Cardiel había recorrido esas costas y podía estar mejor informado sobre sus accidentes geográficos. Desde cabo Blanco hasta cabo Vargas es bastante correcto el trazado que Cardiel nos ofrece.

Todas estas inexactitudes de Cardiel podrán sorprender a ciertas personas desconocedoras de la lenta evolución de nuestra cartografía, pero todas ellas y otras muchas aparecen aún en mapas muy posteriores. Así, por ejemplo, el mapa geográfico de 1788 que mandó ejecutar el Marqués de Loreto, aunque diseña la península Valdés, los puertos adyacentes y el cabo Blanco, aunque perfilado con mayor exactitud que en el mapa de Cardiel, consigna el golfo de San Jorge mucho más imperfectamente y hasta llega a decir que "este Golfo no se

acabó de descubrir, dicen los indios que llega hasta la Cordillera".

El mérito singularísimo de esta pieza cartográfica del Padre Cardiel es la riqueza etnográfica de la misma. Allí se indica la ubicación aproximada de múltiples razas o tribus, como los Diguichet, Chechehet, Muluches, Nahuelhuapes, Colpeches, Guitsnel, Salaups, Eülichet, Tecumelet, Sencheyla, Chulilauchet, Giquechet, Loyus, Quisuchet, Caguaschet, Queyyu, Chililaahues, Sehuagni, Chonos, Queyuhues.

Si no es fácil dar con la exacta lectura de estos nombres en el mapa de Cardiel, menos fácil aún nos fué el transcribirlos de la *Carta y Relación de las Misiones de la Provincia del Paraguay* que a 20 de diicembre de 1747 envió Cardiel al Padre de Calatayud, donde leemos:

Los pueblos indígenas, según Cardiel

"8º que los Toelches que estaban en dichas sierras por el mismo fin de coger caballos silvestres de que están llenas las campañas hasta las segundas Sierras segun denota el Mapa, eran tambien obligados al cacique Bravo; tenía sus tierras el tal Cacique por todo el río del Sauce hasta la mar, y más hacia el sur, fuera de las costas marítimas que decían ser muy estériles como nosotros vimos; 9º que estos Toelches como de distintas tierras y más andariegos daban noticias de que desde el río del Sauce a donde decían que iban en seis días desde estas sierras, hasta acabarse toda la tierra que es hasta el Estrecho de Magallanes habitaban infinidad de naciones 1º de a caballo y después de a pie, de quienes contaban muchas particularidades, y nombraban los siguientes, que van en el mapa: los Chechehet, Cidechet, Choleechel, Astchauehet, Huichin, Luquia, Teycunquin, Colpeches, Salaupin[a] Guikauusis, Eulie, Chuluhauchet, Coutgin, Sencheiin, Lyus. Todos de a caballo, dejando a los Peguenches, Poyos y otras naciones de la cordillera y de más al poniente, que pertenecen a Chile. Y de a pie nombraban las demás que van en el mapa, Poyas, Giguchet, Quisuchet, Queiyus, Sesusquis, Queyuhues y los Chonos y otras naciones. Estos Toelches que daban tantas noticias eran los de mejor natural que había en dichas Sierras del Volcán" (157).

Mientras los Jesuítas de la Provincia del Paraguay sentían que el desengaño más grande tendía sobre ellos el desaliento ya que no sólo no produjeron los deseados frutos, la expedición marítima, ni las emprendidas por vía terrestre, pero hasta las tres Reducciones de Pampas y Serranos se disiparon en forma penosísima para ellos, empeñábanse los Jesuítas de la Provincia de Chile en reabrir la Misión de Nahuel Huapí, clausurada y hasta abandonada después de la muerte del Padre Elguea.

En 1764 y por medio de su Procurador General, el Padre Juan Nepomuceno Walther empeñáronse los Jesuítas en re-

abrir la Misión de los Poyas. Era un vasto proyecto de evangelización que abarcaba toda la Patagonia hasta el Estrecho y aun la Tierra del Fuego inclusive. Guil y Gonzaga, Presidente de Chile apoyó calurosamente los planes del Padre Walther, como también el Protector de los indios Chilotes.

El P. Juan Nepomuceno Walther abogaba en su representación por el aumento del número de Misioneros en aquellas latitudes, porque (eran sus palabras) "urgen otras Misiones para lograr las almas de diferentes naciones que viven hacia el Estrecho de Magallanes. Por este medio se ofrece la bien fundada esperanza de poder adquirir alguna luz de las naciones que habitan en la Tierra de Fuego o Cabo de Hornos, en cuya isla el establecimiento de una Misión no sólo sería de provecho a sus isleños. sino también de mucha utilidad a la Corona, y algunas veces de remedio a los navíos españoles, que pasan por el Estrecho de Mayre, fundándose en sus cercanías un fuerte, para que las embarcaciones pudiesen llegar al puerto, socorriéndose mutuamente, sirviento de mucho freno a los enemigos en tiempo de guerra, embarazándoles el paso al Mar del Sur.

Misiones Patagónicas

El P. Walther indicaba que desde luego podrían algunos Padres, acompañados de indios traídos de aquellos litorales y ya convertidos, hacer se les aumentase el sínodo o ayuda económica.

En vista de todo esto, el Presidente Guil y Gonzaga acordó se fundasen a cargo de los religiosos Jesuítas en San Carlos de Chonchi e isla de Caylín dos nuevas Misiones, y asignó 300 pesos anuales a cada individuo "en los años en que se verificase entrada en la tierra firme para el Estrecho de Magallanes y naciones que lo habitan...".

En 1767, al sobrevenir el arresto de los Jesuítas, eran catorce los misioneros que, por la parte chilena, estaban ocupados en las llamadas misiones australes. Tres de ellos, los Padres Miguel Mayer, José García y Juan Vicuña ni estaban en sus Reducciones cuando sucedió el extrañamiento, sino que andaban por las regiones más lejanas, abriendo nuevos campos de espirituales fatigas.

Acabamos de mencionar al Padre García y es justo que recordemos su expedición al Estrecho de Magallanes. Se hallaba este Padre en la Misión de Caylín al sur de Chiloé y se propuso explorar las regiones que mediaban entre aquel punto y el Estrecho. Habiendo obtenido la venia del señor Gobernador y de los Superiores de la Compañía equipó cinco piraguas y en tan frágiles embarcaciones propúsose llegar hasta las islas y tierra firme más austral. Con cinco españoles y treinta y cuatro indígenas, entre los que iban no pocos de los que le habían acompañado en exploraciones anteriores, se hizo a la vela en octubre de 1766.

"Apenas se hicieron a la vela, cuando sopló un viento contrario, seguido de copiosos aguaceros; por lo cual no entraron en el archipiélago de Guaitecas hasta el 27. En éste se proveyeron de mariscos, de once lobos marinos y algunos pájaros lilis, que son grandes y de buenas carnes. El 29 arribaron a la isla de Piguayu, después de haber sufrido una gran tormenta, que maltrató todas las piraguas. El 6 de Noviembre, después de mil peligros y otra tormenta mucho mayor, llegaron a la boca del canal Tuaquencayec, el más avanzado al sur, por donde se puede pasar a Aau; ignorando si era estero o canal, que pasase a Guayaneco. Aquella noche les cayó una nevada, y las puntas de la cordillera y de la isla, que forman el canal, estaban cubiertas de nieve. Allí se proveyeron de huevos de piupigües, mayores que de pavo. El 11 entraron por el golfo de S. Rafael hasta el deshecho Ofqui; y dejando la piragua más pesada y parte del bastimento, subieron por una cuestecita de una media cuadra las otras tres piraguas, tirándolas con soga; y luego las bajaron a un plano pantanoso, para tirarlas de allí hasta el río Lucac. Cuatro días gastaron en esta operación pesada y peligrosa; y el 15 vieron el sol por primera vez después de su partida; con que pudieron secar el bastimento, casi perdido por las continuas lluvias. Hasta el 22 no lograron navegar por el Lucac abajo, que tiene allí mucho fondo, con diez y seis, o diez y ocho brazadas de ancho. En Lucac quedaron dos españoles y tres indios enfermos, o maltratados por las piraguas. Al otro día llegaron a la boca de aquel río, que tenía de cuatro a cinco cuadras de ancho; y antes de entrar en el mar de Guayaneco celebró el Padre García la primera misa que se haya dicho en aquel lugar, para tomar posesión a nombre de Cristo Jesús de aquellas tribus gentílicas. Este mar se llama comúnmente el *golfo de las Penas*, y Ofqui la península de *los tres Montes;* pero entendemos que en la actualidad es isla o península, según las altas mareas inundan su istmo, o las bajas lo dejan en seco; aunque probablemente las mismas aguas habrán abierto un cauce, rebajando el terreno con su misma continuación. Dicha la santa misa, vieron hacia el este gran número de gaviotas, de que recogieron más de quinientos huevos. El 27 alojaron en Iguilatu, puerto bastante seguro en la falda de la cordillera, donde plantaron una hermosa cruz: allí hay una buena mina de colo, escribía después el Padre García, entendiendo por colo el carbón de hulla. Después de haber pasado otros cuatro buenos puertos en el espacio de unas seis leguas, arribaron al de Chanaquelva, estando el Padre muy enfermo por las frecuentes mojaduras. Uno de los indios de la comitiva al llegar allí exclamó: "Gracias a Dios, que me sacó de esta mi tierra; donde andaba desnudo en verano, y cubierta sola la espalda con

Viajes del Padre García

una pequeña manta en invierno; comiendo mariscos, pájaros, huevos y algún lobo marino, cuya pesca celebrábamos como un grande hallazgo; y me llevó a la misión, donde tengo hacha, vestido y comida". Con razón ponderaba el tener un hacha, porque en esas islas no las tenían; por lo cual hacían embarcaciones vaciando los troncos con fuego y conchas, empleando en labrar una de dos brazadas un año, y a veces año y medio. El 10 de Diciembre llegaron a la boca del estero Mesier, célebre entre aquellos indios, por no haberle hallado fin; por lo cual sospechaba el Padre fuese un canal, que cruzase al mar del norte, por estar ya como a los 48º de lat. El 11 pasaron a la isla de Quetayulac, donde con un hachón de ramas secas y un palo delgado cazaron veinticuatro *colmanes*, pájaros mayores que gallinas, con que Dios socorrió su necesidad.

Hasta la Isla de Fayú

"El 12 llegaron a la de Guayaneco, y el 13 entraron en el puerto de Feumatirigua, donde naufragó el Waquel, navío de la escuadra de Anson. Varios de aquellos indígenas habían presenciado su naufragio, y le contaron al Padre diversos casos sucedidos con esta ocasión; como el haber nombrado por gobernador de aquel país a un indio, que después murió cristiano en Kaylin. El 14 hallaron dos cañones de otro buque naufragado, no se pudo averiguar cuándo, en isla Acanzcan; que es propiamente la de Guayaneco, aunque los españoles equivoquen su nombre con la anterior. El 17 dijo misa el Padre García en la isla de Fayú; y al acabarla, gritó uno de sus compañeros: "¡Humo! ¡humo se vé!". Y en efecto; hallaron en la islita Camelau, situada en la boca del canal de Fayú, un indio con su mujer, un hijito y una joven soltera. El hombre llevaba un plumero en la cabeza, formado con dos alas de pájaro, y por vestido una manta de pellejitos de huillin, o sea gato marino, con que cubría la espalda, y un poco más abajo: las mujeres llevaban el mismo vestido y nada más, sin mostrar la menor vergüenza por su desnudez. Felizmente el hombre era hijo de uno de los de la comitiva, que siete meses atrás se había trasladado a la misión; y así los convidó y obsequió con su pequeña ramada, en que hallaron otras once personas de dos familias, y en ella pasaron toda la noche cantando y bailando para festejar la venida del Padre Misionero, que iba a llevarlos a mejor país. En estos lugares se habían reunido el año anterior muchos calenes y taijatafes con los indígenas, deseosos de emigrar a Kaylin, para hacerse allí cristianos; pero a los quince días armóse una pendencia entre ellos, al repartirse las chaquiras que los Padres les habían enviado, y se huyó cada uno para su tierra.

"El Padre García esperaba dar con ellos a los cuatro días;

pero desanimada su gente por falta de bastimento, tuvo que regresar, llevándose consigo por únicos trofeos de tan largo y peligroso viaje aquellas quince personas. Antes de partir, el 18 del mismo Diciembre, celebró la santa misa, les predicó sobre la necesidad de abrazar la religión cristiana, y de recibir el santo bautismo; y todos mostraron deseos de ello, pero el Padre sólo bautizó a las seis criaturas que allí había. Al fin entregó el bastón de embajador y una gran medalla de S. Javier al taija Antonio Chaya, para que fuese a su tierra, y le redujese por sí mismo, o por medio de sus connacionales las gentes de las naciones Calen, Lechey, Taijataf, Requinaquer y demás naciones que habitan hacia el estrecho; comprometiéndose el Padre a volver por ellas en el año próximo siguiente. Por la tarde vistió a las cuatro mujeres; y el 19 partieron en busca de unos calenes, que no hallaron. Por ser el tiempo bonancible, vistió a las demás gentes, cortándoles las ropas a su cuerpo, cosiéndolas y poniéndoselas por sus manos. Una sola familia de Calen, avecindada al rededor de Guayaneco, tenía cuarenta y siete personas, a más de veinte que estaban ya en Kaylin. Los demás de aquella nación vivían entre los 48º y 49c de latitud, por donde el canal de Calen se dirige hacia el este; creía el Padre García que pasaba hasta el estrecho de Magallanes. Por allí se comunican los calenes con los lecheyeres; nación dócil, en la cual se conservan en uso algunas palabras españolas, como perro, caballo y otras; señal inequívoca de que moraron entre ellos algunos náufragos de lengua castellana. Los taijatafes, que vivían también entre los 48º y 59º lat., se comunicaban con los requinaqueres; y decían que había por allí una isla muy poblada llamada *Anasur*, que significa *Isla de gente perdida*.

Entre los Calenes

En aquellas remotísimas tierras, tan cercanas al Estrecho de Magallanes, celebró el Padre García, con la mayor pompa que le fué posible, la fiesta de Noche Buena. Además de la Misa que cantó el intrépido misionero, cantó las letanías de Nuestra Señora y la Salve Regina.

El día 3 de enero pasaron por la isla de S. Javier, y el 5 entraron al ya mencionado río Lucac, en cuya orilla dejaron el día 9 las tres piraguas, acomodadas boca abajo, para servirse de ellas en el año siguiente; y pasado el deshecho de Ofqui a pie, llegaron al alojamiento del golfo de S. Rafael, donde hallaron solamente a los dos españoles; porque los indios ya se habían vuelto a Kaylin, acosados por el hambre. Después de varios contratiempos, arribaron a la isla Calceran; de la cual sacó su dueño una cabra y un cabrito, para alivio de la tripulación. En la isla de Caycayenec cazaron una oveja; y alojaron luego en la grande isla Melenguen, que tiene algunos pedazos de tierra buenos para el cultivo. El 26 se alojaron en la isla Lal; donde los indios machitucaron a una

criatura enferma, sin que el Padre pudiera impedir este acto supersticioso; pero se consoló con la esperanza de que, después de convertidos, les quitarían los machitunes, como se los habían quitado a los caucahues de su misión. El 27 alojaronse en la isla Guayteca, donde hubo antiguamente una capilla, a que venían los Padres de Castro a misionar, hasta que murió el buen cacique chono, que lo procuraba. A la misma había venido el P. Nicolás Mascardi, siendo rector de Castro, por haber creído que San Javier por boca de su estatua se lo ordenaba, y había bautizado a muchos. En ella encontró el Padre García dos familias de chonos, a quienes encargó fuesen a su misión. El 30, muy de noche ,se refugiaron a Mauchil, puerto del mismo Chiloé; y el 31, después de tres meses y siete días de viaje, estuvieron en Kaylin, y se encaminaron a la iglesia en procesión, para darle gracia al Señor, por haber vuelto sanos y salvos, a pesar de tantos peligros y graves contratiempos (158).

Escaso fué el provecho que reportó esta tan peligrosa como larga expedición, pero el Padre García daba por bien empleados todos esos trabajos y todas esas fatigas por la reducción de aquellos pocos indígenas que pudo catequizar y conquistar para Dios, y hasta se sentía satisfecho pues no sólo pudo conocer inmensas regiones e innúmeros indígenas, de quienes no tenía noticia, pero estaba en la determinación de regresar al siguiente año y proseguir el viaje hasta el Estrecho de Magal llanes. A ese fin dejó a orillas del Río Lucac aquellas tres piraguas.

Nuevos proyectos misioneros de los Jesuitas

El proyecto de extensión misional propuesto por el Padre Juan Nepomuceno Walther a principios del año de 1764 fué discutido en una asamblea que se congregó en Nacimiento, el día 8 de diciembre de ese mismo año y a la que asistieron el Gobernador, el señor Obispo Espiñeyra, el auditor de Guerra, el maestre de Compo Calireto y otras veinte personas de categoría así eclesiásticas como civiles. De parte de los indios amigos, con cuya cooperación se quería contar por ser imprescindible, había ciento noventa y seis delegados provenientes de treinta y seis Reducciones. Como curiosos había más de dos mil indios y más de tres mil españoles, además de las fuerzas militares suficientes para impedir cualquier movimiento faccioso.

La asamblea deliberó largamente sobre los procedimientos a seguir en la evangelización de los indígenas y después de mucha discusión, ya que ni los mismos Padres Jesuítas presentes a la Asamblea, eran de un mismo parecer, determinóse por mayoría de votos la creación de cincuenta Reducciones o pueblos misioneros, en el lugar y circunstancias que determinarían los Caciques pero que habrían de funcionar según la disciplina y técnica que impusieran los Misioneros (159).

El Gobernador Guill y Gonzaga tan rápido en sus decisiones y tan tenaz en llevarlas adelante, decretó a 8 de enero de 1765 la fundación de la Reducción de Río Bueno, y manifestó entonces su voluntad de que alguno o algunos Jesuítas pasaran al Nahuel Huapí para tratar con los Poyas sobre el restableicmiento de aquella otra gloriosa Misión. Tan empeñado estaba Guill y Gonzaga en restablecer esa Reducción que advirtió a los Jesuítas que en caso de no ir ellos allá, él llamaría a los Caciques de aquellas regiones y trataría con ellos el asunto.

No fué menester tanto para estimular el celo de los Jesuítas, quienes deseaban vivamente el restablecimiento de la misión de Nahual Huapí, y así los Superiores de la Compañía nombraron para esta empresa al Padre Francisco Simó, gran Misionero de Chiloé. Comenzó por restablecer la Reducción de Ralún, en el extremo oriental de la ensenada de Reloncaví, donde arranca el camino que va a Nahual Huapí. Así comenzaban los Jesuítas a restablecer la gloriosa Misión de los Rosales, Mascardi, Guillelmo y Elguea, cuando se les intimó la orden de arresto a mediados del año de 1767. El Padre Simó fué apresado de inmediato y conducido a Concepción. El Padre García fué tomado preso dos meses más tarde al regresar de una de sus expediciones al sur.

Los Franciscanos reemplazan a los Jesuítas

La historia de las misiones Jesuíticas en Nahuel Huapí se clausura con la expulsión colectiva de 1767. Un cuarto de siglo más tarde, en 1791, los Padres Franciscanos, sucesores de los Jesuítas en las misiones del sur de Chile, quisieron conocer la zona de Nahuel Huapí y al efecto encargaron esta empresa al intrépido Padre Francisco Menéndez. Tomó el camino del norte, pasó por Culbutoe y Todos los Santos, costeó la falda del Tronador, cruzó la cordillera hasta los pequeños lagos de los Canquenes, desde donde pasó al lago Nahuel Huapí. En la Península Huemul halló restos de una reducción, restos que probablemente coincidan con los existenten aún en Chenque, junto al Cerro Ortiz Basualdo (161).

En 1855 llega hasta el Nahuel Huapí don Vicente Gómez al frente de una expedición exploradora y en 1856 llegan hasta el célebre Lagos los doctores Francisco Fonck y Eugenio Hess, y en 1862, y con el deseo de abrir un camino interoceánico al través de los lagos, llega hasta los mismos el explorador inglés Guillermo Cox. No obstante su entusiasmo y valentía, fueron tales sus padecimientos y contrariedades, que regresó a Chile sin haber podido realizar su proyecto de llegar hasta Patagones. Lo que había hecho, y en mayor escala, el Padre Mascardi a fines del siglo XVII, le fué imposible al explorador inglés a mediados del siglo XIX.

El primer civil que llegó al Nahuel Huapí, por el lado argentino, fué el doctor Francisco P. Moreno. Pisó las ribe-

ras del gran lago el 20 de enero de 1876. Fué él el primero que reflejó los colores de la bandera argentina sobre las límpidas aguas del lago. En abril de 1881 flameó la bandera patria en la popa de una modesta embarcación con que surcaron sus aguas el teniente coronel de caballería don Manuel Ruibal y el sargento mayor de infantería don Antonio Recalde.

La bandera argentina en Nahuel Huapí

El Capitán de navío Eduardo O'Connor, acompañado por el subteniente Federico E. Erdmann, hizo la travesía desde Carmen de Patagones hasta el Nahuel Huapí. Emprendió la exploración el 10 de octubre de 1883 y ponía fin a la misma el 24 de febrero del siguiente año 1884. El teniente de la armada Santiago J. Albarracín, cronista de esta expedición, describe con impresionantes frases los peligros inminentes y las penurias sin cuento que en más de una ocasión infundieron miedo y pavor a aquellos valientes soldados de la patria.

Francisco P. Moreno, eximio naturalista y benemérito perito argentino en la cuestión de límites con Chile, fué el verdadero conquistador y explorador de la zona de Nahuel Huapí. Gracias a sus esfuerzos, fundóse a 3 de mayo de 1902 el pueblo de San Carlos de Baríloche o Varíloche, y gracias a su visión certera del futuro, obtuvo, con donaciones que hizo él al Estado, la creación de un Parque Nacional (6 de noviembre de 1903). En 1907 y en 1922 se amplió aquella primera creación, y a 9 de octubre de 1934, y gracias a la sanción de la Ley 12.103, quedó consagrada con la denominación de Parque Nacional de Nahuel Huapí aquella zona de la patria argentina tan deslumbrante por sus bellezas naturales como gloriosa en los anales de la Compañía de Jesús por los heroísmos de tantos de sus hijos.

APENDICES

I

POESIAS DEL PADRE JUAN JOSE GUILLELMO (162)

P. IOANNIS IOSEPHI GVILLELMO
È SOCIETATE JESU
AD R. P. MICHAELEM
DE VIÑAS
Ejusdem Societatis

IN GRATI ANIMI FYMBOLUM, & NUNQUAM FATIS TANTI
AUCTORIS COMMENDANDÆ PHILOFOPHIÆ

ELEGIA I.

Jam tibi victrices furgunt, Vir Maxime, lauri;
Temporibus frondent ferta parata tuis.
Et tibi contexit Permeffide flore corollam
Obfequijs femper Mufa facrata tuis.
Ergo age perdoctam, Michael doctifsime, frontem
Exere, dum tantum fama coronat opus.
Fama prius falfi nunc veri nuntia clamat,
Ingenii currant flumina quanta tui.
Quanta fit illa tuæ mentis pretiofa fupellex,
Dum Sophiæ è docto pectore fundis opes;
Aut quali enuclees cultu, quantoque lepore
Quidquid in arcanis docta Minerva tegit.
Maxima dum tractas magnus, dum parva revolvis,
Vel potis es magnos æquiparare Viros
Maximus in parvis, in magnis major, & inde
Nunc fcriptis cedant maxima fcripta tuis.
Cuncta tuis cedant monumenta perennibus orfis;
Una orfis vincunt tot monumenta fuis.
Obfcurum fi fortè chaos evolvere tentas,
Quantus io! quantus vir celebrande nites!
Quantus io fulgor mentis fcintillat in auro!
Fulgurat & rutilo quantus ab igne nitor?

Fulget Ariftotelis fic fax obfcura, refulgent
    Omnia, fic cunctis abdita cuncta patent.
Sicque potes rerum fummos luftrare recefsus,
    Et naturarum fic referare fibras.
Magna prius mundo documenta recondita monftras,
    Dum mentis monftras experimenta tuæ.
Tot tradis documenta Scholis, quot verba tabellis,
    Atque tuæ famæ tot monumenta ftruis.
Nec tantum quaffare poteft vis ulla Coloffum,
    Spernit fortunæ machina tanta vices.
Fundamentum ingens totum, Vir Magne, per orbem
    Grande tuæ grandis mentis acumen erit.
Sic ftabit fubnixa fuis doctrina cylindris,
    Temnet & intentas in fua tecta minas.
Crede mihi magnam portendunt tecta ruinam,
    Quæ multa hinc illinc fulcra aliena tenent.
Inde tuæ mentis, Michael, Sapientia prudens
    Erigit in proprias pegmata tanta bafes,
Erigit & propriis armamentaria telis
    Magna palæftritis tota parata novis.
Quot pugiles in bellum armas, quot concutis arma,
    Dum pugnaturus præpes in arma volas?
Quot vexilla quaris, dum telis concutis hoftes,
    Spicula quot vibras, tot tibi figna capis.
Sed fileat nunc noftra tuas Parnaffia laudes,
    Laudibus eft impar fcilicet illa tuis;
Pallados & fileat partos in agone triumphos,
    Et fileat magnis rapta trophæ viris.
Verfaque in Auctores fternacia tela frequenter,
    Quantaque fint armis agmina ftrata tuis.
Ingeniique tui cuffa argumenta fub igne,
    Totque tuæ mentis fulmina ftructa focis?
Æternos hinc fama tibi defpondet honores,
    Ingenioque tuo ftat fine fine decus.

ELEGIA II.

EJUFDEM AUCTORIS IN SECUNDUM PERGRATI ANIMI MONUMENTUM ERGA R. P. MICHAELEM DE VIÑAS, IN CUJUS MERITAS LAUDES EXCURRIT EX ILLO

CANTIC. 2. *Vinea noftra floruit.*

Cedite nunc hyemes, verni confurgite flores,
    Surgite & in læto gramina læta folo.
Vinca jam floret, Viñas dum nofter in orbe
    Cingit victrices præcoce flore Comas.
Vinea jam floret, jam vinea noftra racemis
    Vernat, & in campo pampinus alta viret.
Vinea jam floret, tranfverfa pedamina dulci
    Tota racemifero pondere prefsa gemunt.
Jamque tuos, Viñas, cenfu prædivite fructus

Oftendunt doctis ligna onerata Scholis.
Ocius ergo bonis nunc da bona fcripta lycæis,
Scripta bonis nunquam difplicitura viris.
Scripta tibi multos multum fudata per annos,
Scripta per innumeras fæpè petita preces.
Scripta Magiftrorum votis optata recentum,
Scripta etiam votis defiderata meis.
Da fructus orbi fpondentia fcripta feraces,
Et da Difcipulis aurea fcripta tuis.
Ecce tuæ mentis dulci certantia bello,
Ecce tuos cupiunt omnia præla botros:
Quifque fibi fupplex, perdocte Magifter, anhelans
Fortunæ expofcit munera tanta fuæ.
Sique implere foles velox pia vota precantum
Quid fallis tantis tam pia vota moris?
Rumpe moras igitur, votifque accurre tuorum,
Da quæfo nobis fcripta polita diu.
Quæ nutantem angens cogit fententia mentem
Elimata tua condere fcripta manu?
Quæ te cura tenet, ne grata volumina mundo
Ilicet exhibeas? quifvè moratur amor?
Sufficient nobis tua fola refegmina, mentis
Crede tuæ pignus grande, refegmen erit.

ELEGIA III.

TERTIUM GRATI ANIMI PIGNUS EJUSDEM AUCTORIS AD EUNDEM

O Lojoleæ Soboles clariffima ftirpis:
O Michael Viñas, vinea grata Deo.
Ne mea defpicias quæfo molimina mentis,
Nec noftri parvum cordis amantis opus.
Nam nomen celebrare tuum mea Mufa peroptat,
Sacrat & ad laudes fe mea Mufa tuas.
Ergo tibi meritas nunc, noftra Heliconia, grates
Poft manum velox ofcula blanda, litat.
Proque tuis claris, Heros doctiffime, factis,
Quæque fuis infunt viribus illa facit.
Proque tuis flagrat ardenter perfolvere fcriptis
Debita, fed noftram pervolat illud opem.
Dumque tuos cupit, ò Viñas, conferre labores
Egregiis tentat te fimilare viris.
Aft omnes, mihi crede, viros præcurris, & omnes
Læti percurrunt ad tua fcripta viri.
Si quis fortè fuum te quærit habere patronum,
Illico patronum te fibi quifquis habet:
Non aliter cunctis difpenfat lumina Phæbus,
Non aliter luces fydera nocte vibrant.
Perge modo emeritas itera in certamina vires:
Victricefque tuas expedi in arma manus.
Expedi in arma latus, raucos dat buccina Cantus:

Ecce tibi in pugnas infonuere tubæ.
Hinc calamos in pugnam arma, in nova prælia, pacem
Namque tuis calamis bella peracta trahunt.
Nec tua mens pungit, vir prudentiffime: nunquam
Traxifti talem vallis amæna rofam.
Se fe alii vallent duris hinc inde fagitttis,
Tu tamen ò Viñas mellea tela feres.
Si tua conquaffent foliti feripta aurea momi
Laudabis momos, vir moderate, tuos.
Hinc tibi vernantes fert magna modeftia palmas,
Dum tibi jam vernans docta corymbus ovat.

EPIGRAMMA I.

EJUFDEM: *CUM ANAGRAMMATE.*
VIÑAS. *ANAGRAMMA PURUM*: NAVIS.

Curre Minervalem, *Navis* Chilenfis, in orbem,
Atque tuas cenfu divite profer opes.
Profer opes, dum fama tuum fuper æthera nomen
Tollit, & utroque in cardine fama canit.
Profer opes, & te doctis committe lycæis,
Dum fe docta tibi cuncta lycaæ vovent.
Cumque aliæ fulcent folùm maris æquora naves,
In terram, & Cœlos, & mare noftra volat.

EPIGRAMMA II.

CUM ALLUSIONE AD ILLUD. CANT. 2. *VINEA NOLTRA FLORUIT*

Quot dantur bona verba typis, tot noftra racemos
Vinea dat: fructus tot bona præla tegunt:
Totque creat flores, quot fructus: fructibus inde
Tot turget; quantis floribus illa tumet.
At fructus quantos, quantos dat vinea flores:
Cui fructus flos cui, flos quoque fructus erit.

IOANNES IOSEPHVS GVILLELMO
E' SOCIETATE JESU
IN GRATIAM
REV. P. MICHAELIS DE VIÑAS,
ET
P. BARTHOLOMÆI LOBETH

Ejufdem Societatis Philofophiæ Profefforis ex Chilenfi Provincia occinebat.
MICHAEL VIÑAS. *ANAGRAMMA.* I. CHILENA MUSA

EPIGRAMMA.

Mufa Chilena venis pulchris redimita corymbis,
Tota tibi plaudens, Mufa Chilena, venis:

Jam tua Mufa venit. Lobeth decus addite Mufis,
Et fatur ambrofio nectare Mufa venit.
Quot mellis noftri dimanat ab ubere Viñas
Fonte,. quot ille fuo in nomine mellis habet;
Quotquot & ille fuæ mentis fub floribus abdit
In dulces nobis exprimit illa favos:
Nec tali Pæftana fluunt viridaria melle,
Quot tua perdulci carmina melle liquant.
Quot tua dulcefcunt condita faporibus Hyblæ
Dulcibus, o Lobeth, metra revincta modis.
Æternos nobis Viñas dulcefcet in annos,
Ut fua dulcefcet nectare fama tuo:
Inde tui vivant, Viñas dulcifsime, flores,
Melque tuo Lobeth è nomine fuget apis.

JOANNIS JOSEPHI DE GUILLELMO
E' SOCIETATE JESU EX CHILENSI PROVINCIA,

De nobilitate doctrinæ R. P. MICHAELIS DE VIÑAS ejufdem Societatis,
Collegii Sancti Jacobi in Provincia Chilenfi Rectoris,

Et pro eadem Roma, & Matriti Procuratoris Generalis, Theologie jam olim Profefforis emeriti, & in Sacro Fidei Tribunali Cenforis adlecti,

AD EMINENTISSIMUM DOMINUM
D. ILDEFONSUM DE CORDOVA
MARCHIONUM DE PLIEGO, DUCUM DE FERIA, &c.
SANCTÆ ROMANÆ ECCLESIÆ CARDINALEM,

ELEGÚS.

Ecce tuus femper, nofter tibi ludit Apollo,
Ildefonfe, meis addita cura metris:
Cura meis femper multum exoptanda Camænis,
Cura etiam curas docta levare meas:
Totque inter curas curam hanc affume frequentes,
Dum mea cura tibi tota facrata venit.
Tota tuis pofcit totam fe fubdere palmis,
Tota tuas plantas ambitiofa petit.
Cumque tuum genium bene noftra Heliconia nofcat,
Nefcio quid magnum præmeditatur opus?
Nefcio quid fummum fumma fibi mente revolvit?
Quæque tibi extemplo danda tributa paret?
Mufa tibi peregrina lubens peregrina reportat
Munera regali non nifi danda viro.
Nunc igitur meritò, Regum clariffima proles,
Tanta tibi Viñas regia dona dedit:
Ille tuus Viñas, docta, cui mente repoftum
Flectere fe juffis nocte, dieque tuis.
Gloria cui grandis doctos tibi ferre labores,
Seque fimul tanto fènore, grandis honos.
Quemque fuis plaudit victrix Sapientia lauris,

Palmifque invitat docta Minerva Sacris.
Et quem Doctorum celebrat Schola lecta recentum,
Cui Pallas fructus invider ipfa novos.
Et fua quem medio fixa obfervantia cordi
Te juffit donis folicitare bonis:
Et gratum in pignus gratum tibi reddere cenfum,
Et grates omni reddere jure tibi.
Ergò tuam placeat magnam huc convertere mentem,
Qua magnas Viñas pandere tentat opes.
Et tua cum folitas vibret præftantia luces,
Evibret infolitas in nova fcripta faces.
Ecce tuis radiis jam circumfundier ambit
Stella hæe Europæ nunc oritura plagis.
Indica Stella prius Chilenfi exorta fub axe,
Et proprio femper lumine Stella nitens.
Atque tibi claro nunc nafcitur æmula Soli
Æternum nobis progenitura diem.
Dumque illam primùm feptem videre Triones
Ocius excurrit cælica in ora rubor.
Crede mibi, Ildefonfe, tibi nunc vera capenti,
Quanta tibi in donum pagina docta datur.
Illa Stagyreos doctè limata cothurnos
Exprimit, ut doctos exprimit illa libros.
Et tantæ veniens condita fapore Minervæ
Debuit egregios tota referre Sales.
Ingenium que referre tuum, mentemque profundam
Naturæ intentam tot referare fibras:
Atque Scholæ prifcos nobis revocare Penates,
Et veteres nobis nunc redolere viros.
Haud alio tot fcripta ftylo confcripfit Aquinas,
Haud alio Viñas pumice fcripta polit.
Hac Seraphim Doctor fola confcriberet arte,
Scriberet his Ales tot monumenta modis.
Tuque Stagyritam, tantum, Lombarde, fequacem
Jure tibi merito diripuiffe doles:
Et tanti vellet Thomas Interpretis una
Lampade tot latebras irradiaffe fuas.
Et quamvis, Montoja, tibi fit magna fupellex,
Fortè illam ,Viñas æquiparare poteft.
Has tibi facravit gazas, clariffime Princeps
Præclaris femper concelebrande Ivris.
Hæc tibi devovit magnus donaria Viñas,
Ifta tuis folum viribus apta dedit.
Hæc fua pofcebat reverentia debita dudum,
Semper & obfequiis mens recreata fuis.
Has tua pofcebat clarifsima purpura ceras,
Regalefque inter ftirps generofa Patres.
Et tua majeftas totum vulgata per orbem,
Et grave perdulci cum gravitate decus.
Stella meis Hifpana fave nitidiffima votis,
Atque mei Viñas cæpta fecunda rege.
Te ductore Ducum proles nativa potentum,
Prælia nunc nofter Dux generofa ciet.

Eja age Romani cedris cedre addite montis,
Sume hæc æterna fcripta notanda cedro.
Sique orfis faveas, erit hæc mihi gratia grandis,
Et favor, ò foboles regia, grandis erit.
Gratia facta Patri facta eft & gratia natis,
Una Patri, & Natis gloria, eft unus honor.

II

DIARIO

Del viaje por las costas del mar desde Buenos Ayres *hasta el* estrecho de Magallanes, *que hicieron tres Misioneros Jesuítas* (163).

Yà en la obra dimos una succinta noticia del fin, que tubo la Corte de España, que se emprendiese el examen de las costas occidentales *Magallanicas;* y pusimos los nombres de los dos Pilotos, à cuyo cargo iba la embarcación: y tambien los nombres de los tres Misioneros. Ahora ponemos el Diario, que compuso el *P. Lozano.* Historiador dela Provincia del *Paraguay,* sacandole de los que compusieron los tres Misioneros.

En *Buenos Ayres,* se embarcaron por fin à 5. de Diciembre de 1745. y el Lunes 6. à las diez horas de dia, aviendo disparado la pieza de leva, se hicieron à la vela en nombre de Dios, con viento fresco, y salieron à ponerse en franquia en el Amarradero, que dista tres leguas de *Buenos Ayres.* De allí salieron Martes à las nueve y media de la mañana, y con distar *Monte Video* como cinquentas leguas de *Buenos Ayres,* no pudieron tomar su puerto hasta el Lunes 13, que à las once y media del dia dieron fondo en medio de su ensenada. Alli, entre la gente de aquel Presidio, se eligieron 25 soldados, que se habian de embarcar à cargo del Alferez *Don Salvador Martin del Olmo;* porque aunque deseaba el Señor Governador de *Buenos Ayres* que fuese mayor el numero de los soldados, y havia otros muchos que se ofrecían voluntariamente à esta expedición, pero no fue posible aumentar el numero, por no permitirlo el buque del *Navichuelo.* El Comandante de *Montevideo* Don *Domingo Santos Uriarte,* Vizcayno, executó quanto estubo de su parte para el avio de la gente, y de los Misioneros, con la presteza posible: con que el día 16. de Diciembre estubo el Navío ya prompto à salir; peró por calmar el Nord Nordeste, y soplar el Sudueste, no se pudieron hacer à la vela hasta el viernes 17. à las quatro y media de la mañana, con Nord-Norueste y Norte.

La niebla densa casi no les permitia descubrir la tierra, y no se adelgazó hasta la seis y media de la tarde, pasando sin ver la isla de *Flores.* Domingo 29. dieron fondo à vista de la isla de *Lobos,* que les quedo al Nor Nordeste, à tres leguas de distancia. Tiene esta isla de largo tres quartos de legua, y corre Les-su-este, Oues-Norueste: al Es-Sueste sale un Arrecife con algunas piedras, que conviene evitar. Este Domingo haciendo una plática el *P. Mathias Strobel,* se dio principio por nuestros Misioneros à la Novena de *San Francisco Xavier,* escogiendole, de parecer comun, por Patron del viage. Asistian todos al Santo Sacrificio de la Misa, que se decia una todos los dias que el tiempo lo permitia, y en los dias festivos dos. Se Rezaba de comunidad el Rosario de Nuestra Señora, y en la Novena se añadio Lección Espiritual todos los dias, y Placticas, para disponer la gente à que se confesasen, y comulgassen, como lo hicieron al fin de ella todos con mucha piedad. Para desterrar la costumbre de jurar, que suele reynar entre Soldados, y Marineros, se

impuso pena, à que todos se obligaron, de quien quiera, que faltase, hubiese luego de bessar el suelo, diciendole los presentes: *Viva Jesus, vese el suelo.* De esta manera en devoción, y conformidad christiana se prosiguio la Navegación, y hallandose el Martes 21. en 35. grados 11. minutos de Latitud Austral, vario la Bruxula al Norte 17. grados.

El Domingo 26. en altura de 38. grados y 34 minutos padecieron una turbonada de agua menuda, y el Les-sueste, que soplaba, levantaba alguna marejada: y el Lunes siguiente 27. en altura de 36. grados, y 36. minutos, sintieron extraordinario frío. Martes 28. en 39 grados 9. minutos de latitud, y por estima en 323, y 57 minutos de Longitud, hallaron despues de medio día 52. brazas de fondo de arena menuda, y parda: vieron algunas Ballenas; y à puestas del sol observaron que la Bruxula tenia de variación al Nordeste 17. grados y 30. minutos. El Miercoles en día claro, y sereno, en bonanza, experimentaron mas frio del que en esta estación haze en Europa, hallandose en 40. grados 56 minutos de latitud, y en 322. grados y 17. minutos de Longitud. Miercoles à 5. de Enero de este presente año de 1746. à las diez del dia descubrieron la tierra del *Cabo blanco* al su-sueste, y la costa de la vanda del Norte, que forma una grande playa, à modo de ensenada, en donde pueden dar fondo los Navios al abrigo de la tierra, que es alta, y rasa como la del *Cabo de San Vicente,* y tiene la punta un farillon, ó Mogote, que se parece al casco de un Navio. Hay à la punta un baxa, en que lava el mar. En distancia de 5. leguas de dicho *Cabo blanco* le marcó el *P. Quiroga* al Sueste 1 quarto al Sud, y observo 46. grados y 48 minutos de latitud, y por consiguiente viene à estar puntualmente dicho cabo en 47. grados; lo qual conviene notar por no equivocarle con otra punta, que esta al Norueste, y tambien es tierra alta, rasa, y que forma acia el mar una barranca llena de barreras blancas. La Longitud del *Cabo blanco,* segun la quenta de la derrota son 313. grados y 30. minutos. Observose en todo lo que se navego de esta costa, que el Escandallo se lava, y no saca señal de fondo, sino es de mucho peso. En la punta de *Cabo blanco* està asido un peñon partido; y mas al sur de este peñon hay una punta de tierra baxa, y luego corre la costa Norte Sur del mundo, y hace una ensenada muy grande, que corre hasta la entrada del *Puerto Deseado.*

Jueves 6. de Enero amanecieron al Sur del *Cabo blanco,* à quatro leguas de la Costa, teniendo por la proa la Isla grande, que hay antes de entrar en el *Puerto Deseado,* à la qual llaman algunos *Isla de los Reyes,* y nuestros navegantes la confirmaron este nombre, por haverla descubierto este día de la *Epiphania.* La tierra que está en esta ensenada, entre *Cabo blanco,* y *Puerto Deseado,* es bastantemente alta, con algunas quebradas, y en ellas matorrales de arboles pequeños, como espinos, y sabinas. Entraron à dicho Puerto por la vanda del Norte de dicha isla, acercandose à la boca del Puerto, que es bien conocida por un islote, que està fuera, y blanquea como nieve. A la vanda del sur, cerca de la entrada, hay un mogote alto, con una peña en lo alto, que parece tronco de arbol cortado, y hace horqueta. En los dos lados de la boca hay peñas altas cortadas, de las quales, la que està en la parte septentrional, mirada de una legua, ó dos, mar adentro, parece un castillo. Essa tarde saltaron en tierra, al ponerse el Sol, el *Padre Joseph Cardiel,* y los dos Pilotos, con alguna gente de la tripulación, y vieron que la marea empezaba à subir à las siete de la tarde. En la orilla hallaron algunos lagunajos pequeños, cuya superficie estaba quaxada en sal, como lo grueso de un real de plata, y no se encontró mas sal en los días siguientes.

El viernes 7. comenzó à subir la marea à las 7. y 15. minutos de la mañana. A las 9. bolvio à salir à tierra el Padre Cardiel con el Alferez *Don Salvador Martinez,* y 15. soldados de escolta, à ver si encontraban Indios tierra adentro. A la misma hora entraron en la lancha armada el Capitan del Navio Don Joaquin de Olivares, los dos Padres, el Padre Superior Mathias Estrobel, el Padre Quiroga, el cabo de Esquadra, y algunos soldados, à registrar por agua el fin del Puerto, y ver tam-

bien si hallan Indios. Navegaron al Oueste, costeando por el sur la *Isla de las Pinguinas*, y sondando el canal hasta la *isla de los Paxaros*. Entraron por entre la isla, y tierra firme, y registraron un caño pequeño muy abrigado, que parece rio. Saltaron en tierra, y subieron à lo alto de los cerros à reconocer la tierra, que es toda seca, y quebrada, llana de lomas, y peñasqueria de piedra Cal, sin arboleda alguna: solamente hay en los valles leña para quemar, de Espinos, sabinas, y otros arbolillos muy pequeños, y de este jaez es toda la costa, ó vanda septentrional de este Puerto. Desde la *isla de los Paxaros*, que haze abrigo à una ensenadilla muy segura, para invernar qualquiera embarcaciones, pasaron à otra ensenada mas al Ouest, enfrente de la *Isla de los Reyes*, en la misma costa septentrional: buscaron allí agua, y solamente hallaron en un valle un pozo antiguo de agua salobre, que según se tiene entendido, fué la única que hallaron en este Puerto los Holandeses. Desde aquí se volvieron al navio.

El Padre Cardiel, y los que fueron por tierra, subieron à una alta sierra, en cuya cumbre encontraron un montón de piedras, que desenvueltas, hallaron huesos de hombre allí enterrados, y ya casi del todo podridos, y pedazos de olla enterrados con el cuerpo. El hombre mostraba ser de estatura ordinaria, y no tan grande, que tubiese diez, ú once pies de largo, como los pinta *Jacque le Mayre*. Después de muy cansados de caminar, no hallaron huella, ó rastro de hombres, ni bosques, ni leña, sino tal qual matorral, ni agua dulce, ni tierra fructifera, sino peñascos, questas quebradas, y despeñaderos, que les dieron costosa materia de paciencia, y si no les hubiera Dios deparado algunos pozitos de agua en las concavidades de las peñas, por haver llovido un poco el dia antes, no saben como hubieran podido bolver al Puerto. Desde los altos no descubrieron por muchas leguas mejores calidades de terruño, que las dichas. Tampoco se encontró pasto, ni cosa à proposito para habitacion humana, ni aun brutos, ni aves, sino solamente rastro de uno, u otro *Huanaco*, y tal qual paxaro: y la tarde de este dia parecio en la costa del sur, enfrente del navio, un *Perro manso*, que se discurrio seria de algun navio perdido en esta costa. Al anochecer llegaron los de tierra al navio, y poco después los de la lancha.

El sabado 8. de Enero salio à las 9. el Padre Cardiel con la misma comitiva à registrar la tierra por la parte opuesta, que es la del Sur, de este *Puerto Deseado;* y casi à la propria hora los mismos de la lancha, que el dia antecedente, con bastimentos para quatro dias, por registrar, y demarcar todo este Puerto. Navegaron al Ouest hasta la punta oriental de una isla, à la qual llamaron la *isla de Olivares*, por respecto al capitan de este navio: y aviendo entrado por un caño estrecho, que divide à esta isla de la tierra firme, salieron con bastante trabajo à una ensenada pequeña que hace cerca de la punta oriental, sin poder pasar adelante este dia, por haver quedado en seco la lancha con la baxa marea. Desde un peñasco en lo mas alto de la isla, descubrio el Padre Quiroga, que el canal de este Puerto corria algunas leguas al Ouest-Sudueste. Tambien el mismo, y los dos Pilotos marcaron la *isla de los Reyes*, y la isla de las peñas, que esta en la costa septentrional. En la *isla de Olivares* hallaron algunas Liebres, y Avestruces, y marmoles de varios colores. La tierra es árida, y falta de agua dulce. En la punto ocidental de dicha isla hay mucho marisco; y los Marineros hallaron en algunas conchas tal qual perla pequeña y basta.

Domingo 9. bolvio el Capitan Olivares, el Padre Quiroga, y los demas, à registrar la costa del sur, navegando al Ouest-Sudueste, y también la del Norte, para ver si podían hallar agua. Hallaron à las diez del dia en la costa del sur un arroyuelo, que baxa de una fuente bastantemente caudalosa, que está en lo alto de la quebrada de un cerro, y dista cinco leguas del Puerto. Es el agua dulce, pero algo pesada, como agua de pozo. Está en sitio acomodado para llegar qualquiera lancha à cargar en pleamar en el mismo arroyuelo que baxa de la fuente. Pusosele el nombre de la *Fuente de Ramirez*, por haver saltado en tierra à reconocerla el segundo Pi-

loto Don Basilio Ramírez. La tierra es toda estéril, y llena de peñasquería, ni se hallan árboles en quanto alcanza la vista.

Lunes 10. prosiguieron navegando por la misma canal al Ouest-suduest, hasta una isla toda llena de peñascos, que llamaron la *isla de Roldan,* y puestos Norte Sur con dicha isla, comenzaron à hallar poco fondo de 4. brazas, de 3. de 2. y de 1. hasta que vieron tenía fin la canal en un cenagal de mucha lama. A la misma hora se volvieron al navío, à que bordaron à las cinco de la tarde. El Padre Cardiel, y los de tierra caminaron bien todo el día 8; y hallaron no ser la tierra tan áspera como la otra, pero sin leña, ni pastos, ni muestra de substancia. A distancia como de dos millas dieron con un manantial de agua potable, aunque algo salobre: por donde corria, havia algo de heno verde, y no lexos de alli vieron onze *Huanacos.* También recogieron à bordo del navio el Perro, que se vio en la playa, lleno de heridas, y los dientes gastados de comer Marisco.

Lo que se puede decir de este *Puerto Deseado,* es, que en quanto Puerto, se puede contar entre los mejores del mundo. Ojala que correspondiera la tierra; pero es arida, y falta de todo lo necesario para poblacion. No hay arboles, que puedan servir para madera; solamente se halla en las quebradas alguna leña menuda para hornos, y para guisar la comida. No es el terruño bueno pra sementeras, porque además de ser todo salitroso, es casi todo peña viva, ni hay más agua dulce que las fuentes. Hallase si abundancia de *Barrilla,* para hacer vidrio, y Jabon; abundancia de marmol colorado con listas blancas; item de marmol negro, y alguno verde; mucha piedra de cal, y algunas peñas grandes de pedernales de escopeta, blancos, y colorados, con algunos espejuelos dentro como diamantes; mucha piedra de amolar, y de otra amarilla, que parece vitriolo. De animales terrestres solo vieron *Huanacos,* Liebres, y Zorrillos: aves algunas, pero casi todas maritimas, como Patos de varias especies, Chorlitos, Gaviotas, etc. Hay *Leones Marinos* en grande numero en los islotes dentro del Puerto, y vieron manada de ellos de más de ciento. Su figura es la misma que la de los *Lobos Marinos,* y solamente los llamaron *Leones,* por ser mucho mayores, que los Lobos del *Rio de la Plata.* Hay de ellos rojos, negros, y blancos, y metian tanto ruido con sus bramidos, que à distancia de un quarto de legua engañaran à qualquiera, juzgando son bacas en rodeo. Mataron muchos los marineros por interés de su cuero, que la carne es hedionda, y casi toda grasa, sin magro. El P. Cardiel tuvo la curiosidad de medir algunos, y eran los mayores como bacas de tres años. La figura es la de los demas Lobos marinos; cabeza, y pescuezo de terneron; alones por manos, y por pies dos como manoplas, con cinco feos dedos, los tres con uñas. Algunos estrangeros los han llamado *Becerros,* y también *Leones Marinos,* y los pintan en sus Mapas con sus melenas largas de Leon. No es así. Tienen algo de mas pelo en el pescuezo, que en lo restante del cuerpo, peró aun ese del pescuezo no tiene el largor de un dedo. La cola es como la de pescado; y de ella, y de los alones de las manos se sirven para andar por tierra, bien que no pueden correr mucho, peró se encaran con qualquiera que les acomete, y alcanzan grandes fuerzas, y vieron tirarse unos à otros por alto, con ser del tamaño expresado. A la multitud de estos Leones, ó Lobos marinos, atribuyeron la escasez de pesca en este Puerto; pues aunque tendieron varias veces la red los Marineros, solamente pescaron un Pez *Gallo,* y algunas *Anchovas* y *Calamares.*

La entrada en este *Puerto Deseado* es muy estrecha, y fácil de fortificar á poca costa; puedese cerrar con cadena, asi en la boca, como en lo restante del canal, el cual corre Este Oueste hasta la punta oriental de la *Isla de Olivares,* ni pueden entrar los Navios sino uno á uno. Todo el canál tiene fondo bastante para Naves gruesas hasta la *isla de Roldan.* El mejor sitio para ancorrar las Naves, que hubieran de ancorrar aqui, es al Ouest de la *isla de Piguinas* al abrigo de la de *Olivares;* y si huviese una, ó dos Naves, se pueden meter entre la *isla de los Paxaros,* y la Tierra Firme. Aunque hay en este Puerto algunas rafagas de viento fuerte, que se cuela por medio de los Cerros, no incomoda las Naves, ni levanta marejada. Las ma-

reas corren con grande impetu á cinco ó seis millas por hora, medidas con la corredera. Observaron, que en el Plenilunio la marea comienza á crecer á las siete, y quarto. Entre creciente, y menguante parece se lleva 12. horas, y 3. quartos. Los Navios, que hubieren de entrar, pueden esperar al abrigo de la *isla de los Reyes* el viento favorable, y entrar quando la marea este sin fuerza, llevando en el tope alguno de los Pilotos, que avise para el govierno del timon, que de esta suerte entró ahora con felicidad este Navio *San Antonio*. La *isla de los Reyes*, que tendra de largo una legua, esta al Le-sueste de la boca del Puerto; y asi esta, como todas las otras islas, escollos, etc. que hay en este Puerto, anotó puntualmente el Padre Quiroga en un Mapa muy exacto, que há formado. La Latitud del *Puerto Deseado* es de 47. grados y 44. minutos: su Longitud de Tenerife 313. grados y 16. minutos: Doce grados, y 44 minutos al Ouest de la Isla de *Lobos*, desde la qual llevaba el Padre Quiroga, y los demas Pilotos la cuenta para su govierno.

El Martes 11. de Enero se levaron con el Norueste, y salieron con el trinquete, y velacho. A las doce y media del dia desembocaron, y metieron á bordo la lancha, y desde aqui fueron costeando la *Isla de los Reyes* hasta las seis de la tarde, que estuvieron Est-Oueste con ella, y teniendo yà el viento por el Sudueste, navegaron al Sur-Sudueste Miercoles; y el Jueves siguiente návegaron en busca del famoso Puerto de *San Julian;* y vieron que desde los 48. grados, y 48. minutos de Latitud, hasta los 48. grados y 52. minutos hace el mar una ensenada, y hay una islita pequeña con otro escollito al Oueste, que dista de la tierra dos leguas, y media. La costa en este parage corre al Sudueste, y al Sudueste quarta al Sur. La tierra es alta, aunque en la costa del mar haze playazo. No se descubre en toda ella arboleda, ni amenidad alguna; solamente registra la vista cordilleras, y cerros escarpados, y todo seco, é infructifero. A las siete y media de la tarde avisaron los Pilotos, que havian subido à registrar la costa desde la gavia mayor, que havia por la proa señal de baxos, y echando al punto la sonda, se hallaron con quince brazas de fondo de cascajo; y calmando el viento dieron fondo en veinte brazas, y pasaron la noche sobre un ancora.

Viernes 14. se levaron à las cinco de la mañana, y navegaron al Sueste para salir de los baxos, y se hallaron en solas seis brazas de agua en un Placer largo, que hacen los baxos acia el Nordeste. Descubrense à poco mas de una milla de distancia, y lexos de la tierra firme como dos leguas, y media, y el placer sale como una legua: estan en 48. grados, y 56. minutos de longitud, y la costa corre alli al Sudueste una quarta al Sur, y al sur-sudueste. A las tres de la tarde entró una turbonada por el Sudueste, que huvieron de aferrar las velas, viendo á la misma hora en una nube negra una manga de agua, que se levantaba á lo alto como un cerro. Corrido la costa hasta los 49. grados y 15. minutos no pudieron dar con la entrada del Puerto de *San Julian*, por lo qual hicieron juicio, que estaria en menor altura, que le marcan las cartas; y favorecidos del viento para navegar acia el *Estrecho de Magallanes*, determinaron correr lo restante de la costa, y dejar para la buelta la entrada de *San Julián*. La Bruxula vario 19. grados.

Sabado 15. corrieron al Sudueste con Nordeste; y desde 49. grados, y 18. minutos corre la costa al Sudueste, y es limpia, y seguida, y la tierra baxa, y rasa, y en toda la costa haze una barrera alta, que parece una muralla, sin verse en toda ella un arbol. A las tres de la tarde tubieron por el Sudueste el Cerro del Río de *Santa Cruz*, que es una punta de tierra alta, toda arida, con un mogote alto à la punta. A las cinco estubieron Est-Oueste con dicho Cerro en catorce brazas de fondo de Cascajo, à poco más de dos millas de la tierra. Por haver visto en algunas cartas marcada una Bahia al sur del morro de *Santa Ines*, fueron en su demanda para dar fondo esa noche, y registrar la tierra; peró hallaron que no hay tal Bahia, antes bien es toda la costa seguida, y corre al Sudueste y una quarta al Sur. A las nueve de la noche el viento por el Sudueste levantó grande marejada: corrido con la mayor, y el trinquete al Sueste, poco despues se quedaron con el trinquete solo,

y parando el temporal, corrieron à palo seco la buelta del Nordeste, aviendo cerrado los escotillones, y asegurado con varias trincas, y llaves el Navio, corriendo asi toda la noche que fue muy trabajosa.

Domingo 16. corrieron á palo seco hasta las dos de la tarde. En toda la noche precedente, y parte de este día, eran tan recios los golpes del mar, que entraban por una, y otra parte del Navio, llenandose todo de agua. Los sacos, caxas, y arcas, rodaban de parte à parte, y algunos caian sobre la gente, sin poder nadie sosegar, ni parados, ni sentados, ni aun echados. Sobre todo les molestaban la aflicción del estomago, y congoja de corazon con tanto golpe, y desasosiego; y el segundo Piloto Don Basilio Ramírez, mientras atendia à la maniobra, se dio un golpe tal, que le quedo el rostro muy mal herido. Nuestros Jesuitas, teniendo mucho que ofrecer à Dios en estos lances, como menos acostumbrados, hallaban alivio en acordarse de los peligros, y naufragios, que *San Pablo*, y *San Francisco Xavier*, Patron del viage, padecieron en la misma demanda de la conversión de los Infieles, y con esto mismo procuraban consolar à toda la gente. Calmando el viento à las dos de la tarde, dio lugar à largar la mayor, y el trinquete, y se hallaron en 50. grados 11. minutos de Latitud, y por la estima en 311. grados y 3. minutos de Longitud.

Lunes 17. con dia sereno tubieron la tierra del *Río de Santa Cruz* al Ouest à seis leguas de distancia, y por la tarde navegaron bordeando la costa de una grande ensenada, que en forma de media luna se estiende desde el *Río de Santa Cruz* hasta cerca de la ensenada de *San Pedro*. Toda ella es tierra alta, y arida, sin verse en toda ella un arbol. Martes 18. de Enero acabaron de correr dicha ensenada, y à las seis de la mañana descubrieron una entrada, que creyeron fuese la boca de algún rio. Yendo acià alli advirtieron, que la dicha entrada estaba llena de baxos, en que rebentaban las olas, y por hallarse en solas cinco brazas de agua, dieron fondo con un ancla, y salió el primer Piloto Don Diego Varela en la Lancha à sondar, para poder sacar el navio à franquia; y echa seña, se levaron, siguiendo la costa en demanda del rio *Gallegos*, que esperaban hallar mas al sur. Hallaronse à medio dia en 51. grados y 10. minutos de latitud, y en 308. grados y 40. minutos de longitud.

Miercoles 19. se levaron à las cinco y media, y navegaron, siguiendo la costa hasta un cabo de barrera alta, en cuya punta sale al mar una restingua que hace baxo, y en esta se hallaron en 6. brazas. Un poco mas al Sur de dicha punta descubrieron una boca grande, y dando fondo, salió el Piloto Varela à registrar, si era el *Río de Santa Cruz*, ó el Río de *Gallegos*, ó alguno otro Puerto: volvio al anochecer, sin haber hallado entrada por la parte, que estaban ancorados, que la entrada se descubria por la parte del Sur, y era necesario montar la punta de un baxo largo, en el qual rebentaba el mar. En la playa halló una *Ballena* muerta, y vieron muchas huellas de animales, y hallaron parte del campo recien quemado de donde recibieron esperanzas de hallar al dia siguiente algun Puerto, y rancherías de Indios.

Jueves 20. se levaron à las cinco para acercarse à la boca del rio, en que dieron fondo en seis brazas de agua à las diez y media. Salio à sondar el Piloto Varela en Lancha por el medio, y por la costa del Sur, y bolvio à las cinco de la tarde con que no havia entrada para el Navio, y estaban en 52. grados y 28. minutos de latitud. La marea crece alli mucho, y aviendo dado fondo en seis brazas, como dixe, se hallaron poco después en solas tres. Comienzo à crecer à las tres de la tarde. Aviendo reconocido que toda la costa, acia el *cabo de las Virgenes*, es tierra baja, que corre al Su-Sueste, y juzgando por otra parte que no era conforme à los Reales Ordenes de su Magestad, navegar aquellas como catorce leguas, que faltaban al *Estrecho de Magallanes*, y así porque los Derroteros de antiguos, y modernos no señalan Puerto, ni Rio alguno en aquel espacio, como porque en la boca del Estrecho tampoco le havia, sino muchos peligros, se levaron à las 5 de la tarde en demanda del *Río de Santa Cruz*, que discurrieron estaria en menor altura, que en la que le ponen las cartas de marear, y esperaban hallar en el buen Puerto.

Viernes 21. à medio dia se hallaron en 51. grados y 24. minutos. Sabado 22. à las siete de la tarde hubo turbonadas de truenos, y agua, y Navegaron al Norte. Domingo 23. al amanecer se hallaron en la costa, que corre al sur del Puerto de *Santa Cruz,* y à las diez y media ancorraron al Este de dicho Puerto, à media milla de distancia, en 9. brazas de agua. Estaban en 50. grados y 20 minutos de latitud. Salio en la lancha el Piloto Varela à reconocer una entrada, que divisaron à la vanda del Norte, creyendo seria la boca del *Rio de Santa Cruz;* pues aviendo registrado toda la tierra, que media entre la tierra rasa, y el rio *Gallegos,* no le havian hallado. Dentro de hora y media bolvio al Navio, por no poder romper con la corriente de la marea, que bajaba. A las tres de la tarde reconocieron, que el agua havia baxado seis brazas, y que estaban expuestos à quedarse en seco, por estar aun la marea en su mayor fuerza, y à su lado se iban descubriendo bancos de arena, y escollos: por tanto al punto se levaron para ponerse en franquia; mas à penas havian largado el trinquete, y velacho, quando descubrieron un banco, que les cerraba totalmente la salida. Dieron fondo en seis brazas, y todavia baxo algo la marea, de suerte, que llego esta à baxar por todo seis brazas y media. Quisieron salir à media noche con la marea llena, peró no pudieron, por alcanzarles la menguante antes de suspender el ancla, y ser peligrosa la salida en la obscuridad de la noche. La marea comenzó à baxar à las once y media del dia.

Lunes 24. tampoco dio lugar la marea à que saliesen del peligro, en que estaban, hasta las once del dia, que con marea llena, y viento de tierra se levaron, y à poco salieron à franquia en demanda del Puerto de *San Julian* dando repetidas gracias à Dios por haberlos librado de los baxos, que hallaron en el rio de *Santa Cruz,* saliendo con la marea por encima de los peñascos, de que por todas partes estubieron cercados. Este rio de *Santa Cruz* en otro tiempo fue capaz de Naves gruesas; pues refiere *Gonzalo Fernández de Oviedo* en su *Historia de las Indias,* que ancoraron en el las Naves del comendador *Don Fray García Jofre de Loaysa* año de 1526. En lo mismo contexta el chronista *Antonio de Herrera* en su *Historia de Indias,* Lec. lib. 9 cap. 4 quien dice, que en dicho rio de *Santa Cruz* dio carena à su capitana; y en la Lec. 2 lib. 9 cap. 14 dexa escrito, que *Hernando de Magallanes* se estubo en este rio de *Santa Cruz* los meses de septiembre, y octubre del año 1529. haciendo mucha cantitad de pesqueria. Y mas es todavia, que casi cien años despues los Hermanos *Nodales,* el año de 1618. en su viage al registro del Estrecho de *San Vicente,* ó de le *Mayre* estubieron tambien, aunque de passo, en el mismo rio, ó Bahia, que les parecio buen Puerto, como escribieron los mismos en su relación, y de ella lo refiere *Fray Marcos de Guadalaxara* en la 4 parte de la *Historia Pontifical lib. 14 cap. V.* Sin embargo el dia de hoy esta impedido el dicho Rio de *Santa Cruz* con unos grandes bancos de arena, que se discurre amontono en su embocadura la corriente de las mareas, que es rapidissima, tanto que hace garrar las ancoras, y con la baxa marea quedan descubiertos los bancos, que cierran la entrada. Tiene aquí la marea algo mas que seis horas de fluxo, y otras tantas de refluxo, y este dia 24. de Enero comenzo à baxar à las doce, y media del dia.

Martes 25. soplo el Suduestе, y Sur-suduestе muy recio, y se levantó mucha marejada, como acontece siempre en estas costas. Miercoles 26. se murió un Indio Guarani, que quiso acompañar en esta expedicion al Padre Strobel. No podian adelantar mucho el viage, porque el viento, y la mar del Norte abatia mucho el Navio. Este dia, con ser yà por aqui el rigor del verano, hizo mucho frio, y todos los demas experimentaron tanto, como en Castilla se experimenta en el invierno. Jueves 27. se hallaron à medio dia en 49. grados 17. minutos de latitud, y por la noche el viento Ouest Sudueste cambio al Nordeste, y causo mucha mar. Desde la altura del Rio de *Santa Cruz* es toda la tierra llana y pelada como las *Pampas de Buenos Ayres,* sin verse en ella cerro, ni arbol alguno; y desde 49. grados, y 26. minutos acia al Norte corren algunas cordilleras, y cerros altos, hasta pasar *Cabo Blanco,* que como yà dixe esta en 47. grados. El Sabado 29. se pasó todo dando bordos acia

el Este, y el Oueste, sin poder arribar al Rio de *San Julian*, por el viento contrario. Con Nordeste fresco se hicieron mas al Norte, para hallarse en positura de poder el dia siguiente reconocer dicho rio. Domingo 30. tampoco se hizo cosa, y à las ocho de la noche refresco demasiado el viento por el Nordeste, levantando grande marejada, que se aumento por instantes rodeando por el Oueste hasta parar en un Sudueste furioso, que los puso en gran peligro, y obligó à capear con sola la Mesana, arriadas la antena mayor, y la del trinquete.

Lunes 31. corrieron con el mismo temporal, que fue mas terrible que todos los pasados, hasta las diez del día, que calmó el viento; y à medio dia se hallaron en 48. grados y 27. minutos de latitud. Por la tarde, quando lo permitia el viento, que fue poco, y vario, navegaron al Oueste para tomar otra vez la costa, que el temporal les había hecho perder de vista. Por este tiempo hacían segunda Novena à su Patron *San Francisco Xavier*, y al fin de ella, y vispera, y dia de la *Purificacion* hubo muchas confesiones, y comuniones.

El dia 1. de Febrero navegaron al Nueste, mas la corriente del Norte les hizo sotaventar muchas leguas al Sur; pues reconocida la tierra à las 9 de la mañana, se hallaron en 49. grados 5. minutos de latitud, y pasaron el dia dando bordos sin poder tomar, ni aun reconocer el Rio de San Julian. Ancoraron à la noche à 3. leguas de la costa. Miercoles 2. navegaron con viento Sur à poca distancia de la costa, que desde los 48. à 49. grados tiene algunos escollos à las dos, y tres leguas del continente, y algunos de ellos parecen islotes, sin haber en ella ensenada, en que se pueda dar fondo al abrigo de algun temporal. Jueves 3. tampoco pudieron descubrir dicho rio, y à medio dia se hallaron en 48. grados cabales à la vista de la costa. Lo mismo les acaeció el viernes 4, y el sabado 5, se hallaron en 48. grados 24. minutos de latitud, y à seis leguas de tierra. A las 3. de la tarde estubieron Est-Oueste con los escollos, que pone el *Padre la Fevillée* en 48. grados y 17. minutos de latitud. El escollo, que sale mas al mar, se parece al casco de un Navio, y dista de tierra cinco leguas: en la misma latitud à legua y media de la tierra, se ven otros 4. ú 5 escollos, que salen como una restinga de piedras, y todos velan sobre el agua. Toda la costa en esta altura es tierra arida, y baxa; solamente se dexan ver à trechos, algunos mogotes, que no se levantan mucho.

Domingo 6. se hallaron demasiado apartados de la tierra en 48. grados, 32 minutos; y la costa desde esta altura à los 49. grados 17. minutos hace la figura de dos grandes ensenadas, y corren las puntas al Sudueste quarta al Sur. La tierra, que media entre las altúras dichas, es por lo general alta, aunque en algunas partes hace playazo. Al ponerse el sol sintieron el ambiente muy calido; cosa extraordinaria en estas cosas. Dieron fondo con una anclote al Sudueste 1. quarta al Sur de un Cerro, el mas alto de esta costa, distante 6. leguas. Lunes 7. à medio dia estaban en 48. grados 48. minutos al Est-Nordeste, del cerro mas alto, que es uno de los ultimos de la tierra alta. A las 6. de la tarde echaron la ancora à 2. leguas de una Bahía que desde àfuera parece una corta ensenada, que esta al este del Cerro alto, en 15. brazas, y el fondo era barro muy pegajoso, y fuerte. Martes 8. à las 5. de la mañana salio Don Diego Varela en lancha, à reconocer dicha Bahía, creyendo hallar alli la entrada al Rio de *San Julian*, peró llegando à la boca de la Bahia comenzo à baxar la marea con grande fuerza, y al mismo tiempo arrecio demasiado el viento Sudueste, por lo qual no pudieron arrimarse à tierra, y estubo muy à punto de naufragar la lancha, en la qual entró de una vez cosa de una pipa de agua, por lo qual se volvieron al Navio, à las tres. A la boca, ó entrada de esta Bahia por la vanda del Norte hallaron 14 brazas de fondo, barro algo negro, y bueno para ancorar; y en la vanda del Sur, à la entrada hay 5. 6. y 7. brazas de la propria calidad en el fondo. Toda la entrada es limpia, solamente en la punta del Sur hay dos farellones, que velan en marea mediada; en Pleamar parece se cubren, y en Baxa mar queda esta punta un Placer.

Miércoles 9. dia de la Octava de la *Purificacion de Nuestra Señora*, cuyo pa-

trocinio imploraban, quiso la Madre de piedad, que, calmando el viento Ouste fuerte à las 9. de la mañana, poco despues, con un Norte lento entrasen en la primera ensenada de la Bahia, que conocieron luego ser la de *San Julian;* y favorecidos del viento, entraron hasta una legua dentro. A las dos de la tarde tomando mucha fuerza la corriente de la marea, que baxaba, les preciso à dar fondo con un anclote. En el interin que cesaba el fluxo de la marea, saltaron en tierra algunos: y aviendo observado Don Diego Varela y el Padre Joseph Quiroga las bueltas, y baxos, que hacia el Rio, se volvieron à Bordo à las 4. de la tarde. En tierra hallaron algunos matorrales quemados poco antes. A las 6. de la tarde entraron mas adentro, hasta poner el Navio defendido de todos vientos, y le amararon con dos anclas. Aviendo dado fondo en marea alta en 9. brazas, luego se quedaron en solas 3 brazas, aunque el fondo es bueno, de barro blanco.

Jueves 10. salió el Padre Mathias Strobel, y el Alferez Don Salvador Martinez con algunos soldados, à ver si hallaban indios en tierra: y los Padres Cardiel, y Quiroga, y el Piloto Mayor Varela, salieron en la lancha, prevenidos de viveres, à sondar la Bahia, hasta el Rio de la *Campana,* que ponen algunas mapas, ó si entraba otro Rio, con animo de no desistir de la empresa hasta averiguarlo todo. Hallaron que los Navios pueden entrar hasta legua, y media de la primera boca: que el mayor fondo se halla en pasando una isleta baxa, que en Pleamar le falta poco para cubrirse, y hay en ella algunos Patos, y inumerables Gaviotas. Todo lo demas que está de la vanda del Sur, y de Oueste, en marea llena parece un Golfo todo lleno de agua; peró en Baxamar queda todo en seco; y assi aviendo navegado cosa de tres leguas hasta medio dia, y baxando à esse tiempo la marea, se quedaron en seco. Luego que subio prosiguieron acia unas barrancas, que se ven al Sudueste, y tres cuartos de legua antes de llegar à ellas, y al parage donde en Pleamar llega el agua, baxo otra vez la marea, y se quedaron en seco. Descanzaronse el Piloto Varela, y el Padre Cardiel, y por el barro, y pocitos, que dexo la Baxamar, llegaron à la costa. Anduvieron acia una y otra parte, y reconocieron que alli se acababa la Bahia, y alli fenecia el grande, y fabuloso Río de *San Julian,* su gran Laguna, y el rio de la *Campana,* tan mentados, y decantados en los Mapas, especialmente de los Estrangeros, quedando harto maravillados, de que con tanta confianza se cuenten tales fabulas, y se impriman sin temor de ser cogidos en la mentira.

Encima de aquellas barrancas, ó laderas, halló el P. Cardiel cantidad de Yesso de espejuelo con planchas anchas, à manera de Talco. Volviéronse descalzos à la Lancha, en que durmieron hasta las dos y media de la mañana del viernes 11. En amaneciendo fueron costeando lo restante de esta Bahia; à las 8. baxo la lancha, sin poder sacarla hasta las dos y media de la tarde, que crecio la marea, y rodeada toda la Bahia, se bolvieron al Navio; y en toda ella no hallaron agua dulce, ní leña, sino tal qual matorral de Sabina y Espino. El Padre Mathias Strobel volvió diciendo, que por donde havian andado, la tierra era semejante à la del *Puerto Deseado;* que halló en la orilla de la Bahia unos pozos con una bara de profundida, de agua algo salobre, peró que se podia beber, hechos à mano, que se discurrio los harian los Ingleses de la Esquadra de *Jorge Anson* el año de 1741, y que tambien hallo à distancia de media legua de la Bahia, una laguna ,cuya superficie estaba quaxada de sal. Los marineros tendieron la Red, y pescaron buen número de Peces grandes, de buen gusto, semejantes al Bacalao, aunque algunos dixeron era *Pexepalo.*

Sabado 11. quedandose indispuesto el P. Quiroga en el Navio, salieron los dos Pilotos à marcar el sitio de las *Salinas,* y se recogieron à bordo al nochecer, quedando en tierra dos soldados, que se apartaron demasiado. Domingo 13. reconociendo en aquel Puerto tan mala disposicion para que quedasen los Padres Strobel, y Cardiel con el Alferez, y los soldados, y siendo igualmente arida toda esta costa, hasta ahora registrada, quiso el P. Quiroga saber el parecer de los otros dos Misioneros, del Capitán del Navio, del Alferez, que comandaba la tropa; y todos unanimes sin-

tieron no establecer allí Poblacion, por no haber en la cercania de la Bahia agua dulce, ni tierras para labranza, y lo que es mas por faltar madera, y aun leña para quemar, que es cosa tan necesaria en esta tierra frigidisima: peró para mayor averiguación se determino, que saliese el P. Mathias con el Alferez, y ocho soldados por un lado, llevando viveres para tres ó quatro dias y anduviessen tierra adentro, registrando la tierra; y assi mismo el P. Cardiel por otro lado con diez soldados. Volvieron los dos soldados que se havian quedado en tierra la noche antecedente, y dixeron haver hallado agua dulce en una laguna distante 4 Leguas de la Bahia, y Huanacos, y Avestruces; peró que no se veian arboles en quanto alcanzaba la vista.

Lunes 14. salieron en la forma dicha el P. Strobel por la parte oriental y el P. Cardiel por la occidental, y caminando aquel al sur como cosa de seis leguas, encontro una laguna, que boxearia una legua, toda quaxada de sal, distante del mar tres quartos de legua, y otro tanto del fin de la Bahia. Los soldados encendieron los matorrales, que hallaron, y corrio el fuego dos leguas. La tierra era la misma que en el viage antecedente. La gente que con el Padre Cardiel iban acia el Poniente, pegó también fuego en la Yerba de los campos, y subio el fuego hasta muy alto. Hizo noche dicho Padre Cardiel como seis leguas al Poniente de la Bahía, en donde hallaron agua dulce. Por la mañana del Martes 15 despues de rezar, y haverse todos encomendado à Dios, prosiguieron su viage, y à distante de una legua de la dormida, dieron con una casa, que por un lado tenia seis vanderas de paño de varios colores, de media vara en quadro, en unos palos altos, clavados en tierra; y por el otro lado cinco cavallos muertos, embutidos de paja, con sus clines, y cola, clavado cada uno sobre tres palos en altura competente. entrando en la casa hallaron dos Ponchos tendidos, y cavando encontraron con tres difuntos, que todavía tenian carne, y cabello. El uno parecia varon y los otros mugeres: en el cabello de una de estas habia una plancha de Laton de media quarta de largo, y dos dedos de ancho, y en las orejas zarcillos de lo mismo. En lo alto de la casa havia otro poncho rebuelto, y atado con una faxa de lana de colores, y de ella salia un palo largo como veleta, de que pendian ocho borlas largas de lana amusca. Segun esas señas los difuntos eran de la Nacion *Puelche*. Pasaron adelante en busca de los que havian hecho aquel entierro, creyendo dar luego con ellos, y juntamente con tierra habitable; mas aunque caminaron otras tres leguas, no hallaron rastro, y se les acabo el bastimento. Quisieron los soldados cazar Patos en las lagunas, que encontraron, y como era con bala, no mataban nada.

Despacho el Padre Cardiel dos soldados al Navio con un papel al Padre Superior Mathias Strobel, y al Capitan, haciendoles relacion de todo lo hallado, y pidiendoles hasta treinta hombres, con viveres, y municiones para ellos, y para los que le acompañaban, que pudiesen durar hasta quatro jornadas adelante. Este mismo dia 15. salieron en la Lancha el Piloto Don Diego Varela, y el P. Quiroga à sondar el canal de la entrada, y marcar todos los bancos, que hay en su boca; peró por el viento recio se vieron precisados à desembarcar en una pequeña ensenada, donde echando la red los Marineros la sacaron llena de peces grandes, todos de una especie que parecen *Truchas* de siete à ocho libras. Hallaron en aquella parte de la costa buena leña para quemar, y en buena proporción para que se puedan proveer de ella los Navios, que entraren. A la tarde volvio el Padre Mathias, y su comitiva, y dixeron, que en la laguna hallada, la sal tendria mas de una vara de alto, blanca como la nieve, y dura como piedra; peró que no havian hallado seña alguna de que habiten Indios en esta tierra.

En el Miercoles 16, aunque sopló fuertemente el Sudueste, nada incomodo al Nãvio, por estar bien defendido, y no poder los vientos levantar marejada. Llegaron los dos soldados con la carta del Padre Cardiel, à cuya suplica condescendio el Padre Strobel, quien el Jueves 17, al salir el sol saltó en tierra con el Alferez y los soldados, à juntarse con dicho Padre Cardiel; y al mismo tiempo el P. Quiroga, y el Capitan del Navio, y el Primer Piloto, fueron en la lancha à sondar lo que les fal-

taba de la Bahia; y saltando en tierra subieron à un cerro bien alto, que esta al Norte de la Bahia. Descubrieron acia la parte del Norte una gran laguna, que se estendia tres leguas al Oueste, y casi otro tanto al Norte, sin comunicacion alguna con el mar; pero no pudieron saber si dicha laguna era de agua dulce. El Padre Mathias camino quatro leguas con su gente, y sabiendo que se acercaba el Padre Cardiel, le embió à decir, que se llegase à donde su Reverencia se hallaba. Hizolo el Padre Cardiel con grande trabajo, y le dixo el Padre Mathias que aquella su gente venia muy fatigada con tanta carga, y que aviendo pensando mejor en el punto, le parecia ser temeridad irse aquellos soldados à meter entre Barbaros, no conocidos, y de à cavallo. Diole muchas razones en contra con su animo intrepido, y valeroso el Padre Cardiel, poniendo por delante el valor, y experiencia de aquella gente; los pertrechos que tenian de fusiles, y polvora, y balas; la cobardia de todo Indio, quando halla resistencia; y finalmente la causa tan de Dios, que llevaban de su parte, que era la conversión de aquellos Gentiles. Respondio el Padre Mathias, que lo encomendaria à Dios, y responderia por la mañana, en que la resolución fue que se bolviesen al Navio, obedeciendo prompto el Padre Cardiel, aunque con el sentimiento de retirarse sin descubrir los Indios, que imaginaba muy cercanos, pues avia yà visto un Perro blanco que les ladró, y se fue retirando hasta donde creia haber de hallar los Indios. La causa que tubo entonces el Padre Mathias, fue llevar pocos viveres prevenidos.

Sabado 19. propuso el Padre Cardiel, era bien averiguar, donde tenían su habitación los Indios, y pidio al Padre Superior Strobel, que lo consultase con el Capitan del Navio, con el Alferez, con el Sargento, y con el Padre Quiroga, según la instruccion, que para semejantes casos le havia dado el Padre Provincial. Hecha la Consulta, fue esta de parecer, que bolviese à correr el campo el Padre Cardiel con los soldados, que voluntariamente quisiesen acompañarle. A los soldados añadio el Capitan del Navio muchos Marineros, que voluntariamente se ofrecieron, y un soldado de Marina, llevando cada uno viveres para ocho días, y buena prevención de municiones.

Domingo 20. en que fue el Novilunio, aviendo observado el Padre Quiroga, y los Pilotos con particular cuidado la hora de la Plena, y de la Baxa mar, hallaron, que la Baxa fue à las 5. de la mañana, y la Pleamar à las 11. del día. Lo qual es muy necesario que sepan los que huvieren de entrar este Puerto porque hay no menos que seis brazas prependiculares de difrencia; de suerte que en Plena mar puede entrar un Navio de Linea por los bancos, que en Baxa mar quedan descubiertos. Al amanecer este dia, despues de decir Misa saltó en tiera el Padre Cardiel, con la escolta de soldados, y Marineros, que por todos eran 34, y tomó el camino al Oueste. El orden que se observaba era este: à la mañana rezaban algunas oraciones, y el Acto de Contrición, y una oración, en que daban gracias à Dios por los Beneficios comunes, y parculares, y le ofrecian las obras, y trabajos de aquel dia, especificando la hambre, sed, cansancio, peligros &c. y protestando, que lo hacian por su amor, y por la conversión de los Infieles. Despues desayunaban y marchaban cantando la *Letania* de la Virgen, y despues de ella rezaba el Padre Cardiel el itinerario clerical. Quando iban por campaña sin camino iba el Padre en medio, y todos estendido en ala a la larga para buscar mejor lagunas, leña, caza, y ver humos de Indios &c.; quando por senda de Indios (que la tubieron por muchas leguas) iba el Padre el primero, atemperado al paso de los menos fuertes, para que no les hiciesen caminar mas de lo que podian: llevaba al pecho un Crucifixo de bronce, y en la mano un baculo, gravada en el una cruz: à la noche rezaban el Rosario, y cantavan la *Salve;* y para el rezo de mañana, y tarde, y para hazer cargar las mochilas, y cminar, hacia el Padre señal con una campanilla, que servia de tambor.

Caminaron en esta forma quatro jornadas de a 6. y 7. leguas cada día, casi siempre por un camino de Indios, de un solo pie de ancho, que estaba lleno de estiercol de cavallos, y Potrillos, yà antiguo; y por manantiales de agua muy buena.

Al fin de las quatro jornadas se desviaron de la senda à una Cuesta alta, desde donde, mirando con un Antojo de larga vista descubrieron la tierra de la calidad de la demas. Anduvieron en estos quatro dias cosa de 25 leguas sin hallar un arbol alguno, ni pasto, sino algo de heno verde en los manantiales, ni tierra de migajon para sembrar, sino toda esteril: agua si, y en abundancia en varios manantiales, por donde iba el camino, ó senda de los Indios; y por donde no la havia, eran lagunas todas de agua dulce. No vieron humo alguno, ni se encontraron animales del campo, sino unos pocos *Huanacos*, que huian de media legua, y tal qual *Avestruz*, de que mataron uno, siendo esteril de caza toda la campaña, y cuestas; ni aun pajaros se oyeron, sino tal, ó qual. Huvieronse, pues de bolver harto desconsolados. La gente se porto con mucha constancia, aunque unos, à pocos dias, yban yà descalzos, otros con ampollas en los pies, y otros con llagas. El Padre Cardiel à pocos dias padecio muchos dolores en las junturas de las piernas, de manera, que al quinto no podía caminar sin muleta; y no hallando otro remedio, que ponerse en ella paños empapados en orina, con esto solo, y la providencia paternal de Dios pudo proseguir. El frio de noche les molestaba mucho; y aunque con los escasos matorrales que hallaban tenian fuego toda la noche, como no llevaban mantas, ni con que cubrirse, por un lado se calentaban, y por otro se elavan, sin poder dormir.

Con todos estos trabajos estaba tan vigoroso el animo del Padre Cardiel, que si hubiera sido *sui juris*, se huviera venido por tierra, descubriendo que hay acerca de los decantados *Cesares*, y de Naciones dispuestas à recibir el Evangelio, para lo qual yà se le havian ofrecido algunos de su comitiva; porque se hacia la cuenta, que con *Abalorios*, que llevaba, podria comprar cavallos de los Indios, y cautivarles las voluntades: peró como no esperaba poder conseguir licencia para poder practicar esta especie, trató de volverse al Puerto en otras quatro jornadas. En estos ocho dias, que tardó el Padre Cardiel en esta expedición, observo el Padre Quiroga con un Quadrante astronomico la latitud de esta Bahia de *San Julian;* y segun estas observaciones, la primera entrada de la Bahia está en 49. grados y 12. minutos: el medio en 49. grados y 15. minutos.

El martes 22. à las 4 de la mañana se embarcaron en la lancha el Padre Mathías Strobel, el P. Joseph Quiroga, el Piloto Varela, y el Alferez, y salieron à la primera ensenada de la Bahia, y saltando en tierra caminaron acia el Norte à reconocer la laguna, que havian descuvierto los dias antecedentes. A los tres quartos de legua hallaron en lo alto, entre unos cerros, otra Laguna de agua dulce, que tiene de circuito una legua. Mas adelante à dos leguas de la ensenada, donde desembarcaron este dia, hallaron la Laguna grande pero toda cubierta de sal': tiene tres leguas de largo, y mas de una de ancho. Pasaron à la otra vanda por ver si hallaban algunos arboles, y no hallaron sino matorrales, que solamente tienen leña para quemar. En está travesia de la Laguna les calento mucho el sol, y su reflecion en la sal blanca como la nieve, les ofendia la vista. Hallaron siete, ó ocho *Vicuñas*, y un *Huanaco;* y à la vanda del Sur de la Laguna, un pozo de agua dulce. Por la vanda del Este de esta laguna hay una buena llanura, y luego esta el mar à una legua de distancia. A las 4 de la tarde de esta dia estuvieron ya à bordo.

Lo que todos vinieron à concluir, reconocida esta tierra de la Bahia de *San Julian*, y sus malas calidades, es, que por allí no pueden havitar los Indios por falta de leña, miel, caza, &c; sino que viven muy retirados; y discurrieron, que el sendero estrecho, que siguio el Padre Cardiel quatro jornadas, es, ó de los *Araucanos* de *Chile*, ó de los *Puelches*, y *Pehuenches*, que vendran tal qual vez por sal, de que careceran en su Pais, à la Laguna grande, o à las otras de la cercania de la Bahia: y que este año moriria allí algun principal de ellos, para cuyas exequias matarian dos de sus mugeres, y sus cavallos, para que le hiciesen compañia en la otra vida, segun cree su ceguedad, y por el mismo motivo enterrarian con el todas las alhajuelas. Marabillados se quedaron, que en tamaña distancia de *Buenos Ayres* hubiese Indios de a caballo, por que se juzga, que desde 150 leguas abaxo todos

son de à pie, segun nos dicen los Indios Serranos, y los Derroteros de los Estrangeros. Nota, esto se puède componer bien con que los Indios, que allí estaban enterrados fuesen de los *Puelches* de a cavallo, ó de los *Patagones*, que tratan con la Gente del Cacique *Bravo* y adquieran algunos cavallos ó por trato, ó hurtados; y que el resto de la Nación Patagona sea de à pie, como es cierto. Segun parecio por sus alhajuelas de Laton &c ellos tienen comunicacion con otras Naciones, que la tienen con los Españoles; y como lograron las Planchas, pudieron lograr los Cavallos.

En fin el Lunes 28. de Febrero se empezaron à preparar las cosas para salir de la Bahia de *San Julian*, en donde no hallandose comodidad para hazer por lo presente algun establecimiento, hizo el P. Superior Mathias Strobel consulta, en que entraron el Capitan del Navio, el Alferez, el Sargento, los Padres Cardiel, y Quiroga, presente el escribano del Navio y todos unanimes fueron de parecer, que al presente no era conveniente se quedasen allí los Padres, pues ademas de faltar las cosas necesarias para Poblacion, tampoco havia Indios en cuya conversión se empleasen. Por tanto à las 9. de la mañana comenzaron à levarse; pero aviendose cambiado à la misma hora el viento à Sudueste, se quedaron en el mismo sitio. A las dos de la tarde sopló con grande fuerza, que el Navio garró algunas brazas, y fue necesario arriar las antenas, y prevenir otra ancla. Los Marineros, que havian hoy ido à tierra en la Lancha, hallaron en el campo un letrero con estos caracteres; I. O. H. N. WOOD. que sera el nombre de algun Ingles, ú Holandes, que haya estado en esta Bahia.

Martes à 1. de Marzo, por tener el viento por el Sueste, pudieron salir por la mañana, y se coloco en alto en frente del sitio donde estubieron ancorrados, una cruz alta de madera con esta inscripción: *Reynando Phelipe V. año de* 1746. A las 4 de la tarde, soplando el Oueste, se levaron, y salieron de la Bahia de *San Julian* à las 5. y luego que estuvieron fuera levantaron la Lancha à bordo, y siguieron su derrota al Nordeste, con que por despedida, sera bien dar aqui mas completa relacion de este Puerto, y Bahia.

De ella cuentan muchas cosas los viageros estrangeros, y especialmente Jorge Anson, Comandante de la Esquadra Inglesa, que el año de 1748 [sic] entró à infestar el mar del Sur por el estrecho de la *Mayre*. Entre otras cosas ponen algunos de sus Mapas impresos, que esta famosa Bahia la forma un gran *Río*, que nace de una gran Laguna, 40. ú 50. leguas tierra adentro; y que de esta laguna nace otro *Río*, llamado de la *Campana*, que corre hasta salir al mar del sur. Por todo esto deseaba el Real Consejo de Indias, que se hiciese aquí una Poblacion, y à este fin se emprendio este viage: peró la experiencia hà dsengañado, que todo lo que decian de esos *Ríos* los estrangeros, es una mera, pura patraña, pues tal *Río* no se halla, ni señas de haverle jamas havido; que al fin es verdadero el adagio castellano, que à luengas tierras, luengas mentiras.

Todos situan esta Bahia en 49. grados, minutos mas, ó menos; y tienen razon, porque como ya dixe, se hà visto ahora, que esta en 49. grados, y 12 minutos su entrada; y el medio en donde pueden surgir los Navios, en 49 grados, 15 minutos. Su longitud respectiva, contada de la *Isla de Lobos* son 15 grados y 20 minutos; y la Longitud universal, contada del *Pico Teibez de Tenerife*, son 311. grados y 40. minutos. No solamente no entra en esta Bahia Rio alguno grande, que se pueda navegar muchas leguas arriba, como en sus Diarios, y cartas escriben sin fundamento algunos estrangeros, pero ni aun un pequeño arroyuelo pudieron hallar nuestros Españoles.

La entrada de este Puerto es dificil de conocer al que no lleva mas señal, que la altura, porque desde fuera solamente se ve la prima ensenada, casí toda llena de baxos: peró sera muy facil conocer dicha entrada, governandose por las señas siguientes. Casi al Oueste de la boca del Puerto está un Cerro muy alto, el qual yendo del Nordeste, se vè de muy lexos, por ser el mas alto que se vè en esta costa, y

de lexos parece como isla; y acercandose algo mas, se ven las puntas de otros tres cerros, que tambien parecen islas, hasta que de mas cerca se vè, que son tierra firme. Pues el que fuese en demanda del Puerto de *San Julian* desde la *Isla de los Reyes*, se apartara de la tierra, porque es costa pligrosa, y llena de baxos; y en llegando à las 49 grados llevara la vista al sobredicho cerro mas alto, y navegara acercandose à la tierra Est-Ouest con el, y entonces verá la primera ensenada que tiene à la vanda del Norte unas barreras blancas; y toda tierra que está à la vanda del sur hasta el *Rio de Santa Cruz*, es baxa, y tambien parece que hace una barrera blanca, que parece una muralla.

La entrada en el Puerto es bien dificil, y no pueden entrar Navios en marea baxa, pues queda solamente un canal estrecho con dos brazas, y media, ó tres brazas de fondo, el qual corre al Sudueste hasta una punta, en la qual hay algunas peñas, y desde allí corre mas al Sur por cerca de la costa, que se dexa al Oueste. En Pleamar pueden entrar Navios de qualquier porte, porque como yà se dixo, la marea sube y baxa 6. brazas perpendiculares, y hace muy diferente la apariencia de la entrada, y del Puerto, como se vè en dos planos, que hizo el Padre Quiroga. No obstante siempre sera necesario que el Navio, que no llevare Piloto practico de este Puerto, dè fondo de fuera, y embie la Lancha à reconocer la entrada, porque, como hè dicho, es dificil: y siempre sera bueno entrar quando la marea vaya perdiendo la fuerza, para poder ancorar en bastante fondo, antes que baxe la marea. Los Navios grandes pueden entrar hasta ponerse detràs de las islas, en donde en baxamar se hallan 13. y 14. brazas. El fondo es bueno de barro negro, mezclado con arenilla muy fina. Los vientos aqui, aunque soplan con fuerza, no levantan marejada, por estar todo el Puerto cubierto con la tierra. Hay dentro dos islas, que velan en Pleamar, y en ellas muchas *Gaviotas*. A media marea se van descubriendo otros islotes, y finalmente en baxa mar, se queda en seco, por la parte del Sur, un recinto, que en plena mar parecia una grande Bahia.

Este Puerto por el estio, no tiene aguada para los Navios; pues algunas lagunas, y manantiales, que se hallan al Ouest del Puerto, distan tres, ó quatro leguas, y otra laguna mas proxima, que esta al Norueste de la entrada, dista una legua del mar, y está bien dificil de hallar entre dos cerros cerca de lo alto. En tiempo de invierno es factible, que baxen algunos arroyos que distilan las nieves. Toda la tierra es salitrosa, y esteril. Solamente se hallan algunos matorrales al Ouest de la entrada, que pueden servir para leña para los Navios. No hay pasto para los ganados, sino es tierra adentro que se halla algun poco en las cañadas, donde hay manantiales; ni se halla un solo arbol, que pueda servir para madera.

Puedese facilmente fortificar el Puerto, costruyendo una bateria en la punta de piedras, que esta al Sudueste de la primera entrada en la costa del Norte, porque aqui se estrecha la entrada, y pasa el canal à tiro de fusil de dicha punta: ni podran los Navios batir la fortaleza construida en este sitio, porque en baxando la marea, se queda en baxa mar con poca agua, y aun en el canal estrecho apenas llega à tres brazas. Piedra no falta, y casi toda parece ser de Ostiones convertidos en piedra, de la qual se puede hazer buena cal. Tambien al sur del Puerto se halla en los cerros espejuelo para hacer Yesso.

Hay en este Puerto abundancia de pescado, semejante al *Bacalao*: hay aves marítimas, como *Gaviotas, Paxaro Niño*, Patos &c. y en tierra se hallan *Avestruces, Huanacos, Vicuñas, Quirquinchos*, y *Zorrillos*. El temple es seco, y en verano no hace mucho frio. Hay 4. ú 5. lagunas de sal; peró la mas cercana, dista del mar una legua. Al cabo, pues, de 21 dias de diligencias para averiguar todo lo dicho, salieron nuestros Navegantes de esta Bahia de *San Julian* à 1. de Marzo viniendo en demanda del *Rio de los Camarones*, siempre cerca de la costa.

Navegaron sin ver cosa especial, hasta que el Jueves 10 de Marzo se les levanto mucho mar en la altura de una ensenada, que hay al sur del *Cabo de las Matas* en 45. grados de latitud. Enfrente de dicho *cabo* hay dos islas, la mayor à una legua

del continente, y la menor, que es muy baxa, dista de la tierra 4. leguas, y estan una con otra Sueste Norueste. Hay otras 4. islas, la una grande à la punta del Sur, y tres pequeñas dentro de la Bahía del mismo cabo, al qual no conviene el nombre de las *Matas, pues* la tierra es toda arida, y sin matas algunas. Las aguas corren aqui con mucha fuerza al Sur, y al Norte, siguiendo el orden de las mareas; y la tierra del Cabo es medianamente alta, con algunos Mogotes. Entre dos puntos de este *Cabo de Matas* hay una ensenada, en que entraron el Viernes 11 para registrarla, dando fondo en medio de ella 30 brazas, arena negra, à legua y media, ó dos leguas de la tierra. A medio dia saltaron en tierra el Padre Quiroga, el Piloto Mayor, y el Alferez, y reconocieron que en lo interior de esta ensenada, que forman las puntas de este cabo, hay una buena Bahia con mucho fondo hasta cerca de tierra, de suerte, que à tiro de fusil se hallan 7. ú 8. brazas de fondo de arenilla, y cascaxo en marea baxa. Llamaronla *Bahia de San Gregorio*, y está abrigada de todos vientos, à excepción de los Nordestes, y Estes, que aqui no suelen ser malignos.

Subieron los tres à los mas altos cerros para descubrir desde alli à la vanda del Norte de la *Bahia de los Camarones*, y aviendola descubierto, con una que hay en ella, registraron assi mismo otra caleta à la vanda del Sur del Cabo; y notando todo, se bolvieron à la Lancha à las 6 de la tarde, bien cansados de hacer andado 3. leguas sin haver hallado agua, ni leña, ni otra cosa alguna, que piedras, que la hazen aun inhabitable de los brutos. Sabado 12. dieron fondo al anochecer dentro de la *Bahia de los Camarones* en 25. brazas de fondo, arena menuda, à legua y media de tierra.

Es esta Bahía muy grande, por lo qual en el medio está muy desabrigada; mas en la vanda del Sur, cerca de tierra, pueden las Naves abrigarse de los vientos Sudueste, Sur, y Sueste, aunque en tal caso estaran expuestas à los Nortes, y Nordestes, de los quales se pudieran defender en la vanda del Norte, quedando expuestas à los demas vientos. En medio de la Bahia hay una isla, que tendra una legua de largo, y en la punta de esta hace una restinga de baxos, e islotes: dista del continente casi una legua, y esta toda cubierta de Aves, y de Lobos marinos, que andan por la Bahia en grande numero. Pusieronla por nombre, la *isla de San Joseph*. Observando el sol de esta Bahia, se hallo estar en la altura de 44. grados y 32. minutos de latitud, y en 313. grados y 36. minutos de longitud.

Saltaron en tierra el Domingo 13. à las 8 de la mañana, el Padre Mathias Strobel, el Alferez, y seis soldados à registrar el terreno, y ver si habia Indios en esta costa. Bolvieron al anochecer, sin mas noticia, que haver hallado toda la tierra llena de peñascos, y espinas, en quatro leguas, que caminaron, y de las espinas trahian los soldados lastimadas las piernas, por ser muy agudas. Encontraron uno que parecia Rio, por cuyas orillas subieron y a cosa de una legua ya no habia mas que señales de que por alli hasta aquella entrada del mar, algun arroyo de agua en tiempo de lluvias, ó al derretirse las nieves, aunque entonces estaba totalmente seco. Por lo qual se reconoce ser fabuloso el Rio, que en esta Bahia pintan algunos en sus Cartas, ni se halla agua dulce, ni leña, ni arbol alguno. No hallaron rastro alguno de Indios, ni es posible que habiten en esta costa, en donde todo es seco, arido, sin que se pueda hallar gota de agua. Havia en la Bahia muchos Camarones, que no se hallaban en otra parte sino alli, y en la Bahia de *San Julian*.

Al anochecer el Lunes 14. salieron con Nordeste de la *Bahia de los Camarones* en demanda del *Rio del Sauce*. El Martes 15. se pusieron Norte Sur con el *Cabo de Santa Elena*, que esta à la vanda del Norte de la Bahia de los Camarones en 44. grados y 30. minutos de latitud: la tierra de el es por la mayor parte baxa, solamente se ven algunos mogotes, que sobresalen algo, y al que viniese de lexos, pareceran islas. El Miercoles 16. por la noche, refresco el viento demasiado, y causo grande marejada. El Jueves 17. à las ocho de la noche les sobrevino de repente un huracan de viento Sudueste muy recio, que cogiendoles con las 4. principales largadas, los pu-

só en manifiesto peligro de desarbolar, y mas aviendoles tomado por la lua; peró al fin pudieron aferrar las tres, excepto la del trinquete, con la qual corrieron à popa, haciendo camino al Sudueste. El viernes 18. se hallaron dia en 42. grados y 33. minutos acia donde se pone comunmente el rio del *Sauce*, pero los vientos contrarios no les permitieron llegar à el; y viendo que el agua escaseaba, pues no se pudo meter mas por la pequeñez del Navio; que el tiempo era yà de invierno por allí, que este Rio estaba muy cercano à *Buenos Ayres*, y muy lejos del *Estrecho de Magallanes*, en cuyos cercanias era el orden de poblar; que segun relaciones de algunos Españoles, que desde *Buenos Ayres* han llegado a dicho Rio, y de los Indios, que pueblan sus margenes tierra adentro, y van algunas veces acia el mar, es de malas calidades azia su boca prosiguieron adelante sin entrar en el, y en 41º grados encontraron las corrientes del Mar.

El sabado 25. de Marzo, à las 10. de la mañana, se reconocio estar sentido el Palo Mayor en la parte superior, y se le echo un refuerzo. Hallaronse al observar el 35. grados y 36. minutos, y aviendose hallado el Lunes 28. en 35. grados y 43. minutos, los hicieron retroceder las corrientes; pues el Martes 29. se hallaron en 35. grados y 23. minutos. Jueves 31. à las 5. y media de la mañana se hallaron por fin al Norte del *Cabo de Santa Maria*, 4. leguas de tierra. Viernes I de Abril estubieron à medio dia en 34. grados y 48. minutos al Este una quarta al Nordeste del *Cabo de Santa Maria*, à tres leguas de distancia. A la una y media descubrieron el *Pan de Azucar* al Oueste, y a las 5, y media à su barlovento una embarcación, que navegaba al *Rio de la Plata*, y su vista les obligó a preparar la artilleria, y las armas. Sabado à las 6. de la mañan, enfrente de *Maldonado*, descubrieron à Sotavento la embarcación del dia antecedente, aterrada, y se reconocii que llevaba vela latina, y à medio dia echaron un Gallardete Español en el palo mayor, para llamar la embarcación, que reconcieron ser *Tartana*. A las 2 de la tarde teniendo la mas cerca, hecharon vela Española, asegurandola con un tiro de cañon sin bala; por lo qual à poco rato se acerco dicha tartana, que venia à cargo de Don Joseph Marin, Frances, quien dixo aver salido de Cadiz por Enero con pliegos de su Magestad para el Governador de *Buenos Ayres*, y por no traher practico del Rio, seguiria la derrota de este Navio, como lo executó; y el Lunes 4. de Abril à las 15. de la tarde, dieron fondo à tres leguas de *Buenos Ayres;* y à las 5. y media entraron los tres Jesuitas en la Lancha con el Capitan del Navio, y de la *Taratana;* y à las 7. y media llegaron à dar cuenta de su arribo al Governador de *Buenos Ayres* Don Joseph de Andonaegui, quien quatro meses antes les havia despachado, de orden de Nuestro Rey (que Dios guarde) à esta demarcacion de la costa hasta el *Estrecho de Magallanes*.

Lo que en general se puede decir, es, que dicha costa del Oceno, que se estiende desde el *Rio de la Plata* hasta la ultima tierra continente de esta America Meridional, ó Austral, se llama comunmente *Costa de Patagones*, esta situada entre los 36. grados y 40. minutos, y los 52. grados y 20. minutos de latitud Austral. Corre desde el *Cabo de San Antonio* hasta la Bahia de *San Jorge* al Sudueste: desde esta Bahia hasta el *Cabo Blanco*, corre Noruest-Sueste del cabo blanco, hasta la *isla de los Reyes Norte Sur;* y desde la isla de los Reyes hasta el *Rio Gallegos* corre al Sur-Sudueste, formando varias ensenadas; y ultimamente desde aqui al *Cabo de las Virgenes* corre al Su este.

Toda la costa hasta los 43. grados, es tierra baxa, y dicen, que cerca de tierra se halla poco fondo. Desde los 44. grados, navegando acia el Sur es casi toda la tierra de la Costa bien alta, hasta la Bahía de *San Julian;* y en 44, 45, y 46 grados de Latitud, se halla mucho fondo cerca de tierra, y asi por esta altura, navegando de noche, no hay que fiarse de la sonda, pues se hallan 40. brazas à una legua de la tierra y el mismo fondo se halla muchas leguas la mar à fuera. Desde *San Julian* al Puerto de *Santa Cruz* es la tierra rasa, y hace barrera alta en la orilla del mar; hallase en todo el intermedio buen fondo. De *Santa Cruz* al *Rio Gallegos*

buelve à ser la tierra moderadamente alta, y luego hasta el *Cabo de las Vírgenes* es la costa baxa.

En el *Cabo de Matas* es peligrosa la navegación de noche en la cercania de la tierra, à causa de las islas, que salen mucho al mar, y la demas à fuera, es la mas baxa, tambien es poco segura la costa desde la *isla de los Reyes* hasta *San Julian*, por lo qual conviene en esta altura navegar à buena distancia de la tierra.

Los vientos, que corren en estos mares el verano, y estio, son Nortes, Nordestes, Ouestes, y Suduestes: los Estes y Suestes, que serian los mas nocivos, no reynan en este tiempo. De los sobredichos los Suduestes levantan mucha mar y son casi ciertos en las conjunciones, oposiciones, y quartos de Luna. Las mareas incomodan mucho la navegación por la costa: en algunas partes sube, y baxa 6. brazas perpendiculares, causando este fluxo, y refluxo mucha diversidad de corrientes, que unas veces corren à lo largo de la costa, y unas al Norte, y otras al Sur, y tal vez encontrandose unas con otras, corren, acia el Este, y el Sueste.

Los Puertos son muy pocos: solamente en el *Puerto Deseado*, en *San Julián*, y en la Bahia de *San Gregorio* se halla abrigo para los Navios. En el *Puerto Deseado*, hay una fuente de la qual, en caso de necesidad, pueden hacer aguada los Navios: todo lo restante de la costa está seco y arido tanto, que no se vè un arbol, ni hay donde se pueda hacer leña gruesa; de algunos matorrales se puede hazer algun poco en la Bahia de *San Julian*, en donde se hallara también mucha pesca, y abundancia de Sal.

En tiempo de verano se siente algo de frio, que en el invierno no puede menos de ser execivo, a causa de las muchas nieves, que caen en las cordilleras. Estas no fecundan la tierra, antes la dexan tan seca y estéril que parece incapaz de producir fruto alguno. Toda la costa parece que está desierta, ni hay Indios en parte alguna cerca del mar, desde el Cabo de *San Antonio* al *Cabo de las Virgenes;* porque siendo la tierra de la costa salitrosa, e infructifera, no tienen de qué mantenerse; y si en alguna parte los hubiera, hubieran estos Navegantes visto algunos fuegos, o humareda en las partes donde surgieron, y saltaron en tierra. Por tanto parece que los Indios viven muy tierra adentro acia la falda de la cordillera de *Chile*.

Hanse descubierto con este viage, y registro varias falsedades, que tienen los Derroteros de algunos viageros estrangeros; porque en cuanto à los Rios, que ellos señalan, se ha visto ahora, que son imaginarios, y que à lo mas solo debe correr agua por ellos en tiempo de lluvias, y nieves al derretirse. Con que queda claro, que desde el *Río Sauce*, que es el que otros llaman, el *Desaguadero*, no hay ningun otro rio hasta el estrecho de Magallanes. Los extrangeros no parece que fueron de propósito á registrar costas, como estos nuestros españoles, y así dijeron aquellos lo que desde lejos les pareció. Pudiera ser que á los españoles se les hubiera ocultado alguno, aunque han puesto sumo cuidado, porque es cosa dificil verlo todo desde el navío, entre peñascos, quebradas y bancos; pero parece han hecho cuanta diligencia cabe, y que en los parages donde pararon, saltaron á tierra, é hicieron registro, no hay duda que han hallado fabulosos los rios que otros señalaban, y varias otras cosas que por sus diarios nos habian hecho creer los dichos extrangers.

Tal parece lo que dicen, que se encontraban en las cuestas altas del Puerto Deseado sepulcros de gigantes, cuyos huesos eran de once pies de largo; porque los huesos de los cadáveres que ahora se encontraron, eran de estatura ordinaria. Añaden dichos diarios extrangeros, que en una ensenada del Puerto Deseado, que señalan en sus mapas, hay mucha pesca. Nuestros españoles se pusieron allí a pescar y no hallaron cosa alguna. Cuentan tambien los diarios extrangeros, que en San Julian hay megillones, ú ostiones de once palmos de diámetro; y despues de registrar tanto nuestros españoles, no han hallado mas que lo dicho en la descripcion, puesta arriba, de la bahía de San Julian.

NOTAS

(1) D. Muriel, *Historia del Paraguay*, Madrid 1918, t. VI, p. 240. Knivet, al dar cuenta de la expedición de Cavendish (1586), aseveró que los Patagones tenían los pies cuatro veces más largos que los de los europeos. Cf. R. Verneau, *Les Anciens Patagons*, Mónaco 1903, p. 3.

(2) *Los Indios de la Pampa y de la Patagonia en los siglos XVI y XVII*, en *La Prensa*, 24 de diciembre de 1939.

(3) Todo esto es del insigne etnógrafo, Antonio Serrano, cuya lucubración aparecida en *La Prensa* (cf. nota 2), hemos extractado en estas páginas. Agrega Serrano: "La araucanofilia lleva a veces a ingratas sorpresas. Para los araucanófilos toda voz desconocida del sur es araucana. La mutilan y modifican a su arbitrio, para que quepa, como en un estuche, dentro de aquel idioma. Lo mismo hacen los guaranófilos en el litoral y los quichuófilos en el noroeste. Veamos un ejemplo. El padre Milanesio en su "Etimología araucana" de los territorios del sur, dice que *Trelew* deriva de *taum*., junta y *leufú*, río o arroyo, es decir "junta de arroyos". Sin embargo, Trelew es galense y quiere decir Pueblo Luis. Fué puesto este nombre por los galenses en homenaje del señor Lewis [Luis] Jones. En galense *Tre* es pueblo y *Lew* apócope de *Lewis*.

(4) Cf. G. Furlong, *Entre los Pampas de Buenos Aires*, Buenos Aires 1938, pp. 34-35.

(5) *Los Indios de la Pampa* . . . Cf. n. 2.

(6) José Sánchez Labrador, *Paraguay Cathólico. Los indios Pampas-Tuelchus-Patagones*, Buenos Aires 1936, pp. 43-44.

(7) Milcíades Alejo Vignati, *Las culturas indígenas de la Pampa* en *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires 1936, t. 1, p. 553.

(8) *Los Indios Poyas. Contribución al conocimiento etnográfico de los antiguos habitantes de Patagonia.* Por Milcíades Alejo Vignati en *Instituto del Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Notas del Museo de La Plata.* Tomo IV. Antropología Nº 12. Buenos Aires 1939, pp. 209-244. El manuscrito que atribuimos al Padre Antonio Alemán se intitula *Vida Apostólica y Glorioso Martyrio de el Venerable P. e. Nicolás Mascardi de la Compañía de Jesús, Rector de el Colegio de Castro y Missiones apostólicas de Chiloe, a quien embio el Apostol de el Oriente S. Francisco Xavier a convertir los gentiles Poyas Guaiticos y otras naciones y que muriese a sus manos por nuestra Sta. Fe.* Trátase de una extensa biografía en 4º, de 18 folios a 2 cols., cuyo original se halla en el Archivo del Procurador General en el Gesú (Roma): Cajón 15 - Canonizaicones. Poseemos copia fotográfica de este documento. Fué Paolo Revelli, *Terre d'America e archivi d'Italia*, Milano 1926, pp. 165-166, el primero en dar a conocer la existencia de este documento.

(9) Gerónimo Pietas, *Noticia sobre las costumbres de los Araucanos* en Claudio Gay, *Historia física y política de Chile*, París 1846, t. 1, p. 501-502. Pietas no era Jesuíta, ...o suponen algunos historiadores.

(10) *Los Indios Poyas* . . . (Cf. n. 8), p. 214-215.

(11) A. Machoni, *Las siete estrellas de la mano de Jesús*, Córdoba 1732, pp. 410-411.

(12) *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 26.

(13) R. E. Latcham, *Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI* en *Revista chilena de historia y geografía*, Santiago de Chile 1930, t. 64, p. 220.

(14) Francisco Menéndez, *Viajes de fray... a Nahuel-Huapi. Publicados i comentados por Francisco Fonda*. Valparaíso 1896, p. 174.

(15) *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 26.

(16) J. Cardiel, *Diario del viaje y misión al Río del Sauce realizado en 1748, con introducción por Guillermo Furlong y Félix F. Outes*. Buenos Aires 1930, p. 247.

(17) José García, *Diario del viaje y navegación... desde Caylín, en Chiloé, hacia el sur, en los años 1766 y 1767* en *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile 1871, t. 39, p. 365.

(18) Todo esto es un extracto de la lucubración del doctor Milcíades Alejo Vignati, ya citada (Cf. n. 8).

(19) Miguel de Olivares, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile* (1593-1736) en *Colección de historiadores de Chile*, Santiago de Chile 1874, t. 7, p. 511.

(20) Juan Armando Nyel, *Lettre du pere... en Lettres edifiantes et curiuses*, París 1707, t. 7, p. 41-72, ed. cast. *Cartas edificantes y curiosas*, Madrid 1754, t. 5, p. 144.

(21) M. A. Vignati, *Los Indios Poyas*, (Cf. n. 8), p. 220. Olivares (Cf. n. 19), p. 510. Juan Ignacio Molina, *Conpendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Madrid 1788, p. 386.

(22) Pietas, *Noticia sobre las costumbres* (Cf. n. 9), p. 501.

(23) Felipe de La Laguna, *Relation de l'etablissement de la Mission de Notre-Dame de Nahuel Huapi, tirée d'une Lettre du Reverend Uére Philippe de La Laguna* en *Lettres Edifiantes*, París 1708, t. 8, p. 44; trad. cant. por Juan Mühn, *El Ría de la Plata en el siglo XVIII visto por viajeros alemanes*, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Montevideo 1930, t. 7, p. 231-235.

(24) Vignati (Cf. n. 8), quien cita a Pietas, (Cf. n. 9), p. 501 y a Molina, (Cf. n. 21), p. 386.

(25) *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 32.

(26) Pietas, *Noticia de las costumbres*... (cf. n. 9), p. 502; *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 32.

(27) Olivares, *Historia*... (Cf. n. 19), p. 51); *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 32-33.

(28) *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 36; Olivares, *Historia*... (Cf. n. 19), p. 512.

(29) Vignati, *Los Indios Poyas*... (Cf. n. 8, p. 224; *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), pp. 36, 38; Olivares, *Historia*... (Cf. n. 19), p. 510.

(30) *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 46; Flores de León según cita de Vignati, (Cf. n. 8), p. 225.

(31) Pietas, *Noticia de las costumbres*... (Cf. n. 9), p. 502.

(32) Vignati, *Los Indios Poyas*... (Cf. n. 8), p. 226.

(33) *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 35.

(34) Vignati, *Los Indios Poyas*... (Cf. n. 8), p. 227.

(35) Pietas, *Noticias sobre las costumbres*... (Cf. n. 9), p. 502.

(36) Olivares, *Historia*... (Cf. n. 19), p. 511.

(37) Olivares, *Historia*... (Cf. n. 19), p. 511.

(38) Olivares, *Historia*... (Cf. n. 19), p. 512.

(39) Diego de Rosales, *Conquista espiritual del Reino de Chile, en Amunategui, La cuestión de límites,* Santiago de Chile 1880, t. 3, p. 93.

(40) *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 27.

(41) Gómez de Vidaurre, *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile,* en *Colección de historiadores de Chile,* Santiago de Chile 1889, t. 14, p. 301.

(42) Olivares, *Historia*... (Cf. n. 19), p. 511.

(43) *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 37.

(44) Vignati, *Los Indios Poyas*... (Cf. n. 8), p. 231-232.

(45) Vignati, *Los Indios Poyas*... (Cf. n. 8), p. 232.

(46) Vignati, *Los Indios Poyas*... (Cf. n. 8), p. 233.

(47) Pietas, *Noticias sobre las costumbres*... (Cf. n. 2), pp. 233-234.

(49) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial de Chile.* Santiago de Chile 1906, pp. 312-314.

(50) Enrique de Gandía, *La Ciudad Eucantada de los Césares,* Buenos Aires 1933, p. 9.

(51) *Documentos para la historia argentina. Tomo XIX. Iglesia. Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús.* 1609-1612. Buenos Aires 1927, p. 18.

(52) E. de Gandía, *La Ciudad Encantada*... (Cf. n. 50), p. 23.

(53) Carlos A. Leumann, *Expedición de Hernandarias para descubrir y conquistar la ciudad de los Césares* en *La Pampa,* 1º de enero de 1939, 3ª sec.

(54) En Carlos A. Leumann, *Expedición de Hernandarias*... (Cf. n. 53).

(55) En Carlos A. Leumann, *Expedición de Hernandarias*... (Cf. n. 53).

(56) Tomamos toda esta relación del precioso y bien documentado estudio de Leumann, (Cf. n. 53).

(57) En Leumann (Cf. n. 53); Ernesto Morales, *La ciudad encantada de la Patagonia* en *Nosotros,* Buenos Aires 1931, año 25, ns. 270-271, p. 269.

(58) Diego de Rosales, *Historia general de el Reyno de Chile, Flandes Indiano*... *Publicada*... por *Benjamín Vicuña Mackenna.* Valparaíso 1877, pp. 393-398.

(59) La escuadra holandesa de Enrique Brouwer actuó en las costas de Chile en 1643 y tres años más tarde publicóse en Amsterdam el *Diario y relación histórica del viaje realizado por el Estrecho de Magallanes hacia las costas de Chile, al mando del General Enrique Brouwer.*

(60) Francisco Eurich, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile,* Barcelona 1891, t. 1, pp. 556-558.

(61) Rosales, *Historia*... (Cf. n. 58), t. 1, p. 202.

(62) Enrich, *Historia*... (Cf. n. 58), t. 1, p. 203.

(64) Rosales, *Historia*... (Cf. n. 58), t. 1, p. 257.

(65) B. Vicuña Mackenna, *Vida de Diego de Rosales* en Diego de Rosales, *Historia*... (Cf. n. 58), t. 1, pp. XI-XXXVII.

(66) *Vida Apostólica*... (Cf. n. 8), p. 22.

(67) Cf. nota 8.

(68) Atanasius Kircher, *Musacum Collegii Romani,* Amsterdam 1678, p. 66. Continetur hic et opusculum P. Nicolai Mascardi Itali olim Kircheri Romae in Mathematicis discipuli ex Regno Chile ad eum datum in quo Regiones circa Fretum Magellanicum, a se noviter detectas, dignas scitu, et a nemine hucusque traditas describit. Deinde miram proprietatum montium, quos Andes vocant... de Zona torrida utriusque Oceani... Insularumque adjacentium, quae Quillota dicuntur, stupenda enarrat.

(69) Rosales, *Historia*... (Cf. n. 58), t. 1, p. 201.

(70) *Vida Apostolica*... (Cf. n. 8), p. 41.

(71) *Vida Apostólica*... Cf. n. 8, p. 16.
(72) *Vida Apostólica*... Cf. n. 8, p. 22.
(73) *Archivo General de Indias*, 70-2-1.
(74) *Archivo General de Indias*: 70-3-1.
(75) José Sánchez Labrador, *Paraguay Catholico. Los indios Pampas.-Tuelches-Patagones. Monografía inédita prolongada y anotada* por Guillermo Furlong, S. J. Buenos Aires 1936, p. 36.
(76) Cf| Guillermo Furlong, *Entre los Pampas de Buenos Aires*. Buenos Aires 1938, pp. 71-94.
(77) Carta del 30 de enero de 1669: *Archivo General de Indias*: 70-3-1.
)78) Enrich, *Historia*... (Cf. n. 60), t. 1, pp. 736-737.
(79) *Vida Apostólcia*... (Cf. n. 8), p. 32.
(80) Enrich, *Historia*... (Cf. n. 60),, t. 2, pp. 68-69.
(81) Woodbine Parish, *Buenos Aires and the Provinces of the Rio de la Plata*, London 1839, trae un mapa en el que se consigna el Lago Nahuel Huapi y la Isla Victoria y al noreste de la costa fronteriza a dicha isla se indica la Rs of Nahualhuapi.
(82) Enrich, *Historia*... (Cf. n. 60), t. 2, p. 740.
(83) Rosales, *Historia*... (Cf. n. 58), t. 1, p. 142.
(84) Miguel Luis Amunategui, *La cuestión de límites entre Chile i la República Argentina*, Santiago de Chile 1880, t. 3, pp. 97-99.
(85) *Vida Apostólica*... (cf. n. 8), p. 34.
(86) *Vida Apostólica*... (cf. n. 8), p. 35.
(87) *Vida Apostólica*... (cf. n. 8), p. 35.
(88) *Vida Apostólica*... (cf. n. 8), p. 36.
(89) *Vida Apostólica*... (cf. n. 8), p. 37.
(90) Cf. G. Furlong, *Entre los Pampas*... cf. (n. 76), pp. 15-17. Don *Pedro de Angelis, Memoria histórica sobre los derechos de soberanía y dominio de la Confederación Argentina a la parte austral del continente americano*... ¡Buenos Aires 1852, p. XLVII, consigna dos piezas de sumo interés: 1619. *Relación de una Misión a Buena Esperanza, en el Estrecho de Magallanes* y 1673. *Informe de un celoso de Buenos Aires* [el P. Diego Francisco de Altamirano] *a la Reina Gobernadora sobre los Indios Pampas.*
(91) Francisco C. Actis, *Actas y documentos al Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires*, Buenos Aires 1943, p. 120, refiere los méritos de este eclesiástico.
(92) Ernesto Morales, *El viajero que hizo viajar a su imaginación*, en *La Prensa*, enero 12 de 1941.
(93) Citado por Vicuña Mackenna (cf. n. 58), y Morales (cf. n. 92).
(94) F. Fonda, *Viajes de Fray Francisco Menéndez*... (cf. n. 14), pp. 43-44.
(95) Amunátegui, *Cuestión de Límites*... cf. n. 84, t. 3, p. 507.
(96) Enrich, *Historia*... (cf. n. 60), t. 2, p.
(97) Félix de San Martín, *Neuquén*, Buenos Aires 1920, p. 57.
(98) En el Profeta Baruch, 5: 9.
(99) San Pablo a los Efesios, 5: 13.
(100) Félix de San Martín, *Neuquén*, Buenos Aires 1920, p. 58.
(101) Alberto M. De Agostini, *El Lanín*, Buenos Aires 1941, p. 51-52. "Hacia fines de 1892 los sacerdotes salesianos Domingo Milanesio y Juan Ruggerone efectuaron un primer viaje de misión hasta Junín de los Andres... pero hasta 1895 no se establecieron definitivamente. Esta fundación registra actos heroicos cumplidos por el misionero D. Domingo Milanesio...
(102) Enrich, *Historia*... (cf. n. 60), t. 2, pp. 52-54.
(103) Enrich, *Historia*... (cf. n. 69), t. 2, p. 53.

(104) Enrich, *Historia*. . . (cf. n. 60), t. 2, p. 53.

(105) J. Mühn, *El Río de la Plata*. . . (cf. n. 23), p. 232.

(106) J. Mühn, *El Río de la Plata*. . . (cf. n. 23), p. 233-234.

(107) El Padre Machoni (cf. n. 11) escribe que "había dado principio a la reducción de los pequenches, poco tiempo antes el *P. Nicolás Kleffer*, cuyo ardiente celo se encargó de tan ardua empresa, por ver que aquella es la puerta, por dónde la luz del Santo Evangelio ha de penetrar a los puelches y a otros innumerables indios que habitan el espacio que hay hasta el Estrecho de Magallanes, cuya conversión el año 1670, con impulsos del cielo, intentó el apostólico Padre Nicolás Mascardi, y de hecho en pocos días bautizó diez mil de ellos y penetró hasta el Estrecho. . . El demonio aconsejó que le matasen los indios, como lo ejecutaron el año 1674, con lo cuel se deshizo dicha misión. Para restaurarla y lograr aquel fruto, iba abriendo camino con al reducción de los puelches el *P. Nicolás Kleffer*, cuando le fué a ayudar el P. Juan José Guillelmo.

"Y para que se tenga alguna noticia de dicha misión, pondré aquí un capítulo de una carta que el mismo P. Guillermo me escribió respondiendo a una mía, la feha de 7 de julio de 1702, y dice así: ". . .Respondiendo con mucho agradecimiento a la de V. R., digo primeramente, que supongo habrá ya sabido V. R., como fué Nuestro Señor servido sacarme de Santiago y aliviarme de ocupaciones casi inútiles para dedicarme todo a la conversión de la gentilidad en el dilatado campo de estas nevadas montañas y blancas cordilleras, entre cuyos altos riscos me hallo al presente con el P. Superior Nicolás Kleffer, dando principio a la más florida cristiandad de este reino, disponiendo y abriendo camino con esta misión de los puelches a la de Nahuelhuapi, para irnos acercando al Estrecho de Magallanes, y espero ha de favorecernos el Señor. . .".

(108) J. Mühn, *El Río de la Plata*. . . (cf. n. 23), p. 234.

(109) Milcíades Alejo Vignati, *El enterratorio de Chenque*, en *La Nación*, 26 de marzo de 1933.

(110) Enrich, *Historia*. . . (cf. n. 60), t. 2, pp. 56-58.

(111) Enrich, *Historia*. . . (cf. n. 60), t. 2, pp. 61-62.

(112) Enrich, *Historia*. . . (cf. n. 60), t. 2, pp. 62-63.

(113) Olivares, *Historia*. . . (cf. n. 19).

(114) Enrich, *Historia*. . . (cf. n. 60), t, 2, pp. 74-75.

(115) Olivares, *Historia*. . . (cf. n. 19).

(116) *Olivares, Historia*. . . (cf. n. 19)

(117) Macchoni, *Las siete estrellas*. . . (cf. n. 11), p. 166.

(118) Reproducimos en el apéndice I, pp. 147-153, de esta obra, las poesías latinas de Guillelmo, aparecidas en la obra del Padre Viñas, a que se hace referencia en el texto.

(119) Olivares, *Historia*. . . (cf. n. 19), pp. 530-532.

(120) V. Martin de Moussy, *Description*. . . *de la Confédération Argentine*, París 1860, t. 2, p. 247.

(121) Estanislao S. Zeballos, *Viaje al país de los Araucanos*, Buenos Aires 1881.

(122) Santiago J. Albarracín, *Conquista del suelo patrio. Boceto histórico*. Buenos Aires 1912.

(123) José Cardiel, *Diario*. . . (cf. n. 16), p. 32.

(124) José Cardiel, *Diario*. . . (cf. n. 16), p. 32.

(125) En *Lettres Edifiantes*, París 1707, t. 7, pp. 41-72; ed. 1781, t. 8, pp. 119-138; ed. 1843, t. 2, pp. 79-83; ed. cast. Madrid 1754, t. 3, pp. 257-269.

(126) En *Lettres Edifiantes*, París 1708, t. 8, pp. 1-50; ed. 1781, t. 8, pp. 138-154; ed. 1819, t. 5, pp. 82-91; ed. cast. Madrid 1754, t. 5, pp. 331-338.

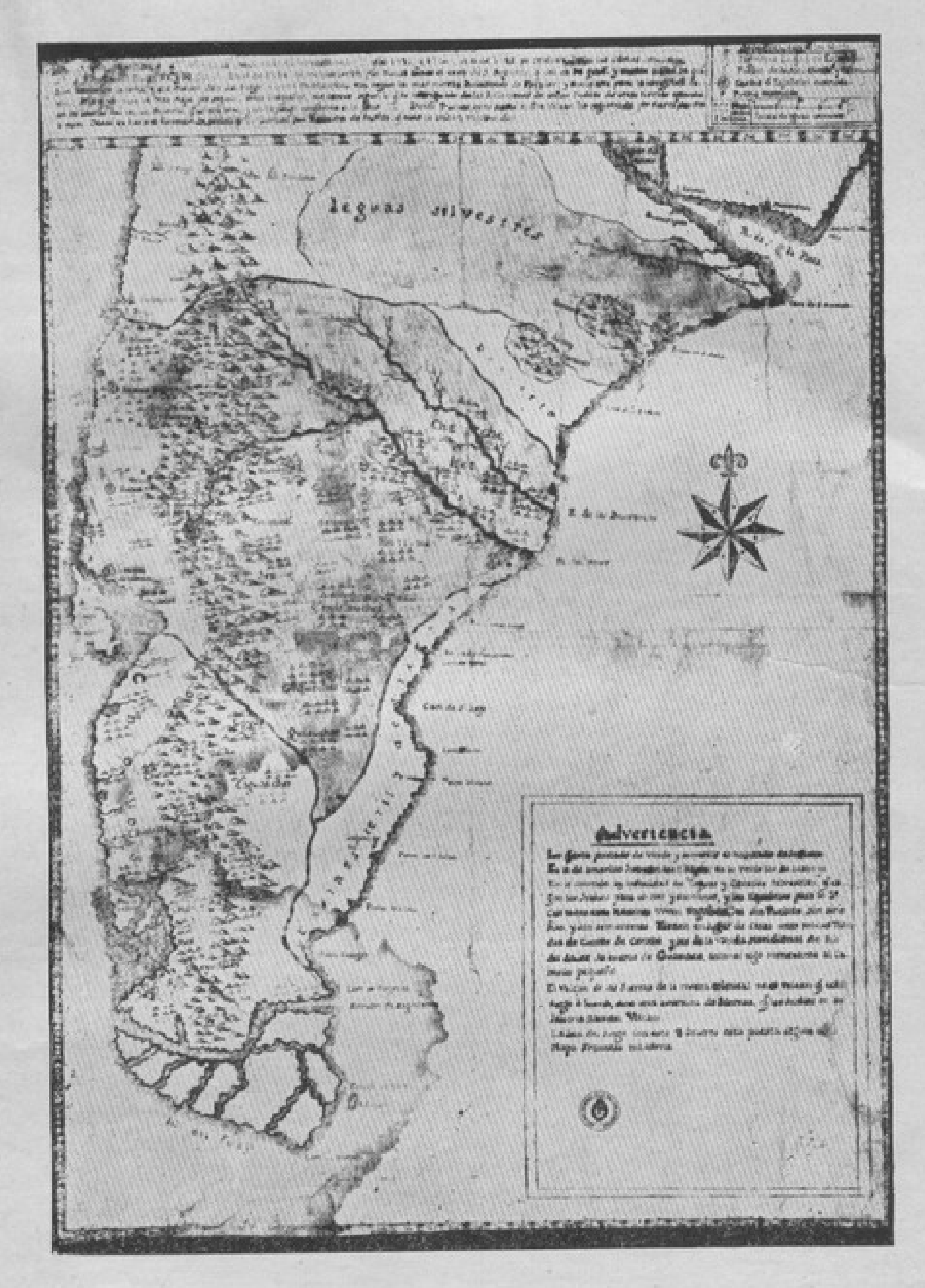
(127) De Angelis, *Memoria*... (cf. n. 90), p. IV.
(128) De Angelis, *Memoria*... (cf. n. 90), pp. VIII-IX.
(129) De Angelis, *Memoria*... (cf. n. 90), pp. XIV-XV.
(130) Pedro De Angelis, *Colección*, p. 16.
(130) Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, t. 2, fasc. 5, p. 1, Buenos Aires, 1836.
(131) Luengo, *Diario*, t. 18, pp. 194-195, en *Archivo de Loyola*, Azpeitia.
(132) *Catalogus primus Provinciae Castellanae*, 1740, p. 5, n. 32: Ex oppido Fabal. Natus 14 Martii 1707. Vires robustae. Ingresus 12 Aprilis 1736. Vallisl. Philos. extra Soc. ann. I — et nunc agit 4 theol. annum. Gradus in litteris: Bachaul. in Philos. Scholaris Appro. 13 April. 1738.
(133) No eran los citados los únicos libros de matemáticas que poseía el P. Quiroga. En la *Biblioteca*, de la Universidad de Córdoba, hemos hallado un ejemplar de "Christiani Wolfii, Elementos Matheseos universae..., Genevae 1743", en cnco gruesos volúmenes que pertenecieron al uso de Quiroga. En la portada de los mismos escribió primero el jesuíta: "Aplicado al Colegio Grande San Ignacio", pero tachó después estas palabras y escribió debajo de las mismas: "Colegio de Córdoba". No creemos que sea uno de los "dos globos" traídos por Quiroga, el que actualmente se exhibe en el Museo Provincial de Córdoba. Es más bien una esfera para la enseñanza de la astronomía y parece fabricación doméstica. Según nos indicó Mons. Cabrera, perteneció al Colegio de Monserrat y fué donado al Museo por el ingeniero J. Torres.
(140) *Archivo general de la Nación*, Buenos Aires, *División colonia, eJsuitas*, **1745.**
(141) Cf. Martín Rodríguez, *Toponimia de la costa patagónica y fueguina*. Buenos Aires, 1940, pp. 9-58.
(142) Cf. Guillermo Furlong, *El Padre José Quiroga*, Buenos Aires 1930, p. 20.
(143) Cf. Guillermo Furlong, *El Padre José Quiroga*, pp. 21-25.
(144) José Cardiel, *Diario*... (cf n. 16), pp. 22-24.
(145) Pedro Lozano, *Diario de un viaje a la costa magallánica en* 1745 en Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires 1836, t. I, p. 1.
(146) José Cardiel, *Diario*... (cf. n. 16), pp. 26-27.
(147) José Cardiel, *Diario*.. (cf. n. 16), pp. 28-29.
(148) *Archivo de Indias*: 125-4-8.
(149) José Cardiel, *Diario*... (cf. n. 16), pp. 33-34.
(150) José Cardiel, *Diario*... (cf. n. 16), p. 34.
(151) José Cardiel, *Diario*... (cf. n. 16), p. 35.
(152) *Archivo de Indias*S 122-7-1. La reproducción de Pedro Torres Lanzas es ininteligible (cf. *Relación descriptiva de los mapas, planos, etc., del Virreinato de Buenos Aires, existentes en el Archivo General de Indias*, Buenos Aires 1921, n. VII, p. 115 y sigts.
(153) José Cardiel, *Diario*... (cf. n. 16), p. 36.
(154) Guillermo Furlong, *Entre los Abipones del Chaco*, Buenos Aires 1938, pp. 99-107.
(155) Guillermo Furlong, *Carta inédita de la extremidad austral de América construída por el P. José Cardiel, S. J. en* 1747. Buenos Aires, 1940.
(157) G. Furlong, *Carta inédita*... cf. n. 155, pp. 19-20.
(158) Enrique, *Historia*... (cf. n. 60), pp. 280-283.
(159) Antonio Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid 1920, t. 6, pp. 752-757.
(160) Véase en el texto la pág. 94.

INDICE GENERAL

Se acabó de imprimir esta obra en los Talleres Gráficos "SAN PABLO" Bmé. Mitre 2600, de la ciudad de Buenos Aires, a los 14 días del mes de Enero del año 1944.



Vestimenta de un Misionero Jesuíta en Nahuel Huapí
Dibujo del P. Bernardo Havestadt

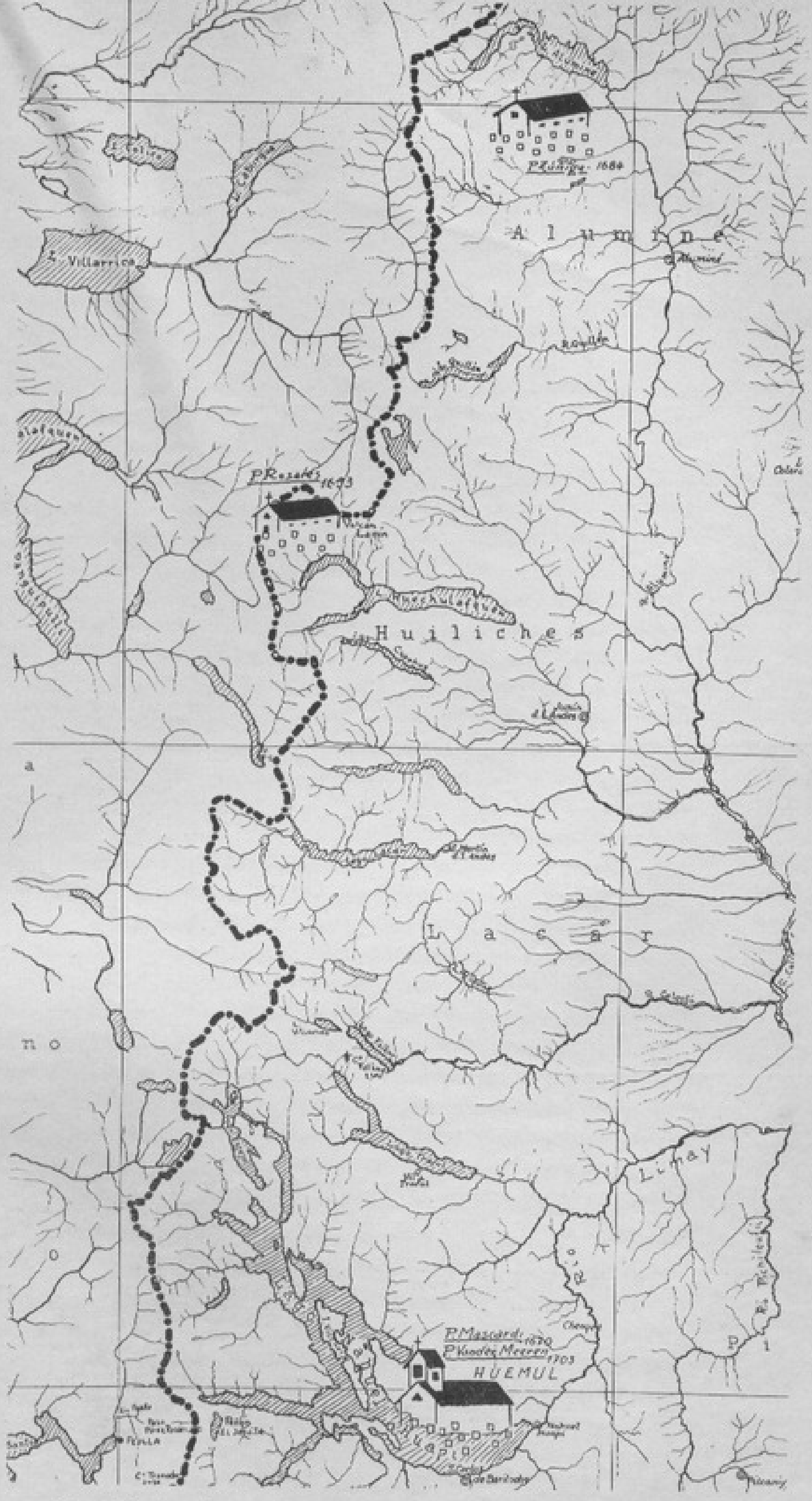


Mapa etnográfico de la Patagonia, compeusto por el P. José Cardiel, S. J.

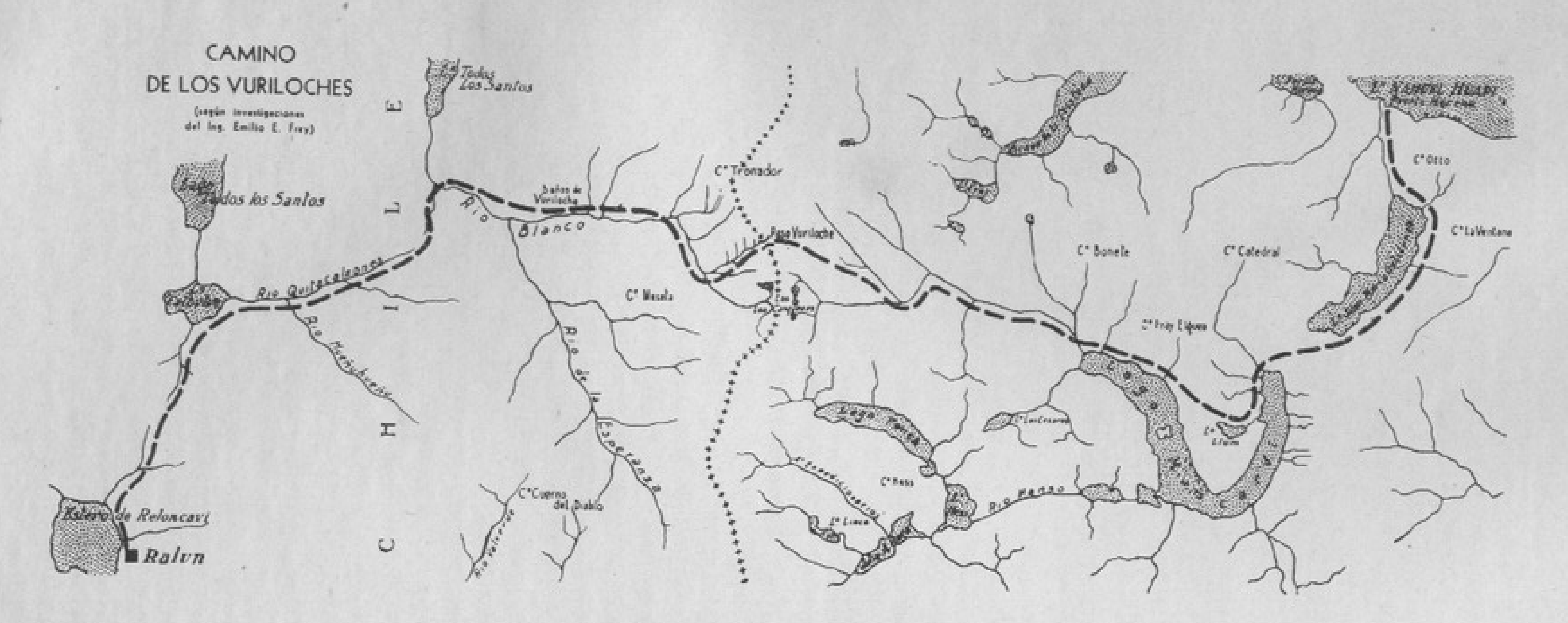


Fragmento del mapa de Cano y Olmedilla (Madrid 1775). Este mapa, hecho a base de mapas jesuíticos, señala al norte del Nahuel Huapí la "Lª y Pblo. Nahuelhuapi".

Fragmento del mapa del Padre Tomás Falkner (Hereford, 1774), con indicación de la Reducción de Nahuel Huapí.



Las Reducciones Jesuíticas en el Neuquén (1684-1703)



El Camino de los Vuriloches

Fué el Padre Juan J. Guillelmo quien en 1707 ó 1709 descubrió este camino, que tantos y tan buenos servicios había de prestar así a los misioneros como a los españoles en general. Dos veces intentó dar con esta ruta, la más corta y la menos peligrosa, y al efecto penetró el Padre Guillelmo en las espesas selvas y cruzó enhiestas montañas, a pie siempre, y cargado con los necesarios víveres y herramientas. Después de la muerte del gran misionero llegóse a perder nuevamente el derrotero de este camino. Fray Nicolás Menéndez, de la Orden de San Francisco, lo buscó en vano en 1791, pero modernamente lo volvió a hallar el Ingeniero Emilio E. Frey, primer intendente del actual Parque Nacional de Nahuel Huapí.



Foto Dirección de Parques Nacionales

Indio de Nahual Huapí

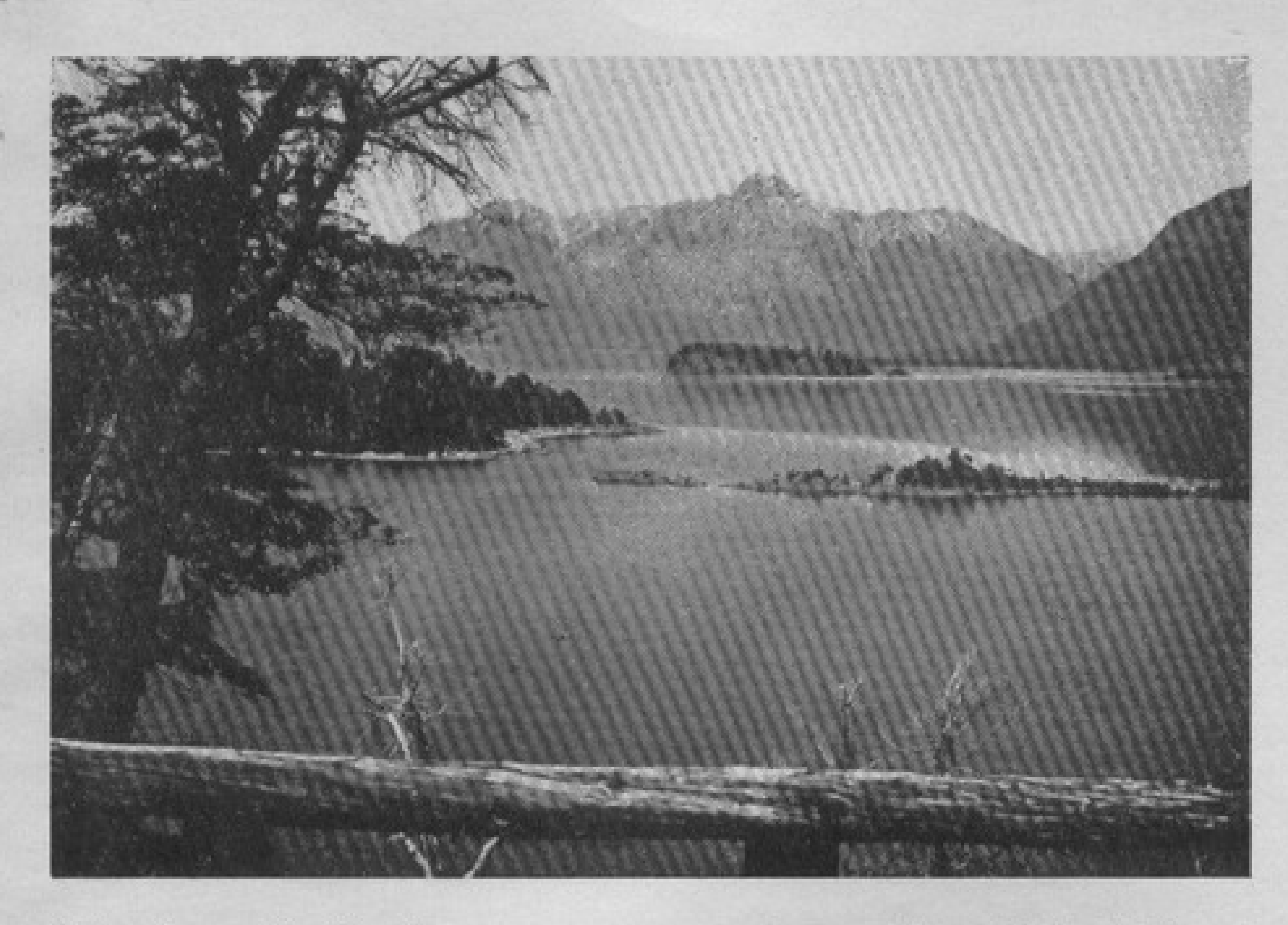


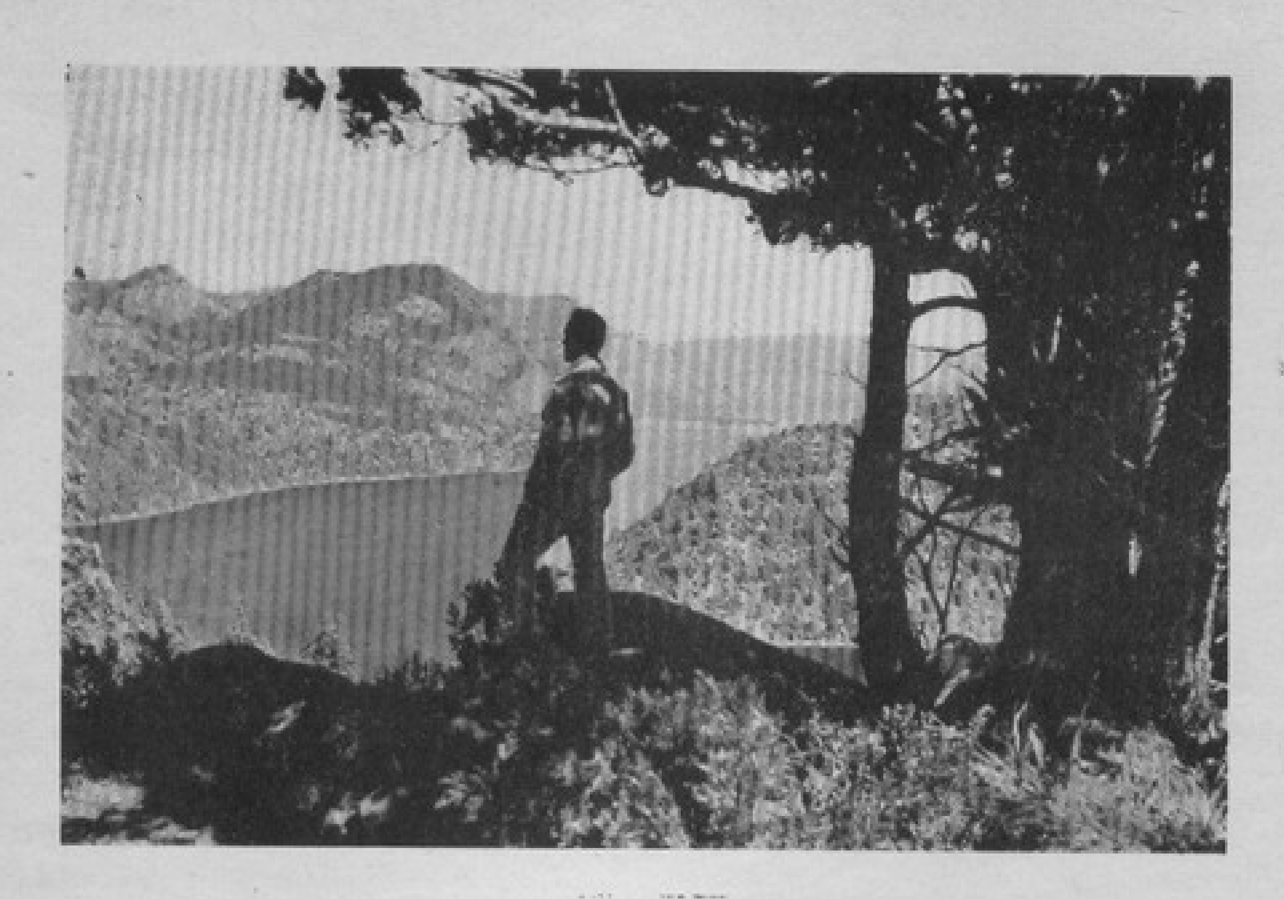
Foto Jorge H. Pagliere   Parque Nac. Nahual Huapi

El Lago Nahuel Huapí e Isla Victoria



Parque Nac. Nahuel Huapí

El Lago Nahuel Huapí desde el Panguinal



Parque Nac. Nahuel Huapí

El Lago Lacar desde un cerro



Parque Nac. Nahuel Huapí

San Martín de los Andes



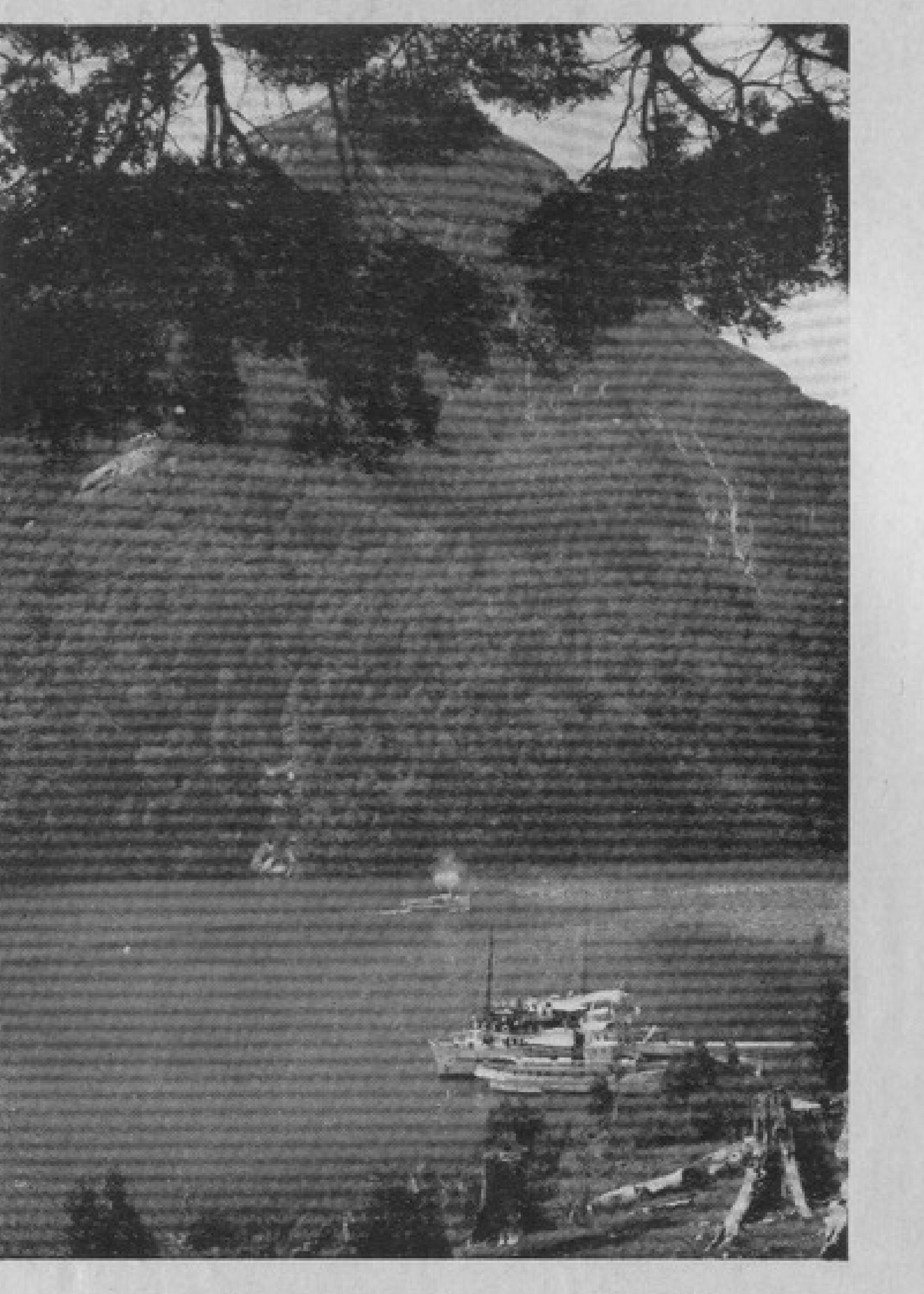
Foto Direc. de Parques Nacionales

Lago Frías y Cerro Tronador



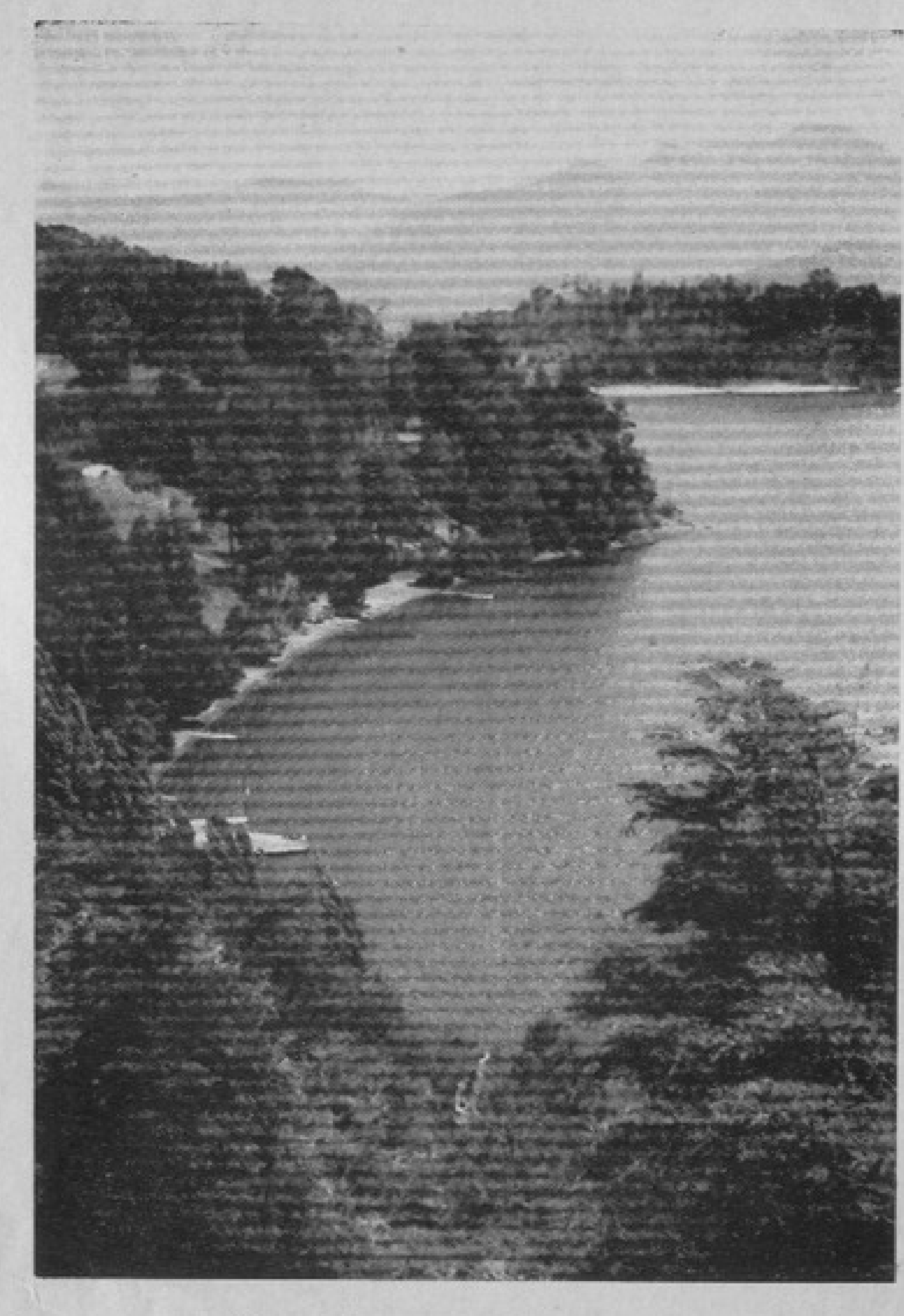
Foto Dirección de Parques Nacionales

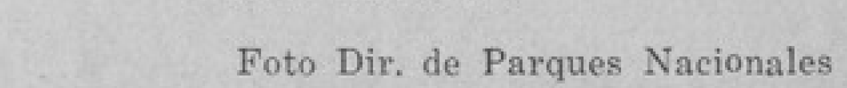
Lago Traful desde el Mirador



Puerto Blest

Foto de M. Fernández Liejo





Puerto Anchorena

Foto Dir. de Parques Nacionales

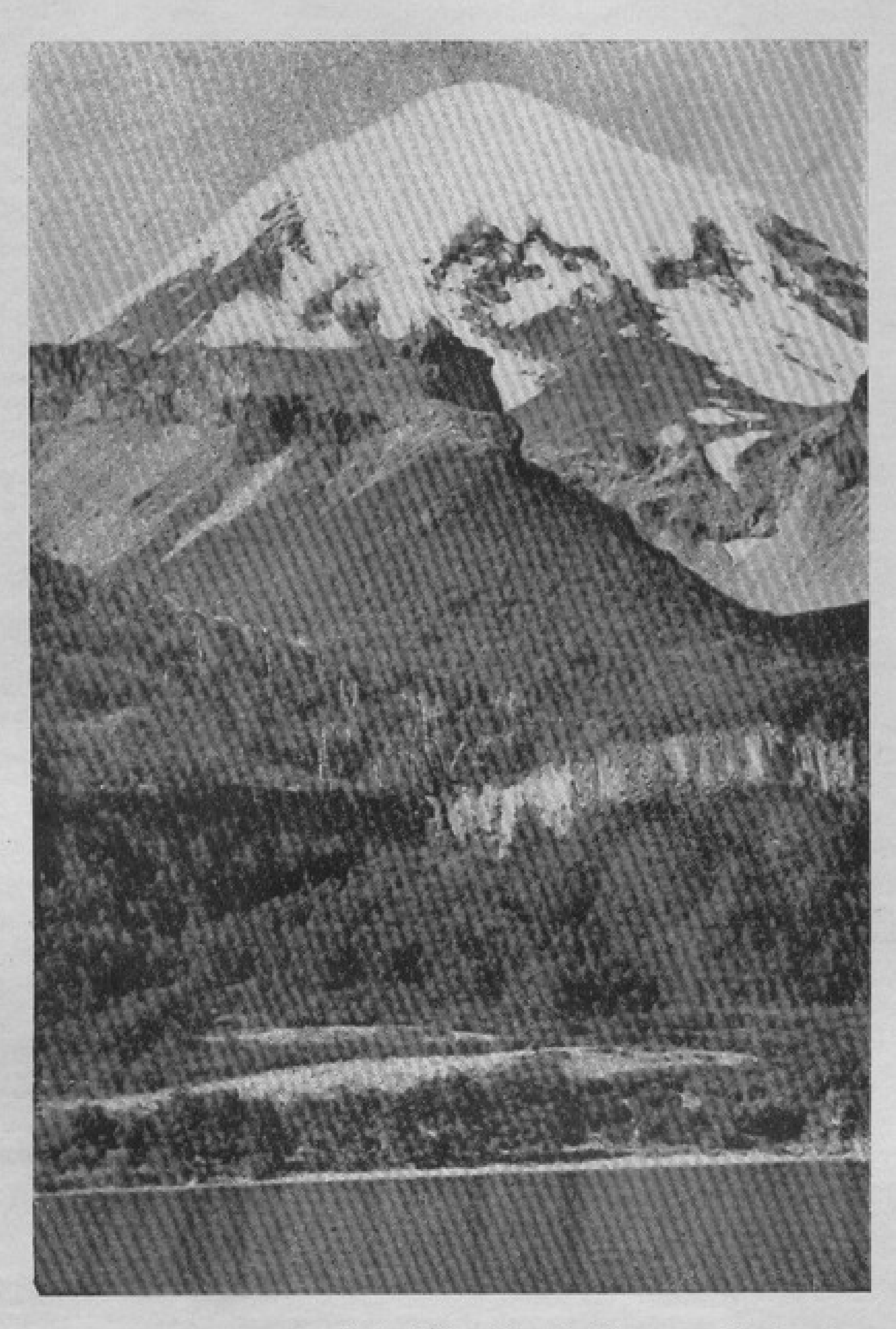


Foto Dirección de Parques Nacionales

Cerro Lanín



Foto de Herta Fried

Lago Padre Mascardi, S. J. y Cerro Bonete, en segundo plano



Foto Dirección de Parques Nacionales

Lago Padre Guillelmo, S. J.



Foto Dirección de Parques Nacionales

Indígenas de Quila - Quina — Familia del Cacique Curruhuinca



Foto Dirección de Parques Nacionales

Indígenas de Quila - Quina — Familia del cacique Curruhuinca



Restos hallados en el enterratorio de Chenque



Posición de los cadáveres en el enterratorio de Chenque

Fotos de la Colección de Carlos Ortiz Basualdo


UNI-0025668